HOLLY BOURNE

Me alegro por ti

Ellas son
mejores amigas...
o eso dicen.



Nicki, Lauren, Charlotte y Steffi llevan siendo amigas desde la universidad. Ahora, en la treintena, la vida está decidida a tirar de ellas hacia caminos distintos, pero cuando Charlotte organiza un *baby* shower de pesadilla para Nicki, las cuatro vuelven a encontrarse.

En medio de un día de verano hirviente y sudoroso, la tensión aumenta y al final del día, nada volverá a ser como era. Alguien ha provocado un incendio en la casa y todas son sospechosas. ¿Será Steffi, que goza de una vida feliz sin hijos, pero se siente juzgada por sus amigas? ¿Será Charlotte, que se muere de ganas de concebir, pero también siente envidia por todas las que sí han podido hacerlo? ¿Será Lauren, que acaba de descubrir que la maternidad dista muchísimo del cuento de hadas que se había imaginado? ¿O quizás la propia Nicki, que ni siquiera quería que le organizaran el dichoso *baby* shower?

Holly Bourne

Me alegro por ti

Título original: *So Thrilled For You*
Holly Bourne, 2025
Traducción: Mia Sánchez Postigo, 2026

Revisión: 1.0

16/10/2026

Para Becky y Rachel:
¡Os dije que terminaríamos en un spa*!*

PRÓLOGO

La vulva es lo primero en arder. El papel de la piñata ondea entre el humo color magenta y las chuches que lleva dentro hacen *pop pop pop* como palomitas al explotar dentro de su estructura de alambre. Cuando la piñata cae sobre la terraza, la calma me invade. Hace muchísimo que no me sentía tan tranquila. *Mira tú, no sabía que el humo podía ser rosa*, pienso según contemplo las vistas.

Las llamas no tardarán en hacerse con la pila de papel de regalo con dibujos de patitos, devorar la lana áspera de las mantitas tejidas a mano y hacer que el mural de peonías que ha terminado en el suelo rezume un perfume tóxico y dulzón.

Desde ya puedo ver que todo está perdido.

Metafóricamente hablando, mi vida ya era un incendio sin control, así que es lógico que también le haya prendido fuego de forma literal. Lo único que quería era quemarlo todo hasta no dejar nada más que cenizas, unas llenas de nutrientes capaces de hacer que algo nuevo brotara de ellas. La cuestión es que jamás imaginé que terminaría haciéndolo de verdad…

Contemplo el humo alzarse desde el aparato, bailoteando mientras eclipsa el paisaje y se va retorciendo por culpa del calor, en contraste con el cielo más azul. El fuego que lo rodea arrasa con todo al instante y el humo se duplica, se triplica, según las llamas lo rozan todo y avanzan como danzando.

El calor intenso me llega a la cara y me obliga a despertar.

Me oigo a mí misma gritando al ver lo que he hecho.

Y entonces salgo corriendo hacia el fuego.

Baby shower acaba en trágico incendio

Un incendio forestal provocado por los petardos de un *gender reveal* ha calcinado más de 14 hectáreas en Surrey, ha arrasado con la fauna de la zona y ha provocado millones de libras en daños.

La «máquina de humo pirotécnica» se puso en funcionamiento para un *baby shower* que se llevó a cabo durante el que está siendo el verano más caluroso hasta la fecha y fue la causante del incendio. Las llamas arrasaron con la vivienda campestre y continuaron su camino por los terrenos áridos del campo hasta prenderles fuego a otras dos propiedades. Los bomberos combatieron las llamas durante siete horas antes de conseguir extinguirlo.

La policía está interrogando a varios testigos clave para determinar quién fue el responsable de activar la bomba de humo. [Haz clic aquí para seguir leyendo].

La publicación ha sido compartida 45872 veces

ADiosPongoPorTestigo1974 ha compartido este artículo

La «máquina de humo pirotécnica» es un claro reflejo de que esos padres son unos putos gilipollas narcisistas

BoomerYAMuchaHonra3543024 ha compartido este artículo

Padres millenials: «Mi bebé solo se pondrá ropa hecha de bambú orgánico y de segunda mano para apoyar nuestra lucha contra el cambio climático».

Los mismos padres millenials: «VAMOS A QUEMAR EL MUNDO PARA SUBIRLO A REDES».

ArthurJJdd ha compartido este artículo

Es por esto que la gente no debería reproducirse. Castración para todo aquel que haya subido una foto de su tostada de aguacate.

FinnJK32d5rd ha compartido este artículo

Ya sé que no viene a cuento, pero ¿no se supone que un *baby shower* y un *gender reveal* son dos fiestas distintas? ¿Por qué las han combinado?

ADiosPongoPorTestigo1974 ha respondido a este comentario:

JA. Bien podrían haber DUPLICADO el contenido para redes. Menudos palurdos.

LaVozDeLaRazón ha compartido este artículo

Todo el mundo tiene algo que opinar sobre esta noticia, pero me gustaría señalar que tres familias se han quedado sin hogar por culpa de este incendio. Y no olvidemos toda la destrucción de la naturaleza también.

Eternos22 ha respondido a este comentario:

Estoy de influencers hasta los mismísimos

OdioALasMujeresYTúTambién ha compartido este

artículo
HABRÍA QUE PROHIBIRLES PARIR A LAS MUJERES

ElLadoCorrectoDeLaHistoria ha respondido a este comentario:
¿Y cómo pretendes contrarrestar la caída en las tasas de natalidad?

FeministaYJusticiera ha respondido a este comentario:
Fijo que también estás en contra de los abortos, ¿a que sí?

OdioALasMujeresYTúTambién ha respondido a este comentario:
A FREGAR PUTAS FEMINAZIS DE MIERDA

EL DÍA DEL INCENDIO

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES

Simmons: ¿Puede contarnos qué hizo el 14 de julio, si es tan amable?

Nicole: [se remueve en su sitio]. Antes de que empecemos, ¿puedo ir al lavabo?

Simmons: Pero si acaba de ir.

Nicole: Ya. Lo sé. Pero resulta que también estoy de ocho meses de embarazo. ¿Es cierto lo que dicen? Que puedo hacerlo en su casco si hace falta.

Simmons: No hace falta que use mi casco. Haré que alguien la acompañe al lavabo.

NICKI

No me creo que hoy sea el día de mi *baby shower*. Mío y solo mío. Es surrealista, pero está pasando de verdad.

Voy a ser madre. Voy a tener un hijo.

Siendo sincera, me da a mí que me he pasado la última década de mi vida un pelín obsesionada con la cuestión del embarazo. *¿Será que quiero un bebé? ¿Podré quedarme embarazada? ¿Cuándo debería empezar a intentarlo?* Una de las mejores partes de quedarte embarazada es que por fin sabes que lo has conseguido. *Ya está, chica*. Y así puedes dejar de darle tantas vueltas al asunto. Despedirte de toda esa ansiedad es bastante más relajante que darte un baño con agua tibia de madrugada como hago ahora, pero mi bebé se va a asar aquí dentro si no consigo que se me pase el calor.

Anoche me quedé en casa de mis padres, con la esperanza de disfrutar un poco de la paz del campo y de tener una cama de matrimonio para mí sola. El problema es que el coro matutino de los pájaros es más escandaloso que mis vecinos entusiastas del claqué. Así que llevo una hora despierta, desde las cuatro de la madrugada, al igual que el ardiente sol. Suelto un bostezo mientras me hundo más en el agua en un intento por enfriarme que no sirve para nada. Unos chirridos propios de una serie de comedia se unen al coro de las aves cuando a mi cuerpo hinchado le cuesta hacerse sitio en la bañera. Al ver que mi vientre se asoma como un iceberg desde debajo de la fina capa de jabón neutro, le echo un poco de agua por

encima y noto algo de alivio durante unos tres minutos. Lo que ya es bastante para ser que estoy de ocho meses. Cierro los ojos, me abrazo la panza y practico las técnicas de respiración que he aprendido en mis clases de hipnoparto. Noto que el bebé se remueve bajo mi piel estirada. Vi un vídeo en TikTok que decía que las huellas dactilares se crean en el vientre cuando el líquido amniótico de la madre se mueve en torno a las manitas del bebé. Cada ínfimo movimiento de un embarazo queda grabado en la piel del bebé; un hogar que madre e hijo comparten durante nueve meses y que se convierte en una obra de arte espléndida en esos deditos. El vídeo me hizo llorar y, si bien está claro que no lo avala ningún estudio, hacerme ese tipo de ilusiones es justo lo que necesito para sobrevivir a mi tercer trimestre en esta puñetera ola de calor. Hoy en concreto necesito sobrevivir a mi *baby shower*, en la ya mencionada puñetera ola de calor, que se celebra en casa de mis padres, la cual está hecha de cristal en su totalidad. Un *baby shower* que ni quiero ni he pedido, ya que estamos, pero que Charlotte ha decidido organizarme de todos modos.

—*Va a ser el día perfecto* —no deja de decirme por teléfono, por mensaje, por medio de palomas mensajeras si pudiera—. *Perfecto, te digo*.

—Pero no necesito que me regaléis nada, ¿vale? —He intentado negociar con ella—. ¿Podrías decírselo a las demás? No estamos celebrando un *baby shower* como tal, es solo una oportunidad para vernos.

—*Aun así, deberías hacer una lista de regalos oficial. La gente te va a comprar cosas, da igual lo que digas*.

—No quiero listas, Charlotte.

—*He hecho una pequeñita con artículos de John Lewis, pero solo lo básico*.

—¡Charlotte!

—*Todo va a ser perfecto. Vas a ver*.

—No tienes que hacer todo esto, en serio. Sé que las cosas han sido un poco complicadas…

—PERFECTÍSIMO.

No sé yo si tengo claro lo que implica un *baby shower* perfectísimo. ¿Uno así superbreve? Al menos eso creía antes de quedarme embarazada. Solía ponerme de malas cuando los *baby showers* se extendían más de un par de horas, pero, como ha llegado el mío, ahora me preocupa que la gente se eche para atrás o que se marche antes de tiempo.

Fijo que Steffi se queda diez minutos. Si acaso.

Tampoco ayuda que Charlotte haya insistido en que la nueva casa de mis padres es el lugar «perfecto» para celebrar la fiesta, a pesar de estar en medio de la nada. Decidieron jubilarse y mudarse a esta granja reconstruida y lujosa que está a kilómetros de distancia de la estación de tren más cercana y los paisajes agrestes que se aprecian desde las ventanas no parecen gran cosa por culpa de la ola de calor, que ha hecho que todos los campos que nos rodean tengan pinta de baldíos posapocalípticos. Me preocupa que la gente crea que es demasiado trabajo venir hasta aquí. Sea como fuere, Charlotte piensa venir ni bien salga el sol para «dejarlo todo listo».

—Las ocho de la mañana no es muy temprano para ti, ¿verdad? —preguntó.

—El *baby shower* empieza a las once. ¿Qué piensas montar? ¿Un zoológico entero? Dijimos que sería sencillito, ¿no?

Por mucho que Charlotte lo haga todo a lo grande, yo no quiero que las demás crean que me voy a convertir en una madre «de esas». Ya sabes, de las que se llaman a sí mismas «mami». Ya le he dejado bien claro a Matt que las siguientes palabras están prohibidas en el vocabulario de nuestro bebé: «mami», «la casita del bebé» y «felicidad extrema». Además de que nada de escribir publicaciones en Instagram PARA el bebé, porque es una criatura sin habilidades verbales que no podrá tener una cuenta de redes sociales para leer dichas publicaciones hasta que cumpla, como mínimo, los doce años. Aun con todo, Charlotte, con todas sus buenas intenciones, está decidida a que mi *baby shower* se convierta en mi peor

pesadilla.

—Tú no te preocupes, mami querida —me dijo—. Yo me encargo de todo. Tú, tranqui.

El móvil me vibra sobre la alfombra del baño, donde lo he dejado, pero paso de él. A estas horas seguro que es Charlotte. Y yo estoy hecha polvo después de haber pasado una noche sudando en esta puta mierda de casa de diseñador. Cuando me he despertado, va estábamos a veinticinco erados. Estoy hinchadísima, incómoda y me paso el santo día con sed, por lo que estoy hasta los cojones de que haga tantísimo calor y de que este se niegue a irse a tomar por culo. Solo consigo dormir a ratos, de dos a cuatro horas, para luego despertar y zamparme litros de leche fría, meter las muñecas bajo el chorro de agua y, cómo no, irme a mear. Por mucho que esté en mi lista de frases prohibidas, me muero de ganas de «conocer a mi bebé», solo para ponerle fin a mi existencia como ballena preñada.

Mi bebé. Aún no me lo creo. Lo he conseguido. Matt y yo lo hemos conseguido.

Cuando el bebé se despierta, el vientre se me retuerce. Sigo sus movimientos con la mano.

—Buenos días —lo saludo con voz ñoña—. ¿Ya te has despertado? Lo sé, lo sé, hace mucho calor.

Unas gotitas de sudor me perlan el vientre abultado y se deslizan hasta encontrarse con el agua de la bañera. La parte trasera de esta granja reconvertida está hecha toda de cristal, y todo el mundo se va a pasar el día sudando la gota gorda. Aun así, aparto ese pensamiento y me concentro en formar un vínculo con este bebé. *Mi* bebé. En el día de mi *baby shower*. Porque lo hemos conseguido. De algún modo, Matt y yo superamos todos los contratiempos y lo logramos: decidimos afrontar semejante compromiso juntos. Hemos creado vida. Entretejimos nuestros genes, sangre y enfermedades hereditarias hasta apretujarlos juntos en una criatura humana viva y enterita que vamos a «conocer» en cosa de un mes. Es que yo flipo. Es una pasada. Gracias al cielo que conseguimos superar todos esos momentos difíciles. Gracias al cielo que me quedé embarazada,

teniendo en cuenta todo lo que ha tenido que pasar la pobre Charlotte. Soy afortunada. Soy muy afortunada.

Le canturreo con delicadeza a mi vientre y lo único que siento es dicha (eso y dolor en la zona pélvica y lumbar), hasta que el calor que emana mi propio cuerpo hace que se caliente el agua y se vuelva todo más incómodo aún.

Me cuesta lo mío salir de la bañera de bordes redondeados, soltando tacos y sin comprender este cuerpo de alienígena enorme que tengo. Tras envolverme en una toalla, avanzo despacio hacia la habitación de invitados, oyendo los ronquidos de mi padre, amortiguados gracias a la puerta de su habitación. Dejo que la piel se me seque al aire mientras tarareo y noto que el vientre se me vuelve a quedar quieto cuando el bebé se queda dormido de nuevo. Igual me puedo echar una siestecita rápida antes de que mi madre se despierte y se ponga en acción.

Pero entonces recuerdo que el móvil me ha vibrado hace un rato. Me levanto de la cama con dificultad y vuelvo al baño para recogerlo, caminando como un pato. Fijo que es Charlotte. Aun con todo, noto un escalofrío extraño cuando hago una sentadilla profunda para recogerlo del suelo, uno que me recorre el brazo entero y hace que me tome un segundo antes de desbloquearlo.

Es entonces que veo el mensaje y el móvil se me resbala de los dedos, con lo que se estrella contra las baldosas geométricas del suelo y un entramado de grietas se extiende por la pantalla.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y LAUREN POWELL

Simmons: ¿Puede contarnos qué hizo el 14 de julio, si es tan amable?

Lauren: ¿Eso cuándo fue?

Simmons: El día del incendio.

Lauren: Ah, claro. Perdone. Cuando tienes un bebé, el tiempo como que es un borrón infinito.

Simmons: Cuando quiera, Lauren.

Lauren: Eh… ¿Sabe cuánto vamos a tardar? Porque mi bebé de momento solo está despierto durante dos horas y cuarenta y cinco minutos, y habéis tardado en dejarme pasar, así que solo me queda una hora y treinta y siete minutos antes de acostarlo y necesita que le dé teta para que se quede dormido y…

LAUREN

Que el bebé me despierte de nuevo me parece un acto de violencia.

—No —susurro al oír cómo Woody se pone a berrear—. Dios, no.

Tristan se remueve a mi lado en la cama. Él también lo ha oído, pero ambos permanecemos en silencio, como si Woody fuese el tiranosaurio de *Jurassic Park* y, si nos quedamos quietos, se volverá a dormir en lugar de devorarnos de un bocado con todo y retrete. ¿Sabes lo que te digo? Quizá no, porque ni yo sé lo que digo, la verdad. Pero es que me caigo de sueño, te lo juro. Tanto que me echaría a llorar aquí mismo. Un momento. Tengo la almohada mojada. Sí que estoy llorando. Estupendo. Tendremos que poner el contador a cero. A Tristan le pareció que sería «la monda» llevar la cuenta de las veces que me echo a llorar. Porque, como es sabido por todos, la depresión posparto es muchísimo más fácil de superar si no se la toma en serio y se transforma en un juego.

Oigo otro berrido desde la cuna de Woody. Echo mano del móvil para ver la hora y la realidad es tan horrible como me imaginaba. Ha pasado exactamente *una hora y quince minutos* desde que Woody se quedó dormido… Desde que se quedó dormido tras hacernos pasar *una hora y cincuenta minutos* intentando que se durmiera. Y, cuando finalmente cayó rendido, estaba tan llena de adrenalina y de ese miedo paralizante de estar atrapada en una pesadilla sin fin que he tardado la vida en quedarme dormida. De hecho, apenas he cerrado los ojos hace veinte minutos.

Un berrido más urgente. Tristan se me acerca un poquitín.

—¿Y si lo dejamos? —me pregunta en un susurro, aunque no lo bastante bajo, porque Woody suelta un chillido desesperado. Uno tan intenso que hace que quiera incorporarme y decirle que se calle de una puta vez porque menuda madre estoy hecha. Mañana me hago influencer de mamis, ya verás. ¿Que cuál es mi sello distintivo? Que mando a callar a mi bebé. Sin pelos en la lengua y varias veces al día. Y que sigo gordísima. Y que odio cada minuto del día. ¿Cómo que no tengo seguidores? ¿Que ninguna marca le ofrece colaboraciones a #LaMaternidadTeJodeLaVida? Estoy delirando, ¿a que sí? Dios bendito, ¿por qué Woody no deja de llorar? ¿Por qué está despierto otra vez?

—La especialista en sueño nos dijo que debemos darle quince minutos a ver si se calma solo —susurro en respuesta, justo cuando Woody chilla tan fuerte que fijo que los vecinos vuelven a quejarse.

—Es que no se está calmando —insiste Tristan, ya sin molestarse en bajar la voz.

—Qué dices, si se lo está pasando en grande.

Otro berrido estridente.

—Tenemos que sacarlo de ahí —dice Tristan.

—No, que la especialista dice que…

—Lauren, lo está pasando mal.

—Pues no debería. Tendría que estar durmiendo.

—Voy a sacarlo.

—Como lo saques te vas a enterar.

Pero su llanto es tan desesperado que termino cediendo. Respiro hondo y obligo a mi cuerpo cansado a salir de la cama, frotándome los ojos que parece que alguien me ha lijado en sueños.

La madre que lo parió.

Me cago en mi vida.

Me cago en mi puta vida y en la madre que lo parió.

—¿Estás bien, mi cielo? —digo, sacando a Woody de su cuna. Tiene su cara arrugada de anciano enfadado rojísima por los agotadores treinta segundos que han pasado sin que me dignara a estar a su entera disposición—. Ya, ya, no pasa nada. Ya está mami

contigo. No pasa nada, te quiero. —Le meto el pezón en la boca y él se pone a mamar con ganas, por mucho que no debería tener hambre. ¿Cómo va a tener hambre? Si se ha tirado una hora y cincuenta minutos pegado a mi teta hace tan solo una hora y quince. Tristan suelta un suspiro y se da la vuelta en la cama, tan pancho al saber que no hay nada que pueda hacer para ayudar. Me quedo sentada mientras amanece, muriendo de envidia al ver que a Tristan se le acompasa la respiración y Woody va volviendo a dormirse con la teta en la boca. Una vez que deja de mamar, espero diez minutos más para asegurarme de que se ha dormido de verdad antes de intentar meterle el meñique en la boca para apartarlo de mi pecho. Poquito a poco, con la ansiedad subiéndome por la garganta, alejo sus morritos de mi cuerpo. Luego lo sostengo contra mi pecho otros diez minutos para asegurarme de que esté en la parte más profunda de su ciclo de sueño antes de devolverlo a su cuna con unos movimientos más cautos que los de Tom Cruise al colgar del techo en *Misión imposible*.

Y da resultado.

Se ha dormido.

Por fin, se ha dormido de nuevo. Al menos de momento.

Aunque claro, como me ha llevado tanto tiempo y estoy hasta arriba de estrés, ya no hay esperanzas de que yo me vuelva a dormir.

Son las 5:30 a. m., pero el sol se cuela por detrás de las cortinas como si fuese el mediodía y el calor corporal de Woody hace que me ase por dentro. Puedo oler la peste que desprenden mis axilas sin tener que alzar los brazos. Voy a tener que lavarme antes de ir al *baby shower*. Procurar que mis pintas no dejen ver cómo me siento en realidad; a sabiendas de que todo el mundo me estará juzgando para sus adentros a ver si he perdido ya el peso extra del embarazo. Más quisiera. Si apenas tengo tiempo para lavarme un poco, ya ni hablar de hacer ejercicio o cocinar algo que no sea una cucharada de Nutella directa a la boca. Estoy tan agotada que debería haber una palabra distinta para expresarlo. Algo en alemán que describa el

nivel de cansancio que se siente cuando la sociedad te ha vendido la moto y te ha hecho creer que necesitas tener un bebé. No sé cómo antes de tener a Woody me quejaba de estar cansada. Hay que ser tremenda gilipollas para declarar que estás «hecha polvo» después de haber salido a bailar hasta las cuatro de la madrugada, a PASARLO EN GRANDE y DISFRUTAR DE LA VIDA y DECIDIR NO DORMIR POR VOLUNTAD PROPIA, a sabiendas de que podría recuperar el sueño perdido la noche siguiente. Y la siguiente a esa. Últimamente, noto el cansancio en la médula ósea. Noto que unas partes de mi cerebro se consumen y se proponen en voz baja: «¿Y si hacemos que le dé alzhéimer a esta?». Y estoy así de destruida sin habérmelo pasado bien. Solo con la rutina diaria e incesante de mantener a Woody con vida. Dios, cómo me gustaría volver a la cama, pero no va a ser posible. No con lo que me espera hoy.

Ay, madre, el *baby shower* de Nicki.

Bajo las escaleras. Me duelen los ojos cada vez que parpadeo, pero me animo a mí misma diciéndome que al menos este es un ratito para mí. Un rato para ser yo misma: el caparazón apestoso y destrozado al que se ha reducido Lauren. La cocina está a rebosar de tareas pendientes que hay que hacer con urgencia. Aún hay que lavar los platos de la cena de ayer. Porque no nos dio tiempo cuando Woody se despertó gritando, tan solo cuarenta y cinco minutos después de que lo acostáramos. Hay cachivaches de bebé repartidos por casi todo el suelo: trozos de plástico de colores chillones embadurnados con baba de bebé seca. Cuando me dejo caer sobre el sofá, mi culo suelta un chillido de lo más peculiar mientras desentierro a Sophie la Jirafa desde las profundidades.

Antes tenía una casa bastante decente.

Antes tenía un cuerpo bastante decente.

La cara.

La vida.

Y no era solo que pareciera decente. Era que para mí estaba bien.

Era feliz. Ahora que lo pienso, de verdad gozaba de una felicidad

de aquellas.

Y me la he cargado. He arrasado con ella. La he cagado para siempre.



Nicki tiene su *baby shower* hoy…

Nicki y Matt son felices. Muy felices. Llevan juntos desde la universidad y se conocen casi tanto como nosotras las Mujercitas. Podría decirse que son el primer amor del otro. Y son felices. Con su casa bonita y buenos trabajos y vidas sociales activas y ocho horas de sueño cada noche. Y yo tengo que ir a su fiesta, ver su vientre abultado y fingir que me alegro muchísimo por ella, cuando en realidad lo que siento es pánico.

Seguro que se cree que va a tener un parto en el agua como creía yo…

Recuerdo los gritos.

Mi cuerpo soltando sonidos que no creía posibles.

Como un animal moribundo.

Respira, Lauren, respira.

Hay que ver la suerte que tengo. Tengo treinta minutos para mí y voy y los desperdicio con otro ataque de pánico.

Respiro y aparto los recuerdos. Arrimo las preocupaciones infinitas hasta la alacena a rebosar que tengo en el cerebro. Las preocupaciones de que es obvio que las técnicas para dormir no están dando resultados y Woody jamás descansará bien y, por tanto, nunca recuperaré la cordura. Las preocupaciones de que tengo que subirme al puto coche y llevar a Woody a casa de los padres de Nicki, que está en el quinto coño, por cierto, y de paso recoger a Steffi por el camino, con cero horas de sueño y siendo que Woody detesta la puñetera sillita del coche. Los jueguecitos absurdos e infantiles de la fiesta, fingir que Nicki está a punto de empezar una aventura, en lugar de lanzarse de cabeza a la misma trampa que yo. ¿Será que termino teniendo un accidente por conducir sin haber

dormido? ¿Mataré a Woody? ¿Nos moriremos los dos? Unas imágenes horrendas se reproducen en mi mente con todo lujo de detalles y me llenan el estómago de ácido y de… No. *Venga, Lauren, distráete*. Saco el móvil y lo sostengo frente a mi abismo psicológico.

Intento mantenerme al corriente de las noticias y les echo un vistazo rápido a unos cuantos artículos sobre la ola de calor que dicen que el calentamiento global terminará matándonos a todos. Hay un artículo de opinión sobre la huella de carbono que genera tener hijos; según parece, que haya parido a Woody equivale a veinte viajes a Australia al año en cuestión de sus emisiones de carbono. Y eso que no han olido la peste de sus pañales. En una página distinta, otro columnista se lamenta por la caída en las tasas de natalidad y por que las mujeres seamos demasiado egoístas para tener hijos. Con un suspiro, me paso a Instagram. Veo sin ver las sonrisas falsas de la gente que presume de su vida maravillosa. Me repatea ver a cualquier persona haciendo algo interesante; verlos ser libres y plenos y glamurosos. Veo que Steffi volvió a salir anoche, a una cena muy elaborada con mogollón de editores, con su respectiva noche de copas en el bar de un hotel después de eso. La envidia me deja un regusto amargo en la lengua. Fijo que me la encuentro con resaca cuando la recoja más tarde, quejándose de lo cansada que está. Tendré que procurar no apuñalarla en el ojo. *Debe de tratarse de algo importante en su nueva agencia*, me recuerdo a mí misma, esforzándome por ser amable en lugar de una cabrona.

Todo esto es una táctica de evasión. Porque sé bien lo que tengo en mente al echar mano del móvil. Estoy a punto de hacer lo que hago siempre que tengo un ratito libre. Si le envío bastantes mensajes, quizá termine disculpándose. Quizá deje este juego tan peligroso. Ese que casi acaba conmigo. Me siento flotar mientras salgo de mi cuenta personal y entro en la falsa más reciente. Me sé su usuario de memoria y lo escribo en la barra de búsqueda. Me sale esa cara de petulante que tiene, la que tanto quería y en la que antes confiaba.

Abro un mensaje directo y me pongo a escribir.

«Déjate de chorradas de una puta vez. En serio. Para ya de mentir, coño».

TRANSCRIPCION DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y STEFFANI FOX

Steffani: ¿Sabe usted que los editores ya me están pidiendo los derechos para escribir sobre el incendio?

Simmons: Ya me ha comentado lo ocupada que estaba ese día por culpa del trabajo, sí.

Steffani: ¿Ocupada? Estaba hasta arriba de faena. Lo último que necesitaba era ir a ese *baby shower*, ni qué decir de uno que terminara en semejante… desmadre.

STEFFI

De todos los fines de semana habidos y por haber, pues claro que el *baby shower* de *Nicki* tenía que ser justo en este. Cuando el finde entero debería ser para celebrarme a mí y a mi noticia superimportante que me cambiará la vida. Pero, como es de esperar, es el *baby shower* de *Nicki*, justo el de ella, y eso implica que no puedo perdérmelo. Sin importar lo mucho que las dos queramos que así sea. Diría yo que es mil veces más difícil y toda una muestra de valentía emprender tu propio negocio que tener un hijo con tu maridito del montón, pero es Nicki quien recibirá todos los regalos y el apoyo, por lo que he tenido que ir yo sola y celebrarme a mí misma.

De hecho, llevo despierta desde las cinco de la madrugada, un poco más y vibrando por la emoción, desde que Liv, la editora de ShutterDoor, me ha despertado con un mensaje. Como hace no mucho que nos despedimos en el bar del hotel, es una señal del universo de que todo va a las mil maravillas el que me esté escribiendo tan pronto, sobre todo teniendo en cuenta que es fin de semana.

Liv:
No puedo pegar ojo, Steffi. No consigo dejar de leer.
MADRE MÍA, QUÉ LIBRO. Espera un borrador de
propuesta el lunes a primera hora. Y ni se te ocurra

dejar que otra editorial le clave las garras a esta historia.

Chillo y me pongo a correr por mi piso en mi pijama de seda antes de que me entre calor. Me seco las palmas en mis pantaloncitos diminutos y le contesto.

Steffi:
LO SÉ, CHICA.
Ya lo tienen otros diez editores. Ups. Pero estoy convencida de que Rosa Williams y tú estáis hechas la una para la otra. Ya hablamos el lunes.

Liv:
Aún me queda un tercio de libro. No me creo semejante perfección. ¿De dónde has sacado a esta mujer? Es que lo necesito. LO NECESITO YA. Si alguien que no sea yo se lo queda, me va a DAR ALGO. Y luego volveré del otro mundo a atormentarte para siempre.
Que quede claro que el lunes seré muchísimo más profesional cuando te escriba por correo. Pero madre mía, Steffi. Este es EL libro. Debes de estar flipando. Menudo bombazo para empezar tu agencia. Me alegro muchísimo por ti. ¡¡¡Qué emoción todo!!!

El mundo editorial se expresa mediante el uso de múltiples signos de exclamación, y que me haya puesto cinco es lo mismo que decir «libro top ventas, *best seller* del *New York Times*, múltiples subastas de ventas de derechos internacionales y un presupuesto de *marketing* monumental». En la vida iba a volver a dormirme después de haber recibido cinco signos de exclamación. Sobre todo cuando hace un calor que te asas, en plena madrugada, y que vivir en

Londres le añade un par de grados a este infierno de Dante. Eso y que vivo en un desván reconvertido, por lo que básicamente soy una patata asada en estos momentos. No son ni las seis, pero ya que estoy debería ducharme y prepararme para el tostón que va a ser este *baby shower*. Según estima Google Maps, me llevará ocho puñeteras horas y veinticuatro minutos llegar a mi destino. Bueno…, en realidad solo serán dos horas, pero, cuando el viaje incluye subirse a un bus, hacer dos transbordos en metro, tomar un tren y, después de eso, que Lauren me recoja en la estación más cercana, me siento como si fuese la Virgen María subida a un burro y de camino a Belén. ¿Y sabes quién no tuvo *baby shower*? Pues María. Esa chica sí que me cae bien. Y nadie se lo reconoce cuando se ponen a debatir quién debería ser un santo y quién no.

La alcachofa de la ducha ruge al ponerse en acción y el agua que cae sale caliente a pesar de haberla puesto fría, incluso si giro el grifo al máximo. Me lanzo bajo el chorro de todos modos, me echo el champú y me pongo a cantar una tonadita para mí misma. *Toma ya, toma ya, toma yaaaaa*.

Hice bien al confiar en esto. Al confiar en que debería montar mi propia agencia, en el manuscrito de *Luna de sangre*, en que al arriesgarme de este modo todo iba a ir bien. Estaba cagadísima de miedo, sobre todo si contamos con que no tengo ningún colchón, solo la promesa de Charlotte de que puedo mudarme sin pagar a su anexo de solterona si todo se va de madre. La cuestión es que sé que voy a hacer que mi madre se sienta orgullosa de mí y en realidad no me estoy arriesgando nada. No cuando *Luna de sangre* es el bombazo que es. Me llega otro mensaje maravilloso mientras me embadurno en crema humectante, aún en toalla. Este es de Jane, de Eagle Press. Es un poquitín más profesional, porque nunca hemos colaborado de forma cercana, pero sé que estaba desesperada por hacerse con algo como *Luna de sangre*.

Jane:

Hola, Steffi. Me encantó verte anoche. Gradas por

organizar una velada tan agradable. No soy de escribir durante el fin de semana, pero he empezado a leer *Luna de sangre* en el metro de camino a casa y no he podido parar. Es exquisito. Justo lo que había estado buscando. Felicidades. El lunes a primera hora tendrás un correo de mi parte. Que tengas un buen fin de semana. Saludos, Jane.

Suelto otro gritito y me pongo a sudar de nuevo al hacer otro bailecito de celebración por la sauna que tengo por piso. Sin embargo, en un visto y no visto, la magnitud de los hechos hace que me frene en seco en mi habitación. Acabo de comprender que mi vida entera dependerá de cómo decida abordar los tres días que vienen. Me ha tocado una posición de salida excelente, pero no puedo cantar victoria antes de ganar la carrera, y en serio no quiero terminar viviendo en el anexo de solterona de Charlotte. Me pondrá a quitarle el polvo al interior del microondas como cuando estábamos en la universidad. Aparto la silla y me siento frente al escritorio antes de secarme la frente con el dorso de la mano.

Vale, a hacer planes se ha dicho. Debo conseguir que estas editoras sepan todo el interés que está generando el manuscrito tan pronto. Que se tiren el fin de semana comiéndose la cabeza porque no saben si se lo daré. Eso y tengo que hacerles saber a los otros ocho que un poco más y me lo quitan de las manos, por lo que tienen que ponerse a leer el manuscrito pero ya, antes de que llegue el lunes. Y todo eso debe hacerse con la más absoluta delicadeza. Solo que no puedo exagerarlo mucho ni hacerles creer que, desde el inicio, la oferta final será demasiado alta, porque me arriesgo a que se espanten por temas de presupuesto y terminen echándose atrás. Necesito enviar los mensajes correctos en el tono correcto y en el momento correcto, y manipularlos a todos con precisión. Se trata de una coreografía pensada al detalle y debo ejecutar cada paso de forma perfecta. Es que, joder, ¿por qué tengo que perder el tiempo en el *baby shower* de Nicki justo hoy? De Nicki, por el amor de Dios,

quien se pasará el día observándome como un halcón, por lo que tendré que mostrarme *superpresente* y *superemocionada* para demostrarle lo *supercontenta* que estoy por ella. Es por eso que me he gastado más de cincuenta pavos en una caja de pijamitas de bebé bordados a mano y otros cuarenta en un potingue de los caros para su barriga de embarazada. Sí, sí, me las sé todas, incluso si no me puedo permitir desperdiciar dinero en regalitos porque lo he invertido todo en mi agencia. Un riesgo de lo más absurdo para una mujer soltera que no tiene familia, pero *Luna de sangre* va a revolucionar el mundo. Así como el de Rosa y el mío también. Los fuegos artificiales ya están encendidos y son tremendo espectáculo y todo está a punto de despegar, pero yo tengo que arrastrar el culo hasta el quinto coño para llevar unos pijamitas de bebé bordados a mano, a 32 °C, todo para fingir que estoy feliz por una tipa que ha decidido que me odia. Apoyo la cara sobre la madera fría de mi escritorio y suelto un suspiro contra el hombro. Supongo que podría fingir que estoy mal de la tripa y aprovechar el tiempo en el baño para mandar correos, ¿no?

Cómo me gustaría no ir y que no significase nada. O, como mínimo, poder ir y decir: «Oye, Nicki, en serio me alegro mucho por ti, pero este finde mi negocio está a punto de arrancar, lo cual me viene muy bien porque si no me quedaré sin un duro y durmiendo bajo un puente. Hoy es un día importantísimo para mí también. No, no lo he montado todo a propósito para hacerte rabiar. ¿Te importa que mande unos cuantos correos de trabajo mientras estoy en tu *baby shower*? Dado que estamos hablando de mi vida, mi carrera, todo lo que me importa en la vida. ¿Podemos dejar que haga eso y no relacionarlo de un modo retorcido con ese rencor que me guardas desde hace doce años? ¿Porfa? Que ya no tenemos veinte años. POR FAVOR TE LO PIDO».

Pero no puedo decirle todo eso, por mucho que me enorgullezca de ser una persona directa. Una que va al grano, que no se anda con rodeos y, modestia aparte, que es auténtica. Siempre que no sea con este grupo particular de amigas: las Mujercitas. Lauren y

Charlotte son como mi familia, y, por desgracia, la trastornada de Nicki también viene incluida, lo que supongo que hace que eso de la familia sea bastante real. Tengo que tragarme un poco de hipocresía si no quiero perder a mis hermanas.

Así que esas tenemos. En el día más importante de mi vida me va a tocar fingir que tengo diarrea… Menuda suerte la mía.

Me llega otro mensaje.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y CHARLOTTE ROTH

Charlotte: En serio, inspector. Le digo que era el día perfecto.

Simmons: Hasta que un incendio forestal arrasó con más de catorce hectáreas y destrozó tres viviendas.

Charlotte: Bueno, si lo que quiere es centrarse en el lado negativo…

CHARLOTTE

Pensándolo bien, me alegro de no haberme animado con la escultura de hielo de la cigüeña.

A ver, que habría quedado que ni pintada con el mural de peonías y el arco de globos, pero fijo que se habría derretido y eso no es una buena señal, ¿no? Que una cigüeña muera lentamente en un *baby shower*. Así que nada de cigüeñas. Hice bien. Aun así, todo va a salir perfecto. Perfectísimo.

Llevo despierta desde antes de que saliera el sol, contando todo lo que había que meter en las bolsas de regalitos de color pastel. Según el artículo que guardé en favoritos («Cómo organizar el *baby shower* perfecto»), es muy importante que la anfitriona tenga un detalle con sus invitadas. Como Nicki no debería tener que preocuparse por eso, pedí unos pintalabios y unas palomitas *gourmet* por internet, así como unos biberones personalizados llenos de crema humectante que dicen «para que quedéis suaves como el culito de un bebé». ¿A que es una monada? Lo vi en una lista de «Ideas llamativas para tu *baby shower*». Una vez que lo he contado todo, voy a la cocina para revisar el *catering*. Abro la nevera, suelto un suspiro cuando el aire frío me da en la cara y me meto un poco para remover los tres cuencos de limonada rosa que preparé anoche. Están perfectas, listas para que las sirva en los biberones de cristal diminutos que he decorado con unos lacitos de colores pastel. En la parte de arriba, los *cupcakes* que horneé ayer después de clase aún resisten bien. Con algo de suerte no tienen regusto a

nevera. Saqué todo lo que tenía dentro y la limpié con lejía, por si las moscas, pero ahora me preocupa que los *cupcakes* tengan sabor a lejía. Se ven espectaculares, con sus decorados de glaseado y unos corazoncitos de azúcar. En el cajón de las verduras, tengo guardadas las fresas y los arándanos picados, listos para preparar cuando se acerque la hora, porque no quiero que se pongan blandos. También hace falta montar las torres de gofres rosados, pero esperaré a llegar a casa de los padres de Nicki para hacerlo. Las pondré junto a los botes de regaliz azul que pedí *online* y que han traído desde Estados Unidos. Me moría de miedo de que no llegara el envío a tiempo. Literal que sentía que el corazón se me salía del pecho. Pero todo bien, no pasó nada. Ahora tengo que comprobar lo de los juegos. Voy hacia donde tengo mis pilas organizadas en el salón y me pongo a contar de nuevo. ¿Hay suficientes copias del test «famosos cuando eran bebés»? Sí. ¿Tengo listos los potitos para untar sobre los pañales que usaremos para el juego de Adivina el Sabor? Sí. ¿Los treinta muñecos? Sí. Costaron bastante más de lo que imaginaba, pero irán de perlas para el juego de pesca. Compruebo que las cañas de pescar hechas a mano sean lo bastante resistentes. ¿Que si me he pasado al encargárselas como proyecto semanal a mis peques de quinto? Seguramente. Pero es que no llegaba a todo. Y ya quiero que nos pongamos a jugar. Podré tomar unas fotazas en la bañera de bordes redondeados. También tengo los huevos duros esperando en la neverita, listos para la carrera de cucharas. Con eso también saldrán unas buenas fotos. Es una lástima que hayan prohibido el uso de aspersores por la sequía, porque fijo que su jardín estará hecho una desgracia, pero seguro que todo sale bien de todos modos y…

—Ay, amor. —Noto un cosquilleo en las orejas al oír la voz de Seth—. Dime que has dormido algo esta noche.

Dejo a un lado la piñata con forma de vulva que he hecho con papel maché y le sonrío.

—Desde las doce hasta las cuatro o así —le digo a mi marido.

—Tienes que descansar. —Me abraza por la espalda y su cuerpo

está tan caliente que me quema un poco mientras me apoya la barbilla sobre la cabeza. Me pego a él de todos modos.

—Pero organizarlo todo es mi forma de descansar.

Seth se echa a reír.

—Sí, eso dices.



Estiro el cuello hacia atrás y le doy un beso. Aunque Seth tiene el mal aliento propio de las mañanas, el mío sabe a menta, porque siempre me cepillo los dientes ni bien me levanto. ¿Sabías que esa es la forma correcta de hacerlo? Se supone que uno tiene que lavarse ni bien se levanta para quitarse la placa que se ha formado durante la noche. Además, la pasta dental forma una capa sobre los dientes que te protege durante el desayuno. Si primero desayunas y después te lavas, lo que haces es quitarte el esmalte de los dientes porque las bacterias se alimentan de tu comida y te lo debilitan. Lo leí cuando busqué en Google «Cómo cepillarte los dientes de forma correcta» después de haber visto un artículo que hablaba sobre las posibilidades de quedarte estéril por culpa de una inflamación en las encías.

—Sí podrás ir a por el mural de dónuts por la mañana, ¿no? —le pregunto.

Seth me acomoda el cabello con cariño.

—Sí, iré a por Matt y luego a la panadería. Y dejaré puesto el aire para que el glaseado no se derrita.

Ay, cómo lo quiero.

—Asegúrate de que sean veintinueve de color azul y treinta de color rosa.

—Lo sé, amor. Los contaré yo mismo si hace falta.

—Espero que la gente ya tenga hambre para cuando llegues. Hay un hueco de dos horas entre la comida y la sorpresa.

—Son dónuts, Charlotte. Si te ofrecen un dónut, te lo comes, es ley.

Me imagino la cara que va a poner Nicki cuando se percate de todas las pistas que he ido dejándole durante el día, escondidas a simple vista, antes del gran final. Estoy tan emocionada que creo que me va a dar un chungo. Lo he dado todo para organizarle esta fiesta. Incluso he desempolvado el tablero de inspiración que había hecho para mi propio *baby shower* (ese que llevo años planeando) y, una a una, le he dado todas mis ideas a Nicki.



Me desprendo de esta idea con paz y tranquilidad, dije, mientras pedía un mural de peonías a la floristería y notaba que se me estrujaba el corazón por el esfuerzo de sentirlo de verdad.

Me desprendo de esta idea con paz y tranquilidad, dije, según pensaba qué potitos untar sobre los pañales para que parecieran caca de verdad.

Me desprendo de mis esperanzas vacías, dije, en lo que organizaba el rincón de manualidades, donde las invitadas podrán hacer dibujos de cómo creen que será el bebé de Nicki. *Le doy este regalo al universo*.

Acepto que este no es mi baby shower, dije, mientras pedía una caja de ositos de peluche por eBay para usarlos en la carrera de cambiar pañales. *No está mal llorar por lo que no ha podido ser, pero ha llegado la hora de soltarlo y ser libre*.

He sacrificado mi propio *baby shower* de ensueño en el altar del crecimiento personal. Ahora le pertenece a Nicki, no a mí. Una de mis amigas de toda la vida. Alguien que se lo merece. Puede que me haya puesto a llorar como diez veces, pero lo he hecho. Soy libre. Y hoy todo va a salir perfecto. Perfectísimo.

Seth tira de mí hacia la cocina con una sonrisa de tontorrón.

—¿Puedo alejarte un momento de tus tareas pendientes y tentarte con el desayuno? —pregunta.

—No tengo hambre, aún me encuentro un poco rara.

—Pero come algo al menos. ¿No se supone que las tostadas

ayudan?

Hace que me siente en la barra de la cocina, corta unas rodajas de pan de masa madre y me prepara un café descafeinado. Se sienta frente a mí mientras desayunamos y estira las piernas para juguetear con las mías.

—Aún tengo muchísima faena —le digo, dándole un mordisquito a mi tostada sin nada, preocupada por que no me dé tiempo a preparar las bolsitas de regalos.

—Llevamos tres años casados, Charlotte. Creo que ya puedo decir, con toda la confianza del mundo, que hace un mes que lo tienes todo listo.

—¿Seguro que no debería haber pedido la escultura de hielo?

Seth se echa a reír.

—Ya estaría hecha un charco.

—Ya, pero…

—Nadie sabe que tenías pensado poner una escultura de hielo de una cigüeña. Nadie la echará de menos.

—Yo sí que lo sé.

—Intenta relajarte un poco, anda. Le has organizado la fiesta perfecta a tu amiga.

—¿Y tú llegarás a las dos en punto sin falta? ¿Con Matt?

Seth le da otro sorbito a su *espresso* y me acaricia el pie con el suyo.

—Primero vamos a ver la final en las pantallas exteriores del Wellington porque tenemos que hacer cosas de hombres antes de ira un *baby shower*.

—Técnicamente es un *gender reveal* disfrazado de *baby shower*.

—Más cosas de macho, entonces. Mejor no se lo cuento a nadie en la oficina.

—Pero no puedes emborracharte.

—Lo sé, amor. Que voy a conducir.

—Es que quiero que todo salga…

—Perfecto, lo sé.

Nos sonreímos bajo el brillo rosa de nuestra cocina. Su cabello

oscuro combina a la perfección con las baldosas de color crema que escogí. Van muy bien con el color de pelo de ambos, sin importar la luz que tengamos encendida.

—Qué emoción poder verlas a todas —digo—. Apenas he visto a Lauren desde que tuvo a Woody. Solo esa vez después de que naciera. Y Steffi está muy liada con todo lo de su agencia.

—Las Mujercitas —sonríe Seth. Le parece graciosísimo que ese sea el nombre de nuestro grupo cuando yo soy la única que leyó el libro en la universidad.

—Ya nunca quedamos. Es tal cual como en la novela.

—Aunque las otras tres no tengan ni idea.

—Steffi leyó una parte, creo. Y lo digo en serio, las echo de menos. Nos echo de menos a todas juntas. Hace años que no es lo mismo.

Seth se acaba su tacita diminuta y se estira para acariciarme la tripa con cariño. Una felicidad absoluta se me extiende de pies a cabeza y me permito deleitarme en ella unos diez segundos.

—Pero es que hubo lío entre ellas, ¿no? —inquiere, llevando nuestras tazas al fregadero para lavarlas directamente, todo bajo mi mirada atenta. Usa el estropajo especial que hace que no quede ningún residuo de café en el fondo. Sabe que, si no lo hace, terminaré haciéndolo yo cuando no se dé cuenta.

—No es cierto —repongo—. Seguimos siendo mejores amigas, es solo que cada una tiene su vida. Ya sabes cómo son las cosas a nuestra edad, cuando todo el mundo empieza a tener bebés.

—Todo el mundo, dices. —Me mira, alzando las cejas.

Le devuelvo el gesto y soltamos una risita por lo bajo. Aún no me puedo creer que podamos bromear sobre esto. Me permito otros diez segundos para disfrutar de esta sensación de gratitud antes de volver a concentrarme en los planes del día.

—Voy a darme una ducha —anuncia Seth por encima del hombro —. Y no te preocupes, que no me olvidaré de contar los dónuts.

—Es que quiero que todo salga perfecto —exclamo a sus espaldas. Y luego me lo digo en voz baja, una vez más, solo para mí.

PRUEBA NÚMERO 7

¡ESTE *BABY* SHOWER VA A SER...
LA LECHE MATERNA!

¡Nicki Davies va a tener un bebé!
Acompáñanos a celebrar su *baby* shower
17 de julio, de 11 a 15.
Chalet Verdegal, Honeysuckle Lane, Surrey
Escribir a charlotteroth1990@gmail.com para confirmar asistencia

NICKI

Estoy tumbada en la cama, desnuda y contemplando la pantalla agrietada de mi móvil con horror. Ha pasado casi un año desde que Phoebe me escribió y los rezagos de nuestra última conversación se asoman sin consideración alguna encima del mensaje que me ha llegado esta mañana.

Phoebe:
No me lo creo.
Tú solita te estás engañando.
Pero tú sabrás. Haz lo que quieras. Que te vaya bien en la vida.

Aunque no contesté a los mensajes, sí que tienen el doble *check* que delata que los he visto. Y vaya si leí esas últimas palabras hasta que las tuve tatuadas detrás de los párpados. Hasta que me echaba a llorar cada vez que las leía de nuevo. Solo que, poco a poco, mes tras mes, la herida que me dejaron fue cerrando conforme Matt y yo fuimos sanando y recuperando nuestra relación mientras intentábamos olvidarnos de Phoebe. Pero ahora tengo un nuevo mensaje que revive el caos que trajo a nuestra vida.

Phoebe:
¡¡Felicidades por el *baby* shower!! Qué ganas de verte.

¡Hace miiiiiiiil que no nos vemos! Besitoooos

Por muy inocente que parezca, no casa en absoluto con el veneno que rezuman los mensajes anteriores. Fijo que ella también los ve, ¿no? ¿Vamos a hacer como si nada, entonces? Me incorporo y me echo hacia adelante hasta que unas gotas de sudor que tengo en la frente me caen sobre el móvil. Las seco con el pulgar y también me seco como puedo el sudor de debajo de mis pechos caídos. Ya son el doble de grandes que cuando no estaba embarazada y no me hagas hablar sobre mis pezones, que no sé por qué carajos parecen un par de platos de té de color malva. Me caen sin pizca de elegancia hasta descansar sobre esta barriga enorme que tengo y hacen que se me formen unos ríos de sudor bajo ellos. Siendo sincera, no llevo muy bien lo asqueroso que está resultando ser el embarazo, no he llegado ni a procesar todo lo del «tapón mucoso» aún. ¿Estoy sudando por culpa del calor o del mensaje que he recibido? Creía que no volvería a saber de ella. Y ya me había hecho a la idea. He llorado la muerte de esa amistad. ¿Qué pinta Phoebe aquí hoy? ¿Quién coño la ha invitado? Fijo que sabe que estoy embarazada. Que me ha felicitado por el *baby shower*, joder. ¿Por qué me hace esto?

El bebé me da una patadita conforme el cortisol me llega a la placenta.

—Shhh, no pasa nada. Va todo bien. —Me froto la barriga, en la zona en la que le noto el pie, e intento calmarnos a ambos.

Aunque mi primera respuesta es entrar en *shock*, la furia no tarda en llegar en lo que me levanto de la cama como puedo para ponerme a caminar de aquí para allá. ¿Cómo se atreve? ¿Qué coño le pasa? Estoy embarazada, joder. ¿Acaso no le importa? Ha sido una experiencia bastante desagradable comprender que al mundo le importa una mierda que esté embarazada. Me he quedado boquiabierta día tras día al tener que batallar constantemente para que alguien me ceda su asiento en el tren de camino al trabajo, incluso con el calorazo que hace y con la barrigota que cargo.

Supongo que peco de ingenua al creer que a unos desconocidos les podría importar mi delicado estado, pero Phoebe…

—¿Nicki? —me llama mi madre desde la cocina y hace que pegue un bote al oír su voz retumbar por todo el cristal del lugar—. ¿Ya estás despierta, cielo? Si no lo hubiera estado, ahora fijo que sí.

—Sí, ¿va todo bien? —contesto.

—Sí, sí, solo quería saber si querías un té.

—Vale, gracias.

Suspiro y bajo la vista de vuelta al móvil, intentando encajar esto en mis proyecciones sobre cómo va a ir el día. Phoebe va a venir a mi *baby shower*. Phoebe, la albatros. Por fin voy a verla de nuevo. Debería decirle que no se moleste…, porque seguro que viene a vengarse, ¿verdad? Al menos Matt no estará en casa. Quizás haya decidido no destrozarme la vida entera y solo contaminar una mínima parte. Me pongo unas bragas gigantes para embarazada y me repito a mí misma que Matt no estará en la fiesta. Igual se trata de una ofrenda de paz en lugar de una granada a punto de explotar. Quizá podamos pasar página y olvidar lo sucedido.

A lo mejor me alegro de verla y todo.

Me permito darle vueltas a esa idea mientras me apretujo para caber en mi kimono de seda que ha dado de sí. El *shock* va pasando y puedo recalibrar el día, hasta insertar a Phoebe en la celebración. Es posible que sea algo muy tierno. Una forma espléndida de encontrar la paz antes de la llegada del bebé. Además, así puedo verla sin sentirme culpable. Porque no fui yo quien la invitó. Soy inocente y aun así tengo la oportunidad de verla y de arreglar las cosas. De crear un final distinto para nuestra amistad destrozada. Eso estaría bien. Para cuando me encuentro con mi madre en la cocina, ya tengo ganas de verla y, por fin, de celebrar este *baby shower*.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo has dormido? —Mi madre ya está metida hasta los codos en su nuevo fregadero estiloso, con todo y guantes, frotando una mancha inexistente en el acero inoxidable.

—Apenas he pegado ojo. Creo que me he levantado siete veces

al baño.

—Ah, qué recuerdos —dice entre risas—. Aun así, un consejo: trata de disfrutar de este último mes mientras es tu cuerpo el que mantiene al bebé con vida. Es muchísimo más fácil cuando están dentro. —Se quita los guantes y marcha decidida a encender la tetera antes de dejar una bolsita de té en una taza para mí. Me planta un beso en la coronilla para luego volver a ponerse los guantes y sacar una botella de lejía en espray y ponerse manos a la obra con las encimeras brillantes.

Me cuesta sentarme en el taburete de la barra.

—No sé yo —le digo—. El embarazo es muy complicado.

—Ajá.

Mueve la mano a toda prisa sobre la encimera para deshacerse de una suciedad imaginaria conforme la tetera empieza a silbar. En un visto y no visto, me entrega una taza humeante de té de hierbas.

—En serio —insisto, con ganas de ganarme un poco más de simpatía—. Si me pusiera a enumerar todos mis achaques… Insomnio, dolor lumbar, reflujo. Ponerme a contar las pataditas que me da el bebé al día y preocuparme por que se haya muerto y por si debería ir al hospital a que me hagan una ecografía…

—En mis tiempos no había esas cosas —me interrumpe mi madre, ya de rodillas con un recogedor y una escoba pequeñitos—. Tu generación quiere saber demasiado. Nosotros ni sabíamos si íbamos a tener un niño o una niña, ya ni hablar de si venía con síndrome de Down o no. Una se quedaba embarazada y nueve meses después te daban un bebé y fin del asunto.

Rodeo la taza con las dos manos e inhalo el vapor para intentar calmarme.

—¿No te preocupaba que me pudiera pasar algo?

—No. ¿Por qué me iba a preocupar?

—¿No contabas las pataditas que te daba cada día?

—No tenía tiempo para eso, Nicki. Estaba liada con el trabajo.

—Yo también trabajo.

—Ya. Pues a saber cómo te alcanza el día para preocuparte

tanto. En mis tiempos seguíamos con nuestra vida y ya.

Noto que me va entrando el cabreo y, al percibirlo ella también, se pone de pie de un salto, tira el polvo en el cubo de basura y se pone a limpiar los zócalos.

—Mamá, la casa ya está impecable.

—Vamos a tener bebés gateando por todos lados, debemos tener muchísimo cuidado. ¿Estás segura de que habrá comida suficiente?

—Charlotte me dijo que se encargaría de la comida. Tú tranquila. Ya has hecho tu parte al dejarnos celebrar aquí.

—Dices que les ha conseguido cunas plegables a los bebés y estoy haciendo todo lo que puedo respecto al calor, pero es que hay muchísimo cristal en esta casa…

Sonrío y echo un vistazo en derredor, hacia los amplios ventanales que tiene por paredes.

—Sí que hay mogollón de cristal.

—Tu padre dijo que sería precioso que entrara tanta luz en invierno, pero no pensamos en lo que pasaría en verano. Hace muchísimo calor.

—Es que habéis decidido mudaros a un invernadero, qué le vamos a hacer.

No es que me den mucha pena, la verdad, pues aún no los perdono por haber vendido la casa en la que me criaron. Para colmo, sin haberme dicho nada. Mi padre se limitó a soltármelo un día como «Ah, sí, hoy nos han hecho una oferta por la casa», como si estuviese vendiendo un sofá viejísimo y no el lugar que contenía todos mis recuerdos de la infancia. Cuando me eché a llorar, mi madre me tildó de egoísta.

—Sabes que tu padre siempre ha soñado con vivir en el campo. Y tampoco nos visitas mucho de todos modos.

Lo peor es que lo defendiera cuando yo sabía que tampoco quería vender la casa. Mi madre se había montado la vida perfecta de jubilada. Cada día de la semana tenía alguna actividad planeada, ya fuese una caminata o un rato en la piscina con alguna de sus amigas mayores, antes de pasar a por un café y charlar sobre sus

hijos adultos o los achaques de la edad. Ahora, todo por tener a mi padre contento, estaba a treinta minutos en coche de esa vida. Y ni siquiera unos treinta minutos ligeritos, sino un recorrido por unas carreteras serpenteantes en mitad de la nada que la ponían sumamente nerviosa. Pero agachó la cabeza y dijo que tenía muchas ganas de empezar su vida en el campo, de tener unas vistas preciosas y un huerto, lo cual, en mi opinión, equivale a más trabajo. Me pasé el día llorando mientras hacíamos las maletas en mi antiguo hogar, con mi feto del tamaño de un tomate *cherry* por aquel entonces. Mi bebé jamás iba a ver la habitación en la que crecí, nunca iba a dar sus primeros pasitos torpes en el mismo jardín que yo. Y, por si eso no fuese lo bastante simbólico, mi madre me encasquetó cinco cajas gigantescas llenas de mierdas varias diciéndome «todo esto es tuyo». De modo que, acompañada de mis náuseas matutinas, tuve que tirarme dos semanas viendo a qué restos de mi infancia podía hacerles sitio en mi pisito de dos habitaciones.

—No podemos llenar la casa de cristal de cachivaches, Nicki —me dijo—. Lo lamento mucho, pero vas a tener que hacerle sitio a esto en tu propia casa.

Frotándome la tripa a través del kimono, le prometo a mi bebé que atesoraré todos sus proyectos de arte, todos sus modelitos que tal vez vuelvan a estar de moda en el futuro y cada libro que haya hecho mella en su corazón. Porque los recuerdos valiosos no son «cachivaches». La lista de cosas que pienso hacer de un modo distinto a mis padres es más larga que los silencios incómodos que comparten entre ellos. Pienso estresarme menos, participar más en su vida, validar sus emociones, mostrarle lo que es una relación sana entre dos padres que…

—¿Te ha dicho Charlotte si va a traer hielo? Porque no sé si tendremos suficiente. —Mi madre me mira con los ojos muy abiertos mientras se deja llevar por su pensamiento catastrofista más reciente, con el trapo con el que estaba limpiando aún en la mano.

—Claro que va a traer hielo. Es Charlotte.

—Igual debería ir al pueblo a por más, por si acaso.
—Habrá suficiente, no hace falta.
—Iré de todos modos.
—Mamá.
—Ya me darás las gracias luego.

Mi madre se esfuma antes de que pueda escribirle a Charlotte para preguntarle y oigo el rugido del coche en la entrada al avanzar por la gravilla. Suelto un suspiro, intentando eliminar la contaminación que ha dejado su ansiedad. Le dije a mi madre que ofrecernos su casa para el *baby shower* era más que suficiente y que no tenía que preocuparse de nada más. Pero ella insiste con sabotearse y hacer más de la cuenta. Echo mano del móvil para volver a leer el mensaje de Phoebe. Debería contestar, porque luego me sentiré incómoda si no lo hago. Ya me siento incómoda, la verdad. Al menos, si le contesto, esos mensajes horribles que me escribió desaparecerán de la pantalla. Mis manos regordetas se quedan suspendidas sobre el móvil, a la espera de que les dé instrucciones, pero es como si las teclas fuesen minas a punto de explotar. Acaricio la grieta de la pantalla y pruebo con un mensaje.

¿Vas a venir? ¿Y a ti quién te ha invitado?

No, que parece que estoy buscando pelea. Y seguro que fue Charlotte quien la invitó, que la pobre nunca se entera de nada.

Hala, pues nada. Qué ganas de verte.

Hago una mueca y borro ese también. No me imagino lo que pensaría Matt si lo leyera.

Comprenderás que es una tremenda sorpresa, Phoebe.
Ojalá me hubieras avisado antes.

No, que sigue siendo demasiado agresivo. A pesar de todo, quiero caerle en gracia a Phoebe. Borro por tercera vez y tamborileo con mis dedos rechonchos sobre la encimera de mármol. Oigo una tos aparatosa que resuena en el baño. Mi padre se ha despertado. ¿Qué problema tienen los hombres, que desarrollan una tos matutina y supersónica pasada cierta edad? Matt ha caído en lo mismo, todas las mañanas cuando se levanta a mear por primera vez en el día, y juraría que estoy a nada de encontrarme calzoncillos con sorpresa en la ropa sucia y de que se le asomen unos pelos canosos y enormes de la nariz. Mi padre sale del baño, rascándose un poco.

—Buenos días, tesoro —me saluda, despeinándome de camino a la cafetera—. ¿Cómo has dormido?

—¿Dormir? ¿Qué es eso?

Mi padre se echa a reír.

—Tu madre lo pasó igual contigo. Se despertaba a cada hora por culpa de la vejiga… —Abre una alacena para sacar una taza y servirse el café, con lo que derrama un poco y ensucia las encimeras que mi madre acaba de dejar impecables. Sin afectarse, da un sorbo bien escandaloso antes de dejar la taza con fuerza sobre la encimera y crear un redondel marrón—. Lo recuerdo bien. No me creo que ya hayan pasado treinta y dos años de eso.

Se acomoda en el taburete a mi lado, sorbiendo su café y sonriéndole a mi barriga, mientras decora la encimera con redondeles de café por todos lados.

—¿Y dónde se ha metido tu madre? —pregunta—. No la oigo comiéndose la cabeza por ningún lado.

Intercambiamos una risa cómplice.

—Está convencida de que no tendremos suficiente hielo, por mucho que Charlotte seguramente haya contratado a un iceberg exclusivamente para la fiesta. Así que no se ha quedado tranquila y ha ido a por más.

—No me sorprende. Tu madre se estresa sin razón.

—Lleva despierta desde las cinco limpiando… —Echo un vistazo a

las marcas de la encimera.

—Le dije que no lo hiciera. Ojalá me hiciera caso y se relajara un poco.

Cambio el chip de coconspiradora a defensora de mi madre. Sé que muchas veces lo suyo es excesivo, pero mi padre no parece darse cuenta de que gran parte del estrés de mi madre es culpa de él. Si hiciera un poco más por casa, no tardaría nada en conseguir la esposa relajada que tanto ha anhelado durante toda la vida. Que viven en este mausoleo absurdo porque ambos ganaban una buena pasta antes de jubilarse. No es como si él hubiese sido el único en contribuir en el hogar. Recuerdo que hace un año o dos, Lauren y yo nos juntamos para beber unas copas y, como nos pasamos un poco, terminamos quejándonos sobre nuestras madres. Me dijo que las *boomers* eran las peores víctimas del feminismo de los años setenta.

—Les dijeron que podían ir y sacarse una carrera, pero tuvieron que casarse con unos niñatos inmaduros criados por las esposas sumisas y perfectas de los años cincuenta, que no saben ni cómo limpiarse los mocos. —Recuerdo que dijo entre balbuceos por culpa del alcohol—. El feminismo les jugó sucio. Porque tuvieron que salir a trabajar y sentirse liberadas, pero eso no las libró de cuidar de los hijos y encargarse de la casa. No es ninguna coincidencia que todas las mujeres con más de sesenta años en este país sufran de alguna especie de trastorno de ansiedad.

Cómo echo de menos a mi amiga. No imaginé que caería en la secta de la maternidad. Por desgracia, desde que tuvo a Woody, ya casi ni me contesta las llamadas, siempre con la excusa de que el bebé tiene que comer o hacer la siesta o que está con una de sus rabietas. Me pareció lo más mágico del mundo que ambas nos quedáramos embarazadas en el mismo año, pero ya casi no sé nada de ella. Es muy raro todo. Antes me escribía siempre para preguntarme cómo iba, pero ahora ha desaparecido. Ni siquiera contestó a mi último mensaje, cuando le pregunté sobre el dolor en la zona pélvica y lumbar.

—Igual si recogieras un poco más por casa, mamá se estresaría

menos —le digo a mi padre, acariciándome la tripa de nuevo.

—Tenemos un servicio de limpieza y aun así se estresa. —Me sonríe y se termina el café con una exhalación de lo más ruidosa—. Pero tú no te preocupes, tesoro. Tu madre se quedará tranquila una vez que lleguen todos los invitados.

—Y cuando haya comprado todo el hielo que encuentre en veinte kilómetros a la redonda.

—Exacto.

Se levanta y se huele el sobaco antes de hacer una mueca al captar lo que les ha puesto delante a sus fosas nasales.

—Disfruta de tu día, Nicki. Es una ocasión muy especial.

Entonces caigo en la cuenta de nuevo. Hoy es mi *baby shower*. El mío. Y sigo flipando, la verdad. Treinta y pico personas van a venir para presenciar esta decisión trascendental que he tomado y, según parece, Phoebe será una de ellas.

Suena el timbre, lo que hace que la casa entera parezca una iglesia, y mi padre corre a contestar, sin pizca de vergüenza por los pantalones de chándal harapientos que lleva puestos. Lo oigo conversar con alguien e intercambiar unas risas mientras vuelvo a sacar el móvil. Decido no darle más vueltas, porque fijo que Phoebe no lo habría hecho. Es obvio que ha decidido venir por un arrebato suyo, porque tiene hueco entre una exposición de arte y alguna de sus fiestas de hípster.

«Menuda sorpresa», le escribo a Phoebe. Luego añado una carita guiñando un ojo.

Y ya está. Enviado. Hala. Suelto un suspiro y me reclino sobre el duro taburete, meneando la cabeza. Me sostengo la barriga para recordarme por qué estoy aquí hoy. Es lo que he escogido yo solita.

Está pasando. Hoy mismo. Mi *baby shower*. Una sombra de mi pasado que hace acto de presencia. Decido rendirme a la absoluta absurdidad de este evento. Ya todo es tan raro, que no puede ponerse peor.

—Eh… ¿Nicki? —me llama mi padre, y suena como si estuviera detrás de algo. Llega con dificultad hasta el infierno que es la cocina,

bajo el peso de lo que parece ser un campo de flores entero—. ¿Tú has pedido un mural de peonías?

LAUREN

Odio a mi yo del pasado que ni siquiera se tomó la molestia de intentar volver a dormir cuando eran las cinco de la madrugada.

Ya no doy más. Me duele pestañear, como si por error me hubiese puesto gotas de arena en lugar de colirio en los ojos. Woody berrea desde el otro lado del salón y noto cómo unas oleadas de furia emanan de mi cuerpo.

Seré gilipollas por pensar que ponerme a lloriquear en la cocina era mejor que dormir un rato.

Seré gilipollas por creer que era buena idea tener un hijo.

Seré gilipollas por alucinar con que sería buena madre.

Seré gilipollas por casarme con el cenutrio de mi marido.

Woody suelta otro alarido, esta vez de dolor. En el segundo que he osado tomarme para parpadear, se ha caído de donde lo había dejado removiéndose de un lado para otro, sobre la mesita de centro.

—Mierda. —Echo a correr y sus manitas diminutas se estiran en mi dirección cuando me agacho para recogerlo. Noto un subidón intenso al sentirme tan necesitada, aunque la sensación no tarda nada en agobiarme también—. No pasa nada, peque —le digo—. ¿Te has hecho pupa? Pobrecito mío. —Mi hijo se limpia los mocos contra mi hombro conforme va dejando de llorar—. ¿Te cuento una cosa? —le digo, cambiando la voz de bebé por mi voz de adulta normal—. Si estuvieses durmiendo como deberías, no te habrías hecho daño, ¿no crees? ¿Te has puesto a pensar en eso, Woody? Eso de hacer la

siesta cuando toca está muy bien.

Ya recuperado, se queja y se retuerce para liberarse de mis brazos. Lo suelto y lo observo cómo va derechito a la mesa de centro, para seguir haciendo como que nada sobre ella. Bajo mi cuerpo cansado hasta sentarme sobre la alfombra, de modo que pueda atraparlo cuando termine cayéndose de nuevo.

—¿Sabes qué otra cosa te digo? —le pregunto con mi voz de adulta mientras él intenta ir a por mi taza de té. La aparto antes de que llegue, por mucho que el té ya se haya enfriado. Últimamente, mi té siempre está frío—. Se supone que tu padre debería estar cuidándote ahora mismo, mientras yo descansaba un poquitín. ¿Y dónde está papi? Pues en el baño, ¿no te jode? Porque necesitaba plantar un pino, el muy cabronazo.

Woody se vuelve y suelta una risotada como si le hubiese contado un chiste. Cuando veo la hora en el móvil, son las 8:05 a. m. De ese «dame un ratita que voy al baño» ya hace más de media hora. Cada mañana, me sorprende que le quede algo de mierda en el cuerpo cuando se emplea a fondo en vaciarse los intestinos cada vez que tendría que estar echándome un cable con su hijo. También me resulta muy curioso que estos viajecitos larguísimos que hace al baño no sean algo necesario cuando está en la oficina, pues no me imagino que a su jefe le haga mucha gracia que abandone una reunión importante porque necesita irse a cagar durante media hora. Y es muy raro que la sección de deportes de la BBC o Reddit tengan semejante efecto laxante en Tristan y, por tanto, ameriten ser leídas en el baño, ¿sabes? Porque lo dice la ciencia. Un relámpago de ira la mar de conocido me acelera el corazón. Se supone que me toca un rato de paz y tranquilidad para mí misma esta mañana, dado que me voy a llevar a Woody todo el día mientras él se queda viendo el tenis. Mucho se habla de la incompetencia como arma de la que se valen los hombres, pero juraría que la *incontinencia* como arma es el verdadero problema de las mujeres de este siglo.

—No me entra en la cabeza que me quieras hacer sentir culpable por tener que ir al baño —me dijo, indignadísimo, cuando intenté

tocar el tema hace un rato—. ¿Qué pretendes que haga, Lauren? ¿Que me cague encima en nombre de la igualdad? Una barricada en el esfínter en aras del feminismo, ¿te parece?

Me hizo parecer tan irracional que he terminado disculpándome. Incluso he llegado a preguntarme, por un instante, si lo estaba maltratando. Porque, a ver, ¿en qué planeta no vas a dejar que tu marido vaya al baño cuando lo necesita? Pero es que… yo también tengo que cagar, ¿sabes? Y cuando me quedo sola con Woody todo el santo día, no puedo ponerme a mirar memes mientras lo hago. De hecho, lo que tengo que hacer es amarrar a Woody en su hamaca carísima y cantarle «cucú, cantaba la rana» una y otra vez como una desquiciada, todo ello mientras defeco. Eso, o me aguanto tanto que me duele la tripa hasta que Woody hace la siesta, lo que solo me da veinte minutos, de todos modos. Hasta ahí llegan mis opciones. Cagar a solas mientras mi hijo duerme o llorar tomándome una taza de té en el sofá. Escoge tu lujo, mami querida. ¡Arriba el feminismo que nos dio el poder de tomar nuestras propias decisiones!

Joder, otra vez me estoy regodeando en la miseria, ¿a que sí?

¿Por qué será que no puedo escapar de esta sensación de desdicha? Cuando se supone que debería estar disfrutando de «cada maravilloso segundo» porque «esa etapa pasa rapidísimo, en un visto y no visto ya han crecido y lo echarás de menos».

Al final, Tristan sale del baño, móvil en mano y, no sé cómo, pero parece cansadísimo. Incluso después de haberse tomado un descanso de treinta minutos. Ojos rojos, camisa por fuera de los pantalones. Se queda en el umbral del salón y es obvio que se prepara a sí mismo antes de respirar hondo, llenarse de energía y sonreír de oreja a oreja.

—Hola, campeón —lo llama, con su acento australiano marcadísimo a pesar de los años que lleva fuera de su país—. ¿Qué haces? ¿Estás nadando?

Woody suelta una risita, encantado con su habilidad recién adquirida, y le dedica a su padre una sonrisa enorme. Con todo y el único diente que tiene. Tristan le muestra los brazos abiertos.

—Ven aquí, pequeñajo. A ver esas piernazas de rana que tienes.

Veo a Woody lanzarse hacia su padre, riendo como si los brazos de Tristan fuesen Disneyland, y noto el corazón calentito al verlos abrazarse.

Esto es lo que se siente al tener una familia, me recuerdo a mí misma. Esto que estoy sintiendo en este preciso momento. Es algo que vale la nena. En serio. Tiene que valer la pena…

Tristan bosteza y extiende a Woody en mi dirección.

—¿Un abracito para mami, renacuajo?

Abrazarme a mí es una opción muchísimo más atractiva, y Woody se parte mientras acorta la distancia. Me duele la espalda y estoy hecha polvo, pero no es como si pudiera decir «Quita, quédate con tu padre». Por lo que me aguanto y sonrío en lo que mi bebé se estrella con fuerza contra mi pecho.

Tristan y yo terminamos sentados con las piernas estiradas, y las plantas desnudas de nuestros pies se rozan mientras Woody va dando tumbos entre los dos, vestido únicamente con el pañal. Noto la piel de mi marido contra la mía y caigo en la cuenta de que hacía semanas que no nos tocábamos tanto. Vuelvo a apreciar sus ojos hinchados, las ojeras amoratadas que los rodean, la piel suelta de lo que antes era una mandíbula pronunciada. Él también está hecho mierda. No tanto como yo, aunque sí más de lo que le dan las fuerzas.

«Una nunca conoce a su pareja hasta que tienen un hijo en común».

Recuerdo a una mujer mayor que no conocía de nada dándome ese mensaje en una fiesta navideña de la empresa. Había señalado mi recién estrenado anillo de compromiso y yo me puse a parlotear sobre lo contenta que estaba de haber encontrado a Tristan y sobre lo buen padre que iba a ser cuando llegara el momento.

—Mmm. —Fue lo único que dijo en respuesta, y recuerdo haber pensado que era un poco grosera—. Una cree que sabe cómo serán cuando sean padres, pero los críos te hacen tocar fondo. Ninguno de los dos sabéis cómo reaccionaréis en una situación de tortura.

—¿Cómo que «tortura»?

Recuerdo haberme echado a reír ante la idea y alejarme con la excusa de ir a rellenarme la copa, con una mueca de disgusto durante todo el camino. Ahora es cuando puedo apreciar la sabiduría de esa mujer.

Woody se cae de culo entre ambos y, aunque el pañal le hace de colchón contra el golpe, se pone a llorar. Tristan lo alza en brazos y me hace un gesto.

—No pasa nada, mami. Lo tenemos todo bajo control. Puedes ir a ducharte y arreglarte para salir. Nosotros nos quedamos aquí jugando, ¿verdad, campeón?

—Gracias —le digo, poniéndome de pie para ir a encargarme de mí misma.

Gracias por dejarme cumplir con una función vital básica.

Pero mi gratitud desaparece en cuanto oigo el tema de *Bluey* incluso antes de haber llegado a la habitación. Aferro el marco de la puerta con fuerza. Hemos acordado que Woody solo tiene permitido diez minutos de pantallas al día hasta que cumpla los dos años. Y eso equivale a dos episodios de *Bluey*. Como Tristan está usando uno para aligerarse la vida, siendo que yo no he aprovechado ninguno durante los treinta minutos que ha pasado cagando, eso quiere decir que solo me queda un episodio de *Bluey* hoy y… Respira, Lauren…, que no estáis compitiendo. Tristan es tu marido, no el enemigo. Abro la ducha y le echo un vistazo al móvil en lo que el agua se calienta un poco. Los mensajes siguen ahí, sin ser leídos. Me bloqueará en cuanto los lea, porque es lo que hace siempre. Y entonces tendré que crearme otra cuenta falsa.

El agua caliente es una delicia, por mucho que fuera de la ducha sea una sauna. La pongo lo más caliente que puedo resistir y contemplo cómo la mampara de cristal se va empañando antes de deslizarme hasta quedarme sentada en el suelo, con las rodillas recogidas y la espalda contra las baldosas. Alzo las palmas y dejo que el agua se me concentre en ellas una y otra vez, mientras voy vaciando y volviendo a llenar los pozos que se forman. Aún recuerdo

la primera ducha que me di después de parir. Lloré mientras me tambaleaba para entrar en el cubículo cutre del ala de maternidad cutre del hospital cutre en el que di a luz, al lavarme los restos de sangre seca que se me habían quedado pegados a la piel y ver mi estómago flácido y colgando hacia abajo, ese que ya no llevaba a mi bebé dentro. Solo tuve cinco minutos antes de que Woody se pusiese a berrear desde la cunita de plástico en la que lo habían metido. Desde entonces ya era capaz de distinguir su llanto del de los demás bebés. Solo que eran los primeros cinco minutos que tenía por mi cuenta en nueve meses. Nos habíamos separado. Éramos independientes. Así que me sostuve la tripa como pude y lloré y celebré aquel instante de privacidad bajo el agua caliente. A día de hoy aún lo hago, disfruto de este momento para mí misma tan efímero. Me pongo de pie, me enjabono y me lavo bien el pelo, que ya me hacía falta. Intento sentirme animada por el día que tenemos por delante en lugar de lamentarme por lo mucho que va a descalabrar el horario inexistente de Woody. Las chicas nos volveremos a juntar. Unas mujeres que hace la vida que me conocen, que me quieren. Es posible que eso me haga despertar y salir del abismo en el que estoy, que me recuerde quién soy en realidad.

Por desgracia, mi optimismo muere ahogado cuando salgo chorreando de la ducha y me planto desnuda frente al armario. La ropa que me ponía en mi vida pasada sigue ahí colgada, burlándose de mí. Han pasado nueve meses y ninguna prenda me queda bien aún, tanto en sentido literal como figurado. Es ropa alegre, colorida y ceñida en la cintura, porque, en el Antes, resulta que tenía una de esas. Recuerdo que en mi primera cita con Tristan le conté que trabajo publicando libros infantiles, y él se echó a reír antes de decir:

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Era eso o haciendo programas infantiles.

No era un requisito para el trabajo, claro, eso de vestirse con colores tan llamativos como los que salían en los libros que escogía, pero a mí me encantaba ponerme un atuendo lleno de colores y

diseños curiosos. Vestidos con estampados de globos aerostáticos, vaqueros de colores fosforito, faldas de los años cincuenta salpicadas con unos dibujos de plátanos gigantes. Todo ello debidamente equilibrado con un maquillaje adulto. Unos labios rojos perfectos, la línea del ojo bien hecha, una coleta alta. Cada día un modelito diferente. Solía disfrutar mucho al escoger qué ponerme, pero ahora todas esas prendas cuelgan frente a mí, sin vida. La metáfora es tan obvia que seguro que está escrita en algún libro de literatura del instituto.

Esta ropa ya no me queda porque ya no soy la misma persona.

Nunca volveré a ponerme esta ropa porque nunca volveré a ser la mujer que era.

¿Cuándo podré volver a presumir de unos labios rojos perfectos? Para las cinco de la mañana, Woody ya tendría la barriguita llena de pintalabios por todas las pedorretas que le hago. Y yo estaría hecha un payaso, dado que su actividad favorita es meterme sus dedos regordetes en la boca y tirarme de un lado de los labios, como si me estuviese pescando con un anzuelo. Todos mis modelitos se ven incompletos y raros si no van acompañados de un buen maquillaje, como cuando alguien que lleva gafas se olvida de ponérselas.

La Mami Guay se burla de mí desde el espejo, dando una vuelta para presumir del cuerpazo que ha conseguido recuperar, enfundada en la misma ropa que se ponía antes de tener al bebé. Al igual que todos los que trabajan en el mundo editorial, me leí el monólogo de la Chica Guay que sale en *Perdida* y tuve una epifanía. Sin embargo, he madurado y ya no me comparo con una Chica Guay, por lo que desde que tuve a Woody lo que hago es destrozarme la autoestima comparándome con el personaje ficticio de la Mami Guay. Aunque de ficticio nada, porque todas las *Instamamis* que hay en redes parecen encajar a la perfección en el papel.

Mami Guay se recupera enseguida después de tener a su bebé. ¿Que de dónde me he sacado este vientre plano y definido? Ah, es por dar el pecho todos los días, sin problema alguno, y por empujar el cochecito del bebé cuesta arriba en sus paseos. A veces también

uso al bebé como pesas para los brazos, jajaja. Hago ejercicio porque es un tiempo que me dedico a mí misma, claro. Me levanto a las cinco de la madrugada para entrenar antes de que el bebé se despierte. ¿Por qué voy a desperdiciar el tiempo llorando tirada sobre la alfombra cuando podría aprovechar ese rato para invertirlo en mí y hacer unos «burpees»?

Con un suspiro, saco mi vestido de maternidad azul marino, que tiene una manchita o dos. Todas las prendas de maternidad son de ese color. Porque, cuando te haces madre, tu vida se vuelve de color azul marino. Práctica, invisible y sosa.

Me lo pongo con desgana y veo de refilón la fea cicatriz que me parte en dos a la altura del vientre, la piel que me cuelga por encima como un saliente en ruinas. Una cicatriz que no noto cuando la toco. Todavía tengo la tripa como si estuviera embarazada de tres meses. A saber qué se pondrán hoy el resto de las Mujercitas. Nicki fijo que un peto premamá extravagante, en lugar del clásico vestidito holgado de setenta pavos que encuentras en cualquier tienda de maternidad, porque querrá demostrar que no es la «mami estereotípica».

Que sí, hija, yo también creía lo mismo. Pero llevo más de doscientos días con el pelo recogido en un moño desaliñado y aquí me ves.

Steffi presumirá del cuerpazo de gimnasio que tiene con algún modelito elegante y sencillo de alguna tienda del este de Londres de la que no he oído hablar en la vida, donde solo tienen como doce artículos en venta y el resto del espacio vacío.

Y Charlotte llevará una de sus clásicas diademas a lo Ana Bolena, a juego con algún vestido precioso que el resto del mundo ni soñaríamos con ponernos porque la condenada es tan menudita que puede comprar ropa de la zona infantil sin problema.

Me giro para mirarme en el espejo y me quejo en voz alta al ver todas las partes que me cuelgan. A saber qué van a pensar cuando me vean. Pero ¿sabes qué? A tomar por culo. Pienso pintarme los labios de todos modos.

Tristan suelta un silbido al verme volver al salón. Me las he arreglado para ducharme, lavarme el cabello, secarlo, vestirme y ponerme el pintalabios en menos tiempo del que él ha pasado en el baño cagando. Woody está tumbado bocabajo, llenando de babas un mando viejo de la tele que le dimos para que no llenara de babas el nuevo, mientras que su padre está sentado a su lado en el suelo, leyendo de nuevo el «horario de sueño hecho a medida» que nos llegó ayer de parte de la carísima especialista.

—¿Has visto esto? —me pregunta, agitando el papel—. Esta parte de aquí que habla sobre las siestas matutinas. —Cambia la voz para adoptar el tono empalagoso de Sammy, la mujer a la que contratamos la semana pasada por culpa de la desesperación y que nos hablaba con voz robótica—. Si el bebé se despierta de su siesta antes de las nueve y media, pedidle que se calme. —Alza las cejas —. ¿Qué coño quiere decir con eso? ¿Cómo le pido a un bebé de nueve meses que se calme? «Oye, Woody, pequeñajo. ¿Te importaría calmarte un poco y volver a dormir?». ¿Es por eso que dormimos como el culo? Porque no le hemos pedido educadamente que se calmase.

Me echo a reír, pero la payasada nos ha salido demasiado cara como para que me haga mucha grada. Esa hoja que tiene en la mano nos ha costado doscientos pavos y, siendo realistas, es lo último que nos quedaba de mi baja por maternidad.

—Creo que se refiere a que lo dejemos llorar un rato —contesto, acomodándome a su lado. El vestido se me arruga un poco, pero nadie se dará cuenta. Porque es azul marino y esa es la ventaja. Me mordisqueo el labio—. ¿Sabes lo que te digo? Como no nos dejaste hacer anoche.

—¿Y te parece bien dejar que nuestro hijo chille hasta que se vuelva a dormir?

Me encojo de hombros.

—Así al menos se volvería a dormir.

Tristan me dedica una de esas miradas que me ha dado muchas veces desde que decidimos reproducirnos. La de «no sabía que podías ser tan despiadada».

A la Mami Guay, por el contrario, su pareja le dedica una mirada que dice «¡Menuda madraza estás hecha!».

—¿Sabes qué, Lauren? Va a ser que no. La verdad es que prefiero estar hecho mierda por la falta de sueño que dejarlo llorar.

Más hecha mierda estoy yo, no te jode, replico para mis adentros. Porque soy yo quien le da teta para que se vuelva a dormir. Me pasé los primeros cuatro meses de embarazo sin dormir por culpa de las náuseas y los últimos tres por tener una pelota hinchable por barriga. Y, como doy de mamar, soy yo quien tiene que encargarse por las noches. No te haces una idea de lo hecha mierda que estoy, y ahora ni me permites solucionar aquello que haría que dejase de ser un intento de persona que no hace más que llorar, apestar y lamentarse por lo agotada que está. ¿Por qué no me permites que lo solucione?

—No va a dar resultado si los dos no estamos dispuestos a hacer lo que toca —le digo y mi voz suena muchísimo más tranquila que en mi monólogo interior.

—¿De verdad no te importa dejar que Woody llore?

Observo a nuestro hijo meterse la mitad del mando hasta el esófago.

—No es eso —explico—. Pero no podemos seguir así.

—Ya se le pasará.

—Ya le hemos pagado a la especialista. Intentémoslo al menos.

Tristan se pone de pie y deja el horario de sueño abandonado en el suelo.

—¿Tienes ganas de ir al *baby shower*? —pregunta como si nada.

Cada vez que estamos cerca de empezar a discutir, Tristan siempre se pone de pie y cambia de tema. En ocasiones se lo agradezco, pero en otras (como esta), es casi como si me mandara a callar cubriéndome la boca con la mano.

—¿Supongo que sí? —Trago en seco—. Me preocupa que Woody

no haga la siesta. Solo ha dormido veinte minutos en lo que va de día. Debe de estar hecho polvo.

—A mí no me parece hecho polvo.

Tristan va a la cocina a por la hogaza de pan para hacerse un bocadillo. Juraría que este hombre se zampa como una docena al día. Según él, una de las mejores cosas del Reino Unido es que siempre hay donde comprarse un bocadillo, algo que no parece ser el caso en Australia. «La gente se cree que los australianos vienen a Londres por la cultura o porque el resto de Europa les queda cerquísima, pero en realidad es porque tenéis Pret a Manger». Esa es su broma favorita para romper el hielo. Nunca sabré cómo se las arregla para seguir tan canijo. Cómo me habría gustado que fuese él quien se quedara embarazado, como con los caballitos de mar. Él habría perdido el peso extra del embarazo una hora después de parir.

—Tengo la esperanza de que duerma por el camino. Aunque la sillita como que no le hace mucha gracia.

Tristan pone unas lonchas de queso sobre el pan enmantequillado.

—Pero te lo pasarás bien, ¿no? Verás a tus amigas —dice, pasando olímpicamente de toda mi ansiedad.

Pongo los ojos en blanco y acaricio distraída la espalda de mi hijo.

—Tengo ganas de ponerme al día con Steffi de camino a la fiesta. De hablar de trabajo, por el amor de Dios. No de compartir secretitos para destetar críos por el grupo de WhatsApp de ayuda a los padres. Estoy hasta el moño de Anna y sus «magdalenas orgánicas de calabacín hechas con harina de coco molida por estas manitas».

—Qué te habrá hecho la pobre Anna.

—Dijo que la parte más complicada del embarazo es que los sujetadores de lactancia no sean lo bastante sexis.

—¿Tú no estabas cabreada con Steffi? —Tristan pasa de mi comentario, porque siempre va a defender a Anna, del grupo de

ayuda a los padres. Anna «parece maja». Anna es una Mami Guay. Su bebé dormía la noche entera a los cuatro putos meses («No sé cómo pasó, en serio. Yo no hice nada»).

—No me he cabreado con ella —digo con un suspiro—. Solo me parece que el artículo ese que subió es algo desconsiderado.

—El de no tener hijos, ya.

Aunque no lo veo poner los ojos en blanco, sé que lo hace por dentro. Porque no he dejado de quejarme desde que Steffi compartió ese artículo acompañado de un «¡Por fin alguien dispuesto a abrir el melón! ¡Aleluya!». Me lo leí a las cuatro de la madrugada y me sentí tan dolida que no sé cómo mi móvil no terminó bañado en sangre por el puñal que me clavó.

—Es que no me creo que sea eso lo que opine de mí.

Tristan suspira y le da un bocado a su sándwich antes de decir con la boca llena:

—Ya lo hemos hablado. El artículo no es sobre ti, sino sobre Steffi. Sobre cómo se siente ella respecto a las decisiones que ha tomado en la vida.

Siento que me hierve la sangre al recordarlo.

—Ya, pero eso no quiere decir que tenga derecho a juzgar las mías.

—No está… —Se interrumpe con otro suspiro antes de tragar y poner los ojos en blanco—. Ya lo hemos hablado. —Deja su bocadillo a un lado y se acerca para darme un apretoncito en los hombros. Es la máxima muestra de cariño que me da últimamente; un apretoncito de hombro, como si fuese su modo de sacudirme físicamente hasta que la que era su mujer en otros tiempos vuelva a aparecer—. Es tu amiga —me recuerda—. Quieres a tus amigas y ellas te quieren a ti. Hace siglos que no las ves y te vendrá bien. Te lo vas a pasar genial y estás guapísima. —Entonces planta los labios sobre los míos, con todo y lengua, y lo transforma en un morreo de broma.

—¡Tristan! —chillo, encantada.

Porque un morreo de broma sigue siendo un morreo y a buen

hambre no hay pan duro. Procede a darme un cachete en el culo antes de volver con su bocadillo y zamparse la mitad de un solo bocado. Paso la mirada de él a Woody, que está en el suelo y parece que intenta devorar el mando de la tele como si fuese una cobra, y noto el corazón calentito de nuevo al ver la magia de la genética. Cómo me gustaría que estos momentos en los que pienso que todo vale la pena durasen más, que fuesen menos escasos y efímeros. Pero al menos existen, son pequeños subidones que me permiten seguir tirando. Y tiene razón con lo de Steffi. Que haya subido ese artículo es cosa suya, no tiene nada que ver conmigo. ¿Qué decía? Lo he leído tantas veces por pura mala leche que ya casi que me lo sé de memoria.

«¿Alguien me explica por qué mis amigas siempre pueden llegar tarde ahora y nadie les puede decir nada? ¿Desde cuándo el que tengan hijos hace que su tiempo sea más valioso que el mío?».

Y no solo eso…

«Una de mis amigas que es madre comparte enlaces sobre la crisis climática un día y, al siguiente, presume con la foto de la eco de que se ha quedado embarazada por TERCERA vez. ¿Es que no sabe sumar dos más dos? Y se supone que la egoísta soy yo por no tener hijos, ¿no?».

¿De verdad piensa que la considero egoísta? ¿Me he vuelto tan cabrona desde que nació Woody? No me da la vida para pensar algo así.

Oigo un *pum* cuando Woody lanza el mando al suelo. Se incorpora apoyándose en las manitas, me ve y una sonrisa encantada se le dibuja en el rostro. Eso de tener un bebé es como ir siempre acompañada de tu fan número uno. Uno que se lo hace encima varias veces al día de la emoción que le da verte. Se pone a gatear en mi dirección y casi que jadea por la felicidad que siente al llegar a mis brazos. Cuando se choca contra mis piernas, las usa para ayudarse a incorporarse.

—Hola, cariño. Ay, Woody, no… El pelo, no… Ay. Le estás haciendo pupa a mami… No, en la boca, no… No… ¿Tristan? Woody,

que no…

Sin más, Woody me mete los dedos en la boca y me pringa toda la mejilla de pintalabios. Y adiós rojo perfecto.

STEFFI

Nada como el metro de Londres para recordarte que el mundo pasa de tu cara, incluso en los días en los que te pones más dramática. Nunca deja de sorprenderme lo mucho que a la ciudad se la suda, todos con la mirada gacha y cabizbajos, cada vez que me vengo abajo en público. Cuando me puse a llorar a moco tendido en la estación de la calle Liverpool porque Mike cortó conmigo, pasaron incontables metros, la gente se bajaba de ellos por montones, le echaba un vistazo a la mujer que lloriqueaba en un banco y seguía con su vida sin afectarse, como si no me hubieran visto. No, a Londres le importa un rábano si tienes el corazón roto y, según parece, también le da igual si estás a las puertas de alcanzar el éxito. Esta mañana me ha dado la impresión de que fijo que me iba a encontrar alguna especie de desfile en mi honor. Con elefantes adornados con tiaras. Solo que, al bajar del bus atiborrado con un saltito y descender por los escalones mugrientos de la estación Mile End, lo único que me encuentro es un aire viciado que sabe a cáncer de pulmón y ni un mísero elefante. Al menos está casi vacío y puedo dejarme caer en un banco para derretirme a gusto mientras me abanico la cara, por mucho que no sirva de nada. Hace demasiado calor y noto que el maquillaje se me va yendo con el sudor, pero me niego a que eso me afecte el buen humor. Voy dando golpecitos con los pies en lo que espero el rugido y los chirridos del metro al frenar en el andén. Saco el móvil para leer de nuevo los correos. Aunque no he recibido ningún otro, sé qué vendrán más, porque este libro

será un éxito. Los contratos serán tremendos, la propia Rosa se volverá un éxito. Y, lo que es más importante (dado que he refinanciado la hipoteca de mi piso para cubrir todos los gastos), mi agencia se convertirá en un éxito tremendo. La magnitud del suceso dependerá de lo que haga durante las siguientes dos semanas, y me quejo en voz alta al recordar la fiesta de hoy.

El metro sisea y me subo contoneándome, aunque eso no impide que me acomode la falda antes de sentarme, porque no quiero ninguna picadura de pulga. Sigo dando golpecitos con el pie en lo que zarpamos a toda velocidad por los túneles oscuros. Me sienta bien quedarme sin señal un rato, pues es la oportunidad perfecta para respirar y tranquilizarme de una puta vez. Decido que no volveré a mirar el móvil hasta que me haya subido al tren. Necesito calmar mis nervios para no terminar enviando los correos que me cambiarán la vida escritos EN MAYÚSCULAS. Oigo el chirrido que anuncia que hemos llegado a la estación Bank y me bajo, para luego recorrer a paso tranquilo los túneles en dirección a la línea del norte, sonreírle como una tonta a un músico ambulante y lanzarle un par de monedas al estuche de su guitarra. El tipo me devuelve la sonrisa y quiero ponerme a dar saltitos como un corderito de lo contenta que estoy. Otro viaje en metro hasta la estación del puente de Londres y compruebo la hora. Lo he clavado. Tengo el tiempo justo para ir a mear, comprarme un cafecito y pasearme por la librería de la estación para poner todos los libros de mis clientes en la mesa de novedades. Me permito dejarme llevar un poco por la nostalgia en lo que deambulo por el área central de la estación, consigo lo que necesito y espero en el andén a que llegue mi tren. Cuando las Mujercitas nos mudamos a Londres y nos desperdigamos cual monedas que ruedan en todas direcciones, siempre quedábamos en la estación del puente de Londres para ponernos al día. De hecho, Charlotte y yo nos sentamos en ese banco de allá, borrachísimas y zampándonos unos bocatas del Leon mientras cantábamos la banda sonora de *Pocahontas* de principio a fin, hasta que mucha gente que había cerca se puso a cantar con nosotras. Estábamos viviendo

nuestra propia fantasía al estilo Bridget Jones y nos moríamos de ganas de visitar trampas para turistas como Borough Market. Las cuatro nos íbamos taconeando hacia South Bank, pasábamos a ver las obras más importantes del Tate Modern, el puente colgante y los reflejos de la catedral de San Pablo en el Támesis. De vez en cuando quedábamos en el Teatro Nacional para ver espectáculos que Nicki y Charlotte hacían como que entendían mientras que Lauren y yo pasábamos el rato riendo borrachas. Nos metíamos en el Wagamama, vestidas como si hubiésemos salido de un episodio de *Sexo en Nueva York*, y hacíamos que nuestro cuenco de fideos diminuto nos durara horas o cortábamos una empanadilla hervida en cuatro bocados, porque sabíamos que eso era lo que estaba de moda, por mucho que no pudiéramos permitirnos comprar un plato por cabeza. Lauren, Charlotte y yo lloriqueábamos por nuestras decepciones amorosas, acompañadas de la botella de vino tinto más barato que hubiera, mientras que Nicki asentía en ademán comprensivo (o condescendiente, a mi parecer). Entonces el alcohol se nos subía a la cabeza, nos olvidábamos de que no teníamos ni un duro y nos íbamos a beber unos cócteles en lo alto de la OXO Tower, para luego pedirles a desconocidos que nos hicieran fotos. Miradnos, unas jóvenes en la mejor ciudad del mundo, buscándonos la vida por mucho que solo tengamos el graduado en Literatura y nos haya tocado buscar trabajo en el peor mercado laboral de los últimos veinte años. Quizá me falle la memoria, pero diría que incluso Nicki y yo nos llevábamos bien por aquel entonces. Todo el lío con Matt no fue nada serio (para ella, al menos) hasta que se comprometieron. Creo que fue entonces que comprendió que nos tendría a ambos en su vida de forma permanente, como un recordatorio constante de cómo se conocieron. Pasé de querida compañera de piso a una albatros indeseable a la que quería quitarse de encima. Por suerte, Charlotte y Lauren no estaban por la labor. «Ya se le pasará», me prometió Lauren, dándome un apretoncito en la mano. «Pasará página, ya verás. Te prometo que siempre vamos a apoyarnos unas a otras». Así que me aferré con todas mis fuerzas a las Mujercitas y

ellas hicieron lo mismo conmigo. Aunque cabe agregar que a Nicki no se le ha pasado y lleva años siendo muy cabrona conmigo. Desde entonces llevo sintiéndome como Amy. Y fijo que, en ese cerebro retorcido que tiene Nicki, alucina que Matt es Laurie o algo así. Tú misma. Haz lo que tengas que hacer para mantener viva la llama del amor cuando llevas follándote al mismo tipo desde la universidad, pero a mis amigas y a mí no nos metas.

Cuando anuncian mi tren, estoy tan desesperada por revisar el móvil que casi que subo las escaleras mecánicas corriendo y derramando mi café helado. Gracias al cielo, el tren tiene aire acondicionado y está casi vacío. Me dejo caer en un asiento, aliviadísima, y abro mucho las piernas para dejar que se me seque el sudor de las rodillas. Conforme Londres se va convirtiendo en un borrón a mis espaldas, cierro los ojos. Pero la paz solo me dura treinta segundos antes de abrirlos de golpe y buscar el móvil a toda prisa. Bah, nada nuevo. Qué fastidio que mi paciencia de santa no haya sido recompensada.

Decido escribirle a Lauren.

Steffi:
Ya estoy en el tren, sin retrasos. ¿Te lo puedes creer?
¡Gracias de nuevo por llevarme hasta el culo del mundo! Más vale que haya priva o no respondo de mis actos.

Veo que está conectada y que me contesta de inmediato.

Lauren:
Vale.

Hago una mueca. Qué cosa más rara. ¿«Vale» y ya? ¿Es que ha malinterpretado mi broma sobre el alcohol y cree que me estoy poniendo pesada con lo de Nicki? Nah, si sabe que siempre voy en son de paz (no como otras). Me tranquilizo diciéndome que debe de

tener al bebé en brazos. Como bien me recuerda todo el mundo, son unas criaturitas de lo más exigentes. Como si, por el hecho de no tener uno yo misma, no pudiera entenderlo. Por todo este egoísmo que llevo dentro al no ser madre, claro está. Porque eso es lo que cree la gente. Que lo que supone preocuparse por alguien, la carga que acarrea, escapa a mi comprensión incluso tras haberme hecho cargo de mi madre enferma hasta el último de sus días. Nop. Porque solo vale si es tu hijo. Si te encargas de cuidar de alguien más, no es lo mismo.

Meneo la cabeza, sorprendiéndome por mis propios pensamientos. Parece que ese «Vale» me ha afectado un poquitín. Pero estamos hablando de Lauren. Lauren que me adora. Ha pasado tantísimo desde que nos vimos por última vez que he olvidado que ella siempre tiene buenas intenciones. Es tan radiante como los modelitos que se pone. Nos falla la dinámica porque hace una eternidad que no nos vemos. Hoy nos servirá de recordatorio de lo unidas que éramos, incluso si estamos en momentos muy distintos en la vida.

Cuando me suena el móvil y me avisa que acabo de recibir un correo, la sangre se me concentra toda en la punta de los dedos.

Respira, Steffi, tranquila. El tren se mete a toda velocidad en un túnel y no sé si es eso lo que hace que me piten los oídos o la anticipación de lo que está por venir. Cuando veo el nombre en el correo, juro que me explotan los tímpanos.

—Mierda —me digo a mí misma—. ¿Qué dices? No, no. Estoy alucinando.

El correo es de Nina Baldwin. La mismísima Nina Baldwin. Una actriz de Hollywood adorada por todos que, tras cumplir los veinticinco, se hartó tanto de que no hubiera papeles para minorías o mujeres de una cierta edad que decidió crear su propia productora. Y, desde entonces, todo lo que toca se ha convertido en una mina de oro. Ella solita se ha montado su propia cinta transportadora y no deja de sacar éxito tras éxito con ella. Escoge libros estupendos, los convierte en series estupendas y, por si eso

fuese poco, suele hacer que esos títulos sean el libro del mes en su club de lectura. Que tiene la friolera de treinta millones de seguidores, poca cosa... Así que, cuando la serie estrena, tanto el libro como la serie lo petan.

Y ese es el nombre que estoy viendo. En mi bandeja de entrada.

Querida Steffi:

Sé que es muy raro enviar correos de trabajo en sábado (aunque, técnicamente, aquí en la ciudad de las estrellas sigue siendo viernes por la noche). Pero bueno, que cuando una se encuentra con un libro como Luna de sangre tiene que ponerse las pilas. Steffi, me ha dejado sin palabras. Quiero hacerte una propuesta ya mismo, porque sé que Luna de sangre es justo el proyecto que necesita una plataforma de *streaming* con la que estoy colaborando. Es que me imagino en el papel de Cassandra, ¡es el personaje de mis sueños! ¿Necesitas que te haga una propuesta formal durante el finde o podemos esperar al lunes? Te juro que Mujeres al Poder Producciones es el hogar perfecto para este proyecto y que le haremos justicia. He puesto en copia a mis abogados para que esto sea (un poquitín) oficial, pero de verdad te digo, a nivel personal, ME MUERO por hacerme con este libro. Te daré lo que pidas, en serio. Porque es perfecto. Ha sido un honor leerlo y ya quiero que me contestes.

Que tengas un día maravilloso y ojalá este correo te llegue cuando ya sea de día.

Besitos,
Nina Baldwin

Se me destapan los oídos cuando salimos a toda velocidad del túnel y se me ensucia la pantalla del móvil porque tengo las manos sudorosas. Es muy raro las cosas que nota una cuando le está cambiando la vida.

—Anda, quién me iba a decir que Nina Baldwin manda besitos en sus correos de trabajo —me descubro comentando en voz baja. Entonces se me cae el móvil de las manos y me pongo de pie. Puta Madre.

Vale, esto nunca me había pasado. Incluso con los libros más populares con los que he trabajado en Slick Agency, nunca había llamado la atención de la mismísima Nina Baldwin. Daba por hecho que ni veía mis propuestas, la verdad. Porque es casi imposible llamar la atención de Nina Baldwin; la mujer es semejante jefaza que solo escoge *best sellers* seguros. Es como la Willy Wonka de Hollywood, con un número limitado de billetes dorados que concede durante el año. Una euforia desbordante me inunda y menos mal que el aire acondicionado está a tope y que el vagón está vacío, porque la adrenalina me hace sudar a chorros mientras me marco un bailecito de celebración. Recojo el móvil y le estampo un beso. Chillo y me golpeo el pecho por la emoción y…

… echo tantísimo de menos a mi madre que creo que voy a vomitar.

Porque estaba a punto de llamarla para darle la noticia, para deleitarme con ella. Al fin y al cabo, todo el éxito que tenga también es cosa suya. Solo que no me va a contestar. Me dejo caer de nuevo en mi asiento y me aferró el corazón a través del vestido, como hacía ella cuando yo era más pequeña.

«No pasa nada, tranquila. Vas a estar bien. Estoy contigo».

Solo que no está conmigo. Nunca más volverá a estarlo.

Suspiro de nuevo, abriendo y cerrando los puños. El dolor de la pérdida empieza a difuminarse, de vuelta al lugar en el que suele estar. Las olas han roto y la marea se está calmando. Han pasado cuatro años. Sonrío y la oigo susurrarme:

«Lo has conseguido, Steffi. Tú solita. Lo has conseguido. Sabía que lo harías»…

Dejo que la felicidad vaya volviendo, con sus bordes ligeramente teñidos por la amargura. Lauren se pondrá muy contenta. Puedo contárselo en cuanto baje del tren. Ya es algo. Seguro que me dice

muchas cosas más que un simple «vale». Y entenderá el sabor agridulce de la noticia. Uno de los pocos recuerdos que tengo del entierro de mi madre es el de ella sujetándome la mano y susurrando:

—Tu madre estaba muy orgullosa de ti, Steffi. En serio.

Así que cuando se entere…

Dios santo. ¡La mismísima Nina Baldwin!

Se me escapa la risa y tengo que morderme el puño. Ay, Nina. Si supieras que dirijo mi agencia desde mi pisito de una sola habitación con vistas al cementerio en el que un tipo con problemas de salud mental se sube a mis contenedores de basura al menos una vez por semana y se queda ahí plantado, a lo suyo, mientras se chupa el pulgar. Si supieras que mi asistenta, Grace Shadowfax, no existe. No es más que un correo que me inventé porque no podía permitirme pagarle a una asistenta de verdad. Y la condenada es tan eficiente que ya se la están rifando los de Eagle Publishing, por el amor de Dios. Sé que, llegado el momento, tendré que hacerle saber al mundo que Grace no es una persona de verdad. Porque la gente querrá verla en reuniones, fiestas y eventos de la empresa. Solo que no puedo revelar que Grace Shadowfax es un producto de mi imaginación hasta que haya alcanzado notoriedad y mi asistenta imaginaria no sea nada más que una anécdota graciosa en la historia de mi éxito monumental.

Grace, te tocará salir del armario de la imaginación.

Porque esto va a pasar. Lo voy a petar.

¡HOLA, NINA BALDWIN!

A ver, tengo que pensar. Me llevo un dedo a la sien para calmarme de una vez. Por contrato, tengo que presentarle todas las propuestas a Rosa y dejar que decida ella. Aunque tendría que estar loca para decirle que no a Nina. Claro que, si la mismísima Nina Baldwin está interesada, eso quiere decir que otras productoras importantes también lo estarán. Maldición, voy a tener que decidir entre estudios de Hollywood de los grandes y también hacerles saber a las editoriales que Nina está interesada. Y todo esto va a

sacudir el mundo entero. Si el mercado británico iba a ponerse como loco, ahora el estadounidense también. Y eso hará que el fenómeno llegue a Alemania, Francia, España… Ya puedo verlo. Múltiples subastas para múltiples países. Me pasaré una semana entera sin dormir, pero, para cuando acabe, si lo he hecho todo bien, mi autora será multimillonaria. Menuda alegría se va a llevar. Le va a dar algo, ya verás. Ahora mismo está cobrando poco más de veinte mil al año en esa organización minúscula que subvenciona a los escritores. Está compartiendo un piso en Brixton con otras seis personas. Llegó tarde a nuestra primera reunión, cuando quedamos para desayunar, y se disculpó porque tuvo que esperar cuarenta minutos para que le llegara su turno para ducharse. Ay, Rosa de mi corazón. La de cosas maravillosas que le esperan. Fijo que le da algo. Cuando los autores reciben noticias así de impactantes, suelen entrar en pánico. La magnitud del hecho los sobrepasa y no pueden escribir un segundo libro. Así que mi autora va a necesitar mogollón de apoyo emocional. Jo, ¿y a mí quién me da apoyo emocional? Intento apaciguar otro pinchazo de dolor al recordar a mi madre según nos adentramos a toda velocidad en otro túnel. Menos mal que voy a ver a Lauren dentro de nada. Puedo soltarle todas mis buenas nuevas así de sopetón, sacármelo todo de dentro antes del *baby shower*. Es que, en serio, ¿por qué coño tengo que ir a un *baby shower* justo hoy? Si tengo tantísimo que hacer que no me va a dar la vida.

Cuando salimos del túnel, el móvil me suena de nuevo. Lo levanto ya con una sonrisa en el rostro. ¿Quizá sea otro estudio? ¿Otra editora? Nada que me llegue al móvil puede ser una mala noticia hoy.

Yo y mi bocaza…

Un mensaje de Jeremy. Al principio, noto un cosquilleo de emoción. Deben de ser sus planes para nuestra quinta cita. Noto una pulsación en la entrepierna al recordar nuestra cuarta cita. Nuestros cuerpos deslizándose por el sudor, el sabor de la sal en su piel, las ventanas de su piso en Londres abiertas de par en par para que nos oyera todo Dios.

Jeremy:
Buenos días, Steff. ¿Qué tal? ¿Cómo va todo con tu proyecto importante? Espero que bien. Eres una chica estupenda y espero que todo te vaya bien en la vida.

Veo que sigue escribiendo, incluso tras enviar el mensaje. Se me escapa una palabrota y el corazón me late a toda prisa. No se trata de un mensaje normal o de uno para ligar. Es raro. ¿Soy una «chica estupenda»? ¿Eso que tiene que ver con nuestra quinta cita? Me froto el corazón de nuevo mientras espero su segundo mensaje.

Jeremy:
Sé que has estado hasta arriba de trabajo esta semana, pero, siendo sincero, me ha venido bien el tiempo libre para pensar un poco. Lo siento mucho, pero creo que lo nuestro no va a funcionar. Eres una mujer estupenda, en serio. Sabes que lo pienso de verdad. Pero eso de no querer hijos... Esta semana he comprendido que es algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar. Lo lamento mucho. Te llamaría para hablarlo, pero sé que estás muy liada. Lo siento de nuevo. Un beso.

Meneo la cabeza y suelto un suspiro fastidiado según voy haciéndome a la idea de que mi quinta cita con Jeremy desaparece en el éter. El golpe me duele al instante, muchísimo más de lo que debería teniendo en cuenta la cantidad de veces que me lo han hecho ya. Sé que las Mujercitas me creen esta jefaza experta en citas que solo sale con hombres interesantes y se deleita con actividades sexuales de calidad, del tipo que solo son posibles gracias a las feromonas frescas que desprende un desconocido... Pero, joder, también es algo muy doloroso y solitario y que me consume el alma a momentos. Y Jeremy tenía que enviarme el dichoso mensajito hoy, cómo no. Justo hoy, en el mejor día de mi

carrera profesional. Porque necesitaba que me recordaran lo jodida que estoy, claro está. No vaya a ser que mi ego se saliera de control.

«Eso de no querer hijos… He comprendido que es algo a lo que no estoy dispuesto a renunciar…».

Qué curioso que los hombres siempre decidan que eso es algo a lo que no están dispuestos a renunciar *justo* después de haber follado con ellos. Sin importar lo mucho que posponga el acostarnos, siempre se ponen en plan «Anda, salir con una mujer de treinta años que no se muera por tener hijos a la de ya es algo que no se suele ver» justo hasta el instante antes de que eyaculen dentro de mí. Porque entonces todo cambia a «¿Sabes qué? Me lo he pensado mejor y lo de no tener hijos es rarísimo. Resulta que quiero diez». Como si, no sé, les ardiera que le hiciera el feo al semen que se ha quedado en el condón que aún llevan puesto.

Apoyo la cabeza en la ventana granulada del tren y me sigo frotando el corazón.

Igual es que follar se me da fatal…

Entonces, ¿por qué los tipos siempre me dicen todo lo contrario?

Que estaba ahí con Jeremy, no me lo he soñado. Oí los sonidos que hacía. Follar no se me da fatal.

¿Sabes qué? No. Que le den por saco a este individuo. ¿Cómo se atreve a enviarme este mensaje justo ahora? ¿Cómo osa echarme a perder el día?

No. Me rehúso. No pienso permitirlo.

Además… tremenda nenaza. ¿Quién corta por mensaje? ¿Se cree que puede ser padre cuando no tiene los pantalones para dejar a una mujer mirándola a la cara? Habrase visto. Menudo cabrón egoísta y atrofiado que se cree con derecho a reproducirse.

Estoy harta de lo mismo.

¿Cuántas veces más tengo que pasar por esto hasta encontrar a un hombre que quiera lo mismo que yo?

La semana pasada leí un artículo increíble que hablaba sobre la vida sin hijos y que lo resumía a la perfección. Que, al inicio, te comparan con un unicornio porque es rarísimo y maravilloso ser una

mujer de treinta y pocos que no esté desesperada por quedarse preñada. Cuando la situación inevitablemente llega a ese punto alrededor de la tercera cita (porque ya he aprendido que no debo irme a la cama con nadie hasta haber tenido un mínimo de tres citas, salvo que esté demasiado cachonda), porque es algo propio de seguir sin pareja a los treinta, juro que veo a los hombres suspirar de alivio cuando les digo que no estoy buscando empezar una familia. Literal que uno, en ademán teatrero, se secó el sudor de la frente (a ese no me lo follé, claro está). Pero el alivio dura poco. Una vez que se dan cuenta de que han escapado del martirio de *venga, dime que me quieres que ya vas tarde, vámonos a vivir juntos y pídeme que me case contigo para ayer, no me hagas perder el tiempo, cono, que ya tengo treinta y dos, ¿sabes? Estás atentando contra mis derechos humanos al no comprometerte a ir en serio cuando cada día que transcurre los ovarios se me arrugan como pasas cada vez más. HAZME UN HIJO, NIÑATO INEPTO, o vete a ligar con una chiquilla de veintitrés que no había nacido cuando las Spice Girls estaban de moda*… Pues eso, que una vez que creen que se han salvado de una buena, tienen unas cuantas semanas de sentirse libres y pensar que soy lo mejor que ha producido este mundo desde… no sé, el *kimchi*, y luego se les pasa. Entonces llega el momento de la sospecha.

Este artículo lo explica de maravilla. «Sin hijos y con tiempo para dejarme llevar por la indignación». ¿Cómo iba ese párrafo? Fue por eso que lo compartí. Sentí que me representaba. Quería que todos mis ex lo vieran y se diesen cuenta de lo gilipollas que son.

> «Mis amigas juran y perjuran que solo tengo que armarme de paciencia. Que todos los hombres divorciados no tardarán en sumarse a las filas de hombres disponibles. Hombres que ya han tenido hijos y que eso ha hecho que su matrimonio se vaya a pique y que verán a una unicornio sexi y dirán "¡Por fin una mujer que no

quiere hijos! ¡Toma ya!". Y yo como... "¿Perdona? Si no tengo hijos es precisamente porque... no quiero tenerlos. Mucho menos tener que hacer de canguro de los hijos de otra persona una semana sí y una semana no". Eso y que no me atraen los hombres que abandonan a las madres de sus hijos. Salvo que los hayan echado de casa amenazándolos con un cuchillo (y, siendo sincera, con lo mal que vamos como sociedad con la incompetencia como arma, casi que no puedo juzgar a una mujer que se vea tan desesperada como para blandir un cuchillo), la verdad es que no me pone nada un tipo que haya abandonado a la persona que literalmente les creó a un ser humano de la nada, casi muere al parirlo y luego sacrificó su carrera, identidad, sueldo y tetas para criarlo... Pero sí, claro, más opciones para mí. Deja que cuente todos los partidazos disponibles. Anda, un padre ausente. Menuda suerte la mía, una solterona egoísta y afortunada».

Esa parte me encantó, en serio. Aunque había otras con las que no estaba de acuerdo y la autora no parecía muy buena persona que digamos. Pero lo que dijo sobre los hombres disponibles fue tal cual. Y aquí me ves, sola de nuevo.

Suspiro y vuelvo a apoyar la frente en la ventana, mientras veo cómo las casas de las afueras de la ciudad van pasando a toda prisa. Cómo duele. El mensaje me ha dolido de verdad. No puedo creer que alguien llamado Jeremy me haya hecho tanto daño. ¿Cómo va a venir justo un *Jeremy* a romperme el corazón? Aunque no es que me lo haya roto, no. Porque he tenido que fortalecerlo tanto últimamente que se ha puesto más duro que un bistec achicharrado. Para cuando llegue el próximo año, Jeremy ya habrá pasado al olvido, al igual que todos los demás pringados que llegaron antes que él, me vieron, me mintieron a la cara sobre lo de no tener hijos, me conquistaron y luego salieron por patas, pero no sin antes insinuar que la egoísta soy yo. El problema es que me repatea que tenga que ser hoy. Justo cuando todo empieza a despegar... siempre hay algo que me recuerda que en mi vida solo puede salir una cosa

bien a la vez. Pero bueno, que si tenía que escoger entre Jeremy o montar la mejor agencia de renombre del Reino Unido, te puedes ir a tomar por culo, la verdad, Jeremy. Porque en cuestión de setenta y dos horas voy a ganar una millonada, como lo oyes.

Steffi:
¡Mira tú por dónde! Resulta que los tipos que no tienen los huevos para mantener una conversación madura con una mujer con la que se han acostado es algo que yo no estoy dispuesta a tolerar. Así que nada. Eres un crío por hacer esto por mensaje. Y, hablando de críos, ojalá que, si algún día tienes una hija, se folle a alguien que les tenga más respeto a las mujeres.
No como tú.

Lo envío y procedo a bloquearlo al tiempo que entramos a otro túnel. Me prometo a mí misma que lo habré superado para cuando volvamos a salir y, durante unos siete segundos, mientras el tren me ruge en los oídos, cierro los ojos y me permito sentir el dolor. Hasta que el mundo se me ilumina detrás de los párpados. Cuando vuelvo a abrirlos, el tipo es historia. Al igual que todos los demás. Ahora me toca concentrarme en Rosa. En *Luna de sangre*.

En Nina Baldwin.

Madre mía, qué día.

Tengo que llamarla pero ya. Eso me animará. Siendo sincera, la parte de contarles a mis clientes que van a publicarles su libro es lo mejor del mundo mundial. Porque ¿qué otro trabajo te da la oportunidad de cumplir el sueño de una persona? Que no sea el de presentador de concursos de la tele, vaya. Además, no se trata de una llamada sin más. Rosa se va a volver tan rica que ni sabrá qué hacer con tanta pasta. Podrá dedicarse a escribir de manera profesional el resto de su vida, aunque no es como si fuese a necesitar el dinero después de lo de este libro. Busco su número, con una sonrisa de las de verdad plasmada en la cara, y le doy a

«llamar» con todas mis fuerzas. La sorpresa será mejor aún siendo que es sábado. Porque le dije que no sabríamos nada hasta el lunes por la mañana, como mínimo.

El móvil me pita en lugar de conectar la llamada. Frunciendo el ceño, compruebo que no tengo señal en este particular trocito de infierno de las afueras de la ciudad. Cuando vuelvo a tener más barritas le doy otro intento, pero nada, no hay suerte, y ahí vamos a meternos en otro túnel. Suelto un suspiro, frustrada. No quiero que la falta de cobertura me eche a perder la llamada, pero tampoco podré hacerlo en el *baby shower* de Nicki. Tendré que esperar hasta llegar a la estación y llamar a Rosa entonces, antes de encontrarme con Lauren. No tardaré más de diez minutos y se lo compensaré invitándola a un café helado del Starbucks.

No le importará, ¿verdad? Si son diez minutillos de nada.

CHARLOTTE

Madre mía. Esta casa es perfecta para el *baby shower*. Perfectísima.

Nicki no le hizo justicia cuando me la describió. De hecho, se mostró bastante desanimada al hablar de la nueva casa de sus padres, pero lo que tengo enfrente parece sacado de uno de esos *realities* de casoplones magníficos. Una catedral de cristal en las colinas infinitas de las afueras de la ciudad. Saco el móvil y hago unas cuantas fotos, porque fijo que esta casa se hizo para eso: para subir contenido a redes sociales. Dejo la bandeja sobre la gravilla y, con todo el cuidado del mundo, saco uno de los *cupcakes*. Lo sostengo frente a la casa y le hago una foto. La subo con el pie de foto: «¡¡¡¡Ya lista para el *baby shower* del bebé más afortunado del mundo!!!! ¡¡¡¡Las Mujercitas juntas de nuevo!!!!». Etiqueto a Nicki, por mucho que casi ni entre en redes, y luego a Lauren y a Steffi. Devuelvo el *cupcake* a su sitio y me agacho para recoger la bandeja. Uff. Puede que me haya pasado un poco creyendo que podría cargar con tantas cosas en un solo viaje desde el coche. Cómo me gustaría no tener estos brazos enclenques de niña pequeña. Subo los escalones de madera hacia la puerta principal y le doy unos golpecitos al cristal con el codo. En lo que espero a que me abran, noto que el glaseado de los *cupcakes* se ha empezado a derretir en el par de minutos que ha pasado en este calor. No, no, no. ¡No me eches a perder los remolinos perfectos de crema de mantequilla! Vi la tira de vídeos hasta que conseguí dar con el movimiento de muñeca preciso para conseguir ese efecto. La gente cree que debe

colocar la manga pastelera en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero en realidad hay que hacerlo directo desde arriba. Hice dos tandas de prueba hasta que me salió como debe ser… Ay, qué lástima que haga tanto calor. Los alrededores de la casa habrían estado preciosos, pero ahora todo parece paja. Ojalá haya espacio suficiente en la nevera para toda la comida. Me he traído tres neveritas conmigo, pero quizá debería haber cargado con cinco, porque… Ah, ahí está Nicki. Anda, ¡pero qué barrigota es esa!

A través de la puerta de cristal, veo su silueta ligeramente distorsionada que avanza con dificultad en mi dirección.

—¡Felicidades por el *baby shower*! —le chillo cuando abre la puerta, dejando los *cupcakes* en el suelo de nuevo para darle un abrazo.

—Charlotte. Vaya, sí que has llegado pronto. Aún no me he vestido ni nada…, perdona.

—¡Pero si estás enorme! —Le vuelvo a chillar—. Enorme, te digo.

Darle un abrazo es toda una odisea. Como Nicki mide casi un metro ochenta y tiene la barriga más grande que he visto en la vida, yo le llego prácticamente al inicio de la curva.

—Vaya, gracias. —Me mira con las cejas alzadas en lo que me aparto.

—Pero estás guapísima, sin duda —añado—. Tienes ese brillo precioso. ¡Y mira tu pelo! ¡Y esa piel!

La sonrisa que me dedica es sincera.

—Gracias. Yo me siento como una ballena gigante y sudorosa, pero intentaré verme como me ves tú. Hala, qué *cupcakes* más bonitos. ¿Los has hecho tú?

Asiento y le hago un ademán cuando intenta agacharse para recogerlos.

—No, no, ya voy yo. ¡Tienes aire acondicionado! Qué maravilla. No sabes el miedo que tenía.

Recojo la bandeja y sigo a Nicki hacia el salón. Ella avanza despacio, con una mano apoyada en la espalda baja. ¿Será que sufre de dolor en la zona pélvica y lumbar? Debería ir a ver a un

osteópata. Yo conozco a uno estupendo en Richmond. El aire frío me sienta de maravilla y veo que los *cupcakes* prácticamente suspiran de alivio.

—Sí, es que no se puede vivir sin aire. Mis padres compraron uno portátil. Es solo para esta habitación y no podremos tener abiertas las ventanas grandes, pero con suerte no se nos derrite nada. Yo llevo plantada enfrente los últimos diez minutos. —Me vuelve a sonreír—. Por eso no me he cambiado aún.

—Perfecto. Todo es perfectísimo. —Barro la habitación con la mirada y me pongo a calcular dónde irá cada cosa. Madre mía, las vistas. Toda la pared trasera está hecha de cristal y hay irnos campos infinitos sin importar dónde mires. Aunque la mayoría están secos y de color paja, el paisaje aún hace que quiera ponerme en plan patriótica y cantar *Jerusalem*. El aire acondicionado ruge con violencia en un rincón, con un tubo enorme que da hacia las puertas de cristal. Desentona un poco con el ambiente, ¿igual lo puedo cubrir con las decoraciones? Anda, el mural de peonías—. ¡Qué bien! Ya han llegado las flores —añado. ¿Por qué las habrán puesto ahí? En el pasillo, donde no hay sitio para hacerse fotos—. Dime que te encantan, porfa. Son lo más bonito que he visto en la vida.

—Son… Son muchas, sin duda.

—Tu bebé tiene toda la suerte del mundo por nacer en temporada de peonías. ¿Lo planeaste aposta?

—Por extraño que parezca, no.

—Podrás darle peonías cada año por su cumpleaños.

—Ya, supongo. Aunque no sé yo si las flores serán lo suyo. Mmm, ¿para qué se supone que son?

Dejo los pastelitos sobre la encimera de mármol y me acerco a las flores dando saltitos para examinarlas más de cerca.

—¡Para las fotos, Nicki! Van a ser el fondo perfecto. Y he traído más decoraciones. Las tengo en el coche, con las demás cosas.

—¿Decoraciones?

¿Soy yo o parece asustada?

—Lo de siempre, ya sabes. Unas cigüeñas de cartón, pañales,

muñecas, todo eso. Va a ser la monda.

La gente siempre menosprecia los *photocalls* como algo hortera hasta que les llega su turno. Luego hay que arrastrarlos para que dejen tiempo para los demás.

Un *photocall* es una apuesta segura, en mi opinión. Y los murales de flores también. Búrlate si quieres, pero esas cosas atraen a la gente cual sirenas en medio del mar.

¿Es un escalofrío lo que le veo? Nah, imposible. Si le encantó el *photocall* de mi boda. Nos dieron una copia de todas las fotos que se hicieron y Nicki salía mínimo en el setenta y cinco por ciento de ellas. Camina como pato hasta el aire acondicionado y se vuelve a situar frente a él, extendiendo las manos como si se las estuviera calentando frente a una fogata. Se levanta la camiseta, cierra los ojos y deja que el aire le llegue directo a su barriguita. No puedo evitar quedarme mirando su abdomen abultado y el ombligo hacia fuera.

—Perdona, dame un segundo —dice, con los ojos aún cerrados como si estuviera en el paraíso—. Te juro que tengo que hacer esto cada diez minutos para que el feto no se me ase dentro. Como siga haciendo tanto calor, el bebé va a nacer escalfado.

—Voy a traer las cosas del coche antes de que se nos derrita todo.

—¿Quieres ayuda? Mi padre está por aquí en algún lado, rascándose la barriga. Pero al menos sabe cargar cosas.

—Me vendría genial, gracias. Creo que no veo a tu padre desde tu boda.

—Sigue igual, iré a buscarlo. Ahora mismo vuelvo.

Ahogo un gritito al ver cómo el bebé se le mueve bajo la piel. Creía que la imagen haría que me pusiera a llorar, pero no es así. De hecho, lo que siento es emoción. En cuestión de ocho meses, si todo sale bien, será mi barriga la que esté así de hinchada. Tendré el cuerpo todo estirado, la cara como una patata y los tobillos el doble de gruesos. Estaré en mi propio *baby shower*, algo que será muy difícil de organizar ya que he usado todas mis ideas y buenos

pensamientos en el de hoy.

Como hace demasiado calor para esperar al padre de Nicki, vuelvo a salir corriendo, y el calor parece incluso más intenso comparado con el aire acondicionado de la casa de cristal. En lo que estoy haciendo malabares para cargar con la mayor cantidad de pastelitos en estos brazos diminutos que tengo, un coche aparca cerca y la madre de Nicki sale de él, con cuatro bolsas gigantescas de hielo.

—Ay, madre, Charlotte. ¿Cómo estás? —Me saluda con una amplia sonrisa—. Qué buena pinta tiene todo. ¿Quieres que te eche una mano?

—Hola, señora Davies. Sí, se lo agradecería mucho.

Tras pasarse las cuatro bolsas de hielo a una sola mano, carga con dos bandejas de *cupcakes* con el otro brazo. No sé por qué Nicki se queja sobre su madre y lo mucho que la «estresa». La mujer se encarga de vaciar mi coche en cinco minutos de reloj e incluso se monta una especie de sistema para determinar dónde va cada cosa. Acabamos de hinchar los muñecos cuando el padre de Nicki baja las escaleras enfundado en los pantalones cortos más ridículos de la historia.

—Vengo a ayudar con las cosas del coche —anuncia, como si trajera con él la caballería entera.

—Ya va tarde, señor Davies —le digo, metiendo los últimos muñecos—. Pero vamos a hacer una foto de los tres frente al mural de peonías, venga. —Llamo a Nicki—. A ver, apretaos un poquito.

El padre de Nicki se queda mirando las flores como si el mural estuviese hecho de plantas carnívoras.

—¿Para esto era el mural? —pregunta.

—Es para hacer fotos, papá —contesta Nicki, poniéndose de perfil y sosteniéndose la barriguita, lo que me hace sonreír. Por mucho que refunfuñe, sabe bien cuál es su lado bueno para hacerse fotos—. Literal, solo para eso.

—Es que… no sé yo si lo entiendo.

—A ver esa sonrisa —lo instruyo—. Póngase detrás de Nicki. Sí,

justo así, perfecto. A la de tres, todos a decir «patata». ¿Listos? Uno, dos, tres, ¡patata!

Hago como unas doce fotos, con la esperanza de que haya al menos una que les guste a todos. ¿Cómo se las arreglaba la gente antes de los *smartphones*? Tengo unos recuerdos borrosos de haber ido a revelar fotos a una tienda de pequeña. Y si uno hacía una mueca en un momento trascendental de su vida, con esa mueca se quedaba. ¿Cómo sobrevivimos a eso?

—Estáis guapísimos. A ver —compruebo la hora en el móvil—, Lauren y Steffi llegarán en una hora, dejad que revise mi hoja de cálculo.

—¿Cómo que hoja de cálculo? —pregunta Nicki, asomándose por encima de mi hombro.

—Sabes que yo siempre tengo una para todo —contesto, e intercambiamos una sonrisa.

—Pues claro. Oye, ¿te importa si les echo un vistazo a las fotos que has tomado? —Vuelvo a sonreír, aunque esta vez para mis adentros. ¿Ves lo que te digo? Nicki es tan fan del postureo como lo somos todas. Le paso el móvil y ella se pone a ver las fotos.

—Ay, que salgo horrenda. ¡Mira esa cara de patata! ¿Puedes hacer más?

—Claro.

—¡Papá! —Nicki lo trae de nuevo, como si fuese un perro sin correa. De hecho, estaba a punto de pasar un dedo por el glaseado de uno de los *cupcakes*—. Ponte aquí otra vez. Vamos a hacer las fotos de nuevo porque salgo horrenda.

Tengo que hacer treinta fotos para contentarlos a todos.

—Al menos el mural de peonías sale estupendo en todas —refunfuña Nicki, pasándose a regañadientes la foto que les ha gustado a los tres.

—Claro, para eso está —le digo, con ganas de recuperar el móvil. No tenía planeada una sesión de fotos de más de diez minutos, por lo que me muero de ganas de volver a mi hoja de cálculo para ver de dónde puedo compensar el tiempo perdido. Además, me

preocupa que Matt me vaya a escribir mientras ella lo tiene y vaya a echar a perder la sorpresa.

—Vale, ¿qué toca hacer ahora? —inquiere Nicki—. De pronto tengo un subidón de energía, ponme a hacer algo.

—No, tú no haces nada. No, espera. —Voy a por mi maleta de ruedas y vuelvo con un paquete.

—¿Y esto qué es? —Nicki lo alza, entornando la vista—. ¿Una mascarilla de embarazo, dice?

Asiento.

—Imaginaba que necesitarías descansar un poco antes de que llegase todo el mundo. Así que te he traído una mascarilla para tu barriguita.

—¿Una qué?

—Te he comprado una que se supone que refresca e hidrata y te he apartado cuarenta y cinco minutos de autocuidado solo para ti. Me temo que ahora son treinta y tres, porque se nos ha ido el tiempo. Pero, mira, las instrucciones dicen que te la dejas unos veinte minutos, así que hay tiempo de sobra.

—No sabía que existían estas cosas —dice, sosteniéndola entre dos dedos con recelo—. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados mientras tú lo montas todo.

—Nicki, es tu *baby shower*. Se supone que tienes que relajarte y disfrutar.

—Deja que te eche un cable unos minutillos para que no me sienta como una aprovechada y luego me voy a echar una siesta, te lo prometo. —Da una palmadita y su madre alza la cabeza, atenta como un sabueso a la espera de instrucciones—. ¿Qué hay que hacer?

Noto cómo me va subiendo el estrés. ¿Cuánto tiempo se va a quedar ayudando exactamente? ¿Su siesta va a solaparse con la hora del té y el cotilleo que he planeado para las Mujercitas? Se supone que tiene que irse a descansar ahora, no más tarde. No, Charlotte. No, no, no. Para ya. Se supone que las cosas no siempre van acorde al plan y no pasa nada. Además, has montado el horario

incluyendo un veinte por ciento de flexibilidad, no lo olvides.

—No vamos a sacar la comida aún porque hace demasiado calor —le informo—. Pero hay que hinchar los globos para el arco, puedes hacer eso mientras yo organizo el resto de los juegos.

Nicki me sonríe.

—Genial. Dame todos los globos. Puedo hinchar globos.

—¿Señora Davies? Contaba con que usted se encargara de poner las protecciones para los bebés y montar las cunitas plegables en la planta de arriba. He traído dos. No deberían dar mucha guerra para armarlas.

La madre de Nicki me da un achuchón.

—Ay, Charlotte, tú siempre pensando en todo. Qué ganas de que te llegue tu tumo, vas a ser una madre estupenda, vas a ver.

—¡Mamá! —Nicki la sujeta del brazo—. Perdona, Charlotte, es que… Eh… —Es una frase demasiado incómoda para acabarla y todas nos quedamos sonrojándonos contra las baldosas color pizarra de la cocina.

—No pasa nada, Nicki —le digo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta su madre—. Perdona, cielo, a lo que iba es…

—En fin, ¿qué dice la hoja de cálculo? —La interrumpe Nicki—. ¿Hay algo que pueda hacer mi padre además de comerse toda la comida antes de que lleguen las invitadas? TE HE VISTO, PAPÁ —exclama, y todas nos volvemos para verlo con un dedo bien metido en uno de los *cupcakes*.

—Me estoy encargando del control de calidad —contesta él, sin pizca de culpabilidad. Aunque Nicki dirá que es porque los hombres se creen con derecho a todo o algo así, la verdad es que me sienta bien que los *cupcakes* resulten tan irresistibles que tenga que hincarles el diente.

—¿Están buenos? —le pregunto—. ¿No me he pasado con el agua de rosas?

Me hace un ademán para indicarme que están perfectos y asume que eso le da permiso de quedarse con el pastelito y zampárselo

entero.

—Ponlo a hacer algo antes de que lo mate, porfa —me pide Nicki en un hilo de voz.

—¿Le importaría montar unos estores opacos cuando termine con el control de calidad? —le pido—. Van en la habitación donde dormirán los bebés.

Levanta un pulgar con la boca llena de glaseado rosa y Nicki pone los ojos en blanco.

Todos nos ponemos manos a la obra y el ambiente se relaja un poco cuando nos quedamos solo Nicki y yo, mientras sus padres se encargan de la habitación de las siestas.

—Perdona que no haya llenado las bolsitas de regalos hasta ahora —le digo, en lo que disponemos una cadena de montaje en miniatura sobre la mesa.

Nicki tiene los biberones de crema y los mira con la cabeza ladeada.

—No pasa nada. Es que… Creo que te has pasado, Charlotte. Seguro que a nadie le importa si hay regalitos o no, pero… son adorables. Muchísimas gracias.

Le paso una de las bolsas decoradas con cigüeñas, que ya está lista para que meta los biberones.

—No es nada. Te quiero y vas a ser mamá. Es un regalo del cielo. Ya te he dicho que hoy saldrá todo perfecto.

Nicki acepta la bolsa, mete un biberón y añade una galletita decorada y un poquitín de confeti perfumado. No me mira a los ojos.

—Perdona lo que te ha dicho mi madre hace un rato.

—No pasa nada, en serio.

Le alcanzo otra bolsa, con ganas de mantenernos en movimiento para no irme de la lengua. Es demasiado pronto para contárselo a nadie y hoy la protagonista es ella. No puedo robarle el protagonismo. Lauren volvió de la boda de su hermana y dijo que un tipo le había pedido matrimonio a su novia durante la fiesta. ¿Te imaginas? Casi me da algo cuando me lo contó.

—¿Estás bien? Con lo de hoy y… todo lo demás —dice Nicki.

Le paso dos bolsas más.

—Estoy perfectamente. Me muero de ganas de que empiece la fiesta.

—Pero…

Ay, Nicki. Que estoy perfecta te digo. Tanto que he preparado sesenta *cupcakes* yo solita. ¿Qué pretende? ¿Qué me ponga una chapa que diga «Estoy bien» de color fosforito?

—Te lo digo en serio. Me alegro muchísimo por ti.

Y es verdad, en gran parte. No he dejado que mi propia odisea para ser madre me volviera una amargada que no puede compartir la felicidad de su amiga. Me dije a mí misma que tenía que actuar con elegancia. Cuando intentaba manifestar un bebé, parte de El Secreto para hacerlo es fingir que tu deseo ya se ha cumplido. Así que me imaginé tan fértil como la mismísima reina Victoria con sus nueve hijos y claro que estaba encantada de la vida cuando mis amigas se fueron quedando embarazadas una tras otra, casi sin pretenderlo. Durante todo nuestro primer año de intentos. «¡Felicidades! ¡Enhorabuena! Ay, qué maravilla, es una noticia estupenda, en serio». Incluso me las arreglé para morderme la lengua y sonreír cuando me contaban que había sido un accidente. «Anda, sin planearlo, ¿eh? Ay, claro que te entiendo, debe de ser muy complicado quedarte embarazada cuando no lo tenías en tus planes. Pero no hay mal que por bien no venga, ¿no?». Les di *like* a todas las ecografías que me bombardeaban las redes sociales y comentaba cosas como «FELICIDADES. MADRE MÍA, QUÉ BUENA NOTICIA. MENUDA SUERTE LA DE ESE BEBÉ DE TENEROS COMO PADRES». Porque algún día llegaría mi turno. Algún día sería yo quien subiría la foto de mi ecografía en redes. Algún día me quejaría por las náuseas matutinas y pediría recomendaciones por internet para comprar las mejores almohadas para embarazadas.

Algún día, algún día, algún día.

Hasta que, tras dos años sin resultados y dos intentos fallidos de fecundación *in vitro*, Lauren quedó embarazada.

—La verdad es que me ha dejado en *shock* —confesó, antes de

añadir—: Ay, perdona, Charlotte.

Al final me entró la envidia cuando una excompañera del instituto compartió en Instagram lo de su aborto. Ni siquiera era una publicación sobre su bebé, sino sobre lo traumático que había sido su aborto.

Al menos tú sabes que puedes tener hijos, susurró una vocecilla malintencionada en mi interior.

El Secreto no estaba funcionando. No estaba recibiendo de vuelta todo el buen karma que estaba dándole al mundo. Y mi cuerpo destrozado no podía seguir fingiendo más.

No le di *like* a su publicación. Hice como si no la hubiera visto. Seguro que ni cuenta se dio. Le llegaban montones de mensajes de apoyo y de gente que le decía lo valiente que era, lo mucho que los inspiraba. Fue entonces que caí en la cuenta de que a lo mejor me estaba haciendo pedazos poquito a poco. Hasta que, a la semana siguiente, Nicki escribió por el chat grupal de las Mujercitas para contarnos que Matt y ella iban a tener un bebé.

«Ha sido una sorpresa, la verdad, porque llevamos muy poquito intentándolo, pero bueno, qué se le va a hacer…».

… y con eso sentí que me destrozaba por completo.

Nicki me había mandado un mensaje a mí sola antes.

Hola, guapa. ¿Cómo vas? Hace muchísimo que no hablamos, como suele pasarnos. He pensado en llamarte, pero al final me pareció que querrías algo de tiempo para reaccionar y permitirte sentir lo que sea que sientas sin presión, así que he decidido escribirte. Llevo trece semanas de embarazo. Voy a contarlo por el grupo de las Mujercitas, pero quería avisarte primero. Entiendo que la noticia te pueda dejar con sentimientos encontrados. Te quiero y estoy convencida de que tu momento llegará algún día no muy lejano. Te mando todo mi amor y muchos besos.

Lo leí y lo volví a leer.

Era muy considerado. Muchísimo, en serio. Aun con todo, no pude evitar soltar en voz alta un:

—Anda y que te den.

Es muy sencillo mostrarte magnánima cuando tienes la suerte de quedarte embarazada por… osmosis o algo, solo por ir a una puta farmacia a comprar una prueba de embarazo.

¿Cómo sabía que no estaba contentísima por ella? ¿Qué coño le pasaba que podía suponer eso sin más? Si no tenía ni la más mínima idea de por lo que estaba pasando yo. Que te den, Nicki. Que te den a ti y a tu puñetero útero gordo.

Entonces me eché a llorar.

Cinco horas más tarde, cuando Seth volvió a casa después de beberse unas copas tras salir del trabajo, yo seguía llorando. Le mostré el mensaje y lo único que dijo él fue:

—Ya veo.

Y supe que de verdad lo entendía, pues era el único que me había acompañado durante todo ese infierno. Él también lloró un poco y nos quedamos sentados con la espalda contra la pared hasta pasada la medianoche, regodeándonos en nuestra miseria como un par de bolsitas de té que uno olvida que dejó cargando hasta que la infusión se pone tan amarga que es imposible bebería. Cuando al final conseguimos obligarnos a ir a la cama, ambos nos quedamos tumbados mirando el techo, incapaces de dormir por todo el dolor con el que cargábamos. Habíamos sufrido demasiado y durante demasiado tiempo, ya era hora de que parara. Seth y yo nos habíamos consumido por la desdicha y el cansancio por culpa de años de esperanzas falsas y carísimas, sesiones de sexo planeadas en la agenda, exámenes invasivos y unas estadísticas horrorosas que nos hicieron darnos cuenta poco a poco de que no éramos ninguna pareja milagrosa, sino una más del montón que jamás lo iba a conseguir. Tenía que pasar página.

—Voy a organizar el *baby shower* de Nicki —le dije entonces en medio de la penumbra—. Voy a hacer que sea el mejor de la

historia.

—¿Qué dices? Charlotte, no… —Se volvió para besarme el hombro—. Te vas a torturar demasiado.

—Voy a darle todo lo que he soñado para mí. Tengo que pasar página, Seth. Los dos tenemos que hacerlo.

—Aún hay esperanza. Otra ronda de…

—No. —Negué con la cabeza, completamente decidida—. Le voy a organizar el *baby shower*. Será mejor que le dedique mi tiempo y esfuerzo a un bebé que va a existir de verdad que a la falsa esperanza de que algún día tendremos uno.

Seth me atrajo hacia él y me besó la coronilla.

—Si es lo que necesitas hacer, que así sea.

Ambos lloramos hasta el amanecer.

Y ahora aquí estoy. Llenando bolsas de regalitos para Nicki, junto a Nicki. Libre de la envidia. Libre de dolor (sin contar los ligeros cólicos que, según Google, se deben a la implantación). Aunque no lo había planeado, el universo me ha recompensado por mi madurez emocional y la amabilidad que he demostrado incluso en medio de todo mi sufrimiento. Y menudo alivio, la verdad. El alivio de saber que sí que me puedo quedar embarazada. De que mi cuerpo puede producir un chorro de orina que hace que aparezcan dos líneas azules en un palito de plástico supercaro. ¡Ni siquiera fue cosa de la fecundación *in vitro*! Sino que he manifestado este bebé a base de energías positivas. Y, si esta fiesta resulta ser perfecta, si todo sale acorde al plan, sabré que mi bebé llegará a nacer. Hoy todo tiene que ser perfecto, porque hay demasiado en juego.

—Es que eres increíble, Charlotte —me dice Nicki, estirándose para darme un apretoncito en la mano—. No sé cómo puedes organizar todo esto y trabajar como profesora y siempre verte tan arreglada. Has sido muy muy fuerte considerando… todo esto.

El tema tabú ha cobrado forma y ahora es la barriga enorme que tiene Nicki. Le paso unas cuantas bolsitas más y ella les pone el toque final. Mirándome de soslayo, cambia la voz para preguntarme mientras va añadiendo confeti:

—¿Viste…? Eh… ¿Viste el artículo que compartió Steffi la semana pasada?

Aunque su tono no es malintencionado, puedo notar la tensión que rezuma, así que dejo la bolsita que tenía en la mano.

—¿Ese sobre no tener hijos? —Me aseguro de que mi voz salga completamente neutral.

—Sí, ese.

—Lo vi.

Continúo trabajando. Meto una piruleta en una bolsa y se la paso.

—¿Y? —insiste.

—¿Y qué?

Nicki se queda con la bolsa en la mano, sin meter nada, y me mira directo a la cara.

—¿No te parece que ha sido un poco… desconsiderado?

Me niego a caer en la trampa. Hoy solo se aceptan buenas vibras, Nicki, por favor.

—Si eso es lo que siente, supongo que así son las cosas.

—¿En serio? Después de todo lo que has pasado con… Ya sabes, con… ¿No te ha parecido que…?

Me mira con atención, a la espera de que le dé la mínima señal para seguir. Sé que la pondría muy contenta si me pusiese a despotricar sobre Steffi ahora mismo, pero no pienso hacerlo. Cuando ocurrió todo lo de Steffi, Lauren y yo prometimos que no nos dejaríamos arrastrar en medio, a sabiendas de que las Mujercitas terminarían hechas añicos si lo hacíamos. Hasta hice que Lauren me lo prometiera por escrito y metí el papel en mi caja fuerte, porque así de importante es este grupo para mí. Por mucho que me gustaría que esas dos lo dejaran estar de una buena vez, es obvio que están decididas a seguir fastidiándose mutuamente. A ver, que sí, en privado puedo reconocer que me afectó mucho que Steffi compartiera ese artículo. Pero ni muerta pensaba decírselo a Nicki.

—No ha sido muy considerado, no —digo sin mayor emoción.

—Es que no entiendo por qué está dale que te pego con lo de no

tener hijos —empieza Nicki—. A nadie le importa lo que haga con su vida, ¿sabes? No me quita el sueño.

Alzando ambas cejas, me concentro en otra bolsita de regalos.

—Me ha contado que te ha comprado algo muy bonito —le digo —. Tiene muchas ganas de dártelo.

—Ah…

—Y creo que lo está pasando mal con los tipos y todo el tema de no querer hijos. Creo que los hombres no la tratan muy bien justo por eso.

De hecho, sé que es así. Puede que Steffi guarde las apariencias frente a Nicki, pero no conmigo. Me ha llamado llorando muchas veces, preguntándome si podía quedarse a pasar el finde conmigo. La verdad es que me agrada cuando le dan calabazas. No me malinterpretes, me encantaría que encontrase a su amor eterno, pero me lo paso pipa cuando se queda a dormir en el anexo de mi yaya conmigo, viendo pelis de Disney y haciéndonos las uñas.

—Ay…, qué horrible.

Pero bueno, como ha llegado el momento de cambiar de tema, le dedico una sonrisa.

—Qué ganas de que volvamos a estar todas juntas, ha pasado muchísimo tiempo. ¡Y qué emoción ver a Woody! ¿No te parece una pasada que vaya a compartir curso con tu bebé? ¿Y si se enamoran?

La veo captar la indirecta. Me sonríe y me sigue el juego.

—Es alucinante, ¿verdad? Ay, madre, una boda entre las Mujercitas. ¿Te lo imaginas? Ojalá supiese si será niño o niña.

Le doy un golpecito juguetón con el hombro.

—¿No decías que querías que fuese una sorpresa?

—Lo sé, es que soy tonta —dice acariciándose la barriguita—. Monté toda una escenita sobre no querer saberlo y ahora me muero de vergüenza de decirle a Matt que he cambiado de opinión.

Nos echamos a reír, aunque paramos pronto porque hace que nos entre demasiado calor. Ya solo nos quedan dos bolsitas. Las lleno de regalitos y se las paso. Me empiezan a oler las axilas. El miedo a que el desodorante me pueda provocar un aborto ha hecho

que dejase de ponérmelo. Aunque no hay ninguna prueba ni nada que lo confirme, mi desodorante Dove como que… me mira raro, así que no pienso arriesgarme.

—Pues ya no te queda mucho para descubrirlo —digo, dándole un toquecito a la barriga de Nicki, haciendo como que no sé nada sobre el plan maestro que tengo pensando para hoy.

—Sí, supongo. Solo un mes más. —Echa lo último del confeti—. *Voilà!* Ay, qué ganas tengo de ver a Woody y a Lauren y a todas. Ha pasado muchísimo tiempo. Gracias por todo, Charlotte.

—Te digo que hoy todo va a ser ESTUPENDO.

Si lo sigo repitiendo, puedo manifestarlo. Si lo creo de verdad, se hará realidad.

—Vale, estas ya están —digo, recogiendo todas las bolsitas—. Deberías ir a descansar antes de que llegasen las demás. Tu madre y yo podemos encargarnos de lo que falta.

Nicki se estira y bosteza, con lo que se le sube la camiseta y me deja ver de nuevo esa piel alienígena que tiene.

—¿Sabes qué? Sí que me echaré una siesta. Llevo despierta desde las cinco por el bebé. Muchísimas gracias, Charlotte. En serio.

—Todo va a salir perfecto.

—Sí, eso dices.

Se aleja despacio, sujetándose la espalda baja. La veo parar un segundo frente al aire acondicionado, dejando que le dé directo a la barriga, y luego agarra un puñado de patatas fritas que hay en un cuenco en la mesa principal y se aleja con sus andares de pato hacia la zona de las habitaciones.

—¡Nicki, espera! —Le muestro la mascarilla de embarazo—. ¡Te dejas esto!

Cuando cierra la puerta para que no se escape el aire frío, reviso mi hoja de cálculo. Me he separado cinco minutillos después de que Nicki se fuese a descansar para hacer lo propio. Seth está obsesionado con que debo descansar desde que nos enteramos. Solo que ir marcando cosas en mi lista de tareas me relaja más que sentarme y ya, y esta es mi única oportunidad para dejar lista la

sorpresa. Voy a por el bolso, que he abandonado cerca de la entrada, y levanto con cuidado la bomba de humo. Giro el artilugio en la palma de la mano y sonrío al imaginar toda la alegría que va a causar. Genial. Ahora a leer las instrucciones de nuevo.

«Quitar la tapa, tirar de la anilla, apuntar lejos de la cara y el cuerpo…».

Cierto, la seguridad es lo primero. Sobre todo con el polvorín que tenemos fuera por culpa del calor. Rebusco en el trastero hasta dar con un cubo para fregar, lo lleno de agua y lo arrastro hacia las puertas correderas. Hace más calor desde que he entrado. Por desgracia, ya he tenido que cancelar la carrera de huevos; por suerte, eso me da unos veinte minutos extra. Me siento más tranquila al estar lejos del rugido del aire acondicionado y me quedo disfrutando de todos los sonidos de la naturaleza durante unos segundos. El coro de los pájaros y el crujido de las hojas en la suave brisa. A lo lejos, me llega el zumbido bajo de un vecino que está cortando el césped. Igual cuando tenga al bebé deberíamos mudarnos a las afueras. Si es que llego a tenerlo, claro…

Estudio la terraza para determinar el mejor lugar en el que ocultar la bomba de humo. Llamé a Matt ayer para ultimar los detalles del plan y se va a esconder bajo la terraza hasta que me oiga dirigir la atención de todos hacia la piñata con forma de vagina que se ve por la ventana. Entonces activará la bomba, dejará que se extienda el humo de color y lo atravesará con un cartel que dice «¡Es una niña!». Como me preocupaba que Nicki se sorprendiera tanto que rompiera aguas, lo busqué en Google. Pero resulta que es un mito urbano.

—Qué emoción que vaya a ser una niña —dijo Matt—. Una mujercita de verdad para vuestro club.

En serio, me muero de ganas de que empiece la fiesta. Los astros se han alineado. Mercurio no está retrógrado. Las buenas vibras nos llueven como si de confeti se tratara.

Vale, si meto la bomba de humo aquí mismo, entre los tablones, de modo que solo se vea la parte de arriba, la gente no la notará,

¿verdad? Le quito la tapa con cuidado (es casi como abrir una lata de sardinas). Lo único que tiene que hacer Matt es tirar de la anilla. Y listo. Miro en derredor, arrastro una maceta de pensamientos y la acomodo para que el cilindro no se vea. Le hago una foto y se la mando a Matt, con diez emojis de fuegos artificiales y otros diez de la carita con ojos de corazón.

Y, por último, las medidas de seguridad. Dejo el cubo al final de las escaleras por si algo sale mal. Pero no será así. Porque no puede ser. El universo y yo lo prohibimos.

PRUEBA NÚMERO 9

La fotografía adjunta muestra a cuatro de las sospechosas, posando bajo un arco de globos fuera del Chalet Verdegal. La fecha en el móvil indica que se hizo a las 9:37 a. m. exactas, casi cuatro horas antes de que se desatara el incendio. Las cuatro sospechosas sonríen.

NICKI

Adoro a Charlotte, pero a veces se pasa tres pueblos la mujer. En serio. Ni siquiera quiero pensar en qué está pasando al otro lado de la pared. Oigo puertas que se abren y cierran, sillas arrastrándose al moverlas. No me sorprendería si, cuando salga en treinta minutos, se las ha arreglado para convertir la sala en un útero gigante y todos debemos pasar a gatas por un túnel de papel crepé que simula el canal de parto para llegar a los *cupcakes*.

Dicho eso, esta mascarilla de embarazo es todo un acierto.

Aunque no iba a ponérmela, luego he pensado que me podría la culpabilidad al mentir cuando me atacara a preguntas: *Te ha encantado, ¿a que sí? ¿Te ha humectado lo suficiente? ¿Te ha refrescado? ¿Puedo ver si tienes la piel distinta?* De modo que me he tumbado en la cama de invitados y la he sacado de su empaque metálico. Me la he extendido con su lado pegajoso hacia abajo sobre la barriga y he soltado un gemido de absoluta satisfacción.

—La Virgen, qué maravilla.

El bebé se ha girado por la sorpresa ante el cambio de temperatura y luego he visto que me daba una patadita y hacía que la mascarilla se alzara, como una especie de tienda de campaña. Tras ello se ha quedado tranquilo, y yo también, con los ojos cerrados y cediendo al sueño hasta que me han despertado, unos diez minutos después, los gritos de mis padres al discutir.

—¿No se suponía que ibas a poner los estores opacos? —sisea mi madre a gritos.

—Que sí.

—Pero no lo has hecho.

—A eso iba.

—Pero si estás tumbado en la cama sin mover un dedo y sigues con esos pantalones cortos.

La discusión baja de volumen y se convierte en murmullos, instrucciones y el sonido agresivo del velero de doble cara al pegarse a los marcos de la ventana. ¿Cómo se las ha apañado Charlotte para encontrar unos estores opacos lo bastante grandes para los ventanales de esta casa? ¿Los habrá comprado con su dinero? Empiezo a sumar las cosas que he visto (el mural de flores que parece sacado de la casa de las Kardashian, todos esos muñequitos flotantes que están en la bañera, la comida… tantísima comida). Charlotte siempre ha tenido dinero y, sin querer, al terminar casándose con Seth, el gestor de fondos de cobertura más majo del planeta, sus riquezas se ampliaron incluso más. Dudo que todos los excesos de hoy le hayan hecho mucha mella en el bolsillo, pero… a lo mejor debería dejar de portarme como una desagradecida.

Me llega otra notificación. Al principio no dejaba de correr a leerlas, pensando que podía ser Phoebe, pero durante la última hora me ha pitado sin cesar; tengo la bandeja llena de gente que dice estar emocionada por el *baby shower*, de camino o que se disculpa por ir tarde, porque no se habían percatado de que la fiesta sería en el quinto pinto. Incluso me han llegado los inevitables «Perdona, querida, pero no podré ir, te mando el regalo por correo». Así que aún guardo la esperanza de que Steffi diga que no podrá venir y cruzo los dedos por que así sea. Me jode que Charlotte no quiera admitir que ese artículo tan absurdo sobre no tener hijos ha sido una putada, y una que pretendía hacerme sentir mal a mí, a mí en concreto. No me puedo creer que Steffi no pueda limitarse a alegrarse por mí y ya, con la de tiempo que ha pasado. Siempre tiene que andar presumiendo de que su vida de soltera es lo más glamuroso, emocionante y revitalizante que existe, comparada con la seguridad que escogí yo al quedarme con Matt. Pero, mira, ¿sabes

qué me parece revitalizante a mí, Steffi? Disfrutar de una relación sana, en lugar de que me anden presionando con guarradas como el sexo anal o que un tipo de veintisiete años adicto al porno que conoces en las apps quiera estrangularte. Leo las noticias, estoy al tanto del panorama actual. Y no siento ni pizca de celos. De hecho, lo que siento por ella es lástima. Su vida debe de ser un vacío infinito.

Quizás esa notificación sea Steffi cancelando. Voy a comprobarlo, preparándome para sentirme debidamente fastidiada ante la decepción. Y, cómo no, al no haber esperado que el mensaje fuera de Phoebe, justo es de ella.

—Anda. —Me cuesta impulsarme, pero consigo sentarme y apoyar la espalda contra el cabecero de la cama.

Phoebe:
¿Cómo que «Menuda sorpresa»? ¿Tú has visto las invitaciones que has mandado? Y yo pensando que te conocía. ¡Besos!

Me manda la foto de una invitación sobre un escritorio. Una que Charlotte escogió a propósito y se encargó de enviar.

—No me jodas —suelto, ampliando para ver mejor la imagen. La tarjeta es de un color pastel tan edulcorado que me sorprende que no esté hecha de violetas de Parma, para que puedas comértela después. Un biberón ilustrado forma el nombre «Phoebe» con la leche que derrama. Justo debajo, en letra cursiva y elegante, reza: «Este *baby shower* va a ser… la leche materna».

Parpadeo despacio y me muero de vergüenza al imaginar a mis invitadas recibiendo esto y pensando que fui yo quien lo ha escogido. ¿En qué estaba pensando al darle tanta libertad a Charlotte? ¿Leche materna, en serio? ¿Cómo se le ocurre? ¿En qué cabeza entra?

Phoebe:
Y eso no es todo...

Me llega otra foto, esta de la alfombra de Phoebe cubierta de purpurina rosa y celeste por todos lados.

Phoebe:
Este es el resultado después de abrir el puñetero sobre.
¿Por qué no me habías dicho que ahora eres terrorista?

Ay, madre. No. No, no, no. ¡¿Ha enviado las invitaciones con purpurina?! ¿Acaso no sabe que hay una empresa especializada en enviarles purpurina a tus enemigos como muestra de venganza? ¿A cuántas de mis amigas he obligado a sacar la aspiradora para recoger el estropicio mientras me maldecían a mí y a toda mi descendencia?

Phoebe:
Venía con una nota que decía que la purpurina no está hecha de plástico. Porque eso es lo que más me preocupa cuando está claro que va a quedarse en mi alfombra HASTA EL FIN DE LOS TIEMPOS. Es como si hubiesen destripado a un par de pitufos en mi piso, pero, como no terminará contaminando los mares, pues no pasa nada.

Corro a responder, desesperada por que Phoebe no se crea que la culpable soy yo.

Nicki:
Chica, mil perdones. Una amiga me ha organizado el *baby shower*. No sabía que le encantaba tanto toda esa mierda de Pinterest, en serio.

Phoebe:
No pasa nada. Nos vemos en un rato.
Besitos.

Hago una mueca en lo que me salta la alarma y me informa de que ha llegado el momento de quitarme la mascarilla de la barriga. Me deja una capa pegajosa sobre la piel que intento masajear hasta que desparezca, pero termino pasándomela por las palmas y el dorso de las manos para quitarme el exceso. Un piececito se asoma al sentir mi roce y me hace sonreír.

—Tengo miedo de salir de la habitación —le confieso a mi barriga —. ¿Qué crees que habrá hecho Charlotte allí fuera? ¿Y si nos ha comprado trajecitos de bebé gigantes a todas?

Al salir, lo veo todo como si fuese Phoebe y me pongo rojísima por la vergüenza.

—Ay, madre. Charlotte. Sí que te has liado la manta a la cabeza.

—¡Nicki! ¿Qué tal la mascarilla? ¿Te ha servido? ¿Te ha encantado? Espero que hayas descansado bien.

La mirada displicente de Phoebe contempla el espacio transformado. Si bien no ha simulado un útero con papel crepé, le ha faltado poco. Hay globos rosa y celeste en cada rincón. Un cartel enorme de lo que parece ser una vagina adorna una pared, con un montón de espermatozoides de quita y pon a un lado. Contra una pared hay una fila de ositos de peluche, con las patas al aire y un montón de pañales a un lado. Encuentro fotos mías de bebé por cada superficie que no tenga comida encima. Además de los *cupcakes*, también hay bandejas de fruta, sándwiches pequeñitos envueltos en film, galletitas, cuencos con patatas… todo de color rosa pastel o celeste, hasta los sándwiches. Los rosa serán de jamón, vale, pero ¿y los azules qué? ¿Qué cono ha metido en esos? Me cruzo de brazos, imaginándome a Phoebe contemplando todos esos detalles.

—Ha estado bien. Eh… Menudo cambio… ¿Cómo has podido hacer todo esto sola?

—No lo he hecho sola. Tu madre me ha ayudado.

Es entonces que llega mi madre cargando una cartulina laminada enorme con lo que parecen ser fotos de famosos cuando eran bebés.

—Tenemos un sistema —me informa mi madre, mirando a Charlotte con adoración, como si fuese la hija que nunca tuvo—. Ha sido increíble.

—Charlotte, creo que es demasiado. No podría…

Se me acerca e intenta abrazarme de nuevo, por mucho que su primer intento haya sido todo un fracaso. Como un pitufo queriendo aferrarse a un huevo.

—No pasa nada, tú tranquila. Lo he hecho porque he querido.

Y, aunque sé que sueno como una cabrona desagradecida, en especial por todo lo que ha tenido que superar Charlotte, no puedo evitar pensar que toda esta cornucopia de postureo y horteradas no tiene nada que ver conmigo. No es para mí. Es para Charlotte.

Solo que ¿también me lo parecería si no estuviese viendo las cosas como hace Phoebe? Es algo que no hacía desde hace más de un año. Que es cuando la vi por última vez.

Hasta hoy.

Porque hoy la veré de nuevo.

LAUREN

Woody se ha negado a comer antes de salir, así que, como era de esperar, ahora procede a soltar unos berridos más propios de una *banshee* poseída mientras va sentado en el asiento de atrás.

—Shhh, cariño, no pasa nada. Ya casi llegamos, en serio. Ya casi estamos.

No sé muy bien por qué le miento a mi bebé que no sabe hablar sobre el tiempo que tardaremos en llegar, que aún son unos buenos cincuenta minutos, más el aviso de Google de que hay atasco en la A23. Pero miento como una bellaca de todos modos.

—Ya casi, cariño. Ya casi. ¿No quieres jugar con Sophie la jirafa? ¿No? Ah, que se te ha caído. Ay, cielo, que me vas a reventar los tímpanos.

Un coche me pita cuando pongo el intermitente y me incorporo al carril derecho, lo que hace que Woody se asuste y chille más. Unos chillidos histéricos y estridentes que me impiden concentrarme y hacen que sienta como si me estuviesen arrancando la espina dorsal. Chillidos que sé que no se aplacarán con nada que no sea mi pecho.

—Vale, vale. No llores, cariño. Buscaré dónde aparcar. Shh. Shhh. Ay, cielo. ¡Ya voy!

Grita tan alto que casi espero encontrarme a una ballena acudiendo a su llamamiento, aquí en medio de South Croydon. Señalizo que voy a salir de la carretera principal y me pongo a recorrer como una posesa las calles residenciales en busca de un

lugar donde aparcar. Está lleno de plazas privadas y de badenes que te obligan a respetar el límite de 30 km/h. Woody grita como si cada bache fuese una afrenta personal mientras hago que el coche se sacuda al pasar por encima, maldiciendo en voz baja, con las axilas sudándome a chorros y mis niveles de cortisol tan altos que seguro que la mitad de mis células ya se han vuelto cancerígenas.

No hay dónde aparcar. Empiezo a gotear leche con cada berrido y cómo me gustaría que la puñetera leche materna dejase de hacer lo que le viene en gana.

—ESTOY BUSCANDO DÓNDE APARCAR, NO ME SEÁIS IMPACIENTES —me descubro gritándoles a mis propios pechos, quienes pasan de mí y siguen soltando leche que me empapa el sujetador de lactancia horrendo y deformado, así como este triste vestido azul marino, el reflejo de todos mis sueños rotos.

Al final, después de todas las vueltas del mundo, encuentro sitio. Uno que me obliga a aparcar en marcha atrás, maniobra que consigo hacer no sé cómo a pesar del abuso al que están siendo sometidos mis oídos. Considero si debería arriesgarme a no pagar, pero estamos en Croydon, así que fijo que la grúa no tarda en llegar para arrastrarme con todo y Woody aún pegado a mi teta en el asiento trasero. De modo que lo hago esperar otros diez minutos mientras me bajo la puñetera app del parquímetro y desembolso cinco pavos con setenta peniques por mi estadía de veinte segunditos de nada. Abro la puerta trasera, saco a mi hijo, y este se me esconde en el cuello, inconsolable, colorado y con las manitas buscándome desesperado, y otra vez lo mismo: la culpabilidad materna. Oleada tras oleada, me sacude mientras me bajo la parte delantera del vestido y dejo que Woody rebusque hasta dar con lo que quiere. La calma del silencio me embarga en lo que noto ese tirón tan raro que me indica que la leche está bajando y mi hijo bebe con ganas, con sus manitas regordetas buscándome el dedo para apretarlo y soltarlo una y otra vez hasta que se le empiezan a cerrar los ojos.

—De eso nada. Ni se te ocurra dormirte aún. No hasta que te

haya devuelto a la sillita.

Compruebo la hora en el móvil. Por algún milagro del destino, aún voy a tiempo. Me he dado un margen de cuarenta y cinco minutos por si Woody decidía mandar a tomar por culo mi horario y, mira tú, parece que mi «paranoia» (como la ha llamado Tristan) me ha servido. Según nuestro nuevo horario de sueño, Woody tendría que haberse dormido hace veinte minutos y no despertar hasta que bajáramos del coche. Si consigo que se duerma ahora (en la sillita, no pegado a mi pecho), ni así dormirá todo lo que debe, pero algo es algo. Lo cambio de lado y casi que se alimenta en sueños hasta dejarme el pecho vacío, mientras veo que Steffi me ha avisado de que su tren va sin retrasos. Esa es una de las muchas cosas que adoro de ella: que siempre es puntual. La Ricitos de Oro de nuestro grupo de Mujercitas. Charlotte siempre llega demasiado temprano. La he visto matar el tiempo fuera de mi casa al haber llegado una hora entera antes de lo acordado, revisando el móvil para ver cuándo no es «demasiado» pronto como para llamar a la puerta. Y Nicki siempre llega tarde y sin disculparse, como si todo el mundo tuviese que esperarla.

Me aparto a Woody del pecho y lo obligo a eructar para despertar. Aunque se pone a llorar en cuanto lo devuelvo a la sillita, como no me puedo quedar en esta calle para siempre, respiro hondo, vuelvo detrás del volante y arranco. Se tira otros diez minutos llorando mientras conduzco como si estuviese en una montaña rusa de adrenalina, girándome todo lo que me atrevo sin estrellarme, para tranquilizarlo y lanzarle juguetitos con la esperanza de que alguno le aterrice en el regazo. Lo normal es que sea Tristan quien conduce y que yo vaya en el asiento de atrás para tratar de calmarlo con canciones y algo de picar que lo mantenga entretenido. Conducir sigue pareciendo un castigo del infierno, por lo que procuramos no apartarnos de un radio de un kilómetro de casa. No vale la pena tanto estrés.

Woody termina quedándose dormido cuando Google me informa que me quedan quince minutos de viaje. Según veo cómo se le van

cerrando los ojos en el espejo que instalamos en el asiento trasero, los hombros se me van relajando y dejo de aferrar el volante con tanta fuerza. Sola otra vez. Durante quince maravillosos minutos. Solo yo y el coche y este atasco. Un suspiro de libertad e independencia.

Así que, cómo no, dedico este valioso tiempo a repasar la pelea horrible que he tenido con Tristan antes de salir de casa.

—¿Y su comida? —le pregunté al volver del baño, donde había pasado los últimos diez minutos intentando arreglar el desastre que me había hecho Woody con el pintalabios—. ¿No la ibas a preparar tú?

Tristan estaba lanzando a Woody al aire, acompañado de un coro de risitas encantadas.

—No estaba seguro de qué está comiendo estos días —se excusó él, bajando a Woody para hacerle una pedorreta en la pancita—. No quería mandarle algo incorrecto.

—¿Y por eso has decidido no hacer nada y ya?

—Es que sabía que te ibas a cabrear si preparaba lo que no era.

Marché a la alacena hecha una furia para abrirla de mala gana y sacar un sobrecito de espagueti a la boloñesa, uno de ciruelas y un paquete medio vacío de los palitos de maíz que deben de estar hechos de azafrán puro de lo caros que son. Lo lancé todo a la pañalera junto a dos cucharas; una para darle de comer a Woody y otra para dársela a él y hacerle creer que está comiendo solito, porque esa es la única forma en la que acepta comer algo.

—Lo que me cabrea es que seas su PADRE y no te dignes a aprender qué es lo que come tu hijo.

Tristan, viendo que se le venía una buena, dejó a Woody en el suelo, quien se alejó gateando, probablemente a meter los dedos en un enchufe o a mordisquear una pila. Se levantó y alzó las manos en señal de rendición, como si los palitos que tuviese en la mano fuesen una pistola cargada.

—Sé qué darle de comer a mi hijo, hazme el favor. Lo que no sé es cómo satisfacer esos estándares tan estrictos que tienes.

—Anda, ¿así que ahora es culpa mía? Por ser demasiado controladora, ¿no? Mira tú qué conveniente.

—Sabes que siempre meto la pata cuando me encargo yo de la comida.

—¡Y cualquiera diría que ya habrías aprendido a hacerlo como corresponde!

Tristan suspiró y se pellizcó el puente de la nariz.

—Es que cada día de Dios hay que seguir una norma distinta. ¡Las cambias cuando te da la gana!

No las cambio yo, joder. Son las recomendaciones que da el puñetero Ministerio de Salud para empezar a darle alimentos sólidos a un bebé. Y que tú le des comida de adultos, con montones de sal, y que ni te molestes en cortársela en trocitos para que no se atragante como la última vez, no es que sea controladora. Lo único que estoy haciendo es asegurarme de que no hagas que a nuestro hijo le dé un infarto antes de que cumpla los dos años.

—Un poquitín de sal no va a hacer que al niño le dé un infarto, venga ya.

—¿Ahora eres médico y nutricionista también? No sabía que un gerente de *marketing* tenía tantísima experiencia.

Antes no nos hablábamos con tanto sarcasmo. No nos dejábamos arrastrar por el círculo vicioso de «eres una controladora» y «no, lo que pasa es que tú eres un inepto» típico de todas las Parejas Casadas. De tanto en tanto oigo cómo le hablo a Tristan y algunas palabras me inundan la mente: *Calzonazos. Neurótica*. Antes de empezar a trabajar en una editorial infantil, era asistente en una empresa emergente llena de informáticos frikis que se las daban de machotes, los mismos que cada viernes se vacilaban unos a otros preguntándose si la parienta les permitía volver tarde para irse de fiesta. «¿Te ha dado permiso?», se gritaban por encima de los escritorios, a pleno pulmón y con voz sardónica, para luego ponerse a aplaudir cuando el aludido les decía que sí. Menudos matrimonios más horribles, en los que los hombres tienen que «pedir permiso» para salir a beber algo, pasárselo bien, volver a

casa borrachos y vivir la vida al máximo. Menudas arpías controladoras tenían por esposas, que se quedaban mirando el reloj y les preguntaban «¿a qué hora vas a volver?» o «¿en serio estás demasiado borracho como para encargarte de los niños ahora? Seguro que la resaca no te deja cuidarlos mañana tampoco, ¿no?». Sarta de aguafiestas, todas ellas. Antes habría dicho que ni muerta me iba a convertir en una de esas mujeres.

No, miento.

Habría dicho que ni muerta dejaba que alguien me *tildara* de ser así.

Ahora me la suda. La desesperación puede más.

Desde que nació Woody sí que espero que Tristan tenga la decencia de preguntarme si puede salir a divertirse y dejarme a mi suerte para que me encargue sola de acostar a nuestro hijo. Mientras yo me quedo abandonada en casa toda la noche, ahogándome en la miseria. La de veces que hemos peleado porque él decidió volver tarde a casa sin preguntarme, dejándome sola para afrontar la batalla que es acostar a Woody, para luego presentarse a medianoche y despertarme, borracho y apestando, con ganas de follarme a lo bestia sin importar mi prolapso vaginal, y hacerse el ofendido cuando lo aparto de un empujón porque estoy cabreada y me jode que me haya despertado cuando puedo contar mis horas de sueño con los dedos de una mano y me sobran, y sé que también tendré que encargarme de Woody toda la mañana, mientras él lloriquea y se queja por la resaca, como si no se la hubiese buscado solito, en otra de sus tantas demostraciones de egoísmo, porque eso implica que no podré descansar ni un poquito el sábado por la mañana, siendo que los fines de semana son mi único momento de escape del martirio infinito que es la maternidad.

Una corriente de furia me late por dentro, atrapada en este atasco y montándome yo sola miles de discusiones con Tristan, pensando en todo lo que querría decir y me callo. Hasta que, antes de que haya terminado mi dramático discurso imaginario, me invade la culpabilidad. Esa que me reprocha a la cara que no sea una madre

y esposa más amable y sacrificada.

A la Mami Guay le da igual si su marido sale de fiesta y la deja tirada toda la noche. Lo que hace es alegrarse por que se lo pase bien.

Mami Guay no tiene que darle instrucciones a su marido sobre cómo empezar a darle alimentos sólidos a su bebé. Ya se ha montado un menú semanal con recetas específicas para destetar al bebé hecho a base de comida orgánica que ha preparado en tandas el sábado por la mañana, mientras su bebé jugaba tranquilito en el suelo y su satisfecho marido dormía la mona y se recuperaba después de la mamada de buena mañana. Lo pone todo en túpers monos y lo señala con distintas pegatinas para cada día.

Mami Guay no se pasa la vida discutiendo con su marido, no. Forman una unidad familiar perfecta que se da escapadas a una playa de por ahí y lanza a su bebé en el aire con un atardecer de fondo, y que aprovecha las siestas de cuatro horas del niño para echarse un buen polvo.

Puedo ver cómo cambia el panorama conforme me acerco más a la estación. Las viviendas apretujadas que había a cada lado de la autopista A han dado paso a unos campos moteados de tanto en tanto por unos complejos habitacionales que, según recuerdo de las clases de Geografía en el instituto, son un fenómeno llamado «expansión urbana». Una vez que dejo atrás a un par de Land Rovers, sé que casi hemos llegado. Cuando estábamos en la uni visité el pueblo de Nicki un par de veces, nos gustaba pasar las vacaciones en casa de la otra. Me parecía rarísimo ver a mis amigas de la universidad fuera de clase, y Nicki me hacía un resumen autobiográfico de cada restaurante, colegio o farola por los que pasábamos. «Allí fue donde me emborraché por primera vez y me lo hice encima en el aparcamiento. Ese es el colegio al que fue mi amiga Mary, pero yo no porque no soy católica. Esa es la farola en la que besé a Harry, el bajista de un grupo de punk horrible llamado Los No Delincuentes».

Compruebo el retrovisor y veo que Woody sigue dormido como

un angelito. Yo es que lo adoro cuando está inconsciente. Y entonces me asalta una oleada de amor intensa, como si fuese la droga más potente del mundo. Me recuerda que la mitad de este querubín es cosa de Tristan, que la sangre de los dos corre por sus venas. No tendría que haberle gritado. Debería haber preparado la pañalera yo sola. Él también está cansado. El estrés también le afecta. No sale tanto como otros padres. La verdad es que debería sentirme afortunada. Uno de ellos dejó tirada a su novia con su bebé de seis semanas para irse a un campeonato de ciclismo de varios días.

Recuerdo la última vez que fui lo bastante gilipollas como para confiar en mi madre y contarle lo mucho que discutíamos Tristan y yo.

—No le hace bien al bebé, Lauren. No debería oíros discutir así.

—Lo sé, lo sé. Es que… Tristan podría ser un pelín menos inepto o algo.

Mi madre me suspiró en la oreja desde el otro lado de la línea.

—¿Sabes una cosa? No sé por qué tu generación espera tanto de los hombres. Pues claro que no se le da bien cuidar de un bebé, que la madre eres tú.

—Mamá, no me seas tan anticuada que…

—A ver, no. Sé que a tu generación le encanta pasar olímpicamente de lo que dice la biología, pero yo ni siquiera dejaba que tu padre se te acercase cuando eras bebé. ¿Para qué? Si era un negado.

Suspiré e intenté explicarme mejor.

—Pero eso es incompetencia como arma, es cuando…

—Qué incompetencia como arma ni qué ocho cuartos. —El resoplido de mi madre casi me derritió el móvil—. *Con razón que siempre andáis discutiendo. Tú limítate a aceptar las cosas como son. ¡Disfruta de tu hijo! A los hombres les gustan las mujeres pacientes, Lauren, así que aprende a tolerar mejor. Y déjate de andar atacando a tu marido. ¿Qué vas a ganar con eso? ¿Acaso quieres que se largue?*

Me limité a negar con la cabeza y secarme las lágrimas que se me habían derramado. ¿Cómo se me ocurría desperdiciar la valiosísima siesta de veintisiete minutos de Woody con esto?

—Para resumir, dices que aguante lo que sea si no quiero terminar divorciándome, porque aspirar a una paternidad en igualdad de condiciones no es congruente con un matrimonio feliz.

—*Pues qué quieres que te diga…*

Casi que pude oírla encogerse de hombros por el móvil.

Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor.

Ya ni eso. Tenía que aprender a tolerar y punto.

Ese es el mantra que me voy repitiendo cuando llego a la estación dos minutos antes de que arribe el tren y el pánico me recorre entera al imaginar lo que eso implica para la siesta de Woody.

Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor.

Como el coche pase diez segundos sin moverse, se va a despertar. Me entra la ansiedad al pensar en que Steffi podría tardar más de la cuenta en subir al coche y que no lo vaya a hacer en silencio y que se vaya a incomodar por tener que ir todo el puñetero viaje sin abrir la boca. Tengo la esperanza de que los años que llevamos siendo amigas la ayuden a comprenderlo, pero no sé qué hacer en este aparcamiento desconocido. No parece que haya sitio para dar la vuelta, así que hago lo que cualquier persona razonable haría: sigo avanzando y ya volveré cuando haya llegado el tren. Woody se remueve en su sitio mientras espero para salir del aparcamiento y el corazón se me dispara dentro del pecho.

—No pasa nada, shhh, shhh, ahora nos movemos.

Vuelvo a la ronda y me limito a dar vueltas y vueltas sin parar, hasta que el móvil me avisa de que el tren ha llegado hace dos minutos. Eso debería bastar para que saliera Steffi. Doy una vuelta entera a una rotonda y vuelvo al aparcamiento, justo a tiempo para ver una marea de gente salir por las puertas. Todo el mundo va

enfundado en vestiditos de verano, pantalones cortos, chanclas y gafas de sol y lleva una sonrisa en el rostro y un abanico para hacerse aire. Hay una fila de coches que avanza lento mientras recoge a sus pasajeros y me sumo a ella, estirando el cuello para ver si distingo a Steffi entre la multitud. Fijo que va vestida con un atuendo discreto y ajustado, para presumir de lo mucho que se mata en el gimnasio. Seguro que es de color beis o blanco, algo que contraste con su preciosa piel oscura y que demuestre que no tiene hijos con manitas mugrientas que se lo dejen perdido al instante. Tengo una fila de coches por delante, Woody sigue removiéndose y yo pego un bote cada vez que alguien da un portazo. ¿Dónde está Steffi? ¿Dónde? Voy tan lenta como me es posible para mantenerme en movimiento, en lugar de parar y volver a arrancar. El BMW que tengo detrás, con el típico machirulo al volante, está rojísimo por la rabia de que no esté pegada al culo del coche que tengo delante, como si eso fuese a ayudar en algo.

—No entremos en pánico, no entremos en pánico —susurro para él y para mí misma.

¿Dónde coño está Steffi? Solo me quedan tres coches por delante y no la veo. La marea de gente ha disminuido y ya solo hay unos pocos. Ya deben de haber bajado todos del tren, así que ni idea de dónde podría estar. Avanzo despacito, con la esperanza de verla salir, pero nada. Ya solo quedan dos coches y ni rastro de Steffi. Uno solo y… nada. Espacio vacío y Steffi brilla por su ausencia. ¿A lo mejor si avanzo como tortuga saldrá de una vez? Avanzo centímetro a centímetro, viendo cómo el tipo de atrás va poniéndose más y más rojo.

Me pita y Woody casi se despierta.

—Pero qué necesidad.

Entonces hace sonar el claxon tres veces, un sonido infinito y altísimo, y saca la cabeza por la ventana.

—¡Venga, tira ya! ¡Mujer tenías que ser!

Woody se despierta y suelta un berrido. Mi yo del pasado, sin hijos, jamás habría permitido que le hablaran así. Le habría hecho

una peineta. Se habría bajado del coche y lo habría puesto a parir. Pero el capullo de turno me la suda porque lo único que me importa es que Woody se vuelva a dormir, que su siesta no ha durado suficiente. Si se despierta ahora va a desmontar el día entero, la noche, y también el resto de mi puta vida. Salgo pitando del aparcamiento y vuelvo a la ronda, con la esperanza de que el movimiento haga que se duerma otra vez.

—Shhh. No pasa nada. Shhhh. Vuelve a dormir, cariño. A dormir, venga.

Pero no hay tutía. Tiene la carita contorsionada en un alarido y los puñitos cerrados con fuerza. Está furioso porque lo hayan despertado, pero el puñetero no quiere volver a dormirse. Sé que me necesita. Sé que no se va a calmar si no lo cojo en brazos. De modo que acelero y recorro la ronda a toda pastilla por cuarta vez, hasta aparcar de golpe en un sitio a unos diez metros de la entrada de la estación.

—Joder, joder, joder. Me cago en todo. Me cago en la puta Steffi. Me cago en mi vida. Me cago en mi puta vida de mierda —farfullo en lo que bajo del coche y saco a Woody de un tirón.

El chillido que pega es tan fuerte que varias personas que hay alrededor se vuelven para mirarnos. Está agotado, con los ojitos rojos, y no hay cómo consolarlo. Lo balanceo y lo mezo de arriba abajo. Me deslizo como puedo en el asiento trasero e intento meterle el pezón en la boca, pero lo escupe como si le hubiese dado algo envenenado. Lo vuelvo a sacar del coche y sigo paseando con él, mientras voy parloteando en un intento por que mi voz le calme.

—Mira, cariño. Mira la pancarta. Y el semáforo. ¿Has visto esa fila de taxis? ¿Has visto qué bonito es todo? No llores, venga. ¿Estás malito? ¿Tienes fiebre? ¿Te están saliendo los dientes? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no duermes? No sé por qué no quieres dormir nunca.

Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor.

Pero lo único que siento es el desastre que se me cierne encima

por la siesta interrumpida. Por lo que supondrá para el resto del día. Un Woody cansado en medio del *baby shower*. Un bebé agotado en el coche de vuelta a casa. Una noche incluso peor que la de ayer, lo que no sé si es científicamente posible. Noto cómo se me agolpan las lágrimas. Cómo el ataque de pánico está deliberando si llega del todo o si, como yo, el cansancio le puede más y prefiere reservarse para más tarde, digamos a las dos de la madrugada, cuando Woody fijo que se despertará para seguir dando el coñazo.

—Shhh, shhh. No llores, no pasa nada. Shhh, shhh.

Empieza a calmarse y, como por arte de magia, ya está. No más lágrimas. Es todo risitas y sonrisas. Se estira y me tira de un mechón de pelo, encantado de la vida. Me aparto del borde del abismo en el que estaba y parpadeo para no derramar las lágrimas. Lo he tolerado. Más o menos. Entonces pego un bote cuando alguien me da un toquecito en el hombro.

Me vuelvo y ahí está Steffi. Bronceada y bien definida, elegante y perfecta. La zorra impuntual que me ha arruinado la vida. Me sonríe. Ve a Woody y suelta un chillido. Acto seguido, me muestra dos vasos de plástico enormes y me dedica una sonrisa de oreja a oreja, orgullosísima de sí misma.

—¡He ido a por unos cafecitos! ¡Están para morirse, ya verás!

STEFFI

La Virgen.

Eso es lo que casi se me escapa cuando Lauren se da la vuelta.

«La» seguido de «Virgen».

Eso y «joder».

—¡Anda! ¡Qué guapa estás! —Las mentiras me brotan solas mientras intento pasarle el café antes de caer en la cuenta de que no tiene ni una mano libre—. Ay, Woody, ¡hola! Lauren, pero qué monísimo está.

—Steffi, aquí estás. No sabía si habías llegado en este tren o no.

Lauren se acomoda como puede al bebé sobre una cadera para aceptarme el café. Tiene la voz tan tensa como la mía y la conozco lo suficiente para saber que se ha cabreado conmigo. Le echo un vistazo a ella, a su hijo, a que haya aparcado ocupando dos espacios, y me doy una colleja para mis adentros.

—Es que he tenido que hacer una llamada de trabajo al llegar al andén porque la cobertura en el tren era una mierda —me explico—. Perdona —añado, sin pizca de ironía.

Mi disculpa parece hacer que se le pase un poco el cabreo y me sonríe.

—¿Una llamada de trabajo en sábado? ¿Cómo va la agencia, por cierto? ¿Va todo…?

Woody suelta un chillido y se lanza a por el café, con lo que casi hace que se lo derrame todo encima.

—No, Woody. Esto no es para bebés. No. Te vas a sacar un ojo

con la pajita. ¡Mira, mira! ¡Mira a la tía Steffi!

Me lo balancea en las narices, como si yo fuese alguna especie de juguete, así que dejo el café sobre el techo del coche para alzarlo en brazos, sintiendo cómo me embarga la ansiedad por si me rechaza y se pone a llorar, lo que será un papelón para todos. Pero Woody me da su beneplácito y se lanza a por mi collar para meterse una de las cuentas enormes en la boca. Hago una mueca, pero dejo que mi bisutería pague el pato.

—Perdona, ha sido todo un viajecito el que nos hemos hecho. —Se apoya contra el metal caliente del coche y bebe el café a grandes tragos, agradecida, como cuando se zampaba chupitos en el Vodka Revs—. Hemos estado intentando hacer que se adaptase a un horario de sueño y se suponía que debía dormirse en el coche, pero va este tipo y a la mierda todo. Solo ha dormido cuarenta minutos por la mañana, lo que no basta para nada y… —Para y menea la cabeza—. Arg. Acabas de llegar y ya estoy dándote la tabarra con chorradas de bebés cuando me prometí que no lo haría. Perdona.

Le doy unas palmaditas en el brazo, aún intentando acostumbrarme a esta nueva versión de Lauren, más frenética.

—Mujer, no pasa nada. Qué horrible que no esté durmiendo, ya me imagino. No sé cómo lo hacéis los padres.

Se acaba el café, menea la pajita para vaciar lo último que ha quedado pegado a los cubitos y echa la cabeza atrás para beberse hasta la última gota. Me la quedo mirando, observándola de verdad, y aún no me entra en la cabeza que la mujer que tengo enfrente sea Lauren, mi amiga de toda la vida. Casi no la reconozco. En primer lugar, va de azul marino, por el amor de Dios. Un color que creía que le daba urticaria. Creo que no la había visto nunca en un modelito que no incluyera un color primario y uno fosforito. Sí que se ha maquillado un poquitín, aunque no va con los labios rojos intensos que son tan propios de ella. El maquillaje ya se le ha empezado a cuartear alrededor de la nariz, tiene unas ojeras oscuras que no ha podido disimular y la línea del ojo deja mucho que desear. Se ha recogido el pelo en un moño desordenado, de esos que se hacen

todas las madres, supongo que para que Woody no se lo arranque. De hecho, ya ha empezado a dar tirones al mío, al tiempo que le da un buen baño de babas a cada cuenta del collar. Y, por muy cabrona que me sienta por percatarme de ello, veo que su peso también ha variado muchísimo. Siempre ha sido dueña de una figura envidiable, como reloj de arena, con unos pechos maravillosos y una cintura de avispa, por mucho que todo su atractivo se viera mermado por ese afán suyo de vestirse con todos los colores del arcoíris. Con el saco azul marino que lleva ahora su silueta no muestra ninguna curva, tan solo una forma regordeta que parece derramarse por todos lados, ¿es eso posible? Me odio a mí misma por pensarlo, pero lo hago de todos modos.

Jolín, sigue igual de gorda que cuando estaba embarazada.

Lo que me descoloca muchísimo, porque Woody tiene… ¿casi un año ya? Y Lauren siempre ha lucido una silueta increíble, casi sin esfuerzo.

—¿Vamos yendo? —pregunta—. Dios sabe cuánto tardaremos en llegar. Google Maps solo me señala un punto en medio de una nada de color gris.

—Sí, claro, pero dime que tu coche tiene aire acondicionado, porfa.

—¡Pues claro!

—Genial. Ay, no sabes cómo me alegro de verte. —Intento abrazarla de nuevo, pero, en lo que me inclino, Woody huele a su madre y empieza a lanzarse hacia ella, entre lloriqueos. Y no sé si estoy alucinando, pero diría que la veo poner los ojos en blanco al cargarlo en brazos.

—Sí, yo también —contesta, distraída—. Ya está, cielo. ¿Te vas a portar bien en el coche? ¿Sí? Nada de llorar frente a la tía Steffi, eh. Está abierto —exclama, y me subo en el asiento del copiloto mientras ella abrocha a Woody en la sillita, haciendo todo lo posible por contener mi asombro al ver el estado en el que se encuentra el coche.

Pero si está asqueroso, con migas por todos lados, juguetes

llenos de polvo, envoltorios de galletas vacías y latas de refresco que me ruedan hasta los pies. Sin decir nada, cubro el asiento con mi chaqueta antes de sentarme para no manchar el vestido. Woody, ya abrochado y con un juguete en cada mano, parece estar de buen humor mientras mueve los bracitos. Lauren vuelve al coche, enciende el motor y me lanza su móvil.

—¿Te importa guiarme? No tengo ni idea de a dónde vamos, pero ya he decidido que odio a los padres de Nicki por mudarse al culo del mundo, por muy bonito que sea el lugar.

Se me escapa la risa mientras abro Google Maps como me ha pedido.

—No es poca cosa, ¿no? Pedimos que vayamos al quinto pino. Y, ya que estamos, traed una montaña de pañales de regalo.

—¿Yo tuve *baby shower*? —pregunta Lauren, poniendo el intermitente para indicar que saldrá de la ronda—. Te juro que no me acuerdo.

—No, fuimos a un *spa* las cuatro.

—Ay, cierto. El puñetero Tratamiento para Futuras Mamis de los cojones. Pagas doscientos pavos y no te dejan meterte en el *jacuzzi* ni en la sauna. Ni siquiera pude tomarme la merienda porque me dio diabetes gestacional. Con razón que no me acuerdo de nada.

Extiendo las manos frente al aire acondicionado.

—Mientras tanto, yo me lo pasé pipa comiendo todos los pastelitos que no te podías comer tú y viendo a Charlotte pasarse el día entero recogiendo toallas que había por ahí para doblarlas.

Lauren se echa a reír y noto que la tensión que había en el ambiente se evapora. Salimos de la ciudad y vamos por unas rotondas algo peliagudas, por lo que Lauren tiene que concentrarse y no habla mucho. Su móvil anuncia «Siga la carretera durante dieciséis kilómetros», así que lo dejo en un portavasos vacío y me vuelvo para sonreírle a Woody.

—Es monísimo, Lauren.

Ella sonríe y suelta el volante para acomodarse el cabello.

—¿Verdad que sí? A los nueve meses ya parecen modelos de

pañales. Es como una se imagina a un bebé, ¿no? No como una rana alienígena que no deja de sacudirse en el suelo.

—Es que mira lo grande que se ha puesto desde la última vez que lo vi. Te he echado muchísimo de menos, chica, hace mil que no nos vemos.

—Lo sé, lo sé, lo siento —dice, asintiendo—. Me he convertido en un despojo humano desde que nació Woody.

Hago una mueca al oír cómo se describe a sí misma y me estiro para darle unas palmaditas en el brazo.

—Acabas de ser madre, no seas tan dura contigo.

Se le escapa una carcajada burlona.

—Creo que esa excusa solo te vale hasta las seis semanas. Una de las del grupo de ayuda a los padres ya se ha llevado a su bebé de vacaciones cuatro veces. Y no un fin de semana precisamente.

—Bueno, es que cada quien es diferente.

No sé qué más decirle. Siempre me da la impresión de que cualquier consejo que les dé a mis amigas que son madres no será bien recibido porque carezco de la experiencia necesaria para respaldarlo. He visto a un porrón de mis amigas pasar de la felicidad a la miseria como para saber que no solo es cosa de ellas (y para recordarme que no querer hijos es una opción totalmente válida), pero no puedo ir por ahí diciendo «Si te sirve de consuelo, todas mis amigas con hijos parecen haberse jodido la vida, así que tú tranquila». Eso es lo que pienso, por mucho que ellas se nieguen a mostrar cuán hechas polvo están y se emperren con que «vale la pena».

Este trayecto en coche me está obligando a poner los pies en la tierra después de la mañana tan movidita que he tenido. No puedo dejar las manos quietas, me las retuerzo y me las estrujo sobre el regazo, y parece que el café no ha sido una buena idea después de todo. Me muero de ganas de contarle a Lauren todo lo que me está pasando, sobre todo porque ella trabaja en el mundo editorial y sabe lo que significa. Pero prefiero esperar a que saque el tema, para no parecer tan egocéntrica.

Oímos un golpe seco por detrás cuando Woody deja caer uno de sus juguetes por el hueco entre los asientos. Y otro más cuando cae el siguiente. Me giro y lo veo sonreír de oreja a oreja, como si la gravedad fuese la octava maravilla del mundo. Al volver la vista al frente, Lauren ya parece haberse recompuesto un poco y me echa una miradita.

—Acabo de recordar que ibas a presentar un libro esta semana, ¿no? Con el que va a arrancar tu agencia. Ay, madre, ¿cómo te está yendo? Perdona por no habértelo preguntado antes.

—Tranqui. —Empiezo a dar palmaditas por la emoción, porque contarlo en voz alta hace que sea incluso más real—. Está yendo de maravilla, la verdad. Dos editoriales nacionales me han hecho propuestas en el transcurso de la noche.

Woody suelta un chillido y me giro hacia él para verle la cara, porque no sé si está feliz o es una rabieta.

—Tú, ni caso. Ay, Dios, Steffi. Eso es estupendo. ¡Que te hagan ofertas en sábado no es poca cosa! Madre mía. ¿Vas a subastarlo el lunes, entonces? ¿O crees que te va a llegar un borrador de propuesta antes? ¿Cómo piensas…? —Entonces Woody se echa a llorar, de cero a mil en un segundo—. Ay, Woody, ¿qué pasa ahora? ¿Qué te ocurre, corazón? ¿Se te ha caído tu juguete? —Suelta otro grito y se pone a darle porrazos a la ventana, con la cara toda roja —. Steffi, ¿podrías pasarle su juguete? ¿Llegas?

—Eh…, a ver. —Me contorsiono para intentar llegar a la oreja de la jirafa de plástico que se asoma por detrás del asiento, pero no la alcanzo. Woody me da un manotazo en lo que sigo intentándolo y llora más fuerte—. Espera que me quito el cinturón.

—Debes de estar emocionadísima, ¿no? —Trata de continuar con la conversación, mientras yo me arriesgo a morir al contorsionarme entre los asientos.

Suspiro de alivio al recoger la jirafa y pasársela a Woody, con la esperanza de que nos dé un ligero respiro, pero el niño se limita a lanzarla hacia un lado y berrear más fuerte, como si mi atrevimiento de querer ayudar lo ofendiera.

—Ay, no.

—No le hagas caso, en serio. Ya se le pasará.

—Eh… Bueno. —Me vuelvo a abrochar el cinturón, intentando no hacer una mueca por lo mucho que me perturban sus berreos incontrolables.

—¿Entonces vas a por la subasta? —Lauren grita para que la oiga mientras pasamos a toda velocidad por unos campos verdes con ovejas que se refugian del sol bajo los árboles, incómodas por toda la lana que llevan encima.

—Solo si no me llega una propuesta de siete cifras. Pero es bastante posible, la verdad…

Me moría de ganas de contarle la noticia sin sentir que me están torturando los tímpanos, pero decirlo en voz alta será increíble de todos modos. Lo mismo que he sentido al llamar a Rosa en el andén. Se le ha caído el móvil y se ha puesto a llorar y ni siquiera podía articular las palabras para contarle a su compañera de piso lo que estaba pasando. Me ha llevado varios minutos convencerla de que no solo vamos a publicar *Luna de sangre*, sino de que se va a convertir en un fenómeno mundial.

Es por eso que escogí este trabajo. Por las llamadas que me hacen sentir como si fuese un hada madrina. Todo lo que hago es para poder hacer esas llamadas. Se supone que en el mundo editorial ya está todo decidido y que no importa qué clase de libros quieras publicar, sino que conozcas a las personas correctas en el mundillo y todo ese rollo. Y, en cierta medida, es cierto. Todo dios fue a los mismos internados pijos antes de ir en el tren de la literatura inglesa con destino a las mejores universidades del país: Oxford y Cambridge. Mogollón de novelas solo se publican porque las ha escrito la nieta de tal y cual, porque el autor tiene un pódcast o porque cuenta con un determinado número de seguidores en Instagram. Dios sabe que yo misma represento a un buen número de autores de esa calaña, porque sé a quién arrimarme y el enchufismo está a la orden del día. Aun con todo, todavía se ven unos cuantos de meritocracia pura y dura. Cuando un ciudadano de

a pie escribe una pasada de novela, algo capaz de revolucionar el mundo, sin percatarse de la joyita que tiene entre manos o de que él mismo es una mina de oro, y a lo único que aspira es a que alguna editorial quiera comprarle su libro, le ofrezca la oportunidad de firmar unos cuantos ejemplares y pueda verlo en los escaparates. Hacer que ese sueño se cumpla pero multiplicado por un millón y ser quien les da la noticia… Buah, es una sensación insuperable. La gente se cree que no tengo instintos maternales porque no quiero tener hijos, pero ni se imaginan lo que siento por mis clientes. Que los veo como a unos hijos y disfruto de su felicidad y me aflijo por sus pesares. Que estoy dispuesta a hacer todo lo que esté en mi mano para allanarles el camino y que quiero que todos sepan lo maravillosos que son… Si el mundo entendiera eso, quizá no habría tantos tipos mandándome a pastar porque según ellos no tengo corazón… Como el hijo de puta de Jeremy.

—¿Siete cifras? —repite Lauren, aunque se distrae con el retrovisor y con Woody retorciéndose en la sillita—. Vaya. Eso le iría de perlas a tu agencia.

—Eso espero. Sería todo un alivio.

—Ay, Steffi. Cómo me gustaría que tu madre siguiese aquí con nosotros. Estaría orgullosísima. Yo estoy orgullosísima.

—Para, que me vas a hacer llorar.

Era esto lo que necesitaba. Que Lauren comprendiera el notición que es. Poder contárselo en persona. La he echado muchísimo de menos.

—¿Y qué viene después? ¿Has pensado…? ¿Woody? *¡Woody!* No pasa nada, es el coche. No pasa nada.

El bebé empieza a retorcerse, arqueando todo el cuerpo y con la cara sumamente roja.

Intento continuar con la conversación como si nada.

—Bueno, no te lo vas a creer, pero la mismísima Nina Baldwin me ha escrito esta mañana. Quiere comprar los derechos para la película y hacer de protagonista ella misma.

—Joder, ¿no?

—Ya, es que no me lo creo.

—¡Woody! ¿Qué te pasa ahora? —Aparta una mano del volante, la pasa por detrás del reposacabezas y chasquea los dedos para hacer que se calle. Pero Woody ni caso—. ¿Nina, dices? Madre mía, es… Perdona, quiero centrarme como debe de ser en la noticia, pero no sé qué mosca le ha picado a Woody. Hijo, para ya, por favor. Deja de llorar y duerme. —Entonces explota y añade a grito pelado—: ¡Joder, ya! ¡No estarías tan cansado si te fueras a dormir de una puta vez!

Me cubro la boca con las manos para disimular mi horror. Woody se queda mudo un segundo, pero no tarda en ponerse a berrear de nuevo. Lauren me mira de refilón, angustiada.

—Perdona, es que… Se ha despertado de la siesta justo cuando llegamos a la estación y está hecho polvo. Yo misma estoy hecha polvo. No quería… Es que… Ay, Woody, cielo. Mami no quería gritar. No pasa nada, en serio.

El crío está inconsolable. Pega semejantes chillidos que fijo que ha abierto un portal a otra dimensión.

—No pasa nada —le digo, sin saber qué más decir—. Eh… ¿va todo bien?

Tras respirar hondo, se pone una careta de lo más rara que no le había visto en la vida: como si estuviera en otro mundo, ausente.

—Lo siento mucho, Steffi, pero voy a tener que aparcar un segundo. ¿Te importaría ir con él en el asiento de atrás?

—Claro, no hay problema.

—Pero no hay dónde aparcar en estas carreteras de pueblo, ¿a que no? Shhh, Woody, tranquilo. Ya casi estamos, espera un poquito.

Da un volantazo para meterse en los terrenos privados de una granja y todos salimos disparados hacia adelante en los asientos.

—Vale, ya puedes ir para atrás. Gracias. Espera, necesitas esto.

Va a por el móvil, abre YouTube y escribe «estimulación visual para bebés» antes de darle al *play* y pasármelo. Imaginaba que iba a bajarse del coche para calmar ella misma a Woody, pero sigue con

esa expresión tan rara. Me las arreglo para sentarme a su lado y ponerle la pantalla en la cara.

—Anda, míralo —digo, en lo que el coche vuelve a arrancar y Woody sonríe de oreja a oreja, con las lágrimas aún mojándole las mejillas. Se queda boquiabierto mirando las fresas que bailotean por la pantalla.

—Es como una droga para los bebés —me explica Lauren a gritos —. Lamento mucho todo el drama. Tendría que haberte pedido que lo acompañaras atrás desde el principio. Eso me pasa por querer dármelas de adulta responsable.

—Tranquila. Parece cosa de magia. —Paso la mano frente a la cara de Woody, pero este ni pestañea. Está completamente cautivado por los kiwis con ojazos que llueven del cielo y caen sobre unas fresas saltarinas.

Una calma incómoda se asienta en el coche mientras seguimos conduciendo por quién sabe dónde. Tengo que admitir que el paisaje es muy bonito y seguro que lo es más cuando no estamos en plena sequía. El cielo parece infinito y hay un montón de campo abierto y arboledas. Londres me va a parecer un cuchitril apretujado y lleno de polución cuando vuelva. Woody sigue callado y los ojos se le van secando por no parpadear. Lauren nos lleva por las carreteras serpenteantes a paso tranquilo y con calma, y nadie diría que acaba de pegar tremendo grito hace tan solo un minuto.

—Conque Nina Baldwin —exclama hacia el asiento trasero—. Madre mía, Steffi. Debes de estar contentísima.

Sonrío. Mi amiga querida ha vuelto, así sea por un instante. Se lo oigo en la voz.

—Acabo de llamar a la autora y está de acuerdo. Le he dicho que habrá otras ofertas, pero quiere firmar con Nina, sin importar lo que digan los demás estudios. Aunque no pienso decirles eso a ellos, claro, primero voy a sacarles el mejor acuerdo posible.

—No me sorprende en absoluto, la verdad. Siempre he sabido que te iría genial en cuanto montaras tu propia agencia.

—Gracias. Pero esto no me lo vi venir ni en mis mejores sueños.

—Qué orgullo, chica. —Lauren le echa un vistazo a mi móvil, que sigue con el GPS—. Espera, creo que estamos cerca. Dice que estamos a un par de kilómetros o así… ¿Woody va bien?

El crío sigue sin parpadear. Unas pinas frenéticas se han puesto a girar haciendo el pino, y a Woody se le agitan los deditos por la emoción.

—Yo diría que está en coma, casi.

—Estupendo. Ay, madre. Un momento. ¿Cómo carajos vas a gestionar todos estos acuerdos en medio del *baby shower* de Nicki?

Me echo a reír, adorándola incluso más por no tener que explicárselo.

—Va a hacer falta mucha diplomacia, eso seguro.

—¿Diplomacia? ¡Vas a tener que mentir como una bellaca! ¿Cuál será la excusa? ¿Te a va doler la tripa? ¿Quieres que te ayude con Nicki? Puedo decir que te he visto cara de enferma al recogerte.

El coche aminora la marcha conforme una voz muy tranquila nos informa de que nuestro destino debe encontrarse a la izquierda. No comprendo cómo puede haber una casa aquí, porque no estamos en una carretera, sino en un camino. No hay farolas ni aceras, solo setos y campos amarillentos.

—Eso me ayudaría mucho, la verdad. Sabes que jamás me perdería lo de hoy, pero es que no ha podido escoger un peor momento, te lo juro. Anda, mira, es allí. Hala.

La casa se nos presenta como un oasis, resplandeciente en medio del calorazo que hace al final de un sendero de tierra por el que Lauren ha alcanzado a girar justo a tiempo. Y casi que es un invernadero con patas. Moderna, reluciente y carísima… Fijo que la diseñó algún arquitecto al que se la suda si cualquier viandante te ve en pelotas. Hay un arco de globos enorme sobre los escalones de la entrada que consigue eliminar por completo el buen gusto de nuestra primera impresión de la vivienda.

—Nos vamos a asar vivas ahí dentro —dice Lauren en lo que avanzamos haciendo ruido por la gravilla—. ¿Cómo coño va a dormir Woody ahí si la casa entera es una ventana gigante?

Incluso Woody se ha impresionado lo suficiente como para apartar la mirada un segundo del móvil. Se pone a agitar las manos, entre risitas, al sentir un cambio en el ambiente. Lauren aparca y suelta un silbido por lo bajo antes de girarse con una sonrisa.

—Steffi, de verdad que me alegro muchísimo por ti. En serio. Enhorabuena. Y solo estás empezando.

Justo en ese momento me suena el móvil y ella me lo pasa al ver cómo se me abren mucho los ojos por la urgencia.

—¿Quién es? ¿Otra oferta?

Leo el correo por encima y suelto un chillido.

—Madre mía. ¡Es Mountain Scape Studios! Otros que quieren hacerlo película. ¡No me lo creo!

—¡Steffi! Es que… ¡Mujer! ¡Qué emoción! En serio. ¿Quieres que nos quedemos un ratito en el coche para que puedas leer el correo y contestar? Woody tiene su droga visual, así que no pasa nada.

—Me vendría genial. ¿Seguro que no te importa?

Pero ya me he puesto a leer el correo. Han ido a por todas y me han hecho una propuesta. Con varios ceros. Un porrón, de hecho. Voy a tener que comentárselo a Rosa de inmediato. Quizás esta cantidad haga que merezca la pena decirle que no a Nina. Yo flipo. En serio. ¡Ni yo misma sé qué hacer! Y sé supone que sí que tengo que saberlo. Porque es mi trabajo. La profesional soy yo. Soy yo quien está a cargo. Ay, madre. Que alguien me ayude.

—Al contrario. Creo que me quedaré aquí sentada un ratito y descansaré la vista, si no te parece muy raro. Me daré un segundo para… Ay.

Todos pegamos un bote al oír un golpe en la ventana. Las pupilas enormes de Charlotte se asoman por el parabrisas y sus dientes brillan a la luz del sol.

—¡Habéis llegado! —chilla con una voz tan aguda que, como ya me imaginaba, hace que Woody se ponga a llorar de inmediato.

CHARLOTTE

Ya está todo en marcha. Y va perfecto. Perfectísimo. Justo como me lo había imaginado. Justo lo que necesitamos las cuatro. Nos he separado cuarenta y cinco minutillos para bebernos un té y ponernos al día y vamos justo a tiempo.

—Vaya —dice Lauren, volviéndose hacia todos lados mientras se bebe el té—. No sé si me impresiona más la arquitectura detrás de este casoplón o que Charlotte se las haya ingeniado para hacer una piñata con forma de vulva. Puede que las dos cosas.

Las tres se echan a reír mientras yo me las doy de ofendida.

—Siendo sincera —dice Steffi, con su café helado en una mano y el móvil pegado a la otra—, creo que la vulva hecha de papel maché le da el toque de minimalismo moderno que necesita la casa.

—Muchas gracias.

—¿Le pediste a tus alumnos que te echaran una mano?

—Con la vulva, no.

—¿Por qué no? —inquiere Nicki, que está sentada un poco más abajo que el resto de nosotras, dando botes en una pelota de yoga —. ¿No deberíamos enseñarles a los niños a llamar a las cosas por su nombre?

—¿Y qué hay dentro de la vulva? —pregunta Lauren, al tiempo que se levanta para impedir que Woody siga gateando hacia lo que ya le he dicho que es la «zona peligrosa».

Por mucho que haya puesto una cinta roja para indicarles a las madres qué zonas de la casa son aptas para bebés y cuáles no, a

Woody se la suda la cinta.

—Pues chuches… —digo despacio, a la espera de la broma que está por venir.

—Tal vez deberías llenarla de sangre y tampones y coágulos para que fuera más educativa. —Pongo cara de asco y tanto Lauren como las demás se ríen de mí, pero con cariño.

—¡Y penes! —Añade Steffi. Soltamos risitas como si fuésemos unas crías, todas menos Nicki, quien pone los ojos en blanco.

—Tú siempre pensando en penes, Steffi.

Nos quedamos calladas al notar la amargura de su comentario. Si lo hubiéramos dicho Lauren o yo, todas nos habríamos echado a reír, pero al venir de parte de Nicki, el comentario va tan cargado como la piñata en forma de vulva. Nicki, al darse cuenta de cómo ha sonado, se apresura a corregirse.

—Me refiero a que aún me acuerdo de las decoraciones que llevaste a mi despedida de soltera, no me malinterpretéis —añade, y Lauren y yo intercambiamos una mirada de alivio.

Steffi asiente y acepta la ofrenda de paz.

—Fuiste la primera en oponerte a la polla hinchable de neón, pero, si no me falla la memoria, luego no te despegaste de ella en toda la noche —repone—. ¿Acaso no fuiste tú la que se la llevó a su habitación de hotel y durmió abrazándola como si fuese un osito de peluche? —Todas nos reímos con ganas, para dejar atrás el momento incómodo.

—Es que era más cómoda que la mierda de almohadas del Premier Inn —se queja Nicki—. Fue por razones ergonómicas y ya está.

A Lauren se le escapa la risa con lo de «razones ergonómicas» y se escupe un poco de té sobre el vestido. A Woody le encanta tanto lo que hace que suelta unas carcajadas que lo sacuden entero y que me dan ganas de grabarlo para que se vuelva viral. Su alegría es tan contagiosa que todas casi nos meamos de risa durante cinco minutos, hasta que Steffi aprovecha la oportunidad para echarle un vistazo al móvil, Nicki lo nota y pone los ojos en blanco. ¿Qué les

pasa que no pueden disfrutar del momento? Si nos lo estamos pasando genial. ¡Y todo va acorde a la hoja de cálculo! La gente cree que no sé relajarme, pero no es así. Claro que puedo, siempre y cuando me encaje en el horario. Y es eso lo que pasa ahora, por lo que ni siquiera estoy pensando en la hora en la que hay que sacar la comida de la nevera o en comprobar si todo va bien con Seth y asegurarme de que llegarán a tiempo. Tampoco me preocupa si las invitadas llegarán demasiado pronto…, no. Tengo doce minutos más para relajarme, disfrutar de este precioso momento y reírme con mis mejores amigas. Porque pasarlo bien dentro de un horario establecido sigue siendo pasarlo bien. Me llevó un tiempo convencer a Seth de que un polvo planeado seguía siendo un polvo. Uno mejor, de hecho, porque yo no estaba tensa y preocupada por que el sexo se estuviese interponiendo con lo que fuera que tuviese en mi lista de tareas. Hasta que se volvió demasiado doloroso, planificar nuestras sesiones de sexo en mis días de ovulación eran mis preliminares favoritos. ¡Cronometrar los minutos! ¡Comprobar la temperatura! ¡Y la mucosidad! ¡Los gráficos, por el amor de Dios! ¡Y tantas posturas que probar para mejorar las posibilidades de concepción! ¡Las distintas horas del día! Uf, todo eso me ponía muchísimo, hasta que entendimos que nada surtía efecto.

Woody gatea por doquier con la boca abierta, contentísimo al descubrir su nuevo parque de juegos. Se detiene al llegar a la pelota de Nicki e intenta ponerse de pie apoyándose en ella. Nicki lo alza para achucharlo y Woody se arrebuja contra ella y su barriguita, mientras que las demás nos morimos de ternura.

—Es monísimo —dice Nicki, acariciándole la espalda—. Espero que mi bebé sea tan convencionalmente cuco como Woody.

Me examino a mí misma al contemplar a mi amiga embarazada con el hijo de mi otra amiga en brazos y lo único que siento es paz y felicidad por ambas. Las risitas adorables de Woody no me hacen trizas el corazón. La silueta sinuosa de Nicki no hace que me sienta vacía e inútil. De hecho, me llena de emoción.

Steffi se pone de pie de un salto, metiéndose el móvil en el

bolsillo del vestido.

—Tengo que ir al baño un momento —anuncia—. Eh… ¿Dónde está? ¿También tiene las paredes de cristal? ¿Los pájaros me van a ver mear?

Nicki se echa un poco hacia atrás, quizá sintiendo que debe proteger a sus padres.

—Todo está hecho de cristal, pero en los baños es unidireccional, te lo juro. Está justo ahí, por esa puerta.

—¿Y tus padres? —pregunta Lauren, en lo que Steffi nos pasa por encima y se saca el móvil del bolsillo antes de llegar a la puerta siquiera.

Por suerte, Nicki no la ve porque está de cara al otro lado. Cuando han llegado, Lauren me ha dicho por lo bajo que la nueva agencia de Steffi estaba en medio de algo importantísimo, pero que no pretendía eclipsar la fiesta, algo que agradezco de corazón. Me alegro un montón por Steffi, aunque sí que me preocupa que confíe tanto en su carrera en el mundo editorial, una industria sin pies ni cabeza en la que nadie tiene ni pajolera idea de cómo ganar dinero. Siendo sincera, cada vez que Lauren y ella se ponen a hablar del tema, siento que me da urticaria.

Nicki retira con cuidado la manita de Woody, que está decidido a arrancarle mechones enteros de la cabeza.

—A mi padre se le ha ocurrido que lo más útil que podía hacer con su tiempo hoy es salir a probar su nueva bici todoterreno —nos cuenta con un suspiro—. Se ha ido hace como treinta minutos enfundado en unos pantalones cortos tan ceñidos que yo diría que va a causar más de un accidente por ahí. —Deja a Woody en el suelo para frotarse la parte del cuero cabelludo que ha perdido pelo —. Y mi madre ha entrado en pánico porque no tenemos un difusor de varillas en el baño y creía que eso nos estropearía la fiesta. Así que ha ido corriendo a por uno.

—Adoro a tu madre —le digo.

—Genial, porque ella te adora a ti.

Una parte de mí se llena de ilusión al oírlo. Sé que puedo ser un

poco intensa en ocasiones, así que me sienta muy bien que alguien no solo me entienda, sino que aprecie mi forma de ser. Pese a que me rehúso a reducir mi intensidad por nadie, mi eficiencia pone de los nervios a mucha gente. Lo que sin duda es problema suyo, no mío.

—¿Tienen ganas de ser abuelos? —le pregunto—. ¿Crees que te ayudarán con el bebé?

Nicki se lo piensa un poco.

—Mi padre ni pensarlo. No hasta que el bebé tenga edad para ir en bici, como mínimo. Tenemos mucha suerte de tener hijos ahora y no cuando los hombres eran una panda de inútiles, de esos que se quedaban fumando puros en la sala de espera del hospital y como mucho se ofrecían a llevar al crío en los hombros de tanto en tanto.

Lauren agita un dedo y se pone de rodillas para impedir que Woody gatee hasta la zona de peligro.

—No te creas. He visto unas cuantas historias en el grupo de padres en el que estoy y son desopilantes, en serio.

Las dos nos volvemos para mirarla, con ganas de oír más.

—¿En serio?

—Hay un tipo que no ha pasado ni una noche despierto con su hijo, porque «eso de no dormir no le sienta bien» y «necesita estar bien descansado para rendir en el trabajo». Y trabaja en una oficina, es informático. Su tarea consiste en sentarse frente al ordenador y escribir. No es neurocirujano ni piloto. Woody, no… Por ahí, no… Mira, mira esta pelotita. —Apretuja una pelota que suelta el graznido de una gallina—. Otro se fue diez días a ver el Mundial, con su bebé ingresado en el hospital por bronquiolitis.

Nicki pone cara de asco.

—Pero Tristan no hace esas cosas, ¿verdad? Siempre se ha portado muy bien.

Lauren ladea la cabeza y, si no la conociera como lo hago, me habría perdido el sutil cambio en su expresión. El modo en que se desanima ligeramente, como si algo hubiese colapsado en sus adentros.

—Sí, es mejor que la mayoría. Pero es de locos cómo te descubres a ti misma metiéndote en estos estereotipos de género, por mucho que no quieras. —Le hace cosquillas a Woody en la mejilla para hacerlo reír, mientras Nicki parece tan horrorizada que un poco más y se cae de su pelota—. Ay, perdona —añade Lauren al ver que la ha asustado—. A lo que voy es a que me habría gustado saber lo absurdo que es resistirse. Nadie me lo dijo. Y me paso la vida agotada, como podréis ver por las pintas que traigo.

Nos quedamos calladas un momento. Es la primera vez que Lauren hace referencia al cambio tan radical en su apariencia. Me pongo de pie de un salto en un intento por hacerla sentir mejor y asegurarle que no nos hemos dado cuenta.

—Pero si estás preciosa. Ser mamá te sienta de maravilla.

—Sí, mujer. Estás guapísima —añade Nicki—. Siempre has sido muy guapa.

Lauren pasa de nosotras mientras busca en la pañalera algo con lo que entretener a Woody, quien parece que tiene ganas de teta por mucho que su madre siga con el vestido puesto.

—Ya, ya. Pero bueno…, ya nos tocará hablar de cosas de bebé más tarde…

Me dedica una mirada de refilón y sé que intenta advertirle a Nicki que tenga cuidado con lo que dice para no hacerme sentir mal. Quiero negar con la cabeza y ponerme a dar saltitos de la emoción, de las ganas que tengo de contárselo. Pero hoy la protagonista es Nicki y no quiero eclipsarla y arriesgarme a que el destino se ponga en mi contra.

Steffi vuelve con nosotras, con el móvil aún en la mano y la apariencia tan elegante y grácil como siempre. Me da unas palmaditas en la cabeza antes de volver a acomodarse en el sofá.

—Eh… ¿Nicki? —La llama—. ¿Por qué tienes un cartel en el baño que dice: Y a irte con las manos así, marrana…, todo en mayúsculas?

—¿Qué dices? No tengo ningún cartel.

—Eh… he sido yo —admito, alzando una mano.

—¿Cómo?

Las otras dos se echan a reír.

—No quieres contagiarte de nada cuando estás tan avanzada en el embarazo —me quejo—. Y una fiesta es la ocasión perfecta para contagiarse. Leí un artículo que decía cómo animar a la gente a cuidar más de su higiene. Según decía, un cartel que te recuerde que debes lavarte las manos no basta. Tienes que hacerlos pasar vergüenza. Han probado muchas frases y parece que esta es la más efectiva.

Más y más risas.

—¿Os acordáis de cuando le prohibimos a Charlotte buscar cosas en Google durante toda la cuaresma? —pregunta Steffi, secándose las lágrimas de la risa.

Nicki rebota en su pelota, sujetándose la tripa.

—Y luego intentó convencernos de que buscar «¿los Pop-Tarts dan cáncer?» era necesario para su ensayo sobre Dickens. El mismo que teníamos que entregar todas.

—¡Pero sí que dan cáncer! —protesto.

—Más vale que no te los comas con las manos así, marrana —interpone Lauren—. O no llegas al próximo año con vida.

Me da igual que se rían de mí. Lo que me importa es que todas se lleven bien. Puedo ver que tanto Nicki como Steffi se están esforzando, pero es que nos necesitamos unas a otras. Siempre ha sido así. Nunca olvidaré ese seminario que tuvimos la primera semana en la Universidad de Sheffield, cuando nos pusieron en grupo. Me moría de ganas de volver a casa; echaba muchísimo de menos a mi madre, a toda mi familia, y también mi habitación, la que no quedaba justo al lado de una escalera de incendios con una puerta que se azotaba cada dos minutos. Sin embargo, lo que más me afligía era la certeza de que nadie en toda mi residencia de estudiantes iba a ser mi *amiga del alma*, cuando todo el material que había leído sobre la experiencia universitaria detallaba que iba a conocer a dicha persona. En su lugar, había terminado compartiendo planta con un montón de chicas a las que les iban las drogas

chungas y la música que, según parecía, solo tenía sentido cuando la escuchabas colocada. Me tildaron de «rarita» por no haber probado ni siquiera un «piti» y casi se mean de risa al oírme decir que «no quería morir» después de que me preguntaran si quería un poco de «Molly». Incluso llamaron a los chicos de la planta de arriba y me hicieron repetir lo que había dicho sobre no querer terminar en la cárcel, para que todos pudieran reírse a mi costa.

—Más de un cuarto de las mujeres que acaban en la cárcel es por delitos relacionados con las drogas —añadí con timidez, mientras todos se reían como si fuese el mismísimo Michael McIntyre. (Y eso también les parecía la monda, que me gustara un comediante inglés).

Me pasé mi semana de introducción con los puños apretados, en discotecas atiborradas a las que no les veía la gracia, demasiado bajita para ver por encima de la masa de cuerpos sudorosos y colocados, y volviendo a casa sola en un taxi, normalmente antes de la medianoche, para llamar a mi madre llorando. A ella le gustaba recordarme que había ido para «estudiar una carrera» y que, si las cosas no mejoraban, siempre podía alquilarme un pisito cerca, que ella lo pagaba. Pero bueno, que esa semana fue horrible, hasta que por fin empezaron las clases y pude dedicarme a «estudiar una carrera», que era «la verdadera razón por la que había ido a la uni», para «graduarme con honores». Además, ya tenía *amigas del alma* en mi pueblo de todos modos, en Hampstead. De manera que me las arreglé como pude, por mucho que me pasara incontables días llorando en pijama. Por suerte, en mi primer seminario de clase de Literatura Norteamericana, me tocó hacer grupo con Lauren, Steffi y Nicki, y, lo que resultó aún mejor, ellas también detestaban a las que se suponía que debían de ser sus *amigas del alma*. Nicki dijo que deberíamos ir a beber algo para celebrar que las cuatro solo habíamos leído por encima uno de los libros que nos habían recomendado para el verano, *Mujercitas*, y solo porque Winona Ryder protagonizaba la película. Estaba tan emocionada por que ninguna de ellas hubiera hablado de «porros» o de «rayas», que me

guardé para mí el hecho de que no solo me había leído la lista entera durante el verano, sino que había clasificado todos los apuntes que había hecho en carpetas ordenadas por color y según el contexto histórico. Mi madre aún albergaba la esperanza de que dejara de «desperdiciar mis talentos tan obvios» al querer hacerme profe de primaria. Solo que ese era el único trabajo que me gustaba porque el horario laboral era el que mejor me dejaba conciliar la vida familiar.

Pero bueno, que nos fuimos a un Vodka Rev que había cerca y Nicki se aseguró de que todas termináramos borrachísimas gracias a unos cócteles de color rosa chillón, mientras debatíamos sobre cuál era nuestro episodio favorito de *Sexo en Nueva York*. ¡Al fin! Una conversación de la que me enteraba y disfrutaba. Al fin, unas chicas que me caían bien. ¿Serían estas mis amigas del alma? Tras nuestra quinta copa, cuando ya empezaba a hacerse tarde, pero no por eso habíamos dejado de hablar ni un segundo, Nicki estampó su copa sobre la mesa y anunció:

—Jo, cómo me gustaría que vivieseis en mi residencia.

—¿En serio? —pregunté con anhelo y curiosidad, bebiendo sorbitos de mi Martini rosa.

—Y tanto. Esta no era mi primera opción de uni. Es muy largo de contar, se suponía que iba a ir a York con mi novio, pero me entró el pánico por empezar la universidad con pareja y que eso me fuese a convertir en una paria. Así que me cambié a última hora y la única habitación disponible estaba en la residencia de estudiantes extranjeros, por lo que ahora me he convertido en una paria de todos modos porque no hablo chino y todas las demás llevan tres semanas más que yo aquí, porque vinieron antes para irse acostumbrando al país. —Nicki se acabó la bebida—. ¿Podemos seguir quedando, porfa?

Estuve a punto de asentir con ganas, pero Lauren se me adelantó.

—No tienes ni que pedirlo. A mí me ha tocado compartir residencia con unas góticas. ¿Podéis creerlo? —Hizo un ademán a su

atuendo, que solo contenía los colores primarios—. Son muy majas, pero, como os imaginaréis, no tenemos mucho en común. No fueron a ninguna de las actividades introductorias, sino que me arrastraron a unas fiestas en las que la gente se ponía a pegar gritos por el micrófono.

Steffi se echó a reír.

—¿Y cómo es que has acabado en la residencia de las góticas?

Lauren bebió un sorbito y dejó una marca de pintalabios rojo en el borde de la copa. Incluso después de cinco rondas, seguía volviéndose a poner el pintalabios una y otra vez, para que siempre siguiera perfecto.

—Todas nos lo hemos preguntado. Creemos que es por las respuestas que dimos al apartado de «pasatiempos e intereses» que había en el cuestionario de alojamiento. Todas pusimos que nuestro libro favorito es *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Ay, no —dijo Steffi—. Bueno, era de esperar.

¿Por? ¿Qué tiene de malo *Alicia en el País de las Maravillas*?

—Nada, pero es como la biblia de los góticos. Está entre eso y *Pesadilla antes de Navidad*.

—Eso explica muchos de los tatuajes que he visto —dijo Lauren asintiendo.

Todas nos echamos a reír y Nicki, al notar que se nos iba acabando la bebida, nos señaló a cada una.

—¿Otra ronda?

Yo asentí, algo achispada. Había decidido que pensaba quedarme hasta que esas chicas se convirtieran en mis mejores amigas de la vida entera. Porque el destino nos había juntado. Y, si tenía que ir a potar a propósito para que mi cuerpo diminuto pudiera seguirle el ritmo a cómo bebían las otras tres, pues eso era lo que exigía el universo.

—¿Y tú qué? —preguntó Lauren, en lo que Nicki iba a por más bebida. Vi que no tuvo mayor problema para que la atendieran, pues tenía esa apariencia de chica guapa y simpática que hacía que todos los tipos la miraran.

—¿Y yo qué? —repetí, consciente de que arrastraba un poco las palabras y hablaba demasiado alto, incluso con la música sonando a todo trapo desde los altavoces.

—¿Va todo bien en tu residencia?

—Uf, no, qué va. —Intenté darle un sorbito a las sobras inexistentes de mi copa—. Mis compañeras me llaman «rarita» porque no me va el éxtasis. Pero me preocupan sus dientes, ¿sabes? Se van a destrozar el esmalte si se siguen metiendo esas cosas y eso no se arregla. Una vez que se estropea, adiós para siempre. Pero ellas se parten cuando se lo digo. —Solté un suspiro—. Creen que todo lo que digo y hago es para morirse de risa, pero no es mi intención ser el hazmerreír.

Lauren me dio unas palmaditas en el hombro que más bien fueron los manotazos torpes de alguien que estaba igual de borracha que yo.

—Es que no entienden tu energía —me explicó, y mi corazón se marcó un bailecito de felicidad. «Energía» estaba en mi top diez de palabras favoritas y ella acababa de usarla.

Nicki volvió con otra bandeja y todas la aplaudimos.

—¿Y tú? —le preguntó a Steffi—. ¿Tu residencia también es una mierda?

Steffi negó con la cabeza y agitó su melena oscura.

—Nah, todas son muy majas —admitió casi con vergüenza. Pronto iba a descubrir que Steffi era capaz de congeniar prácticamente con cualquiera. Era lo que la convertía en la agente perfecta—. Pero vosotras me caéis muchísimo mejor.

Nos sonreímos, reconociendo que estábamos en medio de El Momento. La verdad es que los «momentos» me encantaban. La palabra en sí también está en mi top diez. Y eso fue todo. La experiencia universitaria se salvó y el grupo de las Mujercitas se consolidó. Sobreviví a las clases e incluso llegué a disfrutarlas, sobre todo porque Lauren me dejaba dormir con ella la mayoría de las noches. Para cuando decidimos mudarnos a un piso las cuatro juntas en nuestro segundo año, ya había empezado a vivir «los mejores

días de mi vida», como me había prometido el universo entero.

Y aquí estamos, más de una década después y aún las mejores amigas del mundo.

—Tenemos que hacemos una foto —digo poniéndome de pie, sobrepasada por la urgencia del momento—. Antes de que lleguen las demás invitadas.

Las otras se quejan en voz alta.

—Siempre dais las gracias por las fotos que hago cuando pasa suficiente tiempo —les recuerdo—. «Charlotte, ¿te importaría pasarme las fotos que has hecho? Charlotte, ¿aún tienes esas fotos que hiciste de cuando fuimos a una fiesta elegante vestidas como *Bananas en pijama*?».

—Vale, vale. —Nicki se pone de pie despacio y aparta la pelota de yoga con mucho cuidado—. Al menos déjanos fingir que no somos unas vanidosas de lo peor.

—Venga.

Tiro de Steffi para levantarla del sofá y termino revelando el móvil que había conseguido esconder con suma maestría en el regazo, con la pantalla encendida. El aparato traquetea al caer sobre el suelo de tarima y Steffi se lanza a por él, no sin antes echarle una miradita a Nicki. Por suerte, esta está demasiado ocupada intentando ayudar a Lauren a quitarse a Woody de encima para darse cuenta de nada.

—¿Usamos el mural de flores de fondo? —pregunta Nicki, trayendo al bebé consigo.

Niego con la cabeza.

—No, que hemos usado eso para las fotos familiares hace un rato. Y es mejor que no salgan todas las fotos iguales. ¿Qué os parece el arco de globos?

Las conduzco hacia el exterior, bajo el calor infernal. Nicki empieza a abanicarse.

—Ay, Dios. Estoy demasiado embarazada para esto. ¿Por qué me castiga Dios de esta forma en mi tercer trimestre?

—Hagámosla rápido, venga. A ver… Dejad que acomode el móvil.

—Eh… ¿Charlotte? —pregunta Lauren, recuperando a su hijo para que Nicki pueda abanicarse con ambas manos—. ¿Eso que tienes ahí es un palo para selfis?

—Sí —contesto, poniendo el móvil en su sitio.

—Hala.

Steffi se echa a reír.

—¿Lo has sacado de un museo?

—Calla, es un invento de lo más útil. La gente dejó de usarlo solo porque se burlaban de ellos. Me niego a sentir vergüenza por usar un aparato que nos soluciona un problema del día a día.

—¿No solían llamarlos «varitas narcisistas»? —pregunta Lauren.

Encajo el móvil, alargo el palo y le doy con un extremo.

—Chitón, he dicho. Si todas vais a querer que os pase esta foto. ¿Por qué todo el mundo se cree por encima de algo así? Venga ya. Que sí, que las redes sociales no son más que idilios de perfección y blablablá. Pero, a ver, ¿qué tiene de malo querer compartir fotos bonitas sobre tu vida? ¿O ver las de los demás? Quizá sea solo eso, querer compartir algo bonito. Yo digo que eso no tiene por qué ser vanidad, ¿no?

Nicki da una palmada.

—A ver, Mujercitas. Tiene razón, es un bonito detalle y el arco de globos es adorable. Hoy será todo perfecto y Charlotte se lo ha currado mucho. De hecho, creo que ya toca que le demos un buen achuchón.

Las tres me apachurran en un abrazo de grupo para demostrarme que solo me están vacilando, como en la uni cuando me daba la sensación de que mi *charlottidad* era demasiada y sentía que me juzgaban. Hacía muchísimo que no me apretujaban así, por lo que todas nos reímos contra el cabello de la otra.

—Estáis todas sudadas —me quejo, aunque en realidad me siento más feliz de lo que me he sentido en dos años—. Vale, ahora la foto.

Las acomodo en el orden correcto de estatura y las sitúo para que el arco de globos nos enmarque a la perfección.

—¡Decid *Mujercitas*! —instruyo, sacando al menos una veintena de fotos.

Woody no mira a la cámara en ninguna porque ha descubierto los globos y se estira para intentar llegar a ellos. Lauren lo deja jugar con uno mientras las otras dos repasan las fotos en mi móvil y me indican cuáles puedo usar.

—Ay, esta es perfecta —dice Nicki. La sostiene en alto y todas la rodeamos para verla.

—Vale, debo conceder que tu palito de selfis es una maravilla —dice Steffi—. Voy a buscar el que tengo abandonado en casa en algún lado para resucitarlo. —El móvil le vibra un par de veces en el vestido, pero no le hace caso.

—Gracias, Charlotte —añade Nicki—. Como siempre, flipo con lo que has montado.

Y con las cuatro amontonadas así, llevándonos bien, tengo la noticia en la punta de la lengua. Se supone que debería esperar a las doce semanas, pero…

—Chicas… —empiezo, pero me interrumpe el ruido de un coche sobre la gravilla.

En lo que nos volvemos para ver quién es, Steffi aprovecha la oportunidad para revisar el móvil y volver a la casa. Woody hace que el globo suelte un sonido tan fuerte que él mismo se hace llorar. La puerta del coche se abre y vemos a la madre de Nicki, agitando algo por encima de la cabeza como si fuese un personaje en *Los chicos del ferrocarril* y estuviese intentando hacer que un tren se detuviera ondeando unos bombachos rojos.

—¡Que no cunda el pánico! —le grita a su hija—. ¡He conseguido tres difusores de varillas!

—¡Alabado sea el Señor! —exclama Nicki—. Iba a cancelar la fiesta si no teníamos difusores.

Soy la única que se queda esperándola y que no entra a refugiarse junto al aire acondicionado.

—Muchas gracias, Jane —le digo.

Y tiene razón; un evento de verdad siempre debe tener un aroma

que lo distinga. En lo que la espero para entrar juntas, le echo un vistazo a la foto que nos hemos hecho y vuelvo a sonreír.

Todo va perfecto.

Defensores de la justicia:
¡Alzad la voz y vivid más tranquilos!

Gracias por animarte a denunciar un delito. Sabemos que puede ser una decisión muy difícil, así que nos alegramos mucho de que hayas dado el primer paso. Nuestra organización acepta la información de forma completamente anónima.

¿Qué delito o incidente te gustaría denunciar?
Incendio provocado

¿Dónde se llevó a cabo el delito?
Honeysuckle Lane, Surrey

Cuéntanos más sobre el delito. ¿Qué has visto, oído o sabes al respecto?
No creo que haya sido un accidente. Me refiero al incendio. Estaba en el *baby* shower y fue una masacre total. Todo el mundo se hablaba a gritos, había mucha gente llorando y luego nos amontonaron a todas, en mitad de la fiesta, y nos echaron de la casa. ¿Y se supone que tenemos que creer que, segundos después, se

desató un incendio por accidente? Esas mujeres se hacen llamar mejores amigas, pero parecía que se odiaban.

Accidente en un *baby shower* da paso a una investigación por incendio provocado

Un incendio forestal que en teoría fue causado por un fallo con una bomba de humo en un *baby shower* ha desencadenado una investigación por incendio provocado.

Según fuentes policiales, hay pruebas que sugieren que el incendio no fue un accidente y han convocado de nuevo a las sospechosas para continuar con el interrogatorio.

El inspector George Simmons, de la policía de Surrey, ha declarado: «Como es lógico, la comunidad se ha mostrado horrorizada al ver que el descuido de estas mujeres haya provocado semejante devastación. Sin embargo, tras entrevistar a varios testigos que asistieron a la reunión, cada vez estamos más convencidos de que las circunstancias del incendio podrían hacer que se lo considerase un suceso provocado».

La semana pasada, la noticia del incendio se volvió viral y llegó a los telediarios de todo el mundo, lo que ha despertado debates sobre la naturaleza cada vez más grotesca de estos eventos. Es probable que el reciente descubrimiento renueve el interés de los medios, quienes han bautizado el incidente como «El incendio de las piroinfluencers».

El inspector Simmons añadió: «Incluso si el incendio no fue provocado, se pueden presentar cargos si se cree que hubo imprudencia. Queremos invitar a cualquiera que tenga algo de información a compartirla con nosotros, sin importar lo

insignificante que parezca».

Feminista101 ha compartido este artículo
A ver, ¿quién ha sido? Que alce la mano para que pueda invitarla
a una copa.

Los30SonLosNuevos20 ha compartido este artículo
Que todas hemos querido prenderle fuego a todo en un *baby shower*, no nos vamos a engañar. Solo que ahora esta ídola ha ido y lo ha hecho.

ADespertarConLaPastillaRoja ha compartido este artículo
Seguro que el incendio lo provocó una zorra asquerosa
y amargada porque nadie tiene el estómago para dejarla preñada

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES

Nicole: Vale, explíqueme por qué iba aprenderle fuego a la casa de mis padres, si se puede saber.

Simmons: No sé, usted dirá.

Nicole: Estoy a nada de parir. Podría romper aguas en cualquier momento, pero ¿pretende que le cuente todas las razones por las que no le prendería fuego a la casa de mis propios padres, con lo embarazadísima que estoy, el peligro en el que pondría a mi bebé y el hecho de que nos arruinaría la vida a todos?

Simmons: Nos sería muy útil que dejara constancia de ello, sí.

Nicole: Vale, le explico por qué no soy una pirómana. En primer lugar, casi morimos mi bebé y yo. En segundo lugar, el incendio les ha arruinado la vida a mis padres.

Simmons: El seguro les ha dado una indemnización sustancial. ¿O me equivoco?

Nicole: [con sarcasmo]. Sí. Y eso hace que todo lo que han tenido que pasar valga la pena.

Simmons: ¿Estaba disfrutando de su *baby shower*, Nicki? Según los testigos, parecía muy incómoda.

Nicole: Estábamos a treinta y ocho grados. ¿Ha visto la barriga que tengo?

NICKI

Esta madre que me parió, en serio. ¿Qué carajos le pasa? Está tan sobreestimulada que parece una botella de Coca Cola a la que alguien le ha metido un par de caramelos de menta. Y le ha dado una buena sacudida, por si las moscas.

—¡Chicas! ¡Venid, venid! Ay, qué maravilla teneros a todas por aquí. ¿Os gusta este olor? —Le pone el difusor en las narices a Steffi —. ¿A que huele estupendo? Ay, Lauren. ¡Es una monada! Hola, pequeñín. ¿Cómo te llamabas? ¿Woody? ¿Como el de la peli esa de Disney?

—¡Mamá!

—¿Es un nombre australiano o algo? ¿Como tu marido? Muy guapo él, ¿no? Nicki me mostró fotos de tu boda. ¿Tenéis hambre, chicas? ¿Sed? ¿Queréis un cafecito, un té? ¿Una limonada rosa? ¿Un zumo o una infusión de hierbas? ¿Le estás dando el pecho, querida? Recuerdo que se me hacía la boca agua cada vez que veía un café. Y eso que le di el pecho a Nicki hasta el año y medio, ¿verdad, hija?

—No sé, no me acuerdo —repongo.

—Pues sí, así fue. Hasta el año y medio. A ver, voy a por unas bebidas. ¿Qué os pongo, chicas? Ay, que ya pronto llegan las invitadas. Qué emoción, ¿verdad? Charlotte lo ha dejado todo precioso, ¿no os parece?

Sale disparada hacia la cocina como si fuese una pelota de tenis de mesa, con Charlotte pisándole los talones para evitar que use las copas que ya están dispuestas en las bandejas para servirnos unas

bebidas que nadie ha pedido. Siento una oleada de irritación cargada de culpabilidad, que es básicamente lo que siento cada vez que estoy cerca de mi madre. Fastidio y luego reproche hacia mí misma por sentirme fastidiada. Hemos tenido momentos muy bonitos desde que me he quedado embarazada; hemos comparado antojos y cuánto nos han torturado las náuseas matutinas. Le he hecho mil preguntas sobre cuando estaba embarazada de mí y cada respuesta es como una perla valiosa a la que quiero aferrarme y recordar toda la vida. Según me masajeo la barriga y noto las pataditas cada mañana, caigo en la cuenta de que mi propia madre me llevó en su vientre, justo como estoy haciendo yo con mi bebé. Debo de haberla despertado con mis patadas y, por medio de esa telepatía tan rara que genera la placenta, exigido que comiera gelatina de fresa en polvo y nada más que eso durante dos semanas enteras. Mis huellas dactilares son reliquias de todo lo que hizo durante esos nueve meses en los que compartimos un solo cuerpo. Nunca me he sentido tan cerca de ella como ahora. Pero, en lo que insiste en cargar a Woody sin dejar que Lauren abra la boca siquiera («No, tú siéntate y bebe algo. Ya me encargo yo. Date cinco minutos para disfrutar de un tecito tú sola»), solo la veo como un incordio. Como siempre. ¿Por qué no puede relajarse con nosotras? ¿Es que cree que todas las sillas de la casa están hechas de pinchos?

Charlotte se bebe su vaso de agua del tirón y se pone a retocarlo todo, a «ultimar detalles». Steffi se ha ido al baño de nuevo. Según ella, no tendría que haberse bebido ese café enorme en el tren. Pero es la tercera vez que va desde que ha llegado. O bien está mal de la tripa o pasa algo más y no me lo quiere contar. No sé ni por qué me molesto en intentar llevarme bien con ella cuando lo único que hace es ocultarme cosas. Seguro que se está quejando por mensaje con sus otras amigas de Londres, las que no tienen hijos «a cuestas» y le dieron *like* a ese artículo horrible que compartió. Va a tener muchísimo de lo que hablar, con todas las decoraciones cutres que ha puesto Charlotte. Ojalá pudiera subirme a una silla en algún momento del día y anunciar: «Atención, todo el mundo, yo no he

pedido ni escogido nada de esto, que conste en actas», sin que Charlotte se ofendiera. Ya me preocupa que todo lo de hoy sea demasiado para ella y quiero cubrirme esta barriga enorme que tengo con las manos para no hacerla sentir mal. Cuando me enteré de que estaba embarazada, incluso me convertí en ella para determinar cómo contárselo. Busqué en Google «cómo contarle a tu amiga con problemas de fertilidad que estás embarazada». La mayoría sugería que lo hiciera 1) a solas; 2) por mensaje y no por llamada ni en persona, para que tuviera tiempo para procesar su dolor a solas sin tener que contestar, y 3) que hiciera todo eso, obviamente, antes de subir el anuncio de «¡Vamos a tener un bebé!» a las redes. Lo último no me preocupaba, pues ni muerta iba a subir una foto en blanco y negro de mi útero a las redes sociales. Pero sí que hice caso de los otros consejos, preocupada por que la noticia pudiese afectarla, sobre todo cuando hacía tan solo unos meses que Lauren se había quedado embarazada. E incluso con todas esas, Charlotte me contestó en menos de dos minutos con siete líneas enteras de caritas con ojos de corazón y fuegos artificiales. Le echo un vistazo al reloj: ya casi es la hora. Me pongo frente al aire acondicionado un momento, viendo cómo Lauren se apoya contra la encimera para beberse el té mientras mi madre se pone a jugar con Woody en el suelo de la cocina, cubriéndose los ojos y diciendo «¡cucú!» como una loca. Igual puedo echarme una microsiesta antes de que lleguen las invitadas. Me siento en el sofá y cierro los ojos, oyendo las voces de Lauren y de mi madre por encima de mi cabeza.

—¿Y cómo te está yendo todo? —pregunta mi madre—. ¿La maternidad? —Y luego—: ¿Dónde está Woody? ¿A ver, dónde está? ¡Ah, ahí está! ¡Cucú!

—Pues… A veces como que abruma un poco, ¿no? —repone Lauren—. Ay, Jane, míralo, te adora.

—¡Cucú! ¿Y Woody, dónde se ha ido…? Ay, hija. Bienvenida al secreto mejor guardado del mundo… Ser madre es lo más difícil que vas a hacer en esta vida… ¡Cucú! —Oigo una carcajada de Woody,

que se lo está pasando pipa.

—Sí que es complicado, ¿verdad?

—El problema es que todo el mundo intenta decírtelo antes, pero nadie hace caso porque ¿quién nos hace caso a las madres? Absolutamente nadie. Pero luego, cuando te llega el turno, te quejas porque nadie te advirtió de que iba a ser lo más difícil del mundo. Hasta que caes en que sí que te lo dijeron, una y otra vez, solo que hiciste oídos sordos. Estabas demasiado ocupada poniendo los ojos en blanco al ver a una pobre mujer peleándose con el carrito para bajarlo del bus. ¿Y Woody? ¿Dónde está? ¡Anda, aquí está!

Se hace un silencio mientras Lauren se bebe el té. Nunca había oído a mi madre hablar así. Ni siquiera le había oído ese tono antes. Lauren tampoco me había contado que lo estaba pasando mal, más allá de algún mensaje por aquí o por allá con alguna payasada, pero, siendo sincera, apenas la he visto desde que Woody nació.

«No quiero ser una de esas mujeres que desaparece una vez que se convierte en madre», recuerdo que me dijo cuando estaba embarazada. Aun así, desde que Woody nació, ha rechazado todas las invitaciones que le hemos hecho. «Perdona, es que estoy agotada. Perdona, es que no quiere dormir. Es que no quiere soltar la teta. Es que no me da el tiempo para salir de la ciudad y regresar antes de que vuelva a necesitarme para irse a dormir».

Aunque mantengo los ojos cerrados, la siesta se me resiste. La preocupación me carcome. ¿A mí me va a pasar lo mismo? Si ya llevo una vida bastante aburrida y convencional…, ¿tener un hijo lo hará peor? Ser madre no puede ser tan complicado, ¿a que no? No me creo que cuidar de un bebé sea más difícil que estar embarazada. Al menos cuando nazca, recuperaré mi cuerpo. Podré dormir más una vez que no tenga que jorobarme en torno a una pelota de playa hecha de carne que me da patadas en las costillas toda la noche. Cuando nazca el bebé, ya no sufriré de reflujo. Podré darme un baño caliente, beber más de un café al día o incluso un chupito y no tener que entrar en pánico porque el bebé se haya muerto cada vez que se pasa una hora sin darme una patadita. No

seré como Lauren. Me niego. Además, seguro que a Lauren no le va tan mal como dice. Solo hay que ver la monada que es Woody.

Cierro los ojos y me obligo a no escuchar a mi madre para dejar que mi cuerpo descanse antes de que lleguen las invitadas.

Antes de que llegue Phoebe.

Phoebe.

En lo que me voy quedando dormida, empiezo a recordar su rostro con lujo de detalles. Esos ojos delineados, la sonrisa que casi siempre parece burlona, una nariz que parece hecha por un pintor y salpicada de pecas.

Conocer a Phoebe fue como cuando probé caramelo salado por primera vez. Me activó unas papilas gustativas que no sabía que tenía.

—Venga, bébete un chupito —dice su voz para mis adentros, arrastrando el pasado consigo. Estábamos las dos en un antro de Shoreditch, en la barra del local atiborrado. Todos los presentes parecían haber dejado la pubertad hacía cosa de una semana.

—Pero si es martes —me quejé.

—¿Y? Ya sé que es martes. —Me guiñó un ojo antes de beberse lo último de su cóctel mediante una pajita innecesariamente delgada, mientras que a mí aún me quedaba la mitad de mi bebida.

—Que… tengo que ir a trabajar mañana y ya no estamos en la uni. Las resacas han pasado de ser una simple molestia a una tortura en la que me cuestiono cada aspecto de mi vida desde que cumplí los veinticinco. —Aparto la copa—. Por mucho que aquí nadie sepa lo que es tener veinticinco. ¿Es que todos tienen el puñetero abono joven en este bar? Fijo que sí. —Phoebe se echó a reír y me acercó de nuevo la copa—. Eso y que no quiero ponerme a sudar el tequila mañana en medio de nuestra reunión con Femme —añadí con un suspiro, a sabiendas de que no serviría de nada.

Phoebe se limitó a hacerle un gesto al camarero y una bandeja de chupitos apareció frente a nosotras. No un par, no. La bandeja entera. ¿Y las demás? ¿Cómo habíamos llegado hasta allí si antes estábamos en el bar que estaba a la vuelta de la esquina de la

oficina? No recordaba haber llegado. ¿Qué hora era? Le eché un vistazo al móvil a duras penas y me quejé en voz alta. ¿Las once y media ya? Eso y dos llamadas perdidas de Matt.

Matt:
¿Dónde andas, esposa mía? Hace dos horas me dijiste
que estabas saliendo del bar.

—Phoebe, que son las once y media. —Intenté razonar con ella. Le había explicado que estábamos a martes. Le había recordado que era casi medianoche. Eso tenía que bastar, ¿no?

Solo que sacó un chupito de la bandeja y me lo entregó con semejante autoridad que no me quedó otra que aceptarlo.

—Sé qué hora es, Nicki.

—Y es martes.

—Sí, eso ya me lo habías dicho.

Chocó su vaso con el mío y el líquido anisado descendió por su delicada garganta. La sensación familiar de la presión grupal se volvió a encender en mi cerebro y me descubrí a mí misma copiándola y haciendo una mueca. Me puse a toser y ella me pasó su vaso de agua entre risas.

—¿Y las demás? —pregunté, secándome la boca.

—Ya se han ido. Sarta de pringadas. Pero nosotras no somos así. Venga, otro más.

—Phoebe, no puedo.

Pero sí que pude. Y entonces soltamos más risas, intercambiamos cotilleos, le mandé un mensaje a Matt que decía «Ahora sí que voy para casa» y luego *ups*, ya pasaba de la medianoche y me cago en todo, se me ha pasado el último metro. Entonces llegó el momento de los *¡A la mierda!* Y los *¡A bailar se ha dicho!* Cómo era lógico, Phoebe era una de esas que siempre conocía el lugar perfecto al que ir, ese que quedaba aquí mismo, con buena música, gente maja y unos cócteles de muerte, por mucho que para entonces ya no pudiera saborear nada. Nos pusimos a

bailar y notaba la música palpitando a través de mis deportivas blancas de trabajo, las cuales había acompañado con una falda midi y una blusa de seda blanca bien planchada. Comparado con lo que los demás llevaban puesto, era como si hubiese ido enfundada en unas enaguas hasta el suelo y uno de esos… vestidos de cuello alto. Igual nos encontrábamos a Steffi por ahí, pues ella solía frecuentar sitios así, era el tipo de vida que llevaba. Siempre me había parecido algo patético, por mucho que no pudiera negar lo bien que se lo pasaba. Me dolía la cara de tanto reír. Y el cuerpo de tanto bailar. Matt me había escrito otro mensaje para avisarme que se iba a dormir, desearme buenas noches y preguntarme si estaba segura de que quería quedarme en casa de esa tal Phoebe. A lo que yo le dije que sí, sí, y me disculpé por haberlo mantenido despierto tanto rato.

Hacía un mes que había conocido a Phoebe. Trabajaba como gerente de *marketing* para una empresa de joyería ética y ella se había sumado al equipo como un «nuevo elemento», para ayudar a que nuestra marca resultase más atractiva para la generación… NoSéQuéPuñetas. Esos que se tiraban el día viendo TikTok, solo comían ensaladas virales y afirmaban sufrir de TDAH porque ellos solitos se lo habían diagnosticado. Al principio me había intimidado, algo inevitable cuando habías sido la chica joven y guay de la oficina, pero, de algún modo inexplicable, habías pasado a contemplar a la generación más joven con desdén y cara de no entender nada, mientras te entraba el pánico por si te ibas a quedar sin trabajo. Me juntaron con Phoebe para «aprender la una de la otra» y, a pesar de mi miedo a que me hiciera sentir como una anciana, habíamos terminado encajando bien. Me sorprendió descubrir que tenía veintinueve y no veinticuatro. «Tengo tres hermanas menores por parte de padre, de cuando se volvió a casar», me confesó cuando le pregunté cómo era que comprendía tan bien a los de la generación Z. «Una vez que crezcan, me quedaré sin trabajo. Pero, mientras tanto, pienso aprovecharme de ellos todo lo que pueda».

—¿Crees que querrán subir una foto en Instagram de nuestro

nuevo brazalete de cuarzo rosa?

Phoebe se echó a reír con tantas ganas que todas las pecas se le juntaron hasta que parecía que solo tenía una.

—Ay, alma de cántaro. Si ya ni siquiera tienen Instagram.

La había invitado a comer el primer día, para mostrarle el mercadillo que había cerca y explicarle en qué puestos vendían la mejor comida. Nos habíamos sentado en el césped, con unas ensaladas sobre el regazo y las piernas cruzadas para hacerles sitio a los demás oficinistas de Londres. Según parecía, que fuese su primer día no la ponía nerviosa, ni tampoco creía que debiese comportarse de ningún modo específico por ser la nueva. Para cuando terminamos de comer, ya me había comentado que le gustaban las gominolas de marihuana, cuánto dinero tenía en la cuenta («menos de doscientos pavos y vosotros vais y queréis pagarme tarde, mal y nunca, joder»), y lo básico que una debía saber sobre el politiqueo sexual entre las sáficas femeninas… un término que tuve que buscar en Google más tarde. Para cuando terminó su primera semana, habíamos comido juntas todos los días y nuestra empresa ya tenía su propia cuenta de TikTok. Un mes después, me bajé a duras penas del bus nocturno y enfilé hacia el piso que compartía en Dalston, con mis deportivas que habían pasado de blancas a grises y conteniendo la risa cada vez que ella me mandaba a callar para que no despertara a sus compañeros de piso.

—Calla que no quiero molestarlos, que es martes.

—ANDA. ¿NO ERAS TÚ LA QUE DECÍA QUE SALIR UN MARTES NO TIENE NADA DE MALO?

—¡Shhh, Nicki! Oye, no hace falta que bebas directo del grifo, espera que voy a por un vaso.

Fue como cruzar un portal de vuelta a mi juventud; el pasearme por su casa, pedirle prestado un pijama y cepillarme los dientes con el dedo en medio de su asqueroso baño compartido. Una oleada de nostalgia me invadió al ver cómo su casa, la noche entera en sí, me recordaban a mis tiempos en la universidad, con las Mujercitas. Los

cuatro cepillos de dientes metidos en un vaso, a un lado del grifo, los pósteres de moda que pegamos junto a la escalera, una balda para cada una tanto en la nevera como en el congelador y un cuenco en la encimera con dinero para comprar leche y papel higiénico. Phoebe y yo nos quedamos dormidas ese martes por la noche, tumbadas en sentido contrario en su cama desvencijada que ni siquiera era suya, sin que nos importara una mierda lo que eso implicaría a la mañana siguiente. El miércoles.

—Yo no soy así —le dije a Phoebe en lo que intentábamos dormir cuando ya estaba amaneciendo.

Mi vida parecía algo muy lejano, al otro lado del portal. Mi marido, mi pisito de dos habitaciones en una zona de la ciudad en la que los precios aún eran razonables, el discurso que iba a tener que dar en cosa de siete horas en el trabajo, el hecho de que no tenía nada que ponerme para presentarme en la oficina. En su lugar, solo sentía el dolor de pies por haber pasado la noche bailando, el de cara por haberme reído tantísimo y el de corazón por estar cayendo en la cuenta de lo mucho que me había estado perdiendo todo ese tiempo.

—¿Así cómo? —La voz de Phoebe sonaba distante, casi dormida.

—No soy de irme de juerga un martes por la noche.

—Hablas como si fueras anciana —me dijo. Sabía que sonreía, por mucho que no la viera al tener los pies cerca de su cara—. Pero eres joven. Qué gracioso.

—Sí que soy anciana.

—Solo me sacas dos años.

—Ya, pero tú eres un alma joven. Yo… Solo he visto un par de penes en toda mi vida. Dos, te digo.

Phoebe soltó una risita que hizo que mis pies vibraran sobre su almohada.

—Pues ya son dos más que yo.

—¿Nunca te has follado a un tipo?

—Siempre he sabido que me gustan las mujeres —contestó—. No le veía sentido a experimentar con algo tan poco estético como una

polla, solo por confirmar.

—Es que son muy raras, ¿no? Como personajes de dibujos animados.

—Tú eres la experta.

—Aun así. Debes de haberte acostado con más de dos personas.

—¿En lo que va de mes? Pues sí. Pero eso no me hace joven. La juventud es una sensación. Es sentirte ligera. Abierta de mente y optimista.

¿Acaso yo no era esas cosas? Me lo pregunté mientras notaba que los párpados me pesaban cada vez más por el sueño. Tenía todas las razones del mundo para estar agradecida, para ser optimista. Lo sabía. Me había pasado la década de los veinte bien tranquila y satisfecha en compañía de Matt, mientras que las Mujercitas llegaban llorando a mi sofá para quejarse de su mal de amores, la cosa cada vez peor conforme pasaban los años. *¿Por qué no quiere que seamos novios? ¿Por qué no me dice que me quiere? ¿Y ahora por qué quiere irse de viaje solo? ¿Por qué no quiere que nos vayamos a vivir juntos? ¿Por qué no me pide que me case con él? ¿Por qué no quiere tener hijos conmigo?* La búsqueda incesante, la insistencia, las inseguridades, los *¿algún día me llegará el turno a mí?* Y los *no sé qué coño me pasa* o los *no sé qué coño les pasa a los hombres*, así como los *me voy a morir como una solterona*… Todo eso había soportado, pasándole pañuelos a Lauren y consolándola porque no se merecía que la trataran de ese modo, acompañando a Charlotte a ver a una médium, haciéndole fotos picantes a Steffi para sus apps de citas… Todo ello con la satisfacción de contar con el buenazo de Matt. El mismo que me había querido, sin condiciones, desde los veinte años. Nunca había pasado por una ruptura. Nunca me habían dejado de contestar los mensajes porque sí. No sabía lo que era tener que lidiar con tipos alérgicos al compromiso, narcisistas disimulados o golfos que se las daban de feministas. Tendría que haberme sentido ligera, abierta de mente y joven. El problema era que, mientras se me cerraban los ojos sobre una almohada desconocida, al lado de alguien que casi

no conocía, por mucho que fuese una compañera de trabajo que me había dejado pasar la noche en su casa… Me sentía estancada, obtusa, cínica.

Vieja, en resumen.

Cuanto más tiempo pasaba con Phoebe, más cambiaba de opinión sobre lo que había sido mi vida durante la última década. Con nuestras conversaciones en la oficina, las comidas en el parque, las salidas a beber algo después del trabajo que terminaban dando paso a unos chupitos y a ir a bailar y a quedarme a dormir en su casa… Todo ello hizo que sintiera que, en lugar de haberme salvado de algo, me lo había perdido.

—¿No te deprime saber que nunca más te vas a enamorar de alguien? —me preguntó Phoebe, con la mitad de un burrito colgando de sus labios mientras comíamos en un banco del parque—. Que no vas a volver a dar un primer beso.

»¡¿Cómo que nunca te han dejado?! —exclamó en otra ocasión, azotando su vaso vacío contra la barra del bar—. ¿Cómo puedes decir que conoces tu corazón si nunca te lo han roto? El corazón alberga un dolor increíble, Nicki. Es capaz de hacerte sentir un dolor exquisito, glorioso. Tienes que saber cómo eres cuando te rompen el corazón. Es algo que todos debemos aprender sobre nosotros mismos.

—Bueno, Matt y yo nos dimos una semana después de habernos graduado para ver si nos echábamos de menos —le conté sin ganas —. Pero, como ambos nos echábamos de menos para el segundo día, volvimos.

Phoebe había soltado un resoplido burlón con esos labios delicados que tenía.

—Eso no cuenta. Si no estás hiperventilando en el suelo, aferrándote el corazón por encima de la camiseta para intentar que este dolor inconcebible y desolador que amenaza con hacértelo pedazos…, no, no cuenta.

—Fueron un par de días bastante tristones.

—Joder. Nunca has tenido una canción de ruptura, ¿a que no?

Si le hubiese dicho que no me habían puesto las vacunas básicas de bebé, se habría horrorizado menos.

—¿Una qué?

—Una canción que escuchas una y otra vez cuando alguien te rompe el corazón. Que te pone mal y que queda mancillada para siempre.

—Eh… La canción esa que compuso Eric Clapton para su hijo muerto sí que me da pena.

—Pues no eres una psicópata, bien por ti.

Intenté descansar la barbilla sobre la mano, pero casi terminé cayéndome del taburete.

—¿No crees que soy afortunada y ya? —repuse—. Por haber conocido a mi alma gemela y haberme ahorrado todo lo demás.

—¿Y cómo sabes que es tu alma gemela si no sabes cómo eres con otras personas? No sabes cómo podrían cambiarte. —Otra vez tenía ese brillo en la mirada, mientras me acercaba otro chupito. Nuestro mantra había pasado a ser «Los martes son los nuevos viernes» y llevaba muchos martes sin compartir cama con mi marido.

—Matt hace que me sienta feliz, así en general.

—¿Seguro que no estás confundiendo la felicidad con la comodidad? ¿Con sentirte a salvo?

—¿Qué tiene de malo sentirte a salvo?

—Dímelo tú —repuso ella, alzando ambas cejas antes de beberse el chupito del tirón.



Es difícil determinar si Phoebe fue la plaga que asoló mi matrimonio con Matt o si simplemente fue la que sacó el tema a la luz. La cuestión es que, para cuando acabó ese verano, ya no era feliz. Sin duda había dejado de sentirme cómoda.

—¿No te molesta que salga tan seguido? —le había preguntado a Matt, cuando, otro miércoles más, volvía por la noche con los ojos

rojos y casi sin haber dormido.

Él se había encogido de hombros y había seguido jugando al Football Manager en su iPad.

—La verdad es que me gusta tener la tele grande solo para mí. —Fue su respuesta—. Y pido comida china, porque a ti no te gusta.

Una noche, cuando habíamos ido a beber algo al bar que teníamos cerca, al que íbamos siempre, le pregunté si alguna vez se había planteado hacer juegos de rol en la cama.

—Pues no, la verdad —dijo haciendo una mueca antes de beberse la cerveza—. ¿Tú sí?

—No. ¿Crees que deberíamos querer hacerlo?

—No se me ocurre qué papeles podríamos interpretar.

Vaya par estábamos hechos. Lo único sexi que se me ocurría era que fuéramos personas cualesquiera que no llevaran los últimos doce años juntas.

Mi vida «afortunada» empezó a ahogarme. En menos de lo que canta un gallo, comencé a arrepentirme de haber conocido a Matt tan joven. Me molestaba que fuese tan fácil de querer, que pudiese confiar en él y que fuese tan obvio que lo ponía, por lo que nunca me hacía dudar ni cuestionarme nada. El único drama en nuestra vida era el tema de Steffi, y, siendo sincera, cuando quería que me gustara lo suficiente como para acostarme con él, tenía que recordarme todo el lío con Steffi para ponerme cachonda.

¿Acaso me había conformado al casarme con el chico que había conocido en la universidad? ¿Era posible que me estuviese perdiendo el mejor polvo de mi vida? O el peor, pero que fuese lo bastante divertido como para terminar convirtiéndose en anécdota. Steffi siempre nos contaba unas historias muy disparatadas que hacían que nos partiéramos de risa mientras que ella nos pedía, riendo entre lágrimas, que no nos riéramos de lo que le había tocado vivir. Yo nunca tenía historias que contar. ¿Habría sido más feliz con otra persona? Si hubiese conocido a Matt más adelante, ¿lo valoraría más al haber tenido que ir de flor en flor hasta cumplir los treinta? A lo mejor era una desagradecida que no sabía apreciar lo que tenía.

—Por tu culpa me lo estoy cuestionando todo —me quejé con Phoebe un día que habíamos salido a beber para celebrar el éxito de la reunión que habíamos tenido con un cliente esa misma mañana, a pesar de estar con resaca.

Desde que la había conocido, todo era posible. Podría haberme quedado bebiendo hasta las tantas la noche anterior y aun así rendir bien en el trabajo. Podría hacer amigas nuevas a los treinta. No era demasiado tarde para cambiar. Para cuestionar todo lo que había estado haciendo y preguntarme si era lo mejor.

—No seas mentirosa —repuso ella—. Ya te lo estabas preguntando antes de conocerme. Lo único que he hecho es que lo reconocieras.

Entonces había soltado un suspiro en voz alta, contemplando la gran copa de vino tinto que tenía delante. No había dado ni un sorbo aún y ya me sabía a poco.

—Para ser que eres lesbiana, me tienes mucha paciencia siendo que lo único que hago es quejarme de mi marido —añadí, consciente de que era una conversación que Phoebe había tenido que soportar muchas veces.

—No sé yo —dijo, alzando su copa para chocarla con la mía—. A lo mejor es que tengo segundas intenciones. —Sus pecas se concentraron cuando sonrió y yo no pude hacer más que devolverle la sonrisa…



El timbre…

Una Charlotte aturullada chillando:

—¡Ya están aquí! Las invitadas ya están llegando.

Las manos de mi madre sacudiéndome el hombro.

—Despierta, cariño, que llegan tus invitadas. Te has quedado dormida.

El bebé se remueve en mi interior y mi vida entera vuelve a centrarse. Es el día de mi *baby shower*. Del bebé que voy a tener

con Matt. Es hoy. Estamos a treinta y cinco grados a la sombra y todas mis amigas van a venir. Estoy en la nueva casa de mis padres, que parece un invernadero. Han pasado dos años. Todo ha salido como debía.

Woody llora sobre el entarimado: parece que el timbre le ha dado un susto. Lauren se agacha para alzarlo. Steffi está muy cómoda en una butaca en un rincón, intentando aprovechar el tiempo con su móvil mientras yo hacía la siesta.

Charlotte recibe a la gente en la puerta como si esta fuese su casa. Múltiples voces saludando y maravillándose con el arco de globos. Puedo notar el aire caliente colándose por la puerta abierta. Aguzo el oído para saber quién está allí y pregunta dónde dejar los regalos que ha traído.

Pero solo hay una voz que en verdad quiero escuchar.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO
ENTRE EL INSPECTOR
SIMMONS Y LAUREN POWELL

Simmons: Según su médico de cabecera, últimamente ha sufrido algunos síntomas propios de la depresión posparto.

Lauren: ¿Alguna vez ha buscado en internet cuáles son esos síntomas?

Simmons: Eh…

Lauren: …porque, si los compara con los de la privación de sueño, son prácticamente los mismos, ¿sabe?

Simmons: ¿Quiere decir que no sufre ninguna enfermedad?

Lauren: No. O sí. Ay, no sé. A lo que voy es a que tengo demasiado sueño para provocar un incendio. No tengo fuerzas ni para lavarme el cabello más de una vez por semana, ya ni hablemos de provocar un incendio.

Simmons: Pero lo ha estado pasando mal,

¿a que sí? Con su bebé. Según su médico, ha solicitado ayuda.

Lauren: ¿Y eso qué tiene que ver?

Simmons: Imagino que el *baby shower* podría haber sido algo difícil para usted… Con todas esas preconcepciones sobre la maternidad, cuando se le está complicando tanto eso de ser madre.

Lauren: Estaba contenta por mi amiga.

LAUREN

No puedo dejar de mirarle la tripa a Nicki.

Es como uno de esos cuadros con ojos que te siguen por todo el museo, solo que, sin importar dónde me ponga en esta ridícula fiesta de invernadero, tengo su barriga hinchada en las narices, haciendo que se me revuelva el estómago, ese que apenas he conseguido meter en el vestido.

Cada vez que la veo, quiero echarme a llorar. O a gritar. O salir huyendo. O correr hacia ella, darle un abrazo y llorar por todo lo que le espera, porque es demasiado tarde para impedirlo. Pobrecita mi amiga. Y pobrecita yo. Y pobrecitas todas nosotras. Ahora que estoy al otro lado puedo verlo: la maternidad es una piel de plátano con la que todas nos tropezamos. Todo el mundo te advierte de que te vas a resbalar y ya verás qué tortazo, pero nos rehusamos a creer nada y le hacemos el feo a las mujeres quejicas que fueron madres antes que nosotras («Cierra el pico, mujer, que tú solita te lo has buscado»), hasta que nos llega el tumo de resbalarnos con la misma piel de plátano y, *patapum*, tremendo golpazo, y ahí nos quedamos tendidas en el suelo, acumulando más y más cuerpos mientras intentamos advertir a las que vienen detrás para salvarlas del peligro, pero ninguna nos escucha y, *patapum*, se suman a la pila al son de «¿Por qué no nos dijisteis que iba a ser tan difícil?».

O, no sé, quizá sea cosa mía. Igual las otras madres están bien, son felices y no tienen un agujero con prolapso donde antes tenían la vagina, y resulta que la cabrona egoísta que no tendría que haber

tenido hijos soy yo y, mierda, ya es demasiado tarde.

Porque esa es la peor putada de todas de ser madre: no hay vuelta atrás. No hay periodo de prueba ni te devuelven el dinero si presentas el *ticket* de compra. No te haces una idea de lo difícil que es hasta que, cuando lo descubres, ya es demasiado tarde. No puedes volver atrás y, por culpa de ese amor absurdo que le tienes a la criatura que te ha jodido la vida, tampoco querrías hacerlo. Aunque sí que lo harías. Solo que no renunciarías al bebé. Lo mantendrías suspendido en alguna especie de fluido especial, algo que lo mantuviera calentito, seguro y bien alimentado. Que lo mantuviera vivo y con mucho amor mientras tú puedes seguir siendo tú… Así que una especie de vientre, supongo. Nicki se ha quejado mil veces desde que he llegado de lo incómoda que está, y yo le he dedicado sonrisas falsas, he fingido que me preocupa y que la entiendo, pero, para mis adentros, lo único que puedo pensar es: *Tú espera, hija. Espera y verás. El embarazo no es nada en comparación*.

En resumen, que estoy del humor perfecto para soportar esta fiesta de mil demonios, ¿a que se me nota?

Algo tienen los *baby showers* que hace que todas quieran ser puntuales, por lo que la veintena de invitadas llega en un tramo frenético de quince minutos que casi hace que a Charlotte le dé un patatús.

—Hola. ¿Qué tal todo? Bienvenidas. Gracias por venir. Toma, un *cupcake* de bienvenida. Cuidado al morderlo, te puedes llevar un premio si te encuentras con uno embarazado.

Según parece, uno de cada cinco *cupcakes* ha sido «fertilizado» con un «núcleo viscoso», por lo que, tras oírla, nadie tiene muchas ganas de comérselo. Aun con todo, todas sueltan soniditos complacidos al aceptar su bizcochito *red velvet* y sus cócteles de *prosecco* reluciente, así como al ver a Nicki. Por suerte para mí, lo siguiente que las hace soltar soniditos enamorados es Woody, así que sobre todo las mujeres mayores han optado por secuestrarlo. La señora Davies le está apachurrando los mofletes mientras lo lanza

por los aires, lo que me permite beberme el *prosecco*, el cual me deja los labios cubiertos de una purpurina comestible. La máquina del aire acondicionado parece a punto de colapsar por el esfuerzo de tener que enfriar una sala tan llena de gente. Ya me he puesto a sudar, al igual que el pastelito que no me he comido y que he dejado a un lado. Por alguna razón, la idea de encontrarme con un *cupcake* fertilizado no me abre el apetito precisamente. La verdad es que me sorprende, pues la única alegría de la que he disfrutado durante mi baja por maternidad ha consistido en ir a cafeterías a zamparme pastelitos con glaseado mientras Woody llora entre mis brazos. Un día, durante su «regresión del sueño a los cuatro meses» (porque resulta que sí que se puede tener un patrón de menos de dos horas de sueño, mira tú qué bien), me comí una tarta entera. Yo solita. Como el niño ese de *Matilda*, Bruce Bogtrotter. Quizá si esa tarta hubiese estado «fertilizada» con un «núcleo viscoso» los pasteles no me habrían seducido tanto y ahora entraría en alguno de los modelitos que me ponía antes de quedarme embarazada.

Pero bueno, que estoy sentada con un pañal en una mano y un rotulador negro en la otra, a la espera de recibir las instrucciones de Charlotte, que está tan acelerada que parece que esos ojazos de pupilas dilatadas que tiene son lo único visible en su rostro.

—A ver, damas y caballero —dice, haciendo un ademán hacia el amigo de Nicki, George. El aludido sacude las manos como si bailara *jazz* y el sol le arranca destellos a su esmalte de purpurina—. Vamos a empezar con una actividad para romper el hielo, así nos vamos conociendo.

¿Acaso existe una combinación de palabras más detestable que «actividad para romper el hielo»? Sin contar «bus lanzadera por obras en las vías de tren» ni «planazo de despedida de soltera».

—Quiero que penséis un consejo para Nicki y lo escribáis en el pañal. Luego lo vamos a cerrar y a pasar de mano en mano hasta que no sepamos cuál es cuál y, una por una, nos presentaremos en voz alta y leeremos el consejo.

¿Es el agotamiento extremo o este juego no tiene ni pies ni

cabeza?

—Así, Nicki tendrá unos recuerdos adorables de sus amigas más cercanas a los que podrá recurrir cuando el bebé esté de rabieta. Venga, ¡escribid lo que queráis, que es anónimo!

Echo un vistazo en derredor, preguntándome qué carajos van a escribir las demás. La madre de Nicki sigue meciendo a Woody en la cocina. Si se parece en algo a mi madre, fijo que ya le ha dado a su hija todos los consejos que vaya a necesitar, por mucho que no se los haya pedido en primer lugar. Aun así, todas parecen decididas a registrar sus sabios consejos en los pañales. A mi izquierda, miro de refilón el mensaje de Steffi. Ha garabateado «disfruta de cada momento», así, sin ganas, y ha pasado a sacar el móvil por enésima vez. A mi derecha, me encuentro con la mirada de una mujer flacucha cubierta de pecas. Ambas nos encogemos de hombros a la vez y ponemos los ojos en blanco al mirar al resto.

—No es por ser cabrona —susurra, inclinándose hacia mí—, pero no me parece la mejor forma de darle un consejo a una futura mamá, ¿no crees? ¿Qué va a hacer Nicki? ¿El bebé se echa a llorar y ella tiene que ir a desenrollar pañales como si fuesen galletas de la fortuna hasta que encuentre uno que le diga que lo haga eructar como Dios manda?

Suelto una risita, pero luego siento que estoy traicionando a Charlotte por reírme y me inclino un poco hacia la mujer. Huele de maravilla, como si se hubiese echado encima un zumo de grosellas negras.

—¿Qué vas a poner tú? —me pregunta en voz baja.

—No sé. ¿Y tú?

—Alguna payasada sobre el alcohol, supongo. —Arruga la nariz —. ¿No es eso lo que sacan las mujeres cuando ven que su matrimonio es una mierda, que su suelo pélvico está para el arrastre y que su lugar en la sociedad ha desaparecido?… «¡Al menos la ginebra nunca me falla!».

Se me escapa la risa y unas cuantas mujeres alzan la mirada, por lo que toso para disimular.

—Imagino que no eres madre, ¿no?

—Ni muerta. —Ladea la cabeza para mirarme y sonríe—. Tú tampoco, ¿a que no?

Señalo a Woody.

—Mi hijo es ese de ahí, de hecho.

—Joder, perdona. Seguro que tu suelo pélvico y tu matrimonio están de maravilla.

Sigo riendo y ella parece aliviarse.

—Ambos están bien jodidos —admito—. Pero no me va mucho la ginebra, así que supongo que estoy jodida en todo sentido.

—Igual eso es lo que deberías poner —dice, señalando mi pañal con su rotulador—. «Estás bien jodida».

La lealtad que siento por Nicki no tarda en llegar, por lo que no me permito seguir riendo. Por mucho que ese es el tipo de mensaje que me gustaría escribir.

«Estás bien jodida».

«Sí, es muchísimo más complicado de lo que te puedes imaginar. Lástima».

«Intenta gritar contra una almohada para desahogarte. Gritarle al bebé a la cara no es buena idea».

«Sí, tendrías que haber hecho tus ejercicios para el suelo pélvico».

«Según dicen, todo pasa. Pero no sé cuándo».

—¡A ver esas sonrisas! —Tenemos a Charlotte enfrente, móvil en mano. Parpadeo como un ciervo cegato y veo que ha hecho la foto desde el ángulo en que se me nota más la papada que me salió con el embarazo.

Otra cosa sobre la que nadie te advierte: te va a salir papada.

—Tú debes de ser Phoebe —le dice Charlotte a la chica de las pecas, bajando el móvil un segundo—. Te reconozco por tu foto de perfil. Muchas gracias por venir.

—Gracias a ti por invitarme.

—A ver otra sonrisa. —Hace otra foto, sin darnos tiempo a posar —. ¿Estáis usando el *hashtag* para subir las fotos? —pregunta,

aferrándome la mano.

—Tú di que sí —murmuro entre dientes, a lo que Phoebe sonríe y asiente.

—Guay. Estupendo. Perfectísimo. ¿Habéis terminado con los pañales? —Hace el ademán de quitarme el mío y escribo a toda prisa «Que nunca te falte una botella de ginebra» antes de entregárselo—. Vale, ahora vamos a intercambiar los pañales entre todas para conocernos un poco y que Nicki no sepa de quién es cada cual.

Nicki, sentada en la silla más cómoda frente al aire acondicionado, está con la vista clavada en nosotras. Aunque tiene cara de que la actividad que ha planeado Charlotte la está haciendo sufrir físicamente, se abraza la barriguita y no dice nada. A juzgar por el barullo emocionado que nos rodea, la mayoría de las invitadas se ha dejado achispar por el ambiente festivo, tanto de forma metafórica como literal.

Woody se pone a llorar en la cocina y me levanto, por lo que me libro de tener que seguir con la cháchara insulsa.

—Anda, me llaman —le digo a Phoebe, quien me sonríe—. Ah, por cierto —le señalo a Steffi, que sigue absorta con su móvil—. Esa de ahí es Steffi. Steffi, te presento a Phoebe.

Steffi alza la mirada, absolutamente perdida, mientras que Phoebe esboza una sonrisa de lo más rara.

—Conque tú eres Steffi —dice—. He oído mucho sobre ti.

Los berridos de Woody impiden que me entere de nada más.

Para cuando vamos por el segundo juego, Woody ya empieza a cansarse. He estado en actividades deportivas del instituto menos organizadas y, a juzgar por cómo ha ido lo de «enganchar los muñecos en la bañera», ni de lejos tan competitivas. Un codo ha impactado de lleno en la cara de alguien durante la ronda final, por mucho que George haya alzado las manos y declarado ser inocente.

Por un instante, siento que me han arrastrado a una secta horrible mientras todas entonamos el nombre de Nicki al verla asumir el reto de ponerles todos los pañales posibles a unos ositos de peluche en menos de un minuto. Ha habido demasiado ruido, cháchara insustancial y ovaciones, además de actividades preparadas para mi bebé (y para mí, todo sea dicho), pero de sueño va corto. Ya ha empezado a darme golpes en la espalda, lloriquear y frotarse los ojos sin cesar. Nos estamos dando un tiempo entre juego y juego para picar algo, mientras Charlotte lleva galletitas y demás aperitivos de grupo en grupo. Termino sentada en un sofá junto a Nicki, atrapadas entre las otras dos mamás que han ido con sus bebés, e intento dar de mamar a Woody. Él no se decide entre alimentarse y lanzarse de cabeza hacia atrás, con lo que deja mi pezón a la vista de todo el mundo, porque no quiere perderse de nada. Pero entonces chilla, se acuerda de que tiene hambre y sueño, y se pone a mamar. Hasta que alguien abre la boca y adiós leche.

La madre que tengo al lado me mira con lástima. Creo que se llama Cara y es compañera de trabajo de Nicki.

—Se distraen con cualquier cosa cuando van creciendo, ¿no? —dice. Aunque, según veo, su bebé está mamando como si fuese uno de esos angelitos sacados de un cuadro de un museo. Se vuelve hacia Nicki, quien nos mira con atención—. ¿Ya sabes si vas a dar el pecho?

Nicki se encoge de hombros.

—No quiero someterme a esa presión. Si se puede, sí. Si no, no pasa nada. Lo importante es que coma, ¿no?

Cara asiente y su bebé se sacude prendido a su pecho, sin afectarse por el movimiento.

—Sí, claro, sin presión. Pero es muy gratificante. Y buenísimo para ellos.

Nicki y yo intercambiamos una mirada.

—Ya se verá.

Es que no puedo dejar de mirarle la tripa a Nicki. Y Woody debe de notar el subidón de adrenalina que me recorre porque vuelve a

apartarse de mi pecho.

—Shhh, no te distraigas, Woody. Tienes que comer para poder dormir.

—¿A ti te gusta dar el pecho? —me pregunta Nicki una vez que he conseguido que Woody volviera a prenderse a mi pecho—. Sigues haciéndolo a sus… ¿nueve meses? Eres una valiente.

No puedo ni pestañear, por miedo a que Woody se suelte.

—Es… —empiezo.

… algo que no puedo explicar, ni siquiera a mí misma, lo que siento respecto a dar el pecho. Durante los primeros meses, es probable que haya sido el principal causante de mi crisis nerviosa. Dolía. Era horroroso. A Woody se le daba fatal, tanto que empecé a tildarlo de tonto. *Anda, ya está el niño que no sabe ni comer*, pensaba. Me enfadaba muchísimo con él, porque eso implicaba que no bebiera suficiente y que, por tanto, volviera a tener hambre en menos de noventa minutos, lo que daba como resultado que yo apenas pudiera dormir. Por aquel entonces era lo bastante ingenua para creer que una buena noche de sueño aún era algo posible. Que solo hacía falta que Woody se agarrara bien al pecho. Si le contara a mi yo del pasado que, nueve meses después, seguía sin poder dormir como Dios manda, lo más probable es que me hubiera lanzado de un puente. Como no descartaba la posibilidad de hacerlo de todos modos, procuraba no cruzar ninguno. Tristan me rogaba que parara. «Te lo suplico, tienes que dejarlo estar. Puedo intentarlo yo, podemos intentarlo con el biberón. ¿Por qué te torturas así?». Y me dedicaba esa mirada. Esa que decía «a mi mujer se le ha ido la olla». Que parecía como si le diera asco. Como si no fuese la misma mujer con la que se había casado.

—Necesita que le dé el pecho porque nació por cesárea. No estuvo expuesto a todas las bacterias beneficiosas de mi canal vaginal. —Se lo repetí una y otra vez, sin entender por qué no me escuchaba, por qué no me creía. En lugar de eso, lo que hacía era apretar los puños por la frustración y tirarse meses así.

—Lauren, ya lo hemos hablado. Eso no tiene nada que ver con la

lactancia. —Intento de sonrisa—. Además, si no me falla la memoria, Woody se quedó atascado en tu canal vaginal un buen rato. Tuvo tiempo de sobra para lamer muchos gérmenes y desarrollar un buen sistema inmunológico.

—¿Te parece gracioso todo esto? Porque a mí no me hace ni puta gracia, que lo sepas.

Además, las comadronas hacían como si el biberón no se hubiera inventado. *Tú sigue intentándolo*, decían. *Prueba sosteniéndolo como si fuese una pelota de rugby*, decían. *No, no, no. Así no. Lo estás haciendo mal. No debería doler, pero tienes que seguir incluso si sientes que te partes de dolor. ¿Qué fórmula ni qué ocho cuartos? En el hospital no tenemos de eso, así que tu bebé se va a morir de hambre si no lo haces bien. No puedes volver a casa hasta que sepas cómo hacer que se agarre bien. A ver, muéstrame. No, lo has puesto mal. Apártalo. Ya sé que está gritando, tú apártalo de todos modos. Venga, otra vez. No, así no. Míralo, no respira. Se va a llenar de gases. ¿Y te quejas de que no duerme por las noches? ¡Mira ese agarre! ¿Tiene problemas de frenillo? No nos hemos molestado en mirarlo, pero seguro que tiene el frenillo corto Si quieres que se lo miren, vas a tener que pagar 280 libras por una consulta de lactancia privada* y *luego otras 280 si quieres que se lo quiten. Ah, y la lista de espera del seguro es de tres semanas y tu bebé se morirá de hambre antes de entonces, pero ni se te ocurra darle fórmula, ¿eh? ¡Que lo vas a confundir! ¡Tienes que asegurarte de producir bastante leche primero! La depresión posparto va a empeorar si no le das el pecho. Venga, venga, sigue intentándolo. No trates de darle el biberón hasta que sea demasiado tarde y ya no lo quiera. Ups, qué se le va a hacer, ahora no puedes apartarte de tu bebé durante más de tres horas hasta que cumpla el año o así. ¿Acaso nadie te lo dijo? ¿Por qué no le has dado el biberón antes? No importa, le estás dando todas las armas posibles a tu bebé. Puede que tu vida entera se reduzca al radio de un kilómetro de tu propia casa, pero al menos tu bebé nunca se va a enfermar, sin contar todas las veces que sí se enfermará porque es inevitable, y tendrá un cociente intelectual*

muchísimo más alto, aunque, bueno, parece que ya no hay pruebas que respalden ese hecho. Toma, aquí tienes todos los consejos habidos y por haber sobre la lactancia y cómo seguir dando el pecho incluso si tu vida se cae a pedazos. Y sobre cómo destetarlo no tenemos nada, lástima. Pero tú tranquila, que no seguirá pidiendo teta cuando tenga cinco años. O sí, quién sabe…

Nicki me mira, consciente de la larga pausa que he hecho en mitad de la respuesta. Vuelvo a abrir la boca, pero estoy dividida, siempre me pasa lo mismo, no sé si decir la verdad o protegerla de ella. Porque no tardará mucho en enterarse. O quizás a ella todo le vaya bien. Igual le encanta dar el pecho y no tiene mayor problema y le da el biberón a su bebé en el momento preciso y consigue darle las dos cosas sin arruinarse la producción de leche, con lo que podría dejar a su bebé y salir alguna que otra noche, irse a una galería de arte, a dar un paseo o a hacer cualquier cosa que haga que no pierda la cabeza. Quizás a la que todo se le da como el culo es solo a mí, como siempre.

—Dar el pecho es… toda una experiencia —me las arreglo para decir—. Es… Eh… Hace que… —*Pierdas la cabeza. Te llenes de amargura. Siempre tengas hambre*—. La verdad es que es guay eso de ver que tu cuerpo puede producir leche.

Nicki sonríe, aliviada, hasta que me entra un impulso urgente por protegerla.

—Lo que sí te digo —añado, en lo que Woody se aparta, frotándose los ojitos para acurrucarse en mi hombro. Le echo un vistazo al reloj. Le está entrando sueño justo a tiempo. Igual puedo hacer que se eche la siesta incluso con todo el desmadre de este *baby shower*. Quizás hoy sea el día en que duerma… y no tardes demasiado en darle el biberón. Porque eso ayudará a que puedas dormir un poco. Si solo le das el pecho, eso implica que siempre tienes que ser tú quien se despierte por las noches para darle de comer. Ojalá alguien me lo hubiera dicho antes.

Nicki asiente, tomando nota mentalmente. Pero entonces Cara sacude la cabeza.

—Yo siempre me encargo de atenderlo por la noche —interpone, apartando a su delicado bebé del pecho para cambiarlo de lado sin ningún problema.

—¿En serio? —pregunta Nicki.

—No me molesta —añade, acariciando la cabecita del bebé—. Es que esta época no durará mucho, ¿sabes? Y me lo paso muy bien dándole mimitos. Eso y que mi marido no sirve para nada, también te digo. No confío en que lo vaya a devolver a la cuna sin despertarlo. Pero también es que soy una buena esposa. —Y se echa a reír.

Finjo una sonrisa mientras una furia tranquila cae sobre mí cual gotas de lluvia.

Mami Guay se despierta por la noche sin problema y deja que su marido duerma. No tiene sentido que los dos amanezcan cansados.

Mami Guay no tiene problema con dormir cuatro horas entrecortadas por noche, la verdad. Sí, admite que está un poquitín cansada, pero no tarda en cambiar de tema en lugar de empezar con las quejas sobre cómo su vida se ha convertido en un infierno. Porque ¿quién quiere oír eso?

Mami Guay no siente un pánico creciente a partir de las cinco de la tarde, preocupada por qué clase de atrocidad le deparará esa noche. En especial porque se despierta por las noches sin problema, porque es una «buena esposa».

¿Te apetece una mamada, mi amor? Antes de tus ocho horas de sueño, digo. La verdad es que me apetece follar. No estoy demasiado cansada ni saturada por el contacto físico ni traumatizada por el horror que ha sido el parto ni seca por dar de lactar ni aterrorizada ante la idea del sexo porque podría quedarme embarazada de nuevo y ni muerta vuelvo a pasar por lo mismo. ¡Hagámoslo a cuatro patas para demostrar que no ha cambiado nada! Venga, córrete en mis tetas. Bravo. Y ahora a dormir, esposo mío. Tú tranquilo que yo me despierto por la noche. No hace falta que cambies tu vida en absoluto. A mí no me molesta, soy una Mami Guay.

—Vaya —suelto, y no puedo evitar agregar sin pizca de diversión —: a tu marido le ha tocado la lotería contigo.

Pobre Tristan. Me siento muy culpable por todas las veces que lo he hecho quedarse despierto conmigo, por mucho que no pueda hacer nada.

—No te duermas —le supliqué, tres semanas después de que Woody naciera, cuando prácticamente se le caía la baba por el cansancio tras habernos despertado siete veces durante la noche debido a que nuestro hijo no dejaba de pedir teta.

—No te sirvo de nada despierto —intentó razonar él conmigo, tan cansado como yo. Los dos estábamos para el arrastre. Todo sea por la igualdad.

—No, no puedes abandonarme. No cierres los ojos —le había chillado—. ¡Ni se te ocurra volver a dormir!

Cara se sonroja.

—Bueno, a él parece que se le olvida y tengo que recordárselo. Pero así son los hombres, ¿no?

—Así son los hombres —asiento, pasándome a Woody de un hombro a otro para que no se me duerma encima—. ¿Todo bien, Nicki?

Ha empezado a incorporarse y tiene que retorcerse como mínimo en tres posiciones distintas de yoga para conseguir levantarse de su butaca tan cómoda.

—Sí, tranquila, es que me siento un poco anquilosada y tengo que andarme moviendo. Me duele si me quedo sentada mucho rato. Creo que iré a poner el lavaplatos.

—Te acompaño —le digo, poniéndome de pie, con ganas de escapar de esta pesadilla llena de detonantes—. Tengo que hacer que Woody se quede despierto otros veinte minutos antes de su siesta, y no sé por qué, pero le fascina verme hacer las tareas del hogar. —Me vuelvo hacia Cara—. Encantada de conocerte.

Acompaño a Nicki con sus andares de pato hacia la cocina, meneando a Woody para que no se me duerma. Pasamos por delante de distintos grupos de invitadas que se vuelven hacia ella

como si fuese una celebridad para lanzarle cumplidos variopintos sobre el resplandor del embarazo y lo adorable que es su barriguita y *¡Ay, qué ganas de que nazca ya!* Aunque la casa es de planta abierta, la cocina está doblando una esquina, lo que ofrece un mínimo de privacidad. Me vibra el móvil contra la pierna en lo que me peleo con Woody para sentarlo en la trona que ha traído Charlotte y le doy un palito de pan que tengo en la pañalera para que se quede tranquilo. Me pongo a recoger vasos vacíos que hay por ahí y, como imaginaba, Woody se queda en silencio y se pone a observarme, como si estuviese haciendo la danza interpretativa más complicada del mundo.

—Perdona lo de Cara —me dice Nicki a media voz. Ha puesto un par de vasos en el lavaplatos y está intentando sentarse en un taburete. El móvil me vibra de nuevo—. Es muy maja, pero no se ha enterado de que ya vamos por la cuarta ola del feminismo.

—Pero si es un amor —miento como una bellaca.

—Es la encargada de *marketing* de los anillos de compromiso. Y, como te imaginarás, se le da de perlas: se echa a llorar de felicidad cada vez que un cliente nos cuenta cómo piensa hacer la pedida de mano.

Dejo unos cuantos vasos más en el lavaplatos y barro la cocina con la mirada, asegurándome de que no quede ninguno por ahí. Pese a que hay montones fuera, no tengo las fuerzas para volver a adentrarme en todo ese paripé de feminidad aún. Además, como Nicki se ha puesto a hablarme de Cara, imagino que lo de ir recogiendo ha sido una excusa para sacarnos de ahí.

—Más le vale a Matt despertarse por las noches —añade—. Quiero que lo hagamos todo a medias.

Asiento, mientras el móvil me vibra contra la pierna por tercera vez.

—Jolín, qué calor hace aquí —dice, distraída y abanicándose con las manos—. ¿Echaré a perder el aire acondicionado si abro un poquitín la ventana? Ay, ¿puedes abrirla tú? Ya no estoy para esos trotes.

—Claro, tranquila.

Me inclino sobre el fregadero y abro un enorme cuadrado de cristal de un tirón. Nos llega una corriente de aire caliente, pero al menos el ambiente se despeja un poco. Me acerco ligeramente, pues no había caído en la cuenta de lo viciado que estaba el ambiente hasta que ha llegado una nueva alternativa. Nicki suelta un suspiro a mis espaldas.

—Buah, mucho mejor. ¿Cuánto crees que podamos quedarnos aquí escondidas?

—Yo diría diez minutos antes de que Charlotte te arrastre para la ceremonia de sacrificio animal.

Intercambiamos una risa y un «Ay, esta Charlotte», hasta que Woody decide sumarse a las carcajadas porque sí, dando palmaditas desde su trona. Mi amor por él me arrolla de pronto y es tanto que casi me ahoga. Corro a sacarlo de la silla para achucharlo y poder respirar su aroma. Él se vuelve a reír y se acurruca contra mí, y Nicki parece sentirse aliviada por primera vez en los últimos veinte minutos.

—Ay, míralo qué mono —me dice—. Hace que me entren ganas de tener al bebé ya. ¿Me dejas achucharlo de nuevo?

—Todo lo que quieras.

Inclino a Woody sobre ella y él se deja caer la mar de contento, hasta meterle los dedos en la boca. Aprovecho el momento para echarle un vistazo al móvil, que tengo enterrado en el saco que llevo por vestido. Me apoyo en la encimera para leer las notificaciones.

Son dos respuestas de la cuenta a la que he escrito antes.

Déjame en paz, por favor.

Ya te he denunciado. Háztelo mirar, en serio.

La última notificación es de Instagram, para avisarme de que he infringido las normas comunitarias y de que me borrarán la cuenta si continúo acosando u hostigando.

La furia que antes caía con la fuerza de una simple lluvia se

convierte en un chaparrón y me empapa entera.

—¿Te importa quedarte con Woody un segundo? —le pregunto a Nicki, que se ha puesto a cantarle—. Es que me hago pis.

Paso corriendo por su lado antes de que me diga que sí y también dejo atrás el jaleo de la fiesta. Charlotte intenta llamarme para decirme que van a servir la comida dentro de unos veinte minutos. Como no hay cola para el baño, me dejo caer sobre la tapa del retrete y sacudo las manos para intentar librarme de esta energía que me embarga. Entonces meto la cabeza entre las piernas y suelto un grito contra los muslos enormes que me han quedado producto del embarazo.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y STEFFANI FOX

Steffani: Le juro que era el mejor día de mi vida. No exagero. Se estaban cumpliendo todos mis sueños. ¿Por qué iba a provocar un incendio así sin motivo?

Simmons: Técnicamente eso no es del todo cierto, ¿no?

Steffani: ¿A qué se refiere?

Simmons: En el trabajo le iba bien, pero la relación que tenía con sus amigas era algo tensa, ¿no le parece?

Steffani: ¿Ah, sí? Estaba demasiado ocupada negociando acuerdos de miles de millones de libras para sentir ninguna tensión, la verdad.

Simmons: ¿Y a Nicki no le molestaba que hiciera eso durante su fiesta?

Steffani: En absoluto. Se alegró por mí.

Todas lo hicieron.

STEFFI

Verás, el problema que tienen estas casas pijas hechas de cristal es que no hay ni un solo lugar en el que esconderse. Tengo que llamar a Rosa lo antes posible, pero el baño de la planta baja está ocupado, el de arriba está prohibido y no sé qué habitaciones contienen bebés durmientes. Así que al final termino colándome por una de las puertas de cristal y murmurando un «maldición» al darme con todo el calorazo que hace afuera. Me agacho para pasar corriendo por la terraza, hago una especie de voltereta ninja para bajar los escalones y termino haciendo mi llamada superimportante en susurros en un rincón del jardín, detrás de un árbol medio muerto.

—Sé que es una decisión muy importante, así que quería darte todo el tiempo posible —le digo a Rosa, metiendo tanto la tripa como el culo para que el árbol me esconda por completo. Si muevo la cabeza tan solo un centímetro, las de la fiesta me verán por las paredes de cristal.

—*Es que me muero de ganas de decirle que sí a Nina* —repite—. *La adoro*.

—Lo sé, yo también, pero lo que ofrece Mountain Scape Studio es alucinante. Muchísimo más que ella. Estaríamos hablando de un éxito de taquilla, Rosa, con el debido presupuesto. Nina es increíble, pero su estudio aún es de los pequeños. No va a soltar tanto dinero.

—*Pero… es que confío en ella*.

Sonrío para mis adentros. Es una pasada cómo mi trabajo puede hacer que una persona cambie en cuestión de unas pocas horas.

Cuando la he llamado en el andén no se creía que la fuesen a publicar. Saltemos a dos horas más adelante y ahora no quiere ni saber nada de un acuerdo multimillonario con uno de los mayores estudios cinematográficos del mundo.

—Nina es increíble y su propuesta es algo increíble también —le digo—. En otro universo, uno en el que no fueses el ser humano más talentoso con el que he tenido el gusto de compartir oxígeno, ahora mismo estaríamos celebrando la firma de nuestro acuerdo en un *jacuzzi* lleno de champán. —Rosa suelta una risita al otro lado de la línea y me alegro, porque la necesito con los pies en la tierra, para que pueda pensar con propiedad—. Pero resulta que nunca había visto un borrador de propuesta como este en todos mis años como profesional —continúo—. Y, sin ánimos de alardear, soy la mejor en lo que hago. El problema es que los de Mountain Scape son muy intensos y su propuesta solo estará disponible hasta el lunes al final del día. Y es una barbaridad, Rosa. Por eso quiero que te lo pienses bien.

Seguimos hablando un poco más, hasta que me duele la tripa de tanto meterla. Sopesamos aquello que la mayoría de los autores siempre quieren sopesar: ¿quién será más fiel al libro durante la adaptación? ¿Quién la dejaría involucrarse en el proyecto como coguionista? ¿Quién podría ser la protagonista? ¿Quién ha entendido mejor el libro? Y comprendo todo eso, en serio. Que soy de artes y me pirran los libros. Pero sigo siendo agente en primer lugar. Y mi trabajo exige que me centre en dos cosas: a) cuánto dinero nos van a dar, y b) con quién hay más posibilidades de que la cosa llegue a estrenarse. Porque lo que nos dará incluso más dinero es conseguir que la peli o la serie se produzca de verdad y no quede solo en palabras.

—*Te prometo que lo pensaré* —me tranquiliza—. *Es que… es demasiado. Aún no me creo que vaya a ver mi libro en una librería*.

—Vas a ver tu libro en las pantallas de Times Square.

Suelta un chillido que es medio sollozo y medio risa.

—*Para, para, me conformo con una librería de momento. Voy a ir*

a dar un paseo por el parque Brockwell. Para calmarme y meditarlo un poco.

—Cómprate un helado.

—¿Estás de coña? Si cobran casi cinco pavos por un cucurucho de nada.

—Rosa, que estás a punto de rechazar un millón de libras, te puedes permitir comprar un helado.

—*Hoy no parece real, pero vale. Iré a por un cucurucho carísimo y a pensármelo un poco, te lo prometo*.

—Aquí me tienes —le recuerdo—. Estoy en una especie de fiesta, pero puedo escaquearme un ratito si necesitas hablar de nuevo.

—*Gracias*.

Cuando cuelga, me dejo caer sobre la hierba seca, dándome un minuto para lidiar con toda la adrenalina. Aunque necesito mantener la calma por Rosa, me siento tan cargada como un cañón de confeti. Centro la mirada en el paisaje infinito para intentar que mi cerebro deje de saltar de estrategia en estrategia. Voy a tener que contratar a una asistente de verdad, además de a alguien que se encargue de las adaptaciones y los derechos de traducción y publicación en el extranjero. ¿Podría levantarles a Anna a los de JK? No, Steffi. Frena un poco. QUE FRENES, TE DIGO. Nada de saltarse pasos. Céntrate en el paisaje. Las vistas serían algo maravilloso, al menos si las lúgubres predicciones de David Attenborough respecto al país no se hubiesen cumplido. Porque no hay ni una pizca de verde en estos campos, solo unos rectángulos amarillentos y secos, pegados unos a otros por medio de unos setos medio muertos. Hasta el césped de los padres de Nicki se ha secado. Se podría decir que son ciudadanos responsables que respetan las prohibiciones a causa de la sequía, por mucho que aquí en el quinto pino nadie pueda ver si hacen trampa o no. La casa de cristal debe de ser insonorizada, porque no oigo nada del desmadre supremo que se está llevando a cabo en los siete círculos del infierno que hay dentro. Es como el infierno de Dante, pero con *cupcakes* fertilizados. Y ese es solo el primer círculo. Aún no hemos llegado a la piñata con forma de vagina, pero ya la he

visto agitarse por la ligera brisa que corre por la terraza. Si los *baby showers* ya me parecen un circo la mayoría de las veces, no tengo palabras para describir esto.

No es que esté en contra de celebrar los embarazos, bodas, participado sin rechistar (por mucho que no las haya disfrutado en absoluto) desde que cumplí los veintisiete, cuando de golpe y porrazo este tipo de celebraciones parecieron monopolizar mis fines de semana. Son algo muy bonito. Momentos importantísimos y maravillosos en la vida de mis amigas tan queridas. El problema es que son de lo más… genéricos. Heteronormativos. Todos cortados por el mismo patrón, a pesar de lo mucho que se esfuerza todo el mundo por que el suyo sea distinto. Pero es que son los deseos de la mente colectiva, del rebaño, lo que la sociedad nos insta a pensar que queremos. Y es así como he terminado asistiendo a la misma boda exacta incontables veces. Podría ir a una boda dormida y a un *baby shower* en plena siesta, son tan predecibles como uno de esos libros para colorear con números. Que sí, que la fiesta de hoy incluye absolutamente todos los colores habidos y por haber y todos los números hasta el infinito, pero nada me parece novedoso. Alzo la cara hacia los intensos rayos de sol, intentando recibir una buena dosis de vitamina D pero no demasiada como para que me salgan arrugas, y me permito sentir mi dolor. El pesar de que nunca me hayan montado una fiesta así porque aún no he desbloqueado ningún logro en mi vida que merezca una celebración tan predecible como colorear por números. Mi madre siempre me dijo que no debía caer en la trampa que suponen esos caminos. «Aquello que la gente siempre cree que la hace feliz suele ser todo lo contrario», era lo que decía. «Asegúrate de querer las cosas porque tú las quieres, Steffi, y no porque el mundo dice que deberías quererlas». Siempre había sido muy sincera al hablar de lo difícil que era ser madre soltera. «Hasta las mujeres casadas terminan siendo madres solteras», me dijo. «Espera a que te hagas mayor. Ya verás que tus amigas que se conviertan en madres terminan encargándose de todo ellas solas, por mucho que cuenten con un marido de adorno y,

por tanto, con el beneplácito de la sociedad». A pesar de que mi madre me aseguró que yo era lo mejor que le había pasado en la vida, no se andaba con chiquitas al momento de hablar de los sacrificios. «No quiero que te sacrifiques por nadie», me decía en voz baja, una y otra vez, año tras año, según se iba volviendo más frágil hasta que llegó la hora de que fuese yo quien cuidase de ella. «No quiero que te limites, Steffi. Que te corten las alas. Que te quedes atrapada en una casa y tengas que usar tus plumas para hacer un nido, en lugar de para volar». Y mira todo lo que he volado, mami, para hacer que te sientas orgullosa allá donde estés. Solo que, por muy alto que vuele, mis logros profesionales nunca han sido dignos de una celebración con semejante paripé. El mes pasado, en la fiesta de inauguración de mi agencia, Charlotte no hizo todo esto por mí. Y, por mucho que usase el máximo permitido de mi tarjeta de crédito para pagar por ella porque era necesario que fingiera que ya había alcanzado el éxito deseado, ni siquiera todas las Mujercitas se molestaron en venir. Lauren usó a Woody de excusa (no sé qué mierda sobre que aún no lo había destetado, por lo que tenía que estar en casa para su hora de dormir). Y lo entiendo, de verdad que sí. La cuestión es que si fuese mi *boda* o mi *baby shower*, sí que se habría sometido a la tortura que fuese para asegurarse de asistir, como ha hecho hoy. No es que quiera que haga eso, pero el que ni siquiera se tomara la molestia de intentar asistir me demostró que el hecho de que inaugurara mi agencia, Foxxy Books, no es ni de cerca tan importante como casarme o quedarme embarazada. Y sí, Charlotte sí que asistió y se mostró tan entusiasmada y frenética que varias personas del mundillo se me acercaron luego para decirme que estaban «obsesionados» con ella, pero lo único que me llevó fue un ramo de flores. Joder, ya sé que sueno muy cabrona, y las flores eran preciosas, pero ¿cuánto le costaron? ¿Cuarenta pavos? Y fijo que las compró por el camino, en la estación de tren. Nada de *cupcakes* fertilizados y hechos a mano para mí. A lo largo de nuestros años de amistad, he pagado para asistir a todas sus despedidas de soltera, cifra que asciende a varios

cientos de libras, incluso las que no fueron gran cosa. He ido a todas sus bodas… y, de nuevo, varios cientos de libras se me han ido con eso. Lauren se casó en Cornualles de los cojones, todo para tener un ambiente más «como de playa» y que Tristan recordara un poco su hogar, todo eso un sábado de julio. ¿Tú sabes cuánto cuesta quedarse un finde en un hotel de Cornualles en pleno julio? Luego tuvo su *baby* shower en un *spa*. El que yo misma tuve que pagar. Con *mi* dinero. Y me da igual. Que me alegro por ellas, en serio. Pero ¿un ramo de flores? Cuando la que ha decidido ser valiente soy yo, en lugar de ser… una más del montón. Nicki se presentó en mi fiesta dos horas tarde. ¡Dos horas, coño! ¿Te imaginas llegar dos horas tarde a una boda? Adiós amistad. Lo único que les pedí fue que fueran a una fiesta, en un bar del centro, desde las 6:30 p. m. hasta las 10 p. m., para que me apoyaran en el momento más importante de mi vida… y lo único que saqué fueron unas flores, que una llegara tarde y que otra ni se presentara.

En fin, que hace demasiado calor para quedarme aquí fuera echando humos. Me recuerdo que adoro a mis amigas. Lo único que tenemos que hacer es sobrevivir a los treinta, cuando nuestras vidas no podrían ser más distintas, y llegar hasta el otro lado.

Ya no queda rastro de la ligera brisa, con lo que la vulva hecha de papel maché ha dejado de agitarse y de chocar contra el cristal. El aire está tan quieto que ya puedo oír la fiesta a través del ventanal. Le echo otro vistazo al móvil y me siento tanto tranquila como decepcionada por tener la bandeja de entrada vacía. No más ofertas de momento. Jolín, estoy peor que Rosa. Ayer estaba desesperada por que este libro se publicara con la comisión suficiente como para pagarme a mí misma a fin de mes. Y ahora me cabrea que no me hayan ofrecido otro millón de libras en los últimos quince minutos.

Me valgo del árbol para incorporarme, notando la áspera corteza en las manos, y subo los escalones que me devuelven a la terraza. Justo en lo que me estoy preparando para volver a entrar respirando hondo, oigo las voces de Lauren y de Nicki que se cuelan por la

ventana abierta de la cocina.

—Gracias por cuidarlo mientras estaba en el baño —dice Lauren —. ¿Se ha portado bien?

Oigo las risitas de un Woody que vuelve a los brazos de su madre.

—Ha sido un angelito. Tienes mucha suerte.

—Ja. Claro que sí. Puede ser un encanto a veces. ¿Te lo estás pasando bien en tu *baby shower*?

Nicki hace una pausa antes de contestar. Puedes hacerle una vulva entera de papel maché a esa mujer (con todo y clítoris), y ni así se sentirá satisfecha.

—Sí —dice, para luego añadir tras unos segundos—. Es solo que Charlotte… ya sabes. Así es ella.

No sé por qué sigo aquí, agazapada y escuchando a escondidas. Me sacudo las piernas para ponerme de pie y volver dentro, cuando lo oigo.

—… pero al menos eso demuestra que a Charlotte le importa, ¿sabes? —continúa Nicki—. No como alguien que yo me sé… Dime, ¿dónde diablos está Steffi?

Me encojo al oír mi nombre y apoyo la espalda contra la pared, con el corazón a mil por hora.

Woody suelta balbuceos varios.

—Shh, shh. ¿Steffi? ¿A qué te refieres? —pregunta Lauren.

—Que casi no la he visto desde que ha llegado. ¿Está mal de la tripa o algo? Se ha pasado el día en el baño.

Pongo los ojos en blanco. Nicki hace como si casi ni notara mi presencia cuando bien que me tiene vigilada en todo momento.

—… y cuando no se está escondiendo en el baño, está pegada al móvil. ¿Es que la aburrimos o qué?

Me choca muchísimo oír a Nicki quejarse sobre mí con ese tono tan directo y malintencionado. Muy distinto al que usa siempre, ese en el que se las da de amable. Su voz suena natural y sin reservas, lo que demuestra que no es la primera vez que habla sobre mí de ese modo. Espero con el corazón en la garganta a que Lauren

conteste.

—Es que está hasta arriba de trabajo —le dice Lauren con diplomacia, y yo suelto el aliento al ver que me defiende—. Le sabe muy mal que sea durante la fiesta, pero es que todo se ha salido de madre hoy.

—¿Cómo que todo se ha salido de madre? ¿Es que le va mal con la agencia o algo?

¿Soy yo o Nicki parece entusiasmada ante la posibilidad de verme fracasar? Pego las rodillas al pecho y sigo escuchando, por alguna razón con ganas de oír más sobre esta Nicki tan auténtica, por mucho que sea una arpía en lo que a mí respecta.

—Todo lo contrario. Le han llegado unos correos muy alucinantes por el libro con el que está inaugurando su agencia.

—Pero si son buenas noticias, ¿no debería poder esperar al lunes? —dice Nicki—. A ver, que ya sabemos que le repatea tener que celebrar que alguien haya escogido quedarse embarazada y tener un hijo. ¿Viste ese artículo que compartió el otro día?

Espero a que Lauren salte en mi defensa de nuevo. De hecho, estoy casi convencida de que es lo que hará. En su lugar, se queda callada un momento.

—¿Tú también lo viste? —pregunta antes de tragar en seco.

—Hay que ser cabrona. Cómo se atreve a compartir eso cuando sabe que estoy embarazada. Fijo que lo hizo para joderme, ¿no crees?

Me quedo boquiabierta y me acerco más las rodillas al pecho, a la espera de que Lauren diga algo para defenderme.

—Pues a mí sí que me afectó. —Es lo que termina diciendo—. Cuando lo leí casi me da algo de pura rabia.

Tengo que contenerme para no ahogar un grito y delatarme. Una mariposa roja pasa por mi lado aleteando y aterriza sobre la terraza hirviendo, así que me la quedo mirando para intentar tranquilizarme un poco.

—¿A ti también te hizo sentir mal? —La voz de Nicki suena ligeramente entusiasmada al ser consciente del golpe contra nuestra

amistad—. Me cabreé muchísimo. He intentado hablarlo con Charlotte hace un rato, pero estaba decidida a que todas nos portásemos bien e hiciésemos como si nada.

—Es que… no entiendo por qué sintió la necesidad de compartir algo así —dice Lauren, algo a regañadientes, pero soltando el comentario de todos modos—. A ver, que puede leerlo y estar de acuerdo si quiere. ¿Pero compartirlo en redes? ¿Respaldar a los cuatro vientos esa forma tan egoísta e hiriente de ver a las madres? Es que… no sé yo si… Shhh, Woody. Sí, sí, ahora vamos a dormir. ¿Supongo que Steffi quería que supiéramos lo que se siente al ponernos en su lugar?

Nicki suelta un resoplido.

—Pero si a nadie le importa una mierda lo que se siente al estar en su lugar. Esa es la cuestión. Es un problema que se han inventado quienes no tienen nada mejor que hacer que crearse un puto problema. Que al mundo se la suda si has escogido no tener hijos, Steffi. Lamento quitarte la ilusión, pero no eres el ombligo del mundo.

Espero a que Lauren intente defenderme. Rezo para que llegue el momento en que me defienda. Lo que me queda de cordura depende de eso.

—Exacto —contesta, y noto que se me cierra el estómago. Parpadeo al mirar a la mariposa.

—Tengo cosas más importantes que hacer que perder el tiempo preguntándome «Caray, ¿por qué será que Steffi no quiere tener hijos?». Es como con los pesados de los veganos, ¿sabes lo que te digo? —Nicki suelta una risa cortante—. ¿Cómo sabes que alguien es vegano? Pues porque esa persona va y te lo dice. Lo mismo pasa con todo este grupito de gente que no quiere hijos. Se suben por las paredes porque una persona o dos les pregunta si quieren tener hijos, cuando es una pregunta perfectamente normal que hacer cuando estás conociendo a alguien. ¿Acaso tú has juzgado a alguien por no querer tener hijos? Claro que no. Y yo tampoco. Porque eso no pasa. Todas estamos demasiado liadas encargándonos del trabajo

que de verdad importa, que es parir a la puñetera siguiente generación, como para perder el tiempo pensando en ellas, juzgándolas…

A ver, Nicki querida, que eso es justo lo que estás haciendo ahora mismo, pedazo de hipócrita. La oigo tomar aire para lanzarse de cabeza a soltar otra perorata bien ensayada, pero un chillido ensordecedor la interrumpe cuando Woody se pone a berrear tan fuerte que me hace daño en los oídos incluso desde el otro lado de la pared.

—Ay, perdona. Shh, shh, Woody —dice Lauren—. No pasa nada, cielo. Perdona, Nicki, es que tiene mucho sueño. No ha hecho la siesta en el coche. He tenido que recoger a Steffi y como la señorita se ha tomado su tiempo en salir de la estación, se ha despertado en el aparcamiento.

—Y luego las egoístas somos nosotras, ¿a que sí?

Lauren suelta un gruñidito evasivo, pero no puedo oír el resto de la conversación porque Woody no me deja. Lo único que consigo distinguir es:

Perdona, te prometo que no tarda en calmarse. Aunque debería intentar que se durmiera ya, por mucho que aún deba quedarse dormido otros cuatro minutos.

—Tranquila, que es un bebé. No… —Las pierdo de nuevo por detrás de los gritos de Woody, hasta que…—. Igual deberíamos cerrar la ventana, para que no se escape el aire.

Me agacho al oír que alguien se acerca. Un vistazo de la mano de Lauren al tirar de la ventana para cerrarla y contengo el aliento. Y entonces me quedo sola y achicharrada, con los pájaros que tienen demasiado calor para ponerse a cantar y todo lo que acabo de escuchar.

No puedo más.

Apoyo la mejilla sobre las rodillas e intento asimilar los últimos cinco minutos.

De verdad que no sé qué pensar. Paso de la furia y la indignación a la paranoia porque Lauren me haya malinterpretado de ese modo

hasta llegar al dolor insoportable ante lo que he tenido que oír. Y pensar que he venido hasta aquí, en el fin de semana más importante de mi vida, toda sonrisas y consideración, con el bolso lleno de regalos para Nicki que me han costado como cien pavos, todo para oírla quejarse, regodearse y burlarse de mí.

¿Sabes qué? Que le den.

Que le den pero bien dado.

El móvil casi me explota en la mano de tanto que lo estoy apretujando. Me cuesta respirar. Tengo la cabeza llena de un porrón de respuestas y contraargumentos, defensas y monólogos dramáticos.

No puedo seguir aquí.

No pienso quedarme. Voy a buscar mis cosas y me largo.

Mierda. No puedo irme. Que no he venido sola.

Me ha traído Lauren… la muy traidora.



Dios, Lauren. ¿De verdad cree que estoy de acuerdo con ESAS partes del artículo? No puede creerme capaz de decir eso, ¿no? Si solo lo compartí por la parte del panorama sentimental. Joder, ¿cómo he sido tan idiota? Con razón que está cabreada. La parte que hablaba sobre el panorama sentimental era buena, pero el resto del artículo era bien raro.

El corazón se me va a salir del pecho por la culpabilidad, pero entonces la indignación la reemplaza. ¿Acaso más de una década de amistad no significa nada para ella? ¿Acaso no me conoce en absoluto?

No sé qué hacer. El drama del día me atenaza con su agarre en la garganta y lo radicalmente opuestos que han sido los sucesos de hoy hace que tenga la cabeza como un bombo. Las ofertas para publicar en contraposición con que me manden a tomar por culo. La ilusión de que mi carrera parezca despegar hacia un éxito seguro, al tiempo que una amistad se parte en dos como la tierra tras un

terremoto. La mariposa se ha alejado volando, así que ya no tengo nada en lo que centrarme. Me pongo a contar los tablones de la terraza. Uno, dos, tres, cuatro. Alguien ha barnizado la madera este verano y reluce bajo el sol intenso en lo que paso la vista por los tablones y cuento… dieciséis, diecisiete, dieciocho…

… un momento, ¿qué es eso?

Atascado en medio de dos tablones hay un objeto cilíndrico muy raro, que refleja la luz sobre su superficie metálica. Me inclino para observarlo más de cerca. Parece una lata de refresco, pero más grande. Qué cosa más rara. Al girarla, distingo la etiqueta.

¿QUÉ SERÁ, QUÉ SERÁ? BOMBA DE HUMO PARA GENDER REVEAL.

Le han quitado la tapa y la anilla está a la vista. De pronto, toda la comida rosa y azul cobra sentido. Lo de hoy no es solo un *baby shower*. Virgen santísima, ¿qué he hecho yo para merecer esto? Pongo los ojos en blanco y giro el artilugio hasta comprobar que parece estar lleno de humo rosa.

Yo ya… El día ha empezado siendo cutre, pero esto ya pasa de castaño oscuro.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y CHARLOTTE ROTH

Charlotte: Era el día perfecto. Y el *baby shower* también iba perfecto. Todo era perfecto.

Simons: Hasta que alguien decidió provocar un terrible incendio.

Charlotte: Aún no me creo que haya sido provocado.

Simons: ¿Por qué no, Charlotte? ¿Por qué le cuesta tanto imaginarlo?

Charlotte: Porque organicé las mejores actividades para romper el hielo. Nadie podría haberse sentido incómodo después de eso. ¿Sabía usted que, en actividades de grupo, une tiene que hablar durante los primeros diez minutos si no quiere aislarse por completo de la interacción social? Fue por eso que me aseguré de que todas y cada una de las invitadas tuvieran la oportunidad de hablar y

hacerse notar dentro de los diez primeros minutos, para que el grupo estuviese cohesionado. Deje que le explique, hay un estudio hecho por la Universidad de Harvard que dice que la mejor forma de «romper el hielo» cuando uno está en un grupo es…

Simons: …nos estamos yendo del tema. ¿Puede volver a contarme lo que hizo durante el día en cuestión?

Charlotte: Es lo que estaba haciendo. ¿Cómo voy a saber que no quiere que le cuente los detalles de las actividades para romper el hielo que organicé? Podría ser relevante, ¿sabe? Quizá me salté a alguien por accidente y no le di la oportunidad de hablar durante los primeros diez minutos y… ¿por eso provocó un incendio? ¿A modo de protesta?

CHARLOTTE

Todo se derrite. Todo se derrite y yo me cago en todo, joder.

Pero no pasa nada. Todo va bien. Yo me encargo. ¡A divertirnos todos! Qué alegría y qué alboroto en este *baby shower* derretido. A ver, ¿quién va a querer un *cupcake* con el glaseado en la parte de arriba? Si es muchísimo mejor cuando te chorrea por las manos y estropea un sofá ajeno. He cometido el error de dejar la bolsa de hielo sobre la encimera para intentar hacer más fotos y ahora tengo una bolsa de agua. Pero ¿quién va a querer hielo? ¡Si el hielo no importa! A nadie le interesa el hielo. O sea, sí, muchas de las invitadas me han preguntado si hay hielo, pero no es como si lo quisieran de verdad. ¡Lo que quieren es sandía! Y sandía sí que tengo. Eso te refresca de forma natural. Voy a cortar más, repartirla por todos lados y así las distraeré del hecho de que no hay hielo. Porque la sandía no se derrite. ¡Que viva la sandía!

Ay, Dios. Cómo me gustaría que todas se dieran prisa y comieran antes de que se derritiera todo. ¡Comed! ¡Comed ya! Venga, a comer todo el mundo antes de que todo se haga sopa. Le echo un vistazo al móvil. Vamos con diecisiete minutos de retraso, pero no debería pasar nada. Ya hemos descartado el juego del huevo y la cuchara y, si hace falta, podemos eliminar otro. Aunque sería una pena desperdiciar la pancarta con fotos de famosos cuando eran bebés que he montado. Voy paseándome por la casa, pidiéndole a la gente que diga «patata» mientras hago todas las fotos posibles, por mucho que a la mayoría no le guste posar comiendo. Lo que sí, a

todo el mundo le chifla el mural de peonías. Es que lo sabía. Cuando el demonio intentó tentar a Jesús en el desierto, tendría que haber usado un mural de peonías. Las invitadas parecen ir charlando entre todas. ¡Menos mal! Las actividades para romper el hielo deben de haber funcionado… tanto que en vez de romperlo lo han derretido. ¡Ja! Cara de llorar de risa. Ups. Ya he vuelto a ponerme a pensar usando emojis. Tengo que calmarme un poco. He visto a Lauren hablar con esa chica guay con la que trabaja Nicki…, Phoebe. No sé nada de ella, pero había mogollón de fotos suyas en la cuenta de Nicki de sus noches de juerga, así que le escribí para invitarla. Aunque Steffi no tiene problemas para conectar con los demás y no necesita la ayuda de ningún juego, ha estado distraída con todo el asunto de su propuesta de negocio. Noto una corriente de aire caliente que me impacta contra las piernas y me vuelvo para verla escabullirse por las puertas correderas, móvil en mano. Tiene la mirada rara, como alejada de la realidad, hasta que nota que la estoy mirando y me dedica una sonrisa arrepentida.

—Perdona, te juro que ya no salgo más —me dice, guardándose el móvil en el bolsillo.

—¿Quieres sandía?

—No, gracias. —Steffi nunca come. Con razón que trabaja en el mundo editorial, donde parece que se vive a base de vino blanco barato y canapés. No duraría ni un día en mi colegio, donde lo único que hay para comer todos los días es alubias con patatas—. Todo está estupendo, Charlotte. ¡Cómo te lo has currado!

—Pero si todo se derrite y vamos diecisiete minutos atrasados.

Me da un apretoncito en los hombros.

—Y, aun así, el día es perfecto.

La abrazo.

—¿Estás bien? —le pregunto, haciendo un ademán hacia su bolsillo con protuberancia—. ¿Va todo bien?

—Sí, de maravilla. No pegaré ojo en toda la noche de tanto que hay que hacer, pero todo por un buen motivo.

La suelto y la estudio con atención de nuevo. No me devuelve la

mirada y parece a punto de echarse a llorar.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara larga? —inquiero.

Se lleva una mano a la garganta.

—No tengo… No…

—¿Qué ha pasado?

—Es que… Eh… Da igual. —Me dedica una sonrisa forzada—. Estoy bien. Solo un poco estresada. Y francamente sorprendida con estas aptitudes tuyas para montar fiestas. Eres un encanto, Charlotte. Lo sabes, ¿no?

Es un cumplido inesperado que no me veía venir y que hace que se me olvide que todo se está derritiendo al menos durante cinco segundos.

—Gracias.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—Haz fotos —le pido—. Haz montones y montones de fotos mientras yo veo qué hacer con todo lo que se derrite… ¿Te sabes el *hashtag*? ¿Podrías hacer una con Nicki y las invitadas? Como mínimo una con cada invitado. Creo que la he visto irse a la cocina…

Steffi se aparta el cabello del cuello, donde se le ha empezado a ensortijar por el calor.

—¿Y si cambiamos? Tú te sabes los ángulos de la gente mejor que yo. Ve tú a por Nicki y yo veré qué comida hay que rescatar y devolver a la nevera.

Me cuesta decidirme, pero tiene razón. Sí que se me da bien enmarcar una foto. Y me saca muchísimo de quicio ver lo mal que se les da a los demás. ¡Nadie sabe lo que es la regla de los tercios! Salen con las piernas cortadas o con montones de espacio por encima de la cabeza. Ni que fuese tan difícil centrar una foto, por favor. Solo hace falta ver un par de vídeos en YouTube sobre «Cómo hacer la foto perfecta». Hasta hice que Seth viera algunos porque estaba harta de que me hiciera fotos horribles cada vez que nos íbamos de vacaciones. Sin embargo, no sé yo si Steffi comprende la urgencia detrás de la situación del glaseado de los *cupcakes*.

—Te juro que no se va a derretir nada mientras yo esté a cargo

—dice, como si me leyera la mente—. Además, me da una excusa para revisar el móvil sin que la gente me vea.

—Solo si estás segura.

—Segurísima.



Saco a Nicki de la cocina, donde ha estado conversando con Lauren.

—Venga, es hora de las fotos —le digo.

Nicki se queja en voz alta y sufre para ponerse de pie, mientras que Lauren se pelea con Woody, que se retuerce en sus brazos como un pescado mojado.

—¿Me has dicho que la habitación de las siestas es la segunda a la derecha subiendo las escaleras? —pregunta y ambas asentimos—. Intentaré acostarlo aunque no haya comido nada sólido, lo veo demasiado cansado.

Veo cómo se lo lleva apoyándoselo en la cadera, mientras que la barriga de Nicki por fin parece apartarse de la silla. Entonces caigo en que nuestros hijos van a ser prácticamente todos de la misma edad. ¿A que es una maravilla? A pesar de nuestras distintas circunstancias, todas hemos terminado concibiendo más o menos a la vez. Tal vez sea porque todas tenemos treinta y dos, pero aun así me lo tomaré como una buena señal.

—Ya tenemos bastantes fotos, ¿no? —dice Nicki en lo que la arrastro de vuelta a la sala principal, donde la reciben como si fuese una celebridad.

—Solo un par de fotos con cada invitada. Venga. Nunca te arrepientes de hacerte fotos. Sobre todo cuando estás embarazada.

Eso es lo que he visto en internet, al menos. *Haz mogollón de fotos*, decía el artículo. *Documenta este cambio tan radical que está sufriendo tu cuerpo. Porque te arrepentirás si no lo haces. Marca tu momento en la historia. Es una declaración feminista*, incluso. Porque, según parece, a lo largo de la historia, las madres siempre son quienes hacen las fotos familiares, al ser una labor emocional.

Así que una tiene que asegurarse de también salir en ellas, para no borrarse a sí misma. Se lo explico a Nicki en lo que voy organizando varios grupitos y, en cuanto le digo lo del lado feminista, la veo más dispuesta a posar. Le hago una foto grupal con las amigas del pueblo y luego una familiar con su madre y su tía. Saco otra con sus compañeras de trabajo, aunque esta me cuesta lo mío porque hay dos bebés en ese grupo y ninguno de los dos quiere mirar a la cámara.

La chica guay, Phoebe, sale del lavabo justo cuando he acabado.

—¡Phoebe! —La llamo—. Casi te nos escapas. Ven a hacerte una foto con Nicki.

Alza ambas cejas en lo que se acerca. Y vaya si sus pecas son llamativas.

—Venga, ponte aquí junto a los globos. Será un fondo muy chulo.

Les hago un ademán para que se acerquen, aunque ninguna de las dos parece querer que haya menos de un metro de distancia entre ellas.

—No, más cerca. Más. —Se están cargando la regla de los tercios, caray—. ¿Phoebe? ¿Y si le apoyas la mano en la barriguita y pones cara como de sorprendida? Así con la boca bien abierta.

—Ni muerta —repone Phoebe—. Perdona, pero es que no me van esas cosas.

Bajo el móvil.

—Ah. Bueno. Solo era una sugerencia.

Espero que Nicki salte a defenderme, pero se muere de risa.

—Charlotte, una foto normal y ya está —dice.

Lo que he sugerido no tiene nada de anormal, digo yo…

—Vale. Una sonrisa, entonces. Uno, dos, tres. —Ni me tomo la molestia de encuadrarla como es debido. Porque la tal Phoebe ni se merece la regla de los tercios, la verdad. Me suena el móvil. Es Seth —. Tengo que contestar —le digo a Nicki, pero ni me oye. Ella y Phoebe han ido a sentarse, sumidas en su propia conversación, como si yo no estuviera. Contesto la llamada—. Espera, deja que salgo un momento, no me cortes —le pido en voz baja.

Dejo atrás a varias invitadas que se están acabando sus pavlovas, y todas van abandonando sus cuencos de material reciclado por donde les apunta la nariz, como si creyeran que una puta sirvienta fuese a recogerlo todo después.

Hala. ¿Y ese taco de dónde ha salido? Me debe de estar afectando todo el estrés del día. ¿O quizá sean las hormonas del embarazo? Me encanta la mala leche que rezuma esa idea. Abro la puerta corredera y me quemo las manos en el proceso, de tan caliente que está el cristal. Bajo hacia la terraza y casi me pego un coscorrón con la piñata.

—Vale, ya estoy fuera. ¿Va todo bien?

—*Lo importante es no entrar en pánico* —empieza Seth.

—Ay, madre. ¿Qué ha pasado? ¿Te ha pasado algo? ¡¿Te has muerto?!

Seth se ríe.

—*Sí, amor. La he palmado y te llamo desde el reino celestial. Mira qué buena cobertura tienen*.

—¿Qué ha pasado? ¿Ya estás de camino? ¿Cómo están los dónuts? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué me llamas?

—*Charlotte, que no pasa nada*. —Seth está usando su voz tranquilizadora, esa que en lugar de calmarme me mosquea, como si dependiera de mí que algo pasara o no—. *El coche se ha quedado atascado, pero todo irá bien*.

—¿Qué dices? ¿Cómo que se ha atascado? ¡¿Dónde?! ¿Matt está contigo? —Ya sabía yo que algo había pasado. Tendremos que volver a tener la conversación sobre cuándo usar su voz tranquilizadora y cuándo no.

—*Está aquí conmigo y tenemos un plan. Ya te he dicho que todo irá bien. No te lo vas a creer, pero el coche se ha atascado en el asfalto. Hace tantísimo calor que una de estas carreteras rurales se ha derretido un poco*.

—¡¿Cómo que se ha derretido la carretera?!

Siempre pasa lo mismo. Una se organiza, hace planes y hojas de cálculo, considera todos los escenarios posibles y todo el mundo te

dice CALMA, HIJA, CALMA, pero una no puede calmarse porque no es posible pensar en todo. Mi cerebro desconocía, hasta este preciso momento de mi vida, que una carretera es capaz de derretirse. En el Reino Unido, para colmo. Y ya vamos con veintidós minutos de retraso. Se me acaba el margen.

—Sí, se ha convertido en una masa pringosa, es una locura. Voy a tener que esperar a que llegue el equipo de rescate para que me saque con la grúa. Matt y yo hemos intentado empujando, pero el coche se ha hundido pero bien.

—Pero se supone que tendríais que estar de camino. ¡Para el *gender reveal*! ¡La sorpresa! ¡Eres tú quien trae el mural de dónuts!

—Lo sé, amor. Y ya tengo un plan. No te habría llamado si no tuviese un plan.

Ay, cómo lo adoro. Amo a este hombre que tiene un plan. Mi marido.

—Ya viene de camino un taxi para llevarse a Matt. Él es el invitado especial, así que es el único que tiene que estar ahí sí o sí. Yo me quedaré aquí y me encargaré del coche. Ya he llamado dos veces a la empresa de taxis y me han prometido que ya casi llegan. Así que ni siquiera llegará tarde. Hemos dejado el motor encendido para que el aire acondicionado haga que no se derrita el glaseado de los dónuts. Seguro que me iré al infierno por hacerle daño al planeta, pero la otra opción era que me mataras tú por dejar que se estropearan.

—Vale. Vale.

Asiento, pero sigo en pánico. Muchas cosas podrían salir mal. No se puede confiar en las empresas de taxis cuando hay que salir de la ciudad, eso lo sabe todo el mundo. Ay, Dios, ¿por qué me haces esto justo a mí? ¿Qué hice en otra vida que me castigas así? Si Matt tarda mucho en llegar, las invitadas empezarán a marcharse antes de que caigan en la cuenta de que el Evento Estelar aún no ha sucedido. Todas creen que abrir los regalos es el Evento Estelar, pero eso es porque mis sublimes maniobras de manipulación las han hecho pasar por alto la sorpresa mayor.

—*¿Tú estás bien?* —pregunta Seth—. *En serio, digo. Sé que no te gustan mucho los cambios de planes*.

—Es que… Necesito que llegue a tiempo.

—Y *así será, te lo juro. Vas a tener tiempo de sobra para sorprender a Nicki y reventar el petardo ese del gender reveal y todo saldrá perfecto. ¿Cómo va todo por allá?*

Intenta distraerme con preguntas porque sabe que se me está yendo la cabeza. Cruzo las piernas y me agacho. El estrés que todo esto me ha generado hace que quiera ir a hacer pis. Siempre tengo que ir a hacer pis cuando me estreso porque bebo ocho vasos de agua al día valiéndome de una botella motivacional de color rosa que me indica lo que tengo que beber cada hora. Y cada vez que voy al baño, compruebo de qué color es la orina según la escala para constatar que no estoy deshidratada. Antes tenía que llevar el móvil para comparar el color, pero ya me he aprendido al dedillo la escala de la OMS, por lo que sé decir si mi orina es de color dos o siete solo con verla.

—Bien, bien. Todo se está derritiendo, cómo no, pero Steffi me está ayudando a meter en la nevera las cosas importantes. Los juegos han salido bien y nos faltan los regalos. Y la sorpresa si conseguís llegar a tiempo.

Le echo un vistazo a la bomba de humo, que sigue metida donde la he dejado. Tengo el súbito impulso de activarla. Lo único que faltaría es un tironcito de nada y… Noto un hormigueo en los dedos ante la urgencia tan rara de sabotearlo todo.

—*Llegará a tiempo, está muy emocionado. Se muere de ganas de sorprender a Nicki. ¿Y tú cómo vas? Espero que estés descansando un poco, tienes que cuidarte. ¿Cómo van esas náuseas?*

Niego con la cabeza.

—Nada de náuseas, solo unos pocos retortijones, pero según internet no es nada de lo que preocuparse.

—*¿Y tú estás bien? Con lo de estar en un baby shower, quiero decir*.

Le sonrío al móvil al apreciar la inteligencia emocional de Seth. Muchas mujeres se quejan de que los hombres son un asco (en especial Steffi), pero es que escogen a los peores y priorizan cosas muy raras. Yo me he entrenado para que solo me atrajeran los hombres buenos y con un mínimo de inteligencia emocional. Leí un artículo de The School of Life que decía que el escoger a tu pareja romántica probablemente sea la decisión más importante que una tome en cuanto a ser feliz a largo plazo. Por ende, enseñarte a ti misma a mantenerte lejos de cualquier pichabrava es algo primordial.

—Está bien venir a uno y no sentir que quiero echarme a llorar cada cinco minutos —le cuento.

—Qué ganas de que llegue ya. Te quiero, amor. Será mejor que llame de nuevo a la empresa de taxis. Te prometo que Matt pronto saldrá para allá. Guárdame un cupcake derretido, porfa. Uno de los fertilizados, a poder ser.

—Vale. Yo también te quiero.

Me abrazo la barriga cuando termina la llamada y me siento llena de amor por él, maravillada por que una combinación de nuestros ADN ahora resida en mi interior. Todos nuestros problemas de fertilidad solo han servido para que estuviésemos más unidos, en lugar de distanciarnos, algo que sé que no suele pasar. Y ahora que no sé cómo nos las hemos arreglado para que me quedase embarazada, me siento tan unida a él que no me cabe en la cabeza.



El aire acondicionado me pega al volver a entrar en la casa, aunque el calor sigue siendo agobiante. Parece que todas han comido y la madre de Nicki se ha puesto a recoger los platos que hay tirados por ahí. Noto el ambiente bastante cargado y que la condensación se concentra en las esquinas de la pared de los ventanales, pero todas parecen estar demasiado entretenidas como para notarlo. Habiendo repuesto fuerzas tras comer, la gente hace cola en el mural de

peonías para hacerse una foto. Y Nicki sigue siendo la reina suprema, como debe ser, sentada en su pelota de yoga y con ese brillo que le otorga el embarazo, mientras va conversando con todas. Se echa a reír con la tal Phoebe de las pecas y me lleno de orgullo al ver lo que he conseguido montar hoy, lo que le he dado a una amiga a través de mi propio esfuerzo.

En lo que me quedo quieta, un bebé que no es Woody se me acerca tambaleante y usa mi pierna como punto de apoyo para intentar ponerse de pie.

—Hola, peque —digo, agachándome para ayudarla. Según veo, debe de ser una niña, pues lleva una diadema con un lacito rodeándole la cabeza.

La madre se me acerca a toda prisa para disculparse.

—Perdona, últimamente le obsesionan las piernas.

Aparta a su hija y me gustaría decirle que no lo haga, porque estaba disfrutando del gesto.

—Es un encanto —le digo, mientras la toma en brazos y la bebé se le refugia en el cuello. Siento un pinchazo de envidia maternal tan intenso que tengo que morderme el labio para reprimirlo.

—Eso lo dices porque no son las dos de la madrugada —repone la madre—. A esa hora parece el demonio en persona.

Le dedico una sonrisa comprensiva, por mucho que me cueste lo mío tolerar a las madres que se quejan por la falta de sueño. A las que se quejan de sus bebés en sí, vaya. Nadie ha dicho nunca que sea sencillo, así que ¿por qué se sorprende todo el mundo? Quiero pegarles una buena sacudida y decirles: «No sabes la suerte que tienes de que una criatura así de preciosa te despierte por las noches, una que yo mataría por tener».

La vuelve a dejar en el suelo y la sujeta de los brazos.

—Perdona, encantada de conocerte… —Y pasa a seguir los pasitos de su hija sin decir más.

Las observo alejarse a paso lento y noto que la envidia maternal me traga entera, como si fuese Pacman. Me permito treinta segundos para regodearme en la sensación antes de recordar que

de verdad necesito ir al baño. Me he pasado con el agua para asegurarme de que mi orina se mantuviese del color correcto bajo semejante calor. Vuelvo a centrarme en el horario en lo que cierro la puerta del baño y dejo atrás la bañera. Vale, nos queda tiempo para un juego más. Veinte minutillos de famosos cuando eran bebés…, luego los regalos… ¿Igual debería servir unas bebidas mientras abrimos los regalos? Porque la gente tendrá sed. Empiezo a hacer pis y repaso la logística del *gender reveal* en lo que me limpio. Llevarlas a todas fuera, hacer como que vamos a darle a la piñata. Y entonces, ¡bum! Explota la bomba de humo y aparece Matt. ¡Sorpresa! Tengo que asegurarme de colocarme en el mejor lugar posible para hacer las fotos.

Me pongo de pie, lista para subirme las bragas de algodón.

Y no sé qué es lo que me lleva a bajar la vista, pues bien podría no haberlo notado. Solo que allí, en medio de mis bragas blancas, hay una manchita de sangre.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES

Nicole: Vale, entonces se supone que… ¿De qué se me acusa exactamente? ¿De quemar la casa de mis padres con un petardo que ni siquiera sabía que estaba allí? Un petardo que estaba bien escondido en la terraza, cuando, dado el estado de mi embarazo, casi que necesito una grúa para levantarme del suelo. ¿Le gustaría que se lo mostrase? Puedo sentarme en el suelo y así comprueba si me es fácil levantarme. ¿Seguro que no?

Simmons: No creemos que haya sido usted quien provocó el incendio.

Nicole: Hala, estupendo. Pues claro que no he sido yo, eso es obvio. ¿Qué hago aquí, entonces?

Simmons: Creemos que podría estar encubriendo a quien lo hizo.

Nicole: ¿Cómo dice?

Simmons: Usted no sabía que la bomba de humo estaba ahí, pero muchas otras personas sí. [Silencio]. ¿A quién está protegiendo, Nicole?

Nicole: A nadie.

Simmons: ¿Quién estaba enterado de lo de la bomba de humo? ¿Y por qué querría proteger a dicha persona?

Nicole: ¿Por qué iba a querer proteger a alguien que ha quemado la casa de mis padres y que casi me mata en el proceso?

Simmons: No lo sé, Nicole. Por eso se lo pregunto. [Silencio]. Ayer recibimos una llamada de un testigo. Un ciclista dice que vio la silueta de una mujer plantada en lo alto del valle, contemplando el fuego. ¿Sabe quién pudo ser?

Nicole: Podría haber sido cualquiera.

Simmons: O podría ser la persona a la que está intentando proteger, contemplando el fruto de su esfuerzo.

NICKI

Phoebe es una corriente y yo me he dejado arrastrar por su fuerza de nuevo. Sin importar la de gente que me distraiga diciendo que el brillo me sienta genial, que aproveche y duerma ahora que puedo y que cuándo era que salía de cuentas, lo único en lo que puedo concentrarme es en ella. Recorro la casa de arriba abajo, buscándola, pues necesito saber cuál es su posición exacta. Me veo a mí misma a través de sus ojos y me imagino lo que ve y cómo lo interpreta. El peto premamá tan mono que me compré en aquella tienda de ropa de maternidad de buen gusto. Mi vientre abultado, lleno de las decisiones heteronormativas que tomé a una edad muy típica. El paripé cutre y sacado de Instagram que es este *baby shower* en el que estamos todas. Es que, joder, Charlotte nos ha vuelto a dividir en «equipos» y aquí estoy yo fingiendo que me interesa saber cómo era Keanu Reeves de bebé cuando lo único que quiero es hacer contacto visual con ella, intercambiar un momento, volver a lo de antes.

Ha pasado más de un año desde la última vez que la vi y ella parece no haber cambiado en absoluto. Sin embargo, en lo que a mí respecta, yo he cambiado radicalmente y estoy a punto de cambiar más aún. Está en el otro equipo, frente a mí y sentada en uno de los sofás, atrapada en una horda de mujeres que se sueltan pullitas sobre quién debería sujetar el boli y señalan la hoja que les ha tocado antes de susurrar casi a gritos que «creen que esa de allí es Taylor Swift». Observo a Phoebe pasear la mirada en derredor,

tamborileando sus dedos delgados sobre la mesita de centro, sin dignarse a mirar la hoja siquiera para dedicarse a contemplar la cornucopia de parafernalia que hay regada por doquier. Los globos, las decoraciones con forma de cigüeña, el puñetero mural de peonías que suelta semejante peste dulzona que casi hace que me atragante con este sentido del olfato superdesarrollado que tengo por culpa del embarazo. Y entonces, lo que deseaba de verdad, que sus ojos se encontrasen con los míos. Aunque cambio de parecer de inmediato, pues su mirada es de lo más penetrante, sin pizca de vergüenza al hacer contacto visual y mantenerlo. La sala se difumina en unos tonos grisáceos y ella alza una de sus cejas perfectas y me pregunta, sin pronunciar palabra:

Pero ¿qué te ha pasado, Nicki?

¿Qué nos ha pasado?

La sala se distorsiona un poco más y vuelvo a ese momento, a cuando esperaba el bus nocturno con ella. Era otro de esos martes que había pasado a ser viernes. Otra noche de chasquear los dedos para que el camarero nos sirviera más chupitos, de quejarnos de nuestras compañeras de trabajo, del nuevo algoritmo de Meta, del estado de mi matrimonio, de cómo el último metro siempre tiene que pasar demasiado temprano y, mierda, ya lo he perdido de nuevo. Nuestro ritual de todas las semanas, vaya. Ya casi podía saborear el kebab de *halloumi* que íbamos a pedir en ese puestecito que quedaba a la vuelta de la esquina de su piso, justo antes de llegar a casa. Como me dolían los pies, me había apoyado en el banco de la parada de bus para sacarme un poco los zapatos y reírme de sus bromas, y fue entonces que Phoebe se inclinó hacia mí para besarme.

—Phoebe, no —le dije, apartándola.

Pero ella se negaba a moverse. De hecho, la tenía tan cerca que me costaba distinguir sus pecas.

—Nicki —había susurrado.

Su aliento caliente me llegó a la cara y me supo dulce de los cócteles que habíamos estado bebiendo en un sitio muy guay cuya

existencia jamás habría conocido de no haber sido por ella. Otra noche más en la que había escuchado con paciencia mientras yo me quejaba y quejaba sobre lo mucho que me preocupaba haber sentado la cabeza demasiado pronto, sobre que era demasiado joven para aburrirme tanto, sobre que quería a Matt, pero a lo mejor ya no estaba enamorada de él. Hasta que me cortó diciendo: «¿Qué haces quejándote cuando podrías estar bailando?». Y me sacó a rastras de nuestro cubículo para hacerme dar vueltas y vueltas en una pista de baile diminuta en la que podía notar cómo los grilletes de mi vida se abrían y caían sobre el suelo pegajoso. El aliento de Phoebe olía de maravilla. Cuando Matt bebía, el aroma dulzón de su aliento me echaba para atrás. Nunca follábamos borrachos, porque yo no soportaba su peste; cómo la cerveza le salía por los poros, los ojos enrojecidos, el hedor del lúpulo en su lengua. No follábamos mucho de todos modos, y, aunque todos recomiendan beber un poco para ayudar a que fluyan las cosas, ¿acaso no se dan cuenta de la peste que emanan los hombres borrachos? O lo egoístas y brutos que se ponen en la cama cuando han bebido demasiado. Si bien Matt podía hacer que me corriera con cierta frecuencia, solo lo conseguía si seguía los preliminares apropiados y la guía metódica que necesitaba para tener un orgasmo, como la de los cuadernos esos para colorear con números. Solo que, tras beberse tres cervezas, pasaba de todo lo que ya sabía e intentaba follarme como en una peli porno. Me ponía a cuatro patas, arremetía con fuerza y me susurraba guarradas como «Ya sé que te pone hacerlo así», cuando bien sabía que no era el caso. Cuando los hombres se emborrachan, folian como les place. Y es a eso a lo que huele Matt después de beberse tres cervezas: a un mal polvo. Phoebe olía a peonías, mientras me acunaba el rostro y se arrodillaba sobre la acera asquerosa del este de Londres para quedar frente a mí, con una mirada llena de incertidumbre y lujuria. Aún tenía su regusto en los labios, como a caramelos violetas. Tendría que haberme sentido asqueada y sorprendida. Mosqueada por que se lanzara a por todas cuando es obvio que no me interesa. Tendría que haberme sentido

traicionada, incluso, porque a lo mejor estaba usando nuestra amistad para intentar «volverme» como ella o algo así, pero, en los segundos en los que pasó la sorpresa, no sentí nada de eso.

Lo único que sentí fue: *Madre mía, tengo que devolverte el beso*.

Tres buses nocturnos pararon y se marcharon de nuevo hasta que volvimos a separarnos, agitadas y entre esas risas delirantes que se comparten con alguien tras el primer beso. Había pasado más de una década desde que había besado a alguien por primera vez. Había olvidado lo intenso y efervescente que es traspasar esa barrera con alguien, a sabiendas de que no hay vuelta atrás. Por un segundo o dos, me quedé suspendida en la euforia de la sensación y en la sorpresa por el giro que había dado la noche. Pero luego, en lo que Phoebe alzaba una ceja y se volvía a inclinar en mi dirección, la realidad se cernió cual mazo de juez y me hizo apartarla.

—Espera, ¿qué ha sido eso?

Phoebe se echó a reír.

—Que nos hemos besado, Nicki. Al fin.

Se volvió a acercar y sus labios dulces rozaron los míos y tuve que corresponderle. Tiré de ella y le rocé la espalda con una mano. Vaya por Dios. Qué alucinante. Y natural. Y sí que habíamos tardado, sí. Phoebe gimió y yo hice lo propio antes de intentar acariciarle el pecho, como hacía al besar a Matt, solo que, claro, los de ella eran dos y, según los acariciaba (y notaba su suavidad, el que no fuesen unos pectorales masculinos), algo se me agrió en la garganta. Me aparté de ella, negando con la cabeza.

—No, no, no.

Phoebe, sin enterarse de nada, se echó a reír contra mis labios antes de volver a ir por ellos.

—Sí, sí, sí —dijo.

—¿Qué carajos? Para ya. ¿Cómo te atreves? —Arrastrando las palabras, mi cerebro intentaba ponerse al corriente con lo sucedido.

Phoebe era mi amiga. A-mi-ga. Una amiga lesbiana, sí, pero yo no era homosexual. Yo era hetero. Jamás había visto a las mujeres de ese modo. Ni siquiera había besado a una chica a modo de juego

o para provocar a los tipos cuando era más joven, tentándolos al mirar. La furia me inundó y se sumó al caos. Y, eh… ¡que estaba casada, joder! Acababa de ponerle los cuernos a mi marido. Era más sencillo cabrearme con Phoebe que sentir repulsión por lo que había hecho.

—¿A ti qué coño te pasa? —chillé, apartándola de nuevo solo que con tanta fuerza que terminé haciendo que se cayera sobre la acera.

Un grupo de borrachos que había fuera del restaurante de pollo frito se puso a vitorear al verla caer. Phoebe alzó la vista para mirarme, extrañada y humillada, y no pude soportarlo. Me puse de pie y empecé a caminar en una dirección cualquiera, para dejar que las calles desconocidas de la ciudad me tragaran a mí y a lo que había hecho, mientras que Phoebe se las arregló para ponerse de pie y seguirme corriendo.

—¿Nicki? ¡Nicki! Venga ya. ¿A dónde vas?

—Lejos de ti —exclamé de brazos cruzados y caminando tan rápido como me permitían los absurdos tacones que usaba en el trabajo, con lo que dejé atrás muchas puertas de color neón que encerraban música a todo volumen—. ¿Cómo se te ocurre besarme?

—Tú también me has besado. Venga, tenemos que hablarlo.

Esquivé a un grupo de jovencitas que había salido de un bar para fumar por mucho que estuviesen tiritando y cantaban una canción de Adele para distraerse del frío. Phoebe me siguió persiguiendo por Shoreditch.

—Mujer. Para ya, porfa. No me seas niñata.

Me detuve en seco y dejé que me diera alcance. Más que nada porque estaba borracha y perdida; solo me aventuraba en el este de Londres con Phoebe, pues ella hacía de guía entre las calles grafiteadas, los lugares nuevos y los grupitos de chicos que se metían gas de la risa. Me volví despacio hacia ella y vi su silueta de color neón en contraposición con el brillo del cartel de una discoteca.

—Me has mentido —le dije—. Estabas fingiendo ser mi amiga.

—Sabes que eso no es cierto, no te pases.

—Has hecho que me volviera vulnerable, que me abriera contigo

y te hablara de mi vida y mi matrimonio para poder… seducirme.

Phoebe, muy para mi sorpresa, soltó una risotada.

—¿Para seducirte? No me hagas reír. —Dio un pasito diminuto para acercarse—. Sabes que no es así. Sabes que nos hemos ido enamorando la una de la otra.

—¿Qué dices?

—Ha sido toda una sorpresa para mí también. Pero, venga, piénsalo un poco. Hace muchísimo que dejamos de ser amigas. Hace mucho que somos algo más.

—Calla.

—Llevamos compartiendo cama como mínimo una vez por semana. Nos pasamos el día hablando. Salimos solo las dos. Nos contamos nuestros secretos. Nicki, no hay momento del día en que no piense en ti. Y a ti te pasa lo mismo, no lo niegues.

—No.

—Te quiero, Nicki. —Estaba guapísima, así delineada por las luces de la ciudad.

—Para, estoy casada.

—Infelizmente casada.

—No. Y no soy… No soy…

—¿Lesbiana? ¿Por eso has entrado en pánico? —Ladeó la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas y de comprensión.

¿Era eso? Me sujeté la cabeza para que dejara de darme vueltas. El golpeteo de la música de la discoteca que teníamos cerca iba al mismo ritmo que mi corazón acelerado. Todo lo que creía saber sobre mí misma se estaba desparramando sobre aquella acera. Acababa de besar a una mujer y lo había disfrutado. Una mujer acababa de decirme que me quería y yo quería decirle lo propio. ¡Una mujer! ¡Con vagina! ¿Qué se supone que hacen dos mujeres cuando se juntan? Ni pajolera idea. ¿Quería hacerle cosas al cuerpo de Phoebe? Noté que el vómito se me alzaba por la garganta en lo que procesaba la realidad y, en cuestión de segundos, comprendí que no podía lidiar con lo sucedido aquella noche. Alcé una mano para parar un taxi que pasaba por la calle y avancé hacia él.

—¿En serio te vas a ir? —exclamó a mis espaldas.

—Que me dejes en paz, coño —grité de vuelta. El taxi frenó a trompicones y me subí al vehículo, con Phoebe dándole golpecitos a la ventana—. A Clapham North, por favor —pedí—. Y pasa de ella.

Los únicos que se pueden permitir ir en taxi en Londres son los millonarios. Todo el mundo sabe que te cobran una millonada el kilómetro, y el viaje del norte al sur de la ciudad bien podría tardar tanto como un vuelo transatlántico. Pero, como era mi única ruta de escape, me apoyé en la ventana y procedí a secarme las lágrimas mientras oía cómo el conductor iba silbando, aburrido, en lo que me llevaba por entre las calles llenas de luces difuminadas. Phoebe siguió llamándome, por lo que apagué el móvil y le pedí al conductor mentalmente que fuera más rápido. Terminé llegando a mi piso, tras despedirme de setenta y dos pavos, y corrí a la habitación que compartía con Matt para meterme en la cama con él, abrazándolo desde atrás mientras agonizaba por la culpabilidad.

—¿Nicki? —murmuró al despertar en medio de la oscuridad y con la voz cargada de sueño—. ¿Qué haces aquí? ¿No te ibas a quedar con Phoebe?

—Es que te echaba de menos —le dije, rodeándolo con los brazos para acariciar su cuerpo.

Como estaba tan oscuro, no podía verlo, por lo que solo me quedaba reseguir su silueta con mis manos temblorosas. El grosor de sus músculos, sus muslos anchos. Me puse cachonda enseguida y empecé a acariciarle el muslo más y más arriba, hasta rozar el inicio de su entrepierna por encima de los pantalones de pijama.

—Estás borracha —anunció, sujetándome la mano para detenerme. Me incliné para besarlo—. Sí, no hay duda —declaró ante el sabor de mi boca, pero lo noté sonreír en medio de la negrura de todos modos.

—No estoy tan borracha —le aseguré, dándole permiso.

Creí que me iba a apartar de un empujón. Eran las dos y media de la madrugada y había que ir a trabajar al día siguiente. Hacía años que no follábamos bajo estas circunstancias, porque la

responsabilidad pesaba más. Postergábamos el polvo para un momento más apropiado al día siguiente, con menos consecuencias, y luego, cómo no, nunca lo hacíamos. Quizá fue que Matt notó que me estaba distanciando de él. Que nuestro final se cernía sobre nosotros en una especie de neblina sobre la cama. Porque, cuando volví a intentar tocarlo, estaba durísimo. Y eso era algo con lo que sí que sabía qué hacer. Cuando acabamos, se quedó dormido al instante, como si todo hubiese sido una especie de sueño que no iba a recordar a la mañana siguiente. Ya acostumbrada a la oscuridad, lo observé, con su expresión inocente y despreocupada en medio de la inconsciencia.

Siendo mujer, no tenía el lujo de irme a dormir así sin más como había hecho él. Me puse de pie, medio agazapada para que su semen no se me derramara por las piernas, y corrí hacia el baño para limpiarme sobre el retrete y orinar, de modo que no me diera una infección. Pasé varios segundos con la cabeza entre las piernas, intentando que se me pasara la borrachera y reviviendo la noche, el beso, la discusión, el polvo… casi sin poder creer cómo todo este drama tan caótico había podido ocurrirme a mí, con la vida tan típica y aburrida que tenía. Unas preguntas imposibles de contestar me daban vueltas en la cabeza en lo que miraba la alfombrilla del baño colgada a un lado de la ducha.

¿Era lesbiana?

¿O bisexual?

Menudas palabras. Menudas etiquetas. Tan definitivas y cargadas de historia.

«Siempre lo he sabido, desde que era niña…».

No era mi caso.

No quería follar con mujeres.

No me gustaba ninguna.

Porque no me gustaba Phoebe, ¿verdad?

Gustar.

Qué palabra más rara.

Infantil. Sencilla.

Las paredes del baño se cerraban sobre mí. El sueño hacía que me pesaran los párpados y que notara una vocecita que decía: *Si te desmayas, todo esto desaparecerá*. Me limpié una última vez, me puse de pie y me cepillé los dientes para deshacerme del sabor de Phoebe y de Matt que me había quedado en la lengua. Me quedé mirándome al espejo un rato porque es lo que había visto que hacía la gente en las pelis cuando hacían algo dramático. Yo nunca había hecho algo así, por lo que solo contaba con unos clichés ensayados para replicar.

Como necesitaba volver a encender el móvil para poner la alarma, vi que tenía un porrón de mensajes. Me negué a leer ninguno de ellos mientras configuraba la alarma a toda prisa, y el móvil me avisó de que sonaría en solo tres horas y siete minutos.

Tenía que dormir.

Escapar de aquello.

Me metí en la cama, acompañada de la reconfortante calidez de mi marido, y me quedé mirando el techo durante tres horas y siete minutos hasta que me sonó la alarma…



Alguien suelta una carcajada estruendosa a mi lado y me hace volver al presente. Todas soltamos un gritito de asco al ver la foto ampliada de Voldemort de bebé. Y aquí estoy otra vez. En mi *baby shower*. Sentada en el sofá, rodeada por todas estas personas que celebran que lleve al bebé de Matt en mi interior. Por fuera, todo es como tendría que ser. La Nicki de siempre, convencional, haciendo lo que hacen los demás, en el momento adecuado y con el tipo adecuado. El retrato de la perfección.

Salvo que los ojos de Phoebe me encuentran de nuevo, con esa curva que tira de una de sus cejas y me interroga en silencio. Y yo intento descifrar cómo comunicarle mi respuesta, también en silencio.

Sí, yo también te quiero.

Las mismas palabras que le escribí y envié a la mañana siguiente. Las palabras que hicieron que mi vida implosionara.

TRANSCRIPCION DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y LAUREN POWELL

Simmons: Según varios testigos, todos están de acuerdo en que es una persona amable y considerada. La frase «no mataría ni a una mosca» ha sido repetida varias veces.

Lauren: Qué amable de su parte al contármelo.

Simmons: ¿Cree usted que es una valoración acertada?

Lauren: Intento ser amable con los demás. ¿Acaso no es eso lo que hacemos todos?

Simmons: Dígame, Lauren, ¿le parece algo amable mandarle amenazas y mensajes ofensivos a alguien por Instagram? [Silencio]. Según los registros telefónicos, el día en cuestión la bloquearon tras enviar varios mensajes desagradables a una cuenta de Instagram especializada en

hipnoparto. [Silencio]. De hecho, no es la primera vez. Nuestra investigación demuestra que ha creado múltiples cuentas falsas con el único propósito de ensañarse y atacar a esta persona. ¿Qué cree que dirían sus amigas sobre esto? [Silencio]. ¿Está usted enfadada?

Lauren: Lo estoy.

Simmons: ¿Porque hayamos descubierto lo que ha hecho?

Lauren: No. Por decir que he «atacado» a alguien cuando solo le he dicho la verdad.

Simmons: No eran mensajes precisamente agradables, Lauren.

Lauren: Deje que le explique lo que no es agradable: decirles a las mujeres que agarren un puto peine para aliviar el dolor de las contracciones en un parto.

LAUREN

Le doy el pecho a Woody para hacer que se duerma en la habitación de los padres de Nicki, totalmente a oscuras. Como bien nos ha dicho Charlotte, los estores opacos hacen maravillas y Woody se deja llevar por el sueño sin dar tanta guerra, como suele ser su costumbre. Su respiración se ralentiza, lo que me indica que, con algo de suerte, puedo reemplazar mi pezón con el meñique y dar paso a la Fase Dos. Siendo sincera, doy gracias de poder darme un respiro de la fiesta y todo el paripé de cuento de hadas de lo que significa ser madre. Es una absoluta locura ver que todos los productos de bebé son de colores pastel muy claritos, cuando no tardarán en verse cubiertos de manchas de mierda y meados y vómitos y comida masticada una vez que empiecen a pasar a los alimentos sólidos. ¿Por qué las cosas de bebé están hechas de telas suavecitas y animalitos cucos, cuando la maternidad es sangre, destrucción y caos? Contemplo a mi hijo, que duerme en la penumbra, y recuerdo que Charlotte me dio una toalla de color amarillo pastel, con el dibujo de un patito, el día de mi *baby shower* en el *spa*. Recuerdo que me encantó lo mona que era. Me moría de ganas de envolver a Woody en ella después de darle un baño de burbujas, con su pelito mojado y su cuerpecito regordete todo resbaloso. Quería apoyármelo en el hombro y decir ¡*cuac, cuac*! y reírnos juntos al ver nuestro reflejo en el espejo del baño. En lugar de eso, yo seguía manchando las bragas con unos coágulos de sangre del tamaño de limones cuando le dimos su primer baño.

Woody se cagó, se meó y lloró cada segundo que estuvo en la bañera, pringándose más y más con la caca verdosa y pestilente cada vez que se retorcía. No había tenido oportunidad de cambiarme la enorme compresa posparto durante las últimas dos horas porque él no había querido soltar la teta, de modo que, cuando intenté envolverlo en la toalla, mis propios fluidos se mezclaron con los de él y el pobre patito tenía toda la pinta de haber sido arrollado por un coche y posteriormente habérselo hecho encima de puro miedo. Era posible que las manchas se hubieran ido de haber tenido las fuerzas y el tiempo para intentar aplicarle un quitamanchas, pero no fue el caso. Nos limitamos a tirar la toalla del patito al cubo de la basura, junto a nuestras esperanzas y expectativas de lo que habíamos creído que iba a ser nuestra vida como familia.

Espero otros dos minutos con el meñique metido en la boca de Woody antes de bajarlo a la cuna plegable con la misma habilidad que una especialista en bombas. Por algún milagro del destino, no se despierta y puedo encender el vigilabebés y prepararme para salir de puntillas de la habitación. La cama de matrimonio enorme me hace ojitos y sueño despierta con la idea de dejarme caer sobre ella y dormir al mismo tiempo que Woody. Permanecer inconsciente y en paz mientras me pierdo todos los juegos y los regalos, para celebrar los horrores que esperan a Nicki a la vuelta de la esquina.

Aunque es posible que a ella la maternidad le parezca poca cosa. Algo sencillo y gratificante que hace que su vida sea mejor.

Igual es que soy la única a la que le parece un rollazo. Algo estresante y solitario que es prácticamente imposible de sobrevivir.

Mami Guay no puede creer todo el amor que siente desde que nació su bebé. Dice que es como haber recibido una actualización. Sí, a veces es duro, pero con unos pocos mimitos se le pasa. Y entonces todo vale la pena, ¿verdad?

Aprende a tolerar mejor. Aprende a tolerar mejor, me recuerdo a mí misma en lo que abandono el santuario de la habitación de las siestas.

El jaleo me da la bienvenida al cruzar la puerta. Compruebo el

vigilabebés cuatro veces, pero Woody sigue dormido. ¿Será que puedo relajarme un poco? ¿Será que esta siesta dura más de veintisiete minutos exactos? ¿Me atrevo a albergar esperanzas? ¿Podré pasármelo bien en la reunión en lugar de soportarla y ya?

Una Charlotte enloquecida me saluda sin parpadear al volver.

—Ah, hola, Lauren. ¿Ya está durmiendo Woody? ¿Te ha ido bien la cuna plegable? ¿Sí? Estupendo. Todo va muy bien, ¿no te parece? ¿Quién ha ganado el juego de los famosos cuando eran bebés? Es que he tenido que ir al lavabo. Pero todo va bien, ¿verdad? Creo que deberíamos abrir los regalos ya, ¿tú qué opinas?

No me da oportunidad de contestar antes de enfilar hacia las invitadas, como si fuese un robot estropeado. Han retirado los platos de comida y la madre de Nicki está cargando con las montañas de regalos para dejarlos alrededor de su hija, como si fuesen parte de un ritual de sacrificio. Nicki hace todo lo posible por no reconocer que tiene una pila enorme de regalos a sus espaldas mientras conversa con las otras dos madres que hay por ahí. Una de ellas es la asquerosa de Cara, que me hace un ademán para que las acompañe. Me acerco con los músculos todos tensos.

—¡Hola, Lauren! ¿Has podido acostar a Woody sin problemas? Ven, siéntate con nosotras. —Le da unas palmaditas al sofá a su lado antes de pedirles a las otras madres que se aparten para dejarme sitio—. Estábamos hablando de partos —añade al verme dudar.

Quiero darme la vuelta y salir corriendo, pero veo que Nicki me hace un ademán frenético con las cejas y comprendo que quiere que la rescate de esa conversación, cuando la que está para que la rescaten soy yo. El bebé de Cara duerme contra su pecho, sin afectarse por el escándalo que hay a su alrededor. La otra madre, Jeannie, que ha traído a su pequeña que ya va aprendiendo a caminar, está sumida en lo que bien podría ser un monólogo y ni me presta atención cuando me siento.

—Setenta y dos horas —dice, inclinándose hacia adelante para asegurarse de que Nicki la oiga bien. La bebé está sacudiendo todos

los regalos a sus espaldas, encantada de la vida de que no la estén vigilando—. Vas a querer que te pongan la epidural, hazme caso. Solo para poder dormir luego. Yo estaba convencida de que no la quería, pero vaya si cambié de opinión.

Nicki baja la vista a su barriga, horrorizada. Recuerdo el miedo que me entró cuando estaba a punto de salir de cuentas, cuando no eres capaz de concebir lo muchísimo que ha crecido tu bebé y cómo se supone que tu cuerpo va a expulsarlo.

—Si soy sincera —empieza Nicki—, no me gusta nada la idea de ponerme la epidural. Que te claven una aguja en la columna que, como se tuerzan un milímetro, te puede dejar paralítica de por vida. —Hace como que le da un escalofrío.

Cara se asoma desde mi lado, acariciándole la cabecita a su bebé.

—¿Vas a dar a luz con hipnoparto? —le pregunta.

Y se me congela la sangre en las venas. Es como si alguien corriera el telón y la fiesta a mi alrededor pasara a ser de tonos grises. Cuando Nicki contesta, la oigo como si hablara bajo el agua.

—Acabo de empezar con ello esta semana y me encanta. ¿Tú lo hiciste?

—Sí. Es una maravilla, ¿a que sí? A mí también me encantó. —El bebé de Cara sonríe en sueños—. A la gente le encanta contarte las historias de terror que fueron sus partos —le dedica una mirada significativa a Jeanie—, pero creo que es muy importante contar las historias positivas también. Como la mía. La verdad es que el mío duró tres horas de nada y pude respirar durante todo el proceso. No me hicieron falta puntos. Fue una experiencia maravillosa. Me sentí la mujer más fuerte del mundo. Empoderada. Me dije que tenía que confiar en las técnicas del hipnoparto y en mi propio cuerpo y ¡hala! ¡Así nació esta chiquitina!

Nicki parece menos tensa.

—Tuviste un parto en el agua, ¿verdad? Recuerdo haber visto las fotos que subiste.

—Sí. Encendimos velas y me puse a chapotear en la bañera.

Hasta me compré un bikini nuevo para darme el gusto. Cualquier cosa con tal de aumentar los niveles de oxitocina. Fue una experiencia muy espiritual, como ir a un *spa*.

Giro el cuello para mirar en derredor, en busca de alguna aliada que me ayude a superar esta conversación. Pero Charlotte está cargando con los regalos para aumentar el tamaño de las pilas y Steffi está sentada en un rincón, con las piernas recogidas y sin aparentar siquiera que le interesa lo que está sucediendo.

—… es importantísimo no dejar que gane el miedo. Hacer que esas hormonas de la felicidad sigan fluyendo. ¿Ya has hecho una lista de música para tu parto? —pregunta Cara—. Tengo un difusor de aromas que puedo prestarte. Así preparas una mezcla especial y te la pones para que te ayude a concentrarte en el momento, con tu canción favorita de fondo.

A Mami Guay le va todo eso del hipnoparto. Porque no podría ser de otro modo, no, señor. Para la Mami Guay, el parto es como coser y cantar. Ella simplemente practica sus técnicas de respiración y se mete en la piscina. Quizá se ponga un poquitín de gas de la risa, pero no mucho porque hace que se maree. Sin ánimo de presumir, su parto es tan breve que no hay necesidad de ningún analgésico. Un estornudo diminuto y ahí estaba el bebé. Sin prolapso, sin puntos. Tan llena de oxitocina estaba la puñetera que donó por accidente cien pavos a una ONG, mientras el bebé aún seguía en el canal vaginal. Cara ha pasado a regañar a Nicki sacudiéndole un dedo en las narices.

—Y, hagas lo que hagas, no dejes que te induzcan el parto —le advierte—. Porque te va a fastidiar las hormonas. Confía en tu cuerpo. Confía en que el bebé llegará en el momento adecuado.

Por fin, Jeanie se muestra de acuerdo.

—Ah, sí, inducir el parto es lo peor. Últimamente se ve mucho en los hospitales; obligan a las mujeres a hacerlo por los recortes de personal de maternidad. Con eso pueden ir más rápido y meter a más mujeres en las salas de maternidad.

—Vale, nada de inducir el parto —dice Nicki, asintiendo sin dejar

de acariciarse la barriga—. Creo que prefiero ir directo a que me hagan una cesárea. ¿Verdad, Lauren?

Su voz se cuela entre la niebla. La furia se me ha extendido por los brazos y hace que quiera darle un par de tortazos a estas idiotas que no saben cerrar el pico y guardarse sus putas opiniones.

—Dime —me oigo decir, con la vista clavada en la pila de regalos que hay junto a Nicki.

Yo tuve un *baby shower* en un *spa*. Me regalaron cosas. Y me sentí muy ilusionada ese día. Muy feliz.

Y también opté por el hipnoparto…

—… a ti te lo indujeron, ¿verdad? —pregunta Nicki—. Recuerdo que me escribiste justo antes de que lo hicieran.

Tengo los ojos de todas puestos sobre mí y no cuento con el escudo que supone Woody para usarlo de excusa y salir pitando. Soy el monstruo al que le indujeron el parto. Sin duda me merezco todo lo que sufrí después. Tendría que haber hecho lo que la cuenta de Instagram TuPartoTranquilo me dijo que hiciera y dejar que mi bebé muriera dentro de mí, para luego desangrarme en la camilla del hospital y negarme a aceptar cualquier tipo de atención médica.

«He decidido confiar en mi cuerpo moribundo», tendría que haberle dicho al personal médico. «No me induzcáis. Mi bebé muerto saldrá a su debido momento».

—Sí, me indujeron el parto.

—Anda… —Cara intenta disimular un poco el pánico al oírme admitirlo—. Bueno, cada parto es tan único como una huella dactilar.

—Woody había dejado de crecer y me dijeron que corría el riesgo de morir si no me inducían. Pero bueno, que tendría que haberme negado, ¿no?

Cara abre muchísimo los ojos.

—Ay, Dios, eso es totalmente distinto, ¿no? Pobrecita mía.

Pero Jeanie no me tiene ni pizca de compasión.

—Pero es que se pueden inventar cualquier parida, ¿no? —dice, trazando un caminito con el índice—. Para presionarte e inducir el parto. Porque no hay cómo saber si el bebé se está desarrollando

bien en el vientre o no, ¿verdad? Podrías haberlo dejado estar y seguro que Woody habría nacido sin problema, de un tamaño totalmente adecuado.

Asiento despacio, echándole un vistazo al vigilabebés. Intento no relacionarlo con el procedimiento que hizo falta para sacarlo de mi cuerpo, porque me temo que podría terminar odiándolo si lo hiciera.

—O podría haber nacido muerto —repongo.

Yo tampoco quería que me indujeran el parto. Por supuesto que no. Iba a tener un parto en el agua. Iba a usar mis técnicas de respiración. Había ido a clases y me había informado y me había empoderado en todo lo relativo a los partos. Iba a mostrarme tranquila y llena de confianza al hablar con los médicos. Seguía la cuenta de hipnoparto TuPartoTranquilo y leía todas sus publicaciones religiosamente. Conocía mis derechos como madre en el parto. Pensaba usar el acrónimo BRAIN antes de tomar cualquier decisión importante y no dejarme presionar hasta desconfiar de mi propio cuerpo.

Solo que, al tener que lidiar con un bebé que lleva dos semanas sin crecer, el pavor que sientes de que tu hijo nazca muerto hace que lances el acrónimo por la ventana y termines consintiendo que te induzcan el parto.

B: Beneficios. Que no voy a acabar con un puto bebé muerto en los brazos.

R: Riesgos. Que si no me inducen el puto parto, mi bebé puede morir.

A: Alternativas. Que si me niego a aceptar los putos consejos de los médicos, cabe la posibilidad de que mi bebé muera.

I: Intuición. Es muy curioso que, cuando te dicen que tu bebé puede morir, se activa esta intuición que te dice que aceptes de una puta vez cualquier cosa que vaya a ayudar a que tu bebé no muera.

N: Nada. Bien podría quedarme sin mover un puto dedo y tener la esperanza de que mi bebé no muriera.

—Pero Woody nació bien, ¿no? —pregunta Cara—. De peso y demás.

Me resulta muy interesante cómo es capaz de pasar de la inducción al momento en que Woody ya estaba fuera de mi cuerpo en una simple oración. Siendo que la realidad llevó cinco días y me destrozó de todas las formas posibles.

—Sí, nació con buen peso —admito.

—¡Lo ves! —Jeanie me apunta con el dedo directo en las narices y me imagino lo que sería partírselo en dos y oírla gritar—. No necesitabas que te indujeran el parto. Lo que te decía. —Sacude la cabeza—. ¿Y cómo te fue con el parto? No me digas, seguro que fue un asco —añade, casi regodeándose.

—Eso, ¿cómo fue el parto? —inquiere Nicki, suavizando la pregunta y disfrazándola de preocupación—. No te pasó nada, ¿verdad, Lauren?

Hace demasiado calor en este lugar. Nicki tiene la barriga demasiado grande. Ya no hay vuelta atrás. No creo que quiera que le cuente la verdad. No podemos procesar la cruda verdad acerca de cómo la mayoría de nosotros llegamos a este mundo. El trauma inimaginable por el que una mujer tiene que pasar para lograrlo. Nunca más volveré a pensar en la palabra «parto» del mismo modo. De hecho, casi que no puedo pensar en el mío sin ponerme a sudar. Los recuerdos son un caos incoherente de distintas narrativas, salpicados por destellos de momentos traumáticos que mi cerebro reproduce como el tráiler de una película cada vez que me cruzo con una mujer embarazada por la calle.

El trayecto en coche al volver a casa del hospital, después de que me hicieran el triaje cuando ya habían pasado cinco días de mi fecha estimada. Estábamos en el coche nuevo que habíamos comprado porque íbamos a tener un bebé y me abrumaba la peste a pino del cacharro ese que colgaba del retrovisor. Y las palabras del médico me daban vueltas en la cabeza como si de vapores tóxicos se tratase.

«El bebé lleva dos semanas sin crecer… Nuestro consejo es que te induzcamos el parto mañana a primera hora… Ya vas cinco días tarde de todos modos… Y, si no lo hacemos, algo podría salir mal…

placenta… crecimiento estimado… evaluación de riesgos…».

Esa noche, el haber decidido que íbamos a aceptar que me indujeran el parto hizo que Tristan y yo llenáramos las maletas para el hospital con un montón de trastos que nunca en la vida íbamos a necesitar: un ventilador de USB. Una colección de puzles y revistas, como si parir fuese equiparable a un vuelo de larga distancia. Un peine, no te jode, porque la cuenta TuPartoTranquilo me dijo que, si lo aferraba en medio de mis contracciones, me ayudaría a tolerar el dolor. Ay, no; el dolor, no, las oleadas. Porque TuPartoTranquilo dijo que debíamos llamar «oleadas» al dolor de las contracciones, para engañar a nuestro cerebro y hacer que las sintiera menos.

Volví a doblar todos los trajecitos de bebé y los metí al fondo de la maleta.

—Imagina —le dije a Tristan—. Mañana a esta hora podríamos tener a nuestro bebé en brazos.

Que sí, sabíamos que los partos inducidos solían llevar más tiempo. Que sí, sabíamos que traían una mayor probabilidad de intervenciones subsecuentes. Que sí, sabíamos que el primer parto normalmente es el peor. Pero quizá fuéramos unos de esos pocos afortunados de los que no se habla mucho porque hay tantas mujeres que quieren asustarte con sus historias de terror; estas madres fracasadas y egoístas que no pueden evitar querer hundirte con ellas, cuando saben que no es justo compartir esas cosas con las futuras madres y espantarlas de ese modo, hasta que les llega el tumo a ellas y se quejan muy indignadas porque «nadie les dijo nada»…

—Tengo miedo —le dije a Tristan, y él me abrazó todo lo que pudo con mi enorme barriga aún entre los dos. Por aquel entonces, cuando aún éramos los de antes, cuando Tristan aún tenía el tiempo y las ganas de darle un abrazo a su mujer—. ¿Y si me muero?

—Shhh. Shhh —dijo, acariciándome el cabello—. Tú recuerda todo lo que has aprendido en tus clases de hipnoparto.

Las clases de hipnoparto.

No era como llevar una navaja a un tiroteo, no. Era como llevar

un puto puñado de pétalos de rosas. Respirar e imaginar que exhalas un hilo dorado era como usar escoba y recogedor para pretender limpiar las consecuencias de un desastre natural.

El dolor fue inimaginable. Creía que me iba a partir en dos. Los gritos. La agonía. Que alguien tuviera piedad de mí. ¿Cómo era posible semejante tortura? Fijo que me estaba muriendo. Nada que no esté a punto de matarte puede doler tanto.

—Túmbate, por favor —me dijo una comadrona, empujándome de vuelta a la cama—. Estás alterando a las demás. Y solo has dilatado un centímetro, ni siquiera hemos comenzado con el parto en sí.

¿Cómo que ni siquiera habíamos empezado cuando yo ya estaba casi muerta y llevaba dos días gritando de agonía casi sin parar? El dolor ni me dejaba dormir.

Contemplo a Cara acariciándole la cabecita a su bebé dormida. Cara con su parto de tres horas y sus técnicas de respiración. Cara que pudo confiar en su cuerpo y, por tanto, este se lo recompensó. A diferencia de lo que nos pasó a mi cuerpo y a mí…

¿Qué día era? Dios, qué dolor. Tristan estaba muy pálido y con los ojos desorbitados. ¿Qué le pasaba a su mujer?

Había llegado la hora de parir.

Qué equivocada estaba al decir que el primer dolor era demasiado. Que alguien me lo devolviera, por favor. Qué… ya ni me acuerdo. Recuerdo haber pensado: ¿Quién se ha traído una vaca al hospital? Ah, no, que soy yo. Ese sonido lo estoy soltando yo. Hace mucho que partí en dos el peine. No tenían gas de la risa que darme porque se les había acabado. Y tampoco tenían ninguna bañera en la que pudiera parir.

—Perdona, es que en septiembre siempre estamos hasta arriba.

Sabía que me estaba muriendo. Estaba convencida de que me estaba muriendo. Y también sabía que todo ese miedo me estaba complicando el parto. *Es culpa mía que duela tanto porque estoy dejando que el miedo me venza*. La adrenalina que me provoca mi absurdo y patético miedo a que tal vez la palme no tarda en

provocar que la oxitocina brille por su ausencia. Todo era culpa mía. Cuando lo único que tenía que hacer era respirar y que saliera un hilillo dorado.

«Tú pregúntate a ti misma: ¿podrías hacer popó en estas circunstancias?», eso es lo que TuPartoTranquilo me dijo que me preguntara en uno de los pies de fotos de sus publicaciones.

Pero es que cuando hago popó no siento que me vaya a morir.

No suelto los mismos sonidos que un animal de granja cuando hago popó.

La agonía no me dejaba respirar.

Nunca. Había. Vivido. Algo. Así.

Me puse a insultar a Tristan. Lo mandé a la mierda y le dije que lo odiaba. Que se fuera a tomar por culo por haberme dejado embarazada. Que le dieran por no tener que soportar ese dolor. Que le dieran por intentar reconfortarme.

Casi le rompo la mano de tanto apretársela.

—Ni se te ocurra ir al baño, no me dejes —le ordené.

Me desmayé del dolor. No de forma literal, pero tenía lagunas. Solo recordaba el dolor desmedido, tanto que la propia palabra se quedaba corta.

Algo no iba bien.

Médicos preocupados. Más pantallas. Gente que iba y venía.

Woody se había quedado atascado en el canal.

Woody tenía el cordón umbilical en el cuello y lo estaba asfixiando.

Iba a entrar en parada cardiorrespiratoria.

Todos de aquí para allá, me hicieron pasar corriendo por unas puertas dobles, alguien que corría a mi lado y me contaba los riesgos de una cesárea de emergencia a la que tenía que dar mi consentimiento. Solté un gruñido de agonía. Sentía que me partían en dos. Mi bebé iba a morir y yo también. Iba a ser una de esas mujeres que mueren dando a luz o que pierden a su bebé. Iba a ser una más de las estadísticas. Me puse a llorar. Tristan me apretaba la mano y me decía que no pasaba nada, que todo saldría bien, que

Woody iba a estar bien y que todo se iba a solucionar en un ratito de nada.

«La posición en la que el bebé se ha quedado atascado hace que la cesárea se complique. Cuanto más abajo esté, más riesgo hay».

¿Se supone que tenía que usar el acrónimo BRAIN antes de aceptar someterme a una operación de alto riesgo? ¿Qué opina la hija de puta de TuPartoTranquilo? ¿Tenía que cuestionarme cuáles eran los beneficios mientras mi bebé se asfixiaba?

—Tienes que permanecer totalmente quieta mientras insertamos la aguja… muy delicado… riesgo de parálisis… ¿lo entiendes? ¿Lauren? ¿Nos oyes?

Un asentimiento. Creo que asentí.

Justo en lo que me inyectaban, me llegó otra contracción. Una agonía insoportable y desgarradora, pero no pude moverme, de lo contrario no volvería a caminar en la vida.

A Cara no le hicieron cesárea. Cara tuvo un parto en el agua. Cara no sabe lo que es estar plenamente consciente mientras te abren el cuerpo en dos, como si estuvieras en una mesa de carnicería. Menuda suerte tiene Cara. Me quedo mirándola con ojos entornados, con la envidia que me corroe y hace que la sangre me hierva y se me pudra por dentro.

Había muchísima gente en aquella sala de partos. Tristan iba en pijama sanitario. ¿Cuándo se lo habría puesto? Llevaba muchísimo sin dormir. Oía gritos urgentes en lo que se instaban a grabar la operación, pues podían usar la grabación para defenderse en el juzgado si mi bebé o yo moríamos.

Abandoné mi cuerpo. Lo contemplé mientras me rebanaban como si fuese un trozo de cerdo. Usaron mi bata quirúrgica para crear la pantalla divisoria entre mi cabeza y toda la violencia a la que sometían a mi cuerpo. Recuerdo haber pensado: *Mira tú* y *Qué pensamiento más absurdo justo antes de morir*.

—No te duermas, Lauren —dijo una mujer. La anestesióloga—. No te duermas. —Se puso a gritar cosas sobre mi ritmo cardíaco, cada vez más bajo…

Y allí estaba. El fallo. El paro cardíaco. La muerte.

Solo que, en lugar de eso, oí un llanto. Un bebé que lloraba. Mi bebé llorando.

Había vuelto a mi cuerpo y estaban sacando a Woody del mío, con las extremidades todas estiradas como si fuese Jesús en la cruz. Cubierto de sangre y viscosidades y gritando a pleno pulmón.

Quería que me lo dieran. Quería a mi bebé. Pero se lo llevaron. *Está un poco morado*, dijo alguien. *Debemos asegurarnos de que respire bien*.

La cuenta TuPartoTranquilo me dijo lo esencial que era el contacto piel con piel ni bien nacía el bebé. Se llama «hora sagrada» y tiene que llevarse a cabo de forma inmediata, de lo contrario el bebé se podía ver tan afectado que podía terminarse convirtiendo en el próximo Hitler. «Tenéis derecho a tener contacto piel con piel ni bien nace el bebé. No os dejéis presionar para que os convenzan de lo contrario. Recordad el acrónimo BRAIN».

Solo que cuesta exigir que respeten tus derechos cuando el bebé está morado, sigues abierta de par en par en pleno quirófano y oyes al cirujano decir que le preocupa la cantidad de sangre que has perdido.

Tristan estaba a mi lado, hecho un mar de lágrimas. No miraba al bebé y se negó a cortar el cordón umbilical.

Recuerdo eso con claridad. Cómo le temblaba el labio inferior, con los brazos cruzados como un crío, mientras intentaban que se acercara a su hijo con un par de tijeras quirúrgicas.

—No —le dijo a la comadrona—. No quiero, hazlo tú.

Nunca hemos hablado de ese momento. De que no quiso cortar el cordón.

Ni una sola vez.

No recuerdo mucho más. Intento hacerme con un vaso de ponche que hay en una mesita, pero, como me tiemblan demasiado las manos para sujetarlo, termino rindiéndome y me reclino más en el sofá pegajoso, rezando para mis adentros para que los *flashbacks* paren de una vez.

Se llevaron a Tristan a un lado para darle al bebé mientras los médicos se encargaban de mí. Mientras me cosían antes de que me desangrara.

—¿Voy a morir? —le pregunté a la mujer que me sostenía la mano. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? No volveré a verla en la vida y ni siquiera sé qué pintaba allí.

—Estás bien —me aseguró—. Y el bebé también lo está. Enhorabuena, Lauren.

Enhorabuena.

Entonces me dejaron al bebé sobre el pecho, envuelto en una mantita y con un gorrito. Se trataba de un alienígena de lo más feo y viscoso que no hacía más que mirarme con unos ojazos negros, hasta que nos mandaron a todos a sonreír para la foto. La señora sin nombre tenía el móvil de Tristan y ambos forzamos una sonrisa. Durante los días siguientes, esa fue la foto que enviamos a nuestra familia y amigos, y ellos nos devolvían emojis de corazón y felicitaciones como si la foto representase algo bueno, en lugar del peor momento de mi vida. Los primeros segundos de la Nueva Yo que se forjó aquel día: bañada en sangre, sudor, agonía y terror.

Recuerdo que Nicki me contestó con diez líneas de corazones. Recuerdo haberme reído porque era algo muy propio de Charlotte, no de ella. Tras eso, me escribió: «MUERO DE AMOR, qué perfección. Me dan ganas de tener uno igual». Y aquí está, no mucho después, con la barriga a punto de explotarle con el horror que se le viene encima, bien creída de que va a tener un parto en el agua sencillito, y mirándome con la cabeza ladeada, a la espera de que la tranquilice y le diga que todo va a ir bien.

—Mi parto… —Qué palabras debería formular. ¿Cómo puedo transmitir en palabras algo semejante?—. La verdad es que… no fueron los días más agradables de mi vida —consigo decir. Porque no puedo dorarle la píldora mucho más. No puedo mentir.

—No, claro que no —asiente, acariciándose la barriga. Nicki parece bastante aliviada de que no haya dicho algo peor—. Tengo que recordarme que un parto no suele durar más de un día o dos.

Entonces se distrae con la pila de regalos que se cierne a sus espaldas. Alguien se acerca para preguntarle qué quiere beber y, sin las miradas fulminantes de Cara y Jeanie, soy capaz de levantar mi vaso con manos temblorosas sin que se den cuenta. Me lo bebo de un tirón, en un intento por calmar mi respiración acelerada.

Puede que solo sea un día o dos. O cinco, como me tocó a mí. Pero nunca vuelves a ser tú misma, eso sí que no. Nunca más. Tampoco es que me hayan dado la oportunidad de recuperarme de semejante horror, pues pasé directo de la pesadilla que fue el parto a la de tener que cuidar de un recién nacido.

A lo mejor podría haber sido distinto. Es lo que pienso muchas veces a las dos de la madrugada, mientras envío mensajes privados a la cuenta de TuPartoTranquilo desde mis cuentas falsas. Igual si mi parto hubiese sido distinto, mi experiencia con la maternidad sería otra cosa. Si hubiese confiado más en mi cuerpo. Si hubiese respirado con más ganas…

Salvo que todo eso son puras chorradas y mentiras. Nada más que chorradas y mentiras.

Porque, desde entonces, he descubierto que las mujeres podemos tener cuatro tipos de pelvis diferentes y algunas de ellas hacen que sea prácticamente imposible dar a luz por parto normal.

«Eso no lo puedo cambiar solo respirando, ¿a que no?», es lo que escribo, para luego pasarle el enlace de mi investigación antes de que me bloquee de nuevo. «¿Cómo coño quieres que confíe en mi cuerpo si mi pelvis no es capaz de parir a nadie y si estuviésemos en el medievo ya me habría muerto?».

«QUÉ OLEADA NI QUÉ COJONES, LO QUE VIVÍ FUE UNA PUTA AGONÍA, PEDAZO DE ZORRA MENTIROSA», volví a escribirle. «UNA CONTRACCIÓN NO ES UNA OLEADA. ES UNA PUTA CONTRACCIÓN. ¿CÓMO SE TE OCURRE?».

Cuando me bloquea, lo que hago es crearme nuevas cuentas. Comento en sus publicaciones, para intentar advertir a otras mujeres, y les envío mensajes privados también, para asegurarme de que los lean.

¿Y sabes qué? Nunca me había contestado hasta hoy. Lo que

hace es borrar mis comentarios lo más rápido posible para que las demás no puedan leer mis advertencias. Una vez relaté toda la pesadilla que fue mi parto en catorce mensajes. Larguísimos todos. Y lloré mientras iba escribiendo toda esa parrafada sentada en el baño a las tres de la madrugada, durante las dos horas que Woody dormía por noche. El alivio que sentí tras enviarlos fue tremendo. La tipa tenía que responder, ¿no? Al menos pedir perdón por que me hubiera tocado vivir una experiencia tan desafortunada. Pero no. Se limitó a eliminar el comentario y bloquearme.

Mentirosa.

Putas mentirosas es lo que son.



Nicki pide lo que quiere beber y vuelve a buscarme la mirada. Me sonríe y yo intento devolvérsela. Se está acariciando la barriga sin darse cuenta. Era algo que yo también hacía mucho. Por aquel entonces. Como Nicki, cuando no tenía ni la menor idea de todo lo que me iba a tocar vivir, cuando me imaginaba teniendo un parto maravilloso en una piscinita, dejando que mi cuerpo se abriera como los pétalos de una flor bajo el sol.

Ahora tengo a Woody en la mano. Es un conjunto de píxeles que me dan un chute de adrenalina cada vez que la pantalla se queja, suelta un gruñidito o se da la vuelta.

Nicki le echa un vistazo a la pantalla y me hace un ademán.

—¿Me lo dejas un segundo?

Le paso el vigilabebés.

—Ay, míralo cómo duerme. Es perfecto, Lauren. En serio te lo digo.

—Muchas gracias.

Debo dar gracias por lo que tengo. Debo aprender a tolerar mejor y dar gracias por lo que tengo. Soy muy afortunada de haber tenido que someterme a semejante experiencia horrorosa porque mira a esta personita diminuta y adorable que tengo en brazos como

consecuencia de ello.

—Pase lo que pase, vale la pena, ¿no? —nos pregunta.

Y las tres asentimos. Por más que me cueste muchísimo y sea la última en hacerlo.

Mentirosas.

Putas mentirosas es lo que somos.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y STEFFANI FOX

Simmons: Durante todo este interrogatorio ha declarado que usted y las demás sospechosas son amigas del alma, ¿no es así?

Steffani: Sí, correcto.

Simmons: Y dice que no tiene mayor problema con ninguna de las aludidas.

Steffani: No como para prenderle fuego a nada, no.

Simmons: ¿Qué me dice de haberse acostado con el marido de Nicole? ¿Eso tampoco supone ningún problema?

Steffani: Qué… ¿Cómo se ha enterado de eso?

Simmons: Nos ha llegado un chivatazo anónimo, de alguien que nos ha contado la verdad sobre la amistad que mantenéis todas vosotras.

Steffani: ¿Qué dice?

Simmons: Aquí en la policía tenernos otra palabra para eso, Steffani Fox. Lo llamamos «motivo».

Steffani: No es lo que parece…

Simmons: ¿En serio? Porque a mí me parece que tiene una muy buena razón para querer hacerle daño a Nicki.

Steffani: Vale, sí, de vez en cuando me haría ilusión que se rompiera una uña, pero prenderle fuego a su casa es otra cosa.

Simmons: Sí, eso dice. Pero volvamos a hablar sobre lo que hizo el día del incidente, ¿vale? En detalle. ¿Sabía que Matt iba a estar en la fiesta?

STEFFI

Que le den a Nicki.

En serio, que le den.

Ah, cuánto tiempo llevo queriendo pensar eso con libertad.

QUE LE DEN. QUE LE DEN. QUE LE DEN. QUE LE DEN. QUE LE DEN. QUE LE DEN. QUE LE DEN.

Es una maravilla poder pensarlo sin sentirme culpable. Lo único mejor sería poder decirlo en voz alta. A ella y a la cara, más concretamente. Pero tendré que conformarme con abandonar esta fiesta de mierda sin sentirme culpable por ello. Casi que estoy tentada a sacar mis regalos de la pila y embadurnarme de pies a cabeza con el potingue ese para embarazadas, de tanta rabia que tengo.

Por desgracia, el universo no me va a dejar que me largue con la cabeza en alto. Al menos de momento.

Deslizo la puerta corredera y me agacho en la terraza, bajo la piñata, con la vista clavada en la parte de arriba de ese petardo tan raro mientras me peleo con la empresa de taxis de la zona.

—*Lo sentimos mucho. Es que solo tenemos un conductor y en estos momentos está ocupado* —me dice una mujer mayor, hablando muy despacio y apenas la oigo con la mala cobertura que tengo.

—¿Y cuándo estará libre?

—*Tiene una carrera de emergencia y luego tiene que irse directo al hospital como cada semana. Por desgracia no podemos hacerte hueco*.

—¿Tienes el número de alguna otra empresa de taxis?

—*Somos la única que cubre esta zona*.

—¿Y si hubiera una emergencia? ¿Y si tuviera que ir al hospital?

—*Pero ¿no me has dicho que tenías que ir a la estación?* —Esta mujer no lo entiende—. *Querida, si tienes que ir al hospital, lo ideal es que nos llames con una semana de antelación. O que llames a una ambulancia si es una emergencia*.

—Vale, pues gracias por nada —espeto como una cría. Cuelgo y me siento culpable por haber sido tan borde. La pobre mujer esa no es Nicki. Tendría que guardarme mi furia para desatarla contra ella.

Si el exterior no fuese prácticamente una sauna, lo que haría sería ir a dar un largo paseo por estos campos secos hasta que Lauren pudiera llevarme de vuelta a la estación. Y sí, sería incómodo porque tendría que contarle lo que he oído de casualidad y la verdad es que me duele mucho que no me haya defendido. De hecho, casi que se mostró de acuerdo con Nicki. ¿De verdad cree Lauren que eso es lo que pienso de ella desde que tuvo a su bebé? Vaya si me siento tonta por haber compartido el dichoso artículo. Me sentí tan representada por toda la parte del panorama sentimental que ni reparé en cómo se podría ver todo lo demás. Puedo entender que lo haya malinterpretado, pero ¿por qué ha saltado directo a pensar lo peor de mí? Al menos ya hemos confirmado todas lo que ya se sabía: que Nicki me odia y no me quiere en el grupo. Porque es una arpía insegura y rencorosa que no es capaz de superar algo que pasó hace como mil años. Algo en lo que, mirándolo bien, la víctima fui yo, en realidad. Fue a mí a quien hicieron daño. Sacudo la cabeza y noto que unas gotitas de sudor se me deslizan por la frente. Voy a tener que volver dentro y morderme la lengua mientras la tipa abre todos los cacharros de plástico que le ha regalado todo el mundo, los cuales no se van a biodegradar hasta el regreso de los dinosaurios. Lo que sí, me niego a participar en el paripé después de lo que he oído, y no pienso sentirme culpable por mandar correos de trabajo superimportantes. Pienso sentarme en silencio hasta que se me permita regresar a casa y hacerme millonaria, mientras ella se

dedica a tirarse pedos, quejarse de que le duele la espalda y fingir que tener un bebé es una experiencia religiosa en lugar del cliché más manido en el que uno puede caer a los putos treinta.

Con un último suspiro, vuelvo al interior, donde el aire frío me envuelve entera. Hay un círculo rodeando a Nicki, que está sentada en la silla más cómoda, redonda como un buda, y con un sombrero de pájaro que dice «Mamá Oca». Una montaña de regalos perfectamente envueltos la rodea como esas siluetas de tiza que les hacen a los cadáveres y ella se dedica a hablar un poco con cada una de sus invitadas. Encuentro una silla en un rincón y me acomodo subiendo las piernas para ponerme a revisar mis correos.

—¿Todas tenéis algo de beber antes de que empecemos con los regalos? —inquiere Charlotte—. Puedo preparar más cócteles sin alcohol si queréis. No. ¿Seguro? Vale, ¡creo que ya estamos listas, Nicki!

—No sé ni por dónde empezar —se ríe Nicki, haciendo como que por fin se da cuenta de todo lo que la rodea—. Chicas, ¡si os dije que nada de regalos!

El grupito se ríe mientras yo suelto un resoplido para mis adentros. Cualquiera que hubiera osado presentarse sin un regalo habría quedado marginado en la lista negra hasta el fin de los tiempos. Ha sido una especie de prueba; como cuando las parejas te piden que hagas una pequeña donación para su luna de miel como regalo de bodas y te ves metida en una subasta silenciosa con el resto de las invitadas, comiéndote la cabeza para saber cuál es una cifra apropiada que regalar sin terminar en bancarrota.

En lo que veo a Nicki sufrir para alcanzar el primer regalo, y a todas riéndose por su incapacidad de moverse más allá de su propia barriga, le descubro esa sonrisita presumida que recuerdo a la perfección.

La del gato que se ha comido al ratón.

Una sonrisa llena de odio.

Del odio más puro.

Tan distinta a la de su marido, la cual fue mi perdición hace doce

años…



—Deja que te ayude —dijo Matt, en lo que yo sufría para arrastrar un barril de cerveza por el suelo de madera del vestíbulo del centro comunitario de Sheffield. Iba dejando una marca en medio del polvo, la cual llegó a su fin súbitamente cuando se me agotaron las fuerzas.

—Tranquilo, puedo sola. —Entonces había hecho todo lo posible por seguirlo empujando y nada—. ¿Sabes qué? No puedo, así que… gracias por la ayuda.

Él se echó a reír, se agachó para sujetar la parte de abajo y, entre los dos, cargamos con el barril hasta las mesas de comida que había montado hacía un rato. Lo dejamos encima con un golpe sordo y yo fingí que me desmayaba, con un ademán teatrero. Matt se volvió a reír.

—Gracias de nuevo —le dije, enderezándome y mirándolo bien por primera vez—. Soy Steffi —me presenté—. Creo que es la primera ocasión que compartimos turno en Esperanza Nocturna, ¿no?

Matt extendió la mano para estrechármela y recuerdo haber pensado que era un detalle muy formal y tierno para un universitario de veinte años.

—Matt —dijo él—. No, no hemos coincidido, pero creo que te reconozco de los días de orientación.

Noté un cosquilleo. Yo también lo reconocía de orientación, pues tenía la mandíbula más definida que había visto en la vida. De hecho, les hablé a las Mujercitas sobre él cuando llegué a casa esa noche y desde entonces nos referíamos a él como «Don Mandíbula».

«Igual Don Mandíbula ya no quiere hacer de voluntario», me quejé con mis amigas cuando dejé de verlo en mis sesiones de formación. «Quizás una empresa de galletas lo ha secuestrado y están usando esa mandíbula perfecta que tiene como molde para

sus productos».

—Ah, sí, puede ser. —Me sacudí las manos e hice como si no le hubiésemos asignado ya un mote mis amigas y yo. Lo observé con sutileza. Además de esa mandíbula tan perfecta, también tenía unos ojazos verdes y perfectos. Era el clásico tipo alto y delgado que la mayoría de las chicas pasaría por alto. Además, iba vestido con ese estilo de «me pongo lo primero que veo sin importar si combina o no», clásico de los chicos que nunca habían tenido una novia de verdad que les dijera qué les quedaba bien y qué no. Llevaba una camiseta blanca de manga larga bajo una de manga corta verde fosforito, lo que hacía que pareciera de primer año. O de bachillerato, incluso—. ¿Y qué te ha parecido el voluntariado hasta el momento?

—Ah, bien. Un poco intenso, ¿no? —Se pasó la mano por su cabello desarreglado y me pareció mil veces más adorable con ese gesto. Esperanza Nocturna era el equivalente universitario de una línea de ayuda contra el suicidio; disponible de ocho de la noche a ocho de la mañana, y le daba la posibilidad a cualquier estudiante que lo estuviera pasando mal de recurrir a un servicio facilitado por sus propios compañeros universitarios, lo que, con suerte, le sería más agradable que llamar a una línea de ayuda cualquiera de la ciudad—. Pero todo bien. No quiero ni pensar la que se va a montar cuando nos dejen atender las llamadas.

—Ya —asentí—. Y dormir en esos catres junto a los teléfonos, madre mía… Aunque claro, primero tenemos que reunir dinero suficiente. —Señalé los otros dos barriles que había cerca de la puerta, donde los había dejado la empresa cervecera—. ¿Podrías echarme una mano con esos? Soy tan fuerte como parezco, que es no mucho, la verdad.

Se echó a reír por tercera vez.

—Claro.

Nos pasamos la siguiente hora hablando de cosas sin importancia mientras lo organizábamos todo en el vestíbulo para la recaudación de fondos. Me había permitido pasar mi primer año simplemente

disfrutando de la experiencia universitaria, pero, dado que ya había empezado segundo, había decidido aprovechar todos los recursos disponibles y encarar un voluntariado. Aún me faltaba pasar por un mes de formación antes de que se me permitiera hacer mi primer turno en Esperanza Nocturna, pero a todos nos habían liado la manta a la cabeza para que ayudáramos con el evento de esa noche. Iba a ser una fiesta de temática escocesa en una sala cualquiera en un edificio en medio de la ciudad. Un evento para toda la ciudad en lugar de algo solo para alumnos.

—Los universitarios siempre están a dos velas, a esos no les podemos pedir nada —fue lo que nos dijo Ben, uno de los superiores del voluntariado, cuando nos convocó—. Es por eso que tenemos que recurrir al resto de la ciudad.

Según parecía, la noche escocesa era un exitazo año tras año, un evento al que los «civiles» nunca faltaban. Y sí que me parecía un poco extraño salir del ámbito universitario durante un día, estar en una parte de la ciudad que no estuviese hasta arriba de alumnos con sudaderas de la uni de Sheffield. Matt y yo montamos el resto de la barra; él se encargó del barril de cerveza mientras que yo escribía los precios de las bebidas en varias pizarritas. Ben fue dándoles instrucciones a otros alumnos para que fregaran el suelo, pusieran papel higiénico en los baños y sillas en el escenario para el grupo que iba a tocar, mientras él hacía las pruebas de sonido e iba diciendo «uno, dos, uno, dos» por el micrófono.

—¿Y qué hizo que te animaras a ser voluntario? —le pregunté a Matt, en lo que disfrutaba probando suerte con mi caligrafía elegante propia de esos carteles que ponen los restaurantes con el plato del día.

Matt sirvió un poco de cerveza en un vaso de plástico para probarla.

—Hay que asegurarse de que no sepa a gas —me explicó guiñándome un ojo, para luego servir otro poquito para mí—. Es como tienes la certeza de que lo has montado bien.

Alcé ambas cejas antes de bebérmela de un trago.

—A mí me sabe bien.

—Y a mí. Pero bueno, es que estoy estudiando Psicología —me explicó—, algo que pensé que sería muy profundo e interesante, pero más que nada va sobre cuán fiables son distintos métodos de investigación. Creí que el voluntariado sería una buena manera de adquirir experiencia de verdad, en plan escuchando a la gente. Eso, y que hará que no pase tantas horas pegado a la Xbox.

—Guay. ¿Entonces quieres ser psicólogo?

—¿Creo que sí? Al menos después de haber visto *Los Soprano*.

—¿No te dieron ganas de ser mafioso? —le pregunté entre risas.

Negó con la cabeza, se sirvió más cerveza y se la bebió de un trago.

—Nah, estoy demasiado canijo para ser mafioso, ¿no te parece?

Volví a alzar las cejas. Siempre me ha parecido muy atractivo que los hombres sean conscientes de sus imperfecciones físicas y las acepten como si nada, con una sonrisa. Es algo que me sigue gustando hasta ahora. Narizotas enormes, alopecia prematura, piernas de palito… Me derrito cada vez que veo a uno burlándose de sus propios defectos.

Matt hizo como que me disparaba con la manguera del barril en un gesto muy bobo. Yo alcé los brazos y me hice la muerta, a lo que él se rio por el esfuerzo.

—Eh…, creo que hay que seguir probando que esto no sepa a gas. ¿Quieres más? —Sirvió más cerveza y me la bebí del mismo vaso que tenía él—. Y bueno, ¿tú qué? ¿Por qué te has metido al voluntariado?

Me limpié la boca con toda la delicadeza que pude.

—Estudio Filología, así que solo tenemos dos horas de clase teórica a la semana. Soy una persona que siempre tiene que estar haciendo cosas. No me puedo pasar todo el día en el gimnasio, así que pensé que probaría suerte siendo voluntaria.

—Pero si el gimnasio es un lugar horrendo —dijo él—. De hecho, me han prohibido la entrada. Por falta de masa muscular. No sabes lo que lloré. ¿Todos los jugadores de *rugby* se pasan el día allí

soltando resoplidos mientras hacen pesas?

—Es algo que puedo confirmar, sí. También se vigilan entre ellos y se chocan los cinco muchas veces.

Matt hizo como que lo recorría un escalofrío y yo volví a reír. No podía creer que me lo estuviera pasando bien con Don Mandíbula. Era tan perfecto como sus pómulos y esa chispa que compartíamos me sabía a gloria.

—En fin, que lo de Esperanza Nocturna es para mantenerme ocupada —continué—. Además, soy hija de madre soltera y me contó que cuando yo era pequeña a veces llamaba a ese tipo de líneas cuando se sentía sola. Hemos participado en carreras solidarias y otros eventos por el estilo desde que era niña. Busqué si podía unirme al grupo de la ciudad, pero toma dos años y para entonces ya me habré graduado y no sé dónde me llevará la vida por el trabajo. Aunque con un grado en Filología seguro que no muy lejos.

Él se echó a reír y yo hice lo mismo, y entre nuestras carcajadas compartidas marcamos el patrón que seguiríamos el resto de la noche.

Horas más tarde, bañados en sudor por el ambiente caldeado de la pista de baile, a Matt y a mí nos tocaba hacer nuestro tumo en la barra.

—Voy a tener que revisar que no sepa a gas de nuevo —dijo él, eructando en silencio y para sus adentros de lo borracho que iba.

Y a mí me gustaba tantísimo que incluso eso me pareció de lo más atractivo. Nos sirvió otro vaso y nos lo bebimos entre los dos, mientras veíamos cómo los de la pista de baile se iban meciendo al ritmo de la música alegre que tocaba el grupo de cuerdas. Estábamos en medio de una de esas danzas grupales en las que se va cambiando de pareja, por lo que la barra estaba desierta. Según veía, nadie se quedaba sentado en una fiesta de temática escocesa. Todo el mundo participa en los bailes, por mucho que estén empapados de sudor y jadeando por el esfuerzo. Era un poco raro estar rodeada de gente de distintas edades, pero raro en buen plan,

lejos de toda la angustia existencial de los estudiantes. Si bien adoraba a mis compañeros y a las Mujercitas, no podía negar que me aburrían un poco los clichés de las experiencias universitarias. Las Mujercitas veían *Vecinos* dos veces al día y no precisamente para burlarse de la telenovela. Solo me vi un episodio así por encima para poder participar en sus debates sobre quién iba a morir en el accidente de avión que ya habían advertido que iba a pasar, pero la inercia de la mayoría de los estudiantes me ponía de los nervios. Lo vagos que eran. Charlotte y yo lo hablábamos durante nuestras sesiones en el gimnasio y teníamos la misma opinión. Lo absurdo que era necesitar siete semanas para escribir un ensayo de dos mil palabras y todo el drama del agotamiento, como si los hicieran trabajar más que un deshollinador en la época victoriana. «Yo no llegué a ir a la uni», me dijo mi madre, acercándome en mi primer día de clases en un coche alquilado. «Así que aprovéchalo, Steffi. Es una oportunidad increíble. Aprovecha todo lo que puedas».

Había muchísimo que aprovechar esa noche. Notaba el burbujeo de las ganas, ese que deja entrever que algo está a punto de empezar. Así que me bebí el resto de la cerveza y se me escapó un hipo.

—Nos estamos bebiendo toda la mercancía —le dije a Matt, pasándome una mano por el párpado inferior para limpiarme el delineador y que no me chorreara por las mejillas—. Estamos saboteando nuestro propio evento. —Tenía que gritar para que me oyera por encima del grupo de seis integrantes que había en el escenario y que parecía que estaban en medio de una competición por ver quién podía dejarse crecer más el bigote.

Matt hizo esa movida increíble que hacen los chicos cuando les gustas y estáis en un lugar con la música a todo trapo: avanzar hasta quedar muy muy cerca y fingir que lo hacen porque no te oyen bien.

—No pasa nada, he dejado veinte pavos en la caja de recaudación para cubrir nuestra consumición. —Su pecho sudoroso me rozó el vientre y nos quedamos mirándonos, con intención.

Esta noche nos vamos juntos a casa, pensé. Era muy obvio. La mar de obvio. Y la mejor parte de ese proceso aún la teníamos por delante: pasar la noche haciéndole creer al otro que aún no lo sabíamos.

No mucho después llegaron otros alumnos para cubrir nuestro puesto y fue mejor así, porque, para entonces, ya habíamos bebido muchísimo más de lo que veinte pavos podían cubrir.

—¿Quieres bailar? —preguntó Matt, extendiendo una mano sudorosa y haciéndome un ademán hacia la pista llena de gente. El grupo acababa de terminar de tocar una canción y las parejas estaban respirando, entre risas, y volviéndose para charlar unos con otros mientras se secaban el sudor de la frente.

—Nunca he ido a una fiesta de temática escocesa. No tengo ni la menor idea de qué hacer.

—Para eso tenemos un instructor.

Justo entonces, dicho instructor alzó la voz por el micrófono:

—Damas y caballeros, os necesito en grupos de ocho, si sois tan amables. Grupos de ocho, gente. Cinco minutos para empezar.

Un círculo de señores mayores con la cara sumamente roja, todos muy orgullosos en sus faldas escocesas, nos vio con cara de perdidos y nos llamó.

—Venid para aquí, chiquillos —gritó uno de ellos, con un acento de Aberdeen muy marcado—. ¿Alguno de vosotros estudia Medicina? Creo que a Gus le va a petar la patata por el cansancio.

—Paparruchas —contestó Gus—. Venid, venid, que tenéis que pasar por el ritual de iniciación antes de sumaros a nuestro grupo. —Se sacó una petaca enorme del cinturón llena de *whisky* y nos la pasó. Matt y yo intercambiamos una mirada entusiasmada (porque los universitarios nunca se cansan de beber gratis) y dimos un sorbo cada uno—. Bebed tranquilos que tenemos de sobra —añadió, viendo que apenas dábamos un sorbito, y animándonos a beber más.

Unos violines tocaron sus primeros acordes y la gente empezó a guardar silencio. Tenía el labio superior perlado con una capa de

sudor, así como el pelo, y casi parecía que nos iba a caer un chaparrón de sudor directo del techo, por mucho que aún ni hubiésemos empezado a bailar. Matt me tendió la mano y yo le hice una reverencia antes de aceptarla, con lo que lo hice reír una vez más. Y madre mía, lo que nos reímos una vez que empezamos a bailar.

El resto de la noche adquirió la cualidad embriagadora de un sueño, con Gus que no dejaba de compartir su *whisky* con nosotros y el alcohol que me envolvía en una especie de abrigo calentito en el que me refugiaba de todo el caos y la algarabía. Nunca me lo había pasado tan bien en todo mi tiempo como estudiante. Las danzas tradicionales escocesas no tenían nada de individualismo, no había cómo verse sexi bailando. Era el opuesto absoluto de cómo se bailaba en las discotecas (con las chicas tocándose, bajando hasta el suelo y volviendo a subir mientras se arrimaban contra su pareja, poniendo cara de niñas buenas al echar una miradita inocente para luego lamerse los labios), todo con la esperanza de que un deportista imberbe y lleno de granos en una camisa reluciente se les acercara para restregarles la polla por la parte de atrás de la minifalda. Algunos de los pasos de baile que hicimos esa noche involucraban brincos. ¡Brincos, te digo! Y no había nada menos sensual que un brinco.

—Me he roto los dos tobillos —declaró Matt, tropezándose conmigo e igual de borracho de lo que iba yo.

—Todo me da vueltas, creo que tengo que tumbarme un rato.

—Ya se les debe haber acabado el repertorio de bailes tradicionales, ¿no?

Lo único que recuerdo son las risas. Reímos porque se nos daba fatal seguir los pasos y a Gus empujándonos y regañándonos por echar a perder la formación, para luego hacernos beber chupitos a modo de castigo. Risas mientras nos informaban de que debíamos darnos la mano e ir galopando por debajo de un arco de brazos alzados. Risas cuando girábamos en sentido contrario y nos dábamos de bruces con otros que iban igual de borrachos y bailaban

como el culo, justo como nosotros. Risas por el sudor, secándonos uno en el otro para demostrar lo mucho que sudábamos y como excusa para tocarnos. Como habíamos ayudado a montarlo todo, no nos tocaba quedamos a limpiar, así que continuamos riéndonos mientras la multitud iba abandonando la sala y salía hacia el frío aire del norte. Fue la monda pedir un Subway para los dos. Fue la monda esperar el bus que nos iba a llevar a mi piso. Fue la monda ir señalando a otros alumnos, cuya noche apenas empezaba, cuando nosotros ya íbamos como una cuba y ni siquiera era medianoche aún. Fue la monda comernos nuestro Subway en el suelo de la cocina, solos en casa porque el resto de las Mujercitas no habían vuelto de la noche de picoteo que había organizado el consejo de estudiantes. Fue la monda cuando Matt empezó a besarme; primero con delicadeza y luego más en serio, con urgencia. Fue la monda follar encima de nuestro congelador. Ahogué unas risitas contra su hombro y fingí que me corría, mientras le envolvía las piernas en torno a las caderas y seguía riendo. Descubrí una botella de ginebra y nos la llevamos a mi habitación, turnándonos para beber, besarnos, intercambiar risitas y escoger la música desde mi portátil. Confusos y cocidos, pero contentos los dos. Intentamos follar de nuevo, pero a Matt no se le levantaba por lo borracho que iba. Y eso también fue la monda, por mucho que me pidiera que me dejara de reír, que no le hacía gracia, porque luego él terminó riéndose también, sin afectarse. Disfunción eréctil… Otra cosa que al parecer también me parece atractiva, siempre y cuando puedas reírte por ello.

Nos quedamos fritos, medio desnudos y sobre las sábanas, con las extremidades enredadas. Aún recuerdo que nos despertamos un poco cuando las Mujercitas volvieron después de haber pasado la noche fuera. El olor de la comida que habían comprado se colaba por debajo de la puerta, el sonido de sus risitas de borrachuzas y cómo se preparaban para irse a la cama. Matt me acercó más a él y tiró del edredón para cubrirnos, pues conforme se nos pasaba la borrachera nos iba entrando el frío. Nos volvimos a quedar dormidos

en una niebla de alcohol hasta que… poco antes del amanecer, me despertó la ferocidad de su erección, que me daba contra la espalda.

—Perdona —dijo, al notar que me iba despertando—. No puedo evitarlo, no consigo que baje…

—Se me ocurre algo que podría ayudar.

La segunda vez que follamos ya no nos reímos tanto. Fue adorable, con los dos aún medio dormidos, pero no por ello menos intenso. Nos hablábamos al oído, susurrando. Me dijo que se alegraba de que me hubiera apuntado al voluntariado, que se había percatado de mi presencia desde el primer día. Me besó como te besan los hombres cuando se están enamorando, con curiosidad y delicadeza. Me besó en los labios, el cuello, el pecho y siguió bajando.

—No… —Intenté apartarlo para quitármelo de encima—. Estoy toda sudada por haberme pasado la noche bailando y…

—Me da igual —me dijo, tentándome con la lengua por encima de las bragas—. Qué bien hueles.

Esa vez sí que me corrí, apretando la cara contra la almohada para no despertar a las chicas. Me retorcí y me dejé ir, asombradísima por lo que mi cuerpo era capaz de hacer con las caricias de un hombre, cuando eso era algo que solo había conseguido con mis propias atenciones.

—Joder… sí… —farfullé.

—No sabes cómo me pones.

Follamos como imagino que lo hace Sting; respirando el mismo aire, tomándonoslo con calma y sin apartar la mirada del otro. No se me ocurre una forma menos patética de describirlo que «nuestras almas se encontraron».

O eso creía yo…

Colapsamos sobre la cama desnudos y en un entramado de extremidades, con el sol asomándose detrás de mis cortinas baratas de universitaria y su luz colándose a través de ellas. Lo último que recuerdo es que él me acariciaba la espalda con delicadeza y que me dejó un último beso en el cuello antes de que su respiración se

volviera acompasada. Me sumí en el sueño profundo de un cuerpo satisfecho, con el corazón martilleándome por la esperanza y la sensación de un nuevo comienzo haciéndome cosquillas por todo el cuerpo. Ya me había acostado con unos cuantos desde que empecé la universidad, en parte porque sentía que debía hacerlo.

—Ve y vive tu vida —me había suplicado mi madre—. Yo nunca pude hacerlo. Y una no se arrepiente de lo vivido, sea bueno o malo.

Las tres veces que lo había hecho me habían parecido decepcionantes y un poco tristes. En las tres el sexo había sido terrible, pero me las había arreglado para moldearlas y terminar transformándolas en unas anécdotas de lo más divertidas. «El tipo del esmegma» se había vuelto una leyenda urbana en nuestra casa. Cuando salíamos de marcha y lo veíamos, nos poníamos a chillar y huíamos despavoridas. «Boca de turbina» estaba en uno de nuestros seminarios y a todas nos entraba la risa floja cuando lo oíamos hablar. De nuestro grupo, yo era de lejos la que tenía más «experiencia». Nicki acababa de dejarlo con su primer novio serio y, desde entonces, había besado a un chico una noche que había salido de fiesta y se las había arreglado para montarse un dramón porque el tipo no le había pedido el número al acabar la noche. Lauren seguía escribiéndose con un chico de su pueblo con el que nunca había llegado a suceder nada propiamente, pero decía que no podía pasar página hasta que no superara todo el «potencial desperdiciado». Y Charlotte seguía a pies juntillas la regla de las «chicas buenas» que decía que no te podías acostar con nadie hasta después de la séptima cita, porque ella «sabía valorarse», sin darse cuenta de que, al decir eso, dejaba entrever que yo no. Como resultado, la casa entera se lo pasaba pipa viviendo a través de mis devaneos que rozaban la promiscuidad. Debo admitir que me metí bien en el papel. Era agradable sentir que tenía mundo y que me sentía confiada en un aspecto de mi vida en el que las demás no parecían ir muy bien que digamos. Todas provenían de hogares estables, con dinero. ¡Charlotte y Nicki ni siquiera habían pedido un préstamo para costearse los estudios! Bueno, sí que lo tenían, pero

sus padres solo las habían obligado a que lo hicieran para sacar intereses de ello en una cuenta de ahorros, como una especie de inversión. Mis horribles anécdotas sexuales eran casi lo único que me distinguía en el grupo; una forma de transformarme de la pobre chiquilla hija de madre soltera que no podía invitar a sus amigas a pasar las fiestas en su casa, porque el piso en el que vivía mi madre era demasiado pequeño, a una chica a la que casi podían envidiar. Solo que, tras la noche que había compartido con Matt, sentía que por fin había tenido una experiencia que iba a generar envidia de verdad. Cuando nos despertamos a las diez, ya estaba pensando cómo contárselo todo para ganarme más aplausos. Cómo una recaudación de fondos con exceso de alcohol se había convertido en un cuento de hadas nivel Disney.

—Buenos días —dije al verlo abrir los ojos con dificultad.

—Hola —contestó él, sonriendo e incorporándose para dejarme un beso en la frente.

—Ay —me quejé, llevándome las manos al lugar que acababa de besar—. Cómo duele.

Había llegado el momento de la resaca. Boca seca, pinchazos en el cráneo, estómago revuelto.

—Gus no tuvo piedad —asintió—. ¿Quieres que prepare unas tostadas y te las traiga a la cama?

—Si quieres que termine pidiéndote matrimonio, por mí no hay problema.

Matt volvió a reír antes de acariciarme el costado y hacer que se me pusiera la piel de gallina.

—Tú descansa, yo voy por los carbohidratos. ¿Cuál de todos es el tuyo? ¿O compartís una hogaza?

—El mío es el artesanal.

—Dijo la que se pasa el día entero en el gimnasio. Enseguida te lo traigo.

Le di la vuelta a la almohada para buscar el lado frío y sonreí al oír el golpeteo suave de sus pasos al bajar por nuestras escaleras con moqueta. A la mierda las tostadas, a lo mejor lo hacíamos de

nuevo cuando regresara. Igual me volvía a comer el coño. Nunca había creído que pudiese disfrutar con algo así, pero es que no había llegado a probarlo con Matt. Me fui quedando dormida con una sonrisa, cachonda e imaginándome lo mucho que íbamos a follar durante el fin de semana. Con suerte la cosa se prolongaba hasta la próxima semana e incluso el próximo mes. Podía verlo convirtiéndose en mi novio. No solo uno más, sino uno importante.

Fijo que solo tardaba unos diez minutos en volver. Quince a lo mucho.

Pero, cuando me desperté por culpa de unas risas que provenían de la planta de abajo, sin Matt ni ninguna tostada a mi lado, me pareció que había pasado muchísimo más rato. Vi la hora y comprobé que eran casi las once. Había pasado una hora entera. Oí más risas y la voz grave de Matt colándose por los tablones chirriantes del suelo. Las alarmas se me dispararon y me empecé a arreglar a toda prisa. Me puse mi pijama más sexi y pasé rápidamente por el baño para mear y lavarme los dientes. Me inventé mil excusas para intentar tranquilizarme. Que solo estaba siendo majo con mis amigas. Sería genial si se conocían, ayudaría a que pareciera más «mi novio». Seguro que solo me estaba dejando dormir, tan tierno él. Una vez más, nada propio de un rollo de una noche. Si lo único que quería era echar un polvo, ya habría subido para que nos lo volviéramos a montar, ¿no?

Me acomodé el cabello, le sonreí a mi reflejo e hice que desapareciera la inseguridad de mi expresión. Oí risas otra vez y bajé las escaleras, descalza y con mi pijama diminuto, forzando una sonrisa en lo que abría la puerta de la cocina.

Matt acompañaba a Nicki en nuestra mesa diminuta y antiquísima, con un par de tristes tostadas sin tocar en un plato frente a él, probablemente las que eran para mí. Ambos tenían una taza de ese café especial que preparaba ella con espuma y se quedaron de piedra al oírme saludar.

Primero él pareció confuso al verme, luego sobresaltado, y mis alarmas internas empezaron a sonar con más fuerza, pitándome en

los oídos.

—Steff. Ay, Dios. Perdona, he tardado la vida. Toma. Aquí están tus tostadas.

Empujó el plato para acercármelo, rojo como un tomate, y Nicki soltó una risita.

—Me… Me ha parecido oír voces. —Mi intención era sonar desenfadada, pero la voz me salió recelosa. Patética. Hice una mueca para mis adentros y me crucé de brazos—. Ya os habéis conocido, qué bien.

Entonces los vi intercambiar una mirada. Ellos dos. No él y yo. Nicki soltó otra risita.

—Es culpa mía, perdona —me dijo—. Nos hemos puesto a hablar de Pokémon. Me he emocionado al ver que había otro friki en la casa y se nos ha ido el santo al cielo.

Matt hizo como que disparaba de nuevo, como había hecho con el barril de cerveza conmigo.

—Es que no solo se ha puesto a hablar de Pokémon. Resulta que algunos le hacen tilín y todo.

Nicki se encogió de hombros, sin pizca de vergüenza.

—¿Qué quieres que te diga? Growlithe tiene su punto, no sé.

Ambos se echaron a reír y Nicki bebió un sorbo de su taza. No parecía que fuese a dejarnos solos, por mucho que el cuenco que había usado para desayunar ya estuviese vacío. Bajo la fría luz del invierno, se la veía completamente distinta a mí. Yo, tiritando en mis pantaloncitos de pijama de seda, con el maquillaje de anoche haciéndome parecer un mapache y mi cabello corto todo salvaje y revuelto por haber dormido. Mientras que ella llevaba un pijama tan clásico que casi daba risa: el típico con rayas azules y blancas y botones en la camisa. Tenía la cara lavada y sin pizca de maquillaje y el cabello recogido en un par de trenzas muy monas.

Le di un mordisco a una tostada y me puse a pensar cómo invitar a Matt de vuelta a mi habitación para que no pareciera tan obvio que la cosa iba con segundas.

—¿Y qué tal la noche? —me preguntó Nicki, antes de reclinarse

en la silla y acomodar sus pies envueltos en pantuflas sobre la mesa. Era obvio que no pensaba irse a ningún lado—. ¿Cómo ha ido lo del baile ese de los vaqueros? ¿Reunisteis dinero suficiente?

Matt me guiñó un ojo y casi me derretí ahí mismo de puro alivio al ver que me dedicaba su atención de nuevo.

—Estuvo bien —contestó él—. Fue muchísima gente y ha molado eso de no salir de fiesta solo con universitarios. Pero nos pasamos un poco con la bebida, ¿no? La verdad es que no recuerdo mucha cosa.

Me mordí el labio. ¿Hablaba en serio? ¿Acaso no recordaba cómo le clavé los talones en el culo, hacía apenas unas pocas horas, en aquella misma cocina? ¿No recordaba mi sabor en su boca? ¿El gruñido que soltó y que tuve que amortiguar con la mano?

—¿Steffi? —me llamó Nicki, mientras que yo me tomaba mi tiempo para subirme al congelador de forma deliberada y refrescarle la memoria—. ¿Te divertiste?

Le devolví el guiño.

—Fue una pasada. Reunimos muchísimo dinero para Esperanza Nocturna. Que es lo más importante, la verdad.

Matt alzó su taza para darme la razón con un brindis y me relajé ligeramente.

—Pero bueno, ¿de qué habéis estado hablando tanto rato? —Quise saber—. Además de qué Pokémon es el más follable, claro.

—Ah, ya sabes. De esto y lo otro —repuso Nicki.

No, pensé. *Resulta que no lo sé*.

En lo que intentaba pensar cuál sería mi siguiente jugada, la puerta se abrió de par en par y apareció Lauren, sujetándose la cabeza entre las manos como si se le fuese a caer.

—Solo para que lo sepáis, me he muerto —anunció, dejándose caer en una silla para luego apoyar la frente sobre la mesa—. He atascado el baño de tanto potar y lo siento mucho pero no estoy para limpiarlo de momento. Tenedme un poquito de paciencia, os lo suplico. Solo necesito comer algo dulce y… —Alzó la cabeza y se quedó boquiabierta al ver a Matt—. Tú no vives aquí —le dijo.

Matt se sonrojó detrás de su café lleno de espuma. Más adorable imposible.

—Es amigo mío, Matt, del voluntariado —expliqué. El ambiente se volvió incómodo mientras todos llenábamos el silencio con las razones por las que estaba allí tan temprano por la mañana, con la ropa de la noche anterior.

—Anda… ¿Matt, dices? —repitió Lauren, saludándolo con un abrazo y haciéndome un ademán detrás de sus espaldas mientras articulaba «¡Don Mandíbula!» para que solo yo la viera—. Perdona la peste. Lo de anoche fue mortal para todas, en especial para mis tripas.

—Te dije que no te pidieras comida india además de pescado con patatas —se rio Nicki.

—Y también tenías razón al decir que no debí mezclarlo todo en un cuenco gigante para ver si se creaba la mejor comida de todos los tiempos. —Asintió en dirección a Matt—. Se parece mucho al regalito que nos espera en el baño. Mil perdones —dijo, justo en lo que yo intentaba meter baza—. Creo que sigo pedo. Nicki, ¿me acompañas a mi cuarto y me haces mimitos en el pelo hasta que me duerma?

Nicki se puso de pie con un suspiro de cansancio, pero acompañó a Lauren de buena gana. Se la veía muy mona con su pijama.

—Encantada de conocerte —le dijo a Matt—. Si recibís una llamada en Esperanza Nocturna a las dos de la madrugada de alguien que tiene un problema con el pomo de Pokémon, sabrás que soy yo.

Matt se echó a reír y, madre mía, qué guapo que estaba cuando lo hacía.

—Tenlo por seguro. Buena suerte con… Eh… ¿Los mimitos? Lauren nos guiñó un ojo al marcharse, en plan «mirad lo buena que soy, os he dejado solos para que folléis a gusto», y yo articulé un «gracias» en silencio. El ambiente se volvió un poco incómodo cuando nos quedamos los dos solos en la cocina, con el congelador que tenía debajo torturándome con los recuerdos de lo bien que nos

lo habíamos pasado allí mismo en plena madrugada.

—Qué envidia me dais las chicas —anunció Matt, estirándose para robarme las cortezas de las tostadas—. Cuando voy pedo, mis compañeros de piso se burlan de mí sin piedad o me obligan a participar en juegos absurdos para ver quién puede comer más. Cómo me gustaría que nos tumbáramos por ahí en pijama a acariciarnos el cabello unos a otros.

—No sé yo si a todas las chicas nos va eso de acariciarnos el cabello —le dije, dando las gracias para mis adentros de que hubiéramos vuelto a las bromas—. Lauren se pescó una buena cogorza la primera vez que salimos juntas y tuvimos que llevarla de vuelta a su residencia, donde potó por todos lados y se puso a berrear. La condenada no quería irse a dormir y no dejaba de gritar «QUIERO MIMITOS EN EL PELO», así que las tres terminamos haciéndolo a la vez, como si fuese una especie de emperador romano. Y ahora se nos ha vuelto costumbre… o algo así.

—Son muy majas —dijo él—. Tus compañeras de piso de verdad parecen majas.

—Gracias, yo también lo creo.

¿Yo también lo creo? ¿Por qué hablaba como si fuese adulta? ¿Qué tenía que hacer para recuperar nuestra dinámica? ¿Cómo lo llevaba de vuelta a mi habitación? Seguro que allí podíamos retomar lo que estábamos haciendo antes de la interrupción de Nicki.

—Eh… Creo que te has dejado el jersey en mi habitación —le dije, inclinándome contra la pared de la forma más insinuante que se me ocurrió.

—Ah, cierto. Gracias, me lo habría dejado si no me lo hubieses dicho. Iré a por él y vuelvo.

—¿Quieres que te ayude?

Para entonces ya había pasado por la puerta y estaba subiendo las escaleras a toda prisa.

—No hace falta, solo será un segundo.

Me crucé de brazos, intentando cubrirme un poco. Hacía demasiado frío para llevar ese pijama y se me notaban los pezones.

Oí a Matt bajar corriendo y lo vi asomarse por el umbral, con el jersey ya puesto y toda la pinta de un muchacho listo para marcharse.

—Gracias —dijo de nuevo—. Bueno…

—Eh… Puedes quedarte, si quieres.

—Ah, gracias, pero tengo que… Eh… De verdad tengo que ir al baño y parece que el vuestro no está disponible.

Abrí la boca, lista para decirle que podía desatascarlo en un periquete, pero me contuve. Si hubiera querido quedarse, lo habría hecho. Se aguantaría o me diría para ir a desayunar fuera o algo. No me entraba en la cabeza cómo se había convertido en un desconocido tan de sopetón. Lo de anoche parecía agua pasada, y me había quedado sin saber qué decir.

—Me lo pasé bien anoche —añadió, en lo que iba a por sus deportivas que estaban cerca de la puerta y se las calzaba.

—Sí, estuvo bien.

No «increíble» ni «maravilloso» ni «especial». Ni siquiera «genial». «Bien» y punto.

—Fijo que nos vemos pronto, ¿no? En un turno de noche o algo así. Va a ser una pasada cuando nos dejen atender los teléfonos.

—Mmm, sí, seguro.

—Dios, la resaca me está matando. ¿Y a ti?

—Sí, también.

—Bueno, me marcho ya que tengo que mear.

Y lo último que le dije, en un intento por convencerlo de que se enamorara de mí, fue:

—Puedes mear en nuestro jardín antes de irte, si quieres. No pasa nada.

Fui lo bastante idiota para albergar esperanzas después de eso. Lauren bajó corriendo después de que se marchara, gritando a todo pulmón:

—¡DON MANDÍBULA! Ay, madre, sí que tenías razón. Es como si Robert Pattinson y un transportador hubiesen tenido un hijo. ¿A dónde ha ido? ¡No! No me digas que te he echado a perder el polvo

por haber atascado el baño. ¡Ya lo he desatascado! Llámalo y dile que vuelva. ¡Lo siento mucho!

Nicki se asomó por detrás, con una sonrisita distante que no pude descifrar. Parecía que una especie de vacío se había formado entre nosotras. Uno muy frío y cubierto de nieve.

—Eh… —Solo entonces caí en la cuenta, sintiendo un retortijón en el estómago—. No puedo llamarlo. No intercambiamos números.

Habíamos intercambiado fluidos corporales. Sabía qué cara ponía al dormir. Tenía su sudor pegado a las sábanas. Y, aun con todo, el puñetero no me había dado su número.

—Ay… —Lauren parecía tan sorprendida como yo—. Seguro que se le ha olvidado y se estará lamentando. Pero fijo que te lo encuentras en el voluntariado ese de la línea de ayuda, ¿verdad?

—Sí, igual sí.

—¿Y qué pasó anoche? —preguntó Nicki, aún la mar de mona con su pijama—. En plan, ¿fue solo un rollo de una noche o qué?

—Pues… —Me repateaba cómo me miraban. Como si quisieran decirme: «¿Ves que no conviene ir por la vida haciendo de zorra?». Estuve a punto de contárselo todo. Cómo habíamos hecho clic, lo mucho que habíamos hablado y reído y bailado toda la noche, y que me había parecido todo superespecial justo hasta el momento en que había bajado a hacerme unas tostadas. Estuve a punto de contarles lo diferente que me había parecido Matt, pero el orgullo me hizo cerrar la boca. Estaba demasiado descolocada. Quizá se lo contara más adelante, una vez que me hubiera buscado para pedirme el número…—. Sí… Fue un rollo de una noche y ya —confirmé, volviéndome para subir las escaleras.

Y eso fue lo que terminó siendo. Sobre todo, porque Matt no volvió a presentarse en el voluntariado ni una sola vez. No estuvo en la formación final y, por tanto, en ninguno de los turnos nocturnos. Durante mi último trimestre, cada noche que pasé en la oficina pequeñita donde se recibían las llamadas, me quedé mirando los catres, imaginando lo que podría haber llegado a ser si Matt no se hubiese esfumado. El campus de la Universidad de Sheffield era lo

bastante grande como para no cruzarte con alguien y, dado que las Mujercitas preferían las noches de picoteo en lugar del indie *rock* que Matt me había dicho que le gustaba, las probabilidades de que nos viéramos al salir de noche eran casi inexistentes. No tuve más remedio que asumir que había sido un rollo de una noche y nada más, uno en el que puede que me hubiera dejado llevar porque el sexo fuese decente por primera vez en la vida. Me sentó mal durante un tiempo. Me lie con un alumno de máster una vez, quien me llevó al restaurante Las Iguanas primero (y pagó por la cena), lo cual me pareció muy de adultos. Pero toda la experiencia me pareció muy poca cosa y me pasé la noche pensando en Matt. Tras unos meses, por fin dejé de buscarlo en pistas de baile abarrotadas de gente o paseando por el patio del campus. Sabía que no lo iba a olvidar así sin más. Aquella noche había sido muy de película, con un final abrupto e inexplicable. Sin embargo, poco a poco iba sintiéndome mejor y dejando de comerme la cabeza al respecto, hasta que un día Nicki por fin me dio todas las respuestas que necesitaba.

—¿Quieres ir a por un café más tarde? —me preguntó una mañana, cuando estábamos en la cocina—. Solo las dos.

—Pero si nos estamos bebiendo uno justo ahora —repuse, alzando mi taza, idéntica a la suya, con un eslogan que rezaba JUSTICIA PARA BETH.

—Sí, pero estaría bien salir a por un café como Dios manda, ¿no te parece? —insistió—. Así hablamos un poco.

Creo que fue entonces que lo supe. Aparté mi café a un lado, sin ganas de seguirle el numerito.

—¿Qué pasa?

Nicki se bajó las mangas del cárdigan que llevaba puesto hasta cubrirse las manos y sujetar así su taza.

—¿A qué te refieres?

—Que algo ha pasado. Cuéntame.

—Steffi, qué rara te pones a veces.

—¿Yo? Pero si eres tú la que ha estado muy rara desde hace semanas. Siempre estás ocupada y nunca nos cuentas por qué.

Hasta ahora creía que me estabas evitando.

—Pues sí, sí que te he estado evitando. Perdona.

—¿Qué dices?

Sopló su taza y alzó una ceja antes de volver la vista hacia mí. Tenía esa expresión petulante que ponía cuando se obcecaba con algo.

—Tenía la intención de que esto fuese más agradable, pero si prefieres que lo hagamos ahora…

—¿Que hagamos qué? Deja de marear la perdiz. Eres tú la que ha estado superrara, no yo.

—Si tanto quieres saberlo —empezó, ya mosqueada—, he estado rara porque me he echado novio.

Noté que el corazón me descendía hasta el estómago y la odié en ese mismo momento por el numerito que me estaba obligando a montar.

—Anda —dije con voz fingida—. Qué buena noticia.

—Han pasado dos meses, así que ya estoy lista para contártelo.

—No estarás saliendo con mi padre, ¿no? —bromeé, intentando prolongar lo más posible el momento de incertidumbre—. Lo has buscado entre las piedras y ahora os vais a casar.

—Steffi… —Me dio la mano en un gesto tan lleno de lástima y condescendencia que juro que casi me salen ampollas ante su roce —. Estoy saliendo con Matt. Don Mandíbula. Y vamos en serio. Estamos enamorados.

—Vaya… Eh…

Se lanzó a contarme todos los detalles, y el alivio que había sentido al satisfacer mi curiosidad no tardó en verse reemplazado por una angustia que hizo que me entraran náuseas. Porque habían hecho «clic» esa mañana durante el desayuno. Fue amor a primera vista, me dijo con mucha insistencia, tres veces en total. Un flechazo. Le había dicho que creía que estaba en plena cita con ella, por muy extraño que pareciera. Le había pedido su número. Y, cuando había quedado claro que lo nuestro solo había sido «una noche loca producto del alcohol», habían tenido una cita. Y luego

otra. Hasta que por fin habían decidido estar juntos.

Mientras me lo contaba, pude ver que había practicado todo ese discursito muchas veces y que de verdad estaba ilusionada. Por Matt. Porque la hubiese escogido a ella y no a mí. Aunque todo eso quedó implícito, claro. Siendo que lo había ensayado, una habría pensado que omitiría las partes más desagradables, como: «Me dijo que iba tan pedo que ni siquiera recordaba la noche que había pasado contigo». «Me dijo que era muy obvio por cómo actuabais el uno con el otro que la cosa no iba en serio». «Me dijo que lo encandilé tantísimo que hasta se olvidó de que lo estabas esperando arriba en la cama». Me mordisqueé el labio e intenté que no se notara el daño que me hacía con todos sus golpes, para darle a mi amiga el beneficio de la duda. Era muy obvio que estaba enamorada de Matt, y, por cómo pintaba la cosa, él de ella también. Todos los que acaban de descubrir el amor son una sarta de capullos desagradables. Apenas le fue posible me soltó eso de «Quería estar totalmente segura de que lo nuestro iba en serio, porque no quería poner en riesgo nuestra amistad por nada». Eso sin contar que todos teníamos la «ventaja» de que solo hubiese sido algo sin importancia. «Porque solo fue un rollo de una noche, ¿verdad?», preguntó Nicki, mirándome por encima del vapor de su taza en lo que me arrinconaba, a sabiendas de que la única respuesta apropiada posible era darle la razón. Así que asentí, diciéndome que siempre podía dejarme afectar luego, tras la puerta cerrada de mi habitación. Podía llorar con la cabeza escondida bajo la almohada, obsesionarme con lo que Nicki tenía y yo no, cuestionarme una y otra vez mis instintos en cuanto a los hombres y a lo que sentían por mí.

—Pues claro —contesté—. Gracias por ser tan buena amiga e intentar protegerme. Pero esa noche no significó nada, descuida.

Y, con el tiempo, así fue. Era tan obvio que Nicki y Matt estaban destinados a terminar juntos que casi parecía absurdo que pensara que alguna vez pudo haber pasado algo entre nosotros. Casi que se mudó con nosotras el resto del tiempo que nos quedaba en la uni.

Más de una vez me los crucé en el salón, jugando a videojuegos juntos. Porque a los dos les gustaban las mismas frikadas. Luego, como es lógico, me enamoré perdidamente de Malcolm el Capullo en mi tercer año y destiné todo mi sufrimiento a las muchas, muchísimas veces en las que me puso los cuernos cuando se iba de fiesta. Matt pasó a ser una especie de personaje de dibujos animados para mí, asexual y bastante similar a un eunuco. Que siguiera a Nicki como un perrito faldero me parecía hasta repelente, sobre todo cuando lo mandoneaba como quería y él se limitaba a bajar la cabeza y disculparse. Así que pasé página. Era obvio que ellos habían hecho lo mismo. Y nos graduamos. Ellos siguieron juntos y se las arreglaron con una relación a distancia entre Londres y Leeds, donde le salió a él su primer trabajo. Todo iba bien, lo pasado pasado estaba, las Mujercitas estábamos en paz y todas éramos un ejemplo de madurez, que nadie dijera lo contrario, así que seguimos con nuestras vidas.

Hasta que, de sopetón, hace cinco años, el día en que se comprometieron, quedó clarísimo que Nicki no había pasado página ni de lejos. El día en que Matt la «sorprendió» con el anillo que ella misma había diseñado para él el año anterior, ese fue el día en que Nicki decidió que sí que tenía un problema conmigo. Su inseguridad era como… la puñetera tuberculosis latente o algo, y su anillo de diamantes fue lo que desató todos los síntomas. No le veía lógica alguna. Aún no se la veo. Su matrimonio tendría que haber sido la prueba más contundente de que yo no suponía ningún inconveniente, pero no. El día en que se comprometieron también se convirtió en el día en que me declararon como el enemigo. Nicki se ponía de malas si osaba hablar con Matt, buscaba cualquier excusa para venir a por él y llevárselo, tras lanzarme una miradita de reproche como si hubiese hecho algo malo al mantener una conversación cualquiera sobre el mundo editorial. Empezó a hacer todo lo posible por excluirme del grupo. Me enteré de al menos dos veces en las que las Mujercitas quedaron sin mí, en las que había «olvidado» invitarme (lo que dejó a Lauren y a Charlotte

patidifusas), pero qué se le iba a hacer, ya estaban ahí. No me incluyeron en ningún debate sobre la organización de la boda. No me enteré de nada sobre los vestidos de Nicki ni sobre las opciones para la celebración de la boda, lo que me pareció rarísimo hasta que descubrí que habían pasado todos esos debates a otro chat grupal. «Nicki dice que es porque a ti no te va todo el rollo de las bodas», fue lo que me dijo Lauren. «Pero no sé, parece un poco raro, ¿no?».

El peor desaire fue cuando no me dejó sentarme con el resto de las Mujercitas para el banquete, sino que me desterró a una mesa cualquiera, con los otros parias sin pareja.

Igual se le pasa la tontería ahora que está casada, me dije a mí misma, bebiendo montones de vino y contemplando la mesa en la que estaban mis amigas como un *basset hound* tristón.

Solo que, cuanto más se adentraban Nicki y Matt en terreno seguro, más parecía recelar de mi existencia. Como si le preocupara que fuese a follarme a su marido como una especie de venganza atrasada o algo. La cuestión era que, después de todo lo que había pasado, si me tiraba a Matt no iba a ser porque me lo hubiese «quitado», sino por intentar dejarme fuera del grupo de amigas más importante que había tenido en la vida. Nicki puede quedarse con el sosainas de su marido, pero antes muerta que dejar que me arrebate a Charlotte y a Lauren. Me da la impresión de que me estoy aferrando a mis amigas con la punta de los dedos, a un tris de perderlas, por mucho que yo no haya hecho nada malo. Una podría decir que debería ser yo quien estuviera enfadada con Nicki, y no al revés. Considerando todo lo que pasó, aún creo que gestioné la situación del modo más correcto posible. Sobre todo porque ni siquiera hizo una tregua cuando mi madre se puso enferma y hasta estuvo muy arisca el día del funeral cuando cometí el gravísimo error de indicarle a Matt dónde estaba la cocina. Aun con todo, aquí estoy, el más vivo ejemplo de la cortesía, en su puto *baby shower*, habiéndome gastado cien pavos que no tengo en sus regalos para celebrar unas decisiones de vida cero originales, y aun así la muy cabrona está tan aburrida que necesita ponerse a rajar de mí.

En serio, que le den.

Ya ha empezado a abrir el primer regalo, con los respectivos soniditos de asombro y los «ay, ¡no tendrías que haberte molestado!». Junta las manos en un gesto encantador al ver unos cuadrados de muselina grandotes y horteras, porque así es la maternidad y hay que convertir la pota asquerosa de un bebé con reflujo en un diseño retro y coleccionable. La verdad es que me extraña que no hayan empezado a atar lacitos color pastel en el mango de un fórceps. Que no encuentres ventosas de parto con distintos estampados. Tiene la misma sonrisa que le vi ese día, por detrás del vapor de su taza de café. Esa cargada de petulancia y pedantería. Del gato que se comió al ratón.

En serio lo digo. Que le den a la muy hija de puta.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y CHARLOTTE ROTH

Simmons: Debe de haber sido muy complicado para usted, Charlotte. El día del *baby shower*.

Charlotte: Bueno, que hiciera tantísimo calor era de lo más molesto, sí, pero hice lo que pude. El aire acondicionado portátil fue un regalo de los dioses, y nos las arreglamos sin hielo. La comida se derritió un poquitín, pero nada se echó a perder. El mural de peonías no se marchitó, otro milagro. Fue complicado, sí, pero valió la pena.

Simmons: No me refiero al calor, Charlotte, sino a la naturaleza del evento.

Charlotte: ¿Cómo dice?

Simmons: Un *baby shower* debe de haber sido algo muy difícil para usted, considerando sus propias dificultades

para concebir… Es algo de lo que ha hablado largo y tendido por redes sociales.

Charlotte: ¿Qué…? ¿Cómo…? ¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

Simmons: Algunos de los invitados han dicho que el evento parecía más cosa suya que de Nicole.

Charlotte: Le cedí todas mis ideas de mi tablero de ensueño, sí.

Simmons: Eso es muy considerado de su parte.

Charlotte: Gracias, pero no fue así. Uno tiene que dejar ir sus desdichas con gracia y amor en el corazón.

Simmons: O también puede prenderles fuego, ¿no?

Charlotte: Provocar incendios no forma parte de El Secreto, inspector Simmons. Puedo prestarle mi ejemplar, si no me cree. Tengo dos. Uno con anotaciones y otro decorativo para mi estantería.

CHARLOTTE

No pasa nada. Todo va bien. Todo va a ir bien.

Dios bendito, voy a perder al bebé. Me cago en… no, no, no. No puede ser. Me cago en todo. Pero no, no es posible. Joder, joder, joder.

Pero no lo voy a perder. No pasa nada. El bebé está bien, llene que estarlo.

Llevo un buen rato encerrada en el baño, leyendo todos los artículos que he podido encontrar tras buscar en Google una serie de frases exactas.

Sangrado a las seis semanas de embarazo.

¿Sangrado por implantación o aborto?

Señales de microaborto.

Por qué este mundo de mierda no me deja tener un puto bebé qué coño le pasa me cago en mi puta vidaaaaa

Debo admitir que eso último no me ha dado resultados muy útiles que digamos, aunque sí que he encontrado un montón de artículos de «apoyo emocional». Solo que yo no necesito apoyo emocional porque esto que tengo no es un aborto. Que no. Me niego a creerlo. Además, solo hay un veintiún coma tres por ciento de probabilidades de que lo sea. Si me dieran un setenta y nueve coma siete por ciento de probabilidades de sobrevivir al cáncer o algo así, estaría la mar de contenta. No me preocuparía en absoluto. Bueno, vale, quizá me preocuparía un poquitín y querría que me quitaran ese lunar chungo o lo que sea, pero no creería que voy a morir. Así

que este bebé no va a morir. No le pasa nada. Solo se está acomodando allí dentro y ha hecho que se desprendieran unas cuantas células sanguinolentas en el proceso. Esa descripción científica no me ha salido en la frenética investigación que he hecho en pleno lavabo, pero seguro que eso es lo que está sucediendo.

Lo que sí debería hacer es llamar al médico, por si las moscas. Google dice que debería ir a hacerme una ecografía para comprobar que hay latido y, si lo hay, hay un noventa por ciento de posibilidades de que el embarazo siga siendo viable. Y eso sería increíble, ¿verdad? Lo normal es que tengas que esperar doce semanas hasta la primera ecografía. Ya he solicitado una ecografía de constatación para las siete semanas a través del seguro de Seth, pero, visto lo visto, podré constatarlo incluso antes. Para cuando acabe el día, de hecho. Madre mía. Voy a oír el latido de mi bebé hoy mismo. Qué maravilla. ¿Cómo soy tan afortunada? Es algo bueno que tenga este sangrado. No ha llegado en un buen momento, claro, pero es obvio que es una prueba del universo. Necesito seguir asegurándome de que este *baby shower* sea el mejor de todos los tiempos, y así poder mostrarle a este puto mundo de mierda que no tengo mayor problema con mi puta infertilidad de los cojones nada justa y totalmente inexplicable. Y entonces se me recompensará al oír el latido del bebé.

Lo dice la ciencia, estoy segura. Estoy tranquila. Estoy en calma. Estoy en paz con el mundo y todos sus habitantes.

Quiero quedarme en el baño y repetir mis afirmaciones frente al espejo, pero hay una gilipuertas que no deja de llamar. Me cubro las bragas con papel higiénico y me contemplo en el espejo. El pelo ya se me ha empezado a apelmazar por culpa del calor, menos mal que ya me he hecho las fotos antes.

—No estás perdiendo al bebé —me digo a mí misma y mi cabello apelmazado—. Estás embarazada. Esto solo es una prueba del universo y a ti nunca te han puesto nada menos que un sobresaliente.

Alguien sigue llamando a la puerta.

—Perdón, es que de verdad tengo que ir —dice alguna hija de puta de lo más impaciente desde el otro lado.

—Ya voy, ya voy.

Mira que LE DIJE a la madre de Nicki que deberíamos dejar a la gente usar el baño de arriba, pero ¿la mujer ha querido escucharme? No. Demasiado preocupada por que no estuviera lo bastante limpio, no ha caído en que veinticinco mujeres bebiendo cócteles sin alcohol y solo un baño disponible es como buscarle tres pies al gato cuando sabes que tiene cuatro.

Salgo como si nada, disculpándome con la mujer que llamaba (esa que trabaja con Nicki, la de las pecas y el corte de pelo raro), y vuelvo para que la operación regalos marche como corresponde. Noto que algo de sangre gotea sobre el papel higiénico, pero no pasa nada, porque es de tres capas y resistirá hasta después de los regalos. Saco la hoja de cálculo que he doblado y metido en el bolso, junto con el boli de tapa peludita que compré específicamente para hoy. Nicki no podrá recordar quién le dio qué cosa, no con ese cerebro de embarazada que tiene, así que yo lo anotaré todo por ella. Parte de mi regalo es una pila enorme de tarjetas de agradecimiento, con los sobres ya listos con el sello y la dirección pertinente, para ahorrarle tiempo a Nicki con todo el trabajo *post baby shower*. Lo leí en internet y me pareció una pasada. En serio, no tengo ni la menor idea de cómo se las arreglaba la gente para hacer nada antes de que existiera Pinterest.

Examino el aura de Nicki en lo que todas nos sentamos a su alrededor y la veo brillar. Su cuerpo está hinchado tanto por el bebé como por la bendición que supone y tiene la cara tan ensanchada que casi se le distorsionan las facciones, por todo lo que está por venir. ¿Será que a mí también me cambiará la cara cuando este bebé que sin duda no voy a perder hoy mismo se convierta en el que llevo tanto tiempo anhelando? Tengo que contenerme para no extender una mano y tocarla, para que se me pegue su esencia de embarazada y me traiga buena suerte. Está desenvolviendo unas botitas tejidas a mano, para luego soltar un chillido emocionado por

lo pequeñitas que son. Se las pone encima de la barriga y la imagen es tan perfecta que me hace doler los dientes de tanto sonreír. Es lo que quiero. Me muero de ganas de ser yo la que esté en su lugar. No puede salir mal la cosa y no será así, por mucho que esté notando cómo se empapa el papel higiénico que llevo en las bragas.

Empiezo a pedirle al universo que me dé señales para saber cuándo quiere que me vaya. ¿Después de los regalos? Si espero hasta entonces, ¿habré pasado la prueba? Pero de pronto recuerdo el *gender reveal*. Aún me queda al menos una hora entera. No puedo escaquearme antes de eso, pues soy la única que sabe cómo coordinar la sorpresa. Un pánico helado se me cierne sobre la piel, pero, como la hoja de cálculo no se va a llenar por sí sola, me concentro en registrar los regalos de Nicki con mi mejor letra.

Regalo número dos: botitas tejidas a mano, de parte de la amiga de la madre de Nicki, Jill. Debo pedirle su dirección antes de que se vaya. Es un detalle muy bonito, aunque no tiene en consideración lo más obvio, que es que estamos en medio de la peor ola de calor registrada hasta la fecha y lo más probable es que este bebé se vaya a pasar el día en pelotas hasta septiembre, si lo que dicen los del tiempo resulta ser cierto. Aun con todo, seguro que Nicki las guarda por el valor sentimental. Tendrá que hacerle una foto al bebé con ellas puestas para mandársela a Jill como agradecimiento. Hago una marca en la columna de la hoja de cálculo para los regalos que necesitarán una foto del bebé con la prenda puesta. Si no, quien ha hecho el regalo siempre se cabrea.

—No puedo creer que sus piececitos diminutos vayan a caber en estas cositas —dice Nicki, alzándolos para verlos bien.

Está tardando más de lo que imaginaba con este regalo. He calculado un minuto por regalo y este ya lleva dos. Si se entretiene tantísimo con todos, nos va a estropear la llegada de Matt. Lo normal hubiera sido que esperase fuera en el coche con aire acondicionado, pero ahora va a llegar en taxi por culpa de la otra prueba a la que me ha sometido el universo.

Gracias al cielo, pasa al siguiente regalo y se zambulle en el

papel con diseño de patitos. Tengo la esperanza de que, cuando pase la novedad de abrir los obsequios, se ponga las pilas y así acabemos antes. Nicki tiene que pensar en sus invitadas también. Es un poco grosero hacer que la gente te mire abriendo paquetes durante mucho rato. Una tiene que medir el tiempo de los agradecimientos y las exclamaciones de sorpresa de modo que cada invitada se sienta valorada y así no tengas que darte prisa al final, para que las últimas no sientan que no te ha gustado lo que te han dado. Me pregunto cuántos segundos exactos… *Voy a perder al niño, ¿verdad?* No, calla. Debe de haber una proporción áurea entre lo que toma demostrar que se valora de corazón un regalo y el tiempo que se puede ahorrar al abrirlo y…

—¡Ay, pero mira este peto! ¡Me encanta! Muchas gracias, es monísimo.

¿Y este de quién es? Ah, de Jeanie, su amiga de la infancia que tiene una bebé que ya quiere caminar. Se pone a contarle a Nicki lo que la motivó a elegirlo.

—Espero que no te moleste, pero he optado por una talla un pelín más grande —le explica—. Imaginaba que te iban a dar montones de cosas para recién nacido y tal vez te venía mejor ropita para más adelante.

—¡Qué lista tú! —chilla Nicki, alzando un trajecito de bebé. Lleva un minuto y veinte segundos con este regalo—. ¿A que Jeanie es la más lista de todas?

Las demás asienten y sueltan ruiditos tiernos y yo finjo que hago lo mismo, pero en realidad estoy sumamente frustrada por la tremenda metida de pata de Jeanie. Tiene razón; regalar ropa de bebé de tallas más grandes es muy considerado con los futuros padres. De hecho, si se leyó el mismo artículo que yo encontré en internet, las tallas más útiles son las de seis a nueve meses y las de nueve a doce meses. Porque es entonces cuando los regalos dejan de quedarles bien y también cuando el bebé empieza a comer sólidos, con lo que necesitas más ropita para cambiarlo de tanto que se ensucia. Sin embargo, Jeanie no ha podido sortear el último

obstáculo y no ha tenido en cuenta el cambio de estaciones. El peto y el trajecito que le ha dado son ambos de verano, muy ligeros. Por desgracia, no le servirán de nada en diciembre, cuando se los pueda poner. Pobre Nicki. Dos regalos seguidos que no tienen en cuenta las estaciones. Menudo desperdicio. La gente siempre dice que los bebés son un atentado tremendo para los recursos naturales, pero luego van y compran un peto amarillo de pantaloneros cortos en julio, de talla de seis a nueve meses. ¡Será posible! ¿Qué le pasa a esta gente? ¿Por qué todos son una panda de imbéciles? Casi escribo «panda de imbéciles» en la hoja de cálculo, con mi boli peludito, pero me contengo y caigo en la cuenta de que a lo mejor no estoy llevando muy bien todo esto que definitivamente no se trata de un aborto.

El siguiente regalo es una Sophie la Jirafa. Típico. Pero claro, no habrían comprado eso si hubiesen visto los vídeos que he visto yo, de madres que han abierto los muñecos en canal con un par de tijeras y se han encontrado moho negro dentro. Lo anoto en la columna de «Avisar a Nicki sobre los peligros de este regalo», para que sepa que hay riesgo de moho. No debería haber problema si lo limpia con un trapo húmedo, en lugar de sumergirlo en agua. La cuestión es que la letra me sale toda temblorosa y no consigo escribir justo dentro del recuadro correspondiente. Ahora que lo pienso, no estoy respirando de forma muy… eficiente. Hace muchísimo calor, ¿no? Siento que voy perdiendo más y más sangre. Es como si me hubiera bajado la regla, solo que no puede ser la regla porque la prueba de embarazo dio positivo. Si esta sangre termina siendo menstrual, se tratará de un «microaborto», lo que básicamente es un término de Google para aquellas personas tan desesperadas por saber si se han quedado embarazadas que se hacen pruebas demasiado pronto y les da un positivo que termina siendo un aborto que la mayoría ni siquiera notaría porque su ciclo no es regular o porque son tan arrogantes que no se hacen una prueba de inmediato porque su fertilidad no ha sido el aspecto más agonizante de toda su vida… y yo debería empezar a respirar y

anclarme en esta sala, ¿verdad? Porque esto se me está yendo de las manos.

Contemplo a todas las mujeres que tienen su atención centrada en Nicki. Lauren está conversando en voz baja con alguien a su izquierda, con el vigilabebés en el regazo. Se ríe un poco y por fin parece que empieza a pasárselo bien. Steffi, por el contrario, está hecha un ovillo en una silla en un rincón, con la vista perdida en el móvil y cara de pocos amigos. La furia me carcome el estómago. Ah, qué suerte la de Steffi, que no quiere hijos. Su mayor preocupación en la vida es que el mundo la juzgue por ello, cuando ya me gustaría que se diera cuenta de que no tener hijos no es la *decisión* feminista maravillosa y no sé qué carajos más de cada mujer. A algunas se nos obliga a ello. Vuelvo a mirarle la tripa a Nicki, cómo se tensa detrás de la tela de su peto. La única vez que estuve cerca de que mi vientre pareciera tan redondeado y fértil fue el día en que me extrajeron los óvulos. Día tras día, Seth me había inyectado unas hormonas que me volvían incluso más desquiciada de lo normal. La piel se me llenó tanto de moretones que él se quedó sin sitio para pincharme que no estuviese ya moteado de cardenales. Y, no mucho después de ello, cuando mis folículos se hincharon como masa fermentada, se volvió más y más difícil atravesarme la piel con esas esperanzas absurdas que teníamos.

—Casi casi parezco embarazada —dije un día, haciéndome un porrón de selfis en mi bata de hospital antes de que me pusieran la anestesia. Había documentado todos y cada uno de los momentos de mi travesía con la fecundación *in vitro* para juntarlo en una obra multimedia que pensaba subir cuando me quedara embarazada por fin. Era parte de mi proceso de manifestación. Incluso lo había dejado todo editado hasta el momento.

Seth se había colocado detrás de mí en mi habitación de hospital privada y me había levantado con delicadeza la bata para dejar al descubierto mi vientre hinchado. Me dejó un beso en la coronilla.

—Y pronto lo estarás de verdad —me dijo—. Todo irá bien, Charlotte. Ya lo verás.

Pero no debe de haberlo creído realmente, porque la primera ronda de *in vitro* no funcionó, y el que Seth no se hubiese comprometido de verdad con sus afirmaciones fue algo por lo que discutimos cuando vimos que no habíamos obtenido ningún fruto. Del mismo modo que mi cuerpo infértil no producía ningún fruto por algún motivo desconocido.

Ya que estamos, ese es mi diagnóstico oficial.

Infertilidad de origen desconocido.

Un útero que se limita a encogerse de hombros, sin ganas.

Un signo de interrogación donde debería estar el moho de mi Sophie la Jirafa.

Es algo que me rompe el cerebro. Porque todo en la vida tiene una explicación, ¿no? Para eso inventaron Google. Y llevo pensando en tener una familia desde que era pequeña. No había regalo de Janucá que quisiera que no fuese una muñeca. Hasta escogí mi carrera y futuro profesional en función de lo que me iba mejor para ser madre. Ni siquiera me permití follar a mi antojo hasta que conocí a Seth, pues me moría de miedo de que alguien me contagiara clamidia y eso afectara mi fertilidad. Incluso entonces, cuando me acostaba con alguno de mis novios, los obligaba a hacerse dos pruebas de ITS, en dos lugares distintos, antes de tener sexo con ellos. Y siempre con condón, por supuesto. Aún no me puedo creer a lo que están dispuestos a llegar los tipos con tal de follar. Steffi solía preguntarme si me preocupaba estar «pidiéndoles demasiado» a mis parejas cuando los obligaba a quedarse con las ganas mientras llegaban los resultados. Pero, en mi opinión, es ella quien no pide lo suficiente. Sé que cree que es el asunto ese de no querer hijos lo que hace que los hombres no quieran ir en serio con ella, pero se equivoca. El problema es que no se valora de verdad y eso los tipos lo huelen. Steffi hace como que se quiere mucho, con el cuerpazo que tiene y su carrera exitosa y su vida y amigos y sus *¿has visto esta obra que ponen en el teatro y para la que nadie más que yo puede conseguir entradas?* Da la impresión de ser muy feliz por su cuenta, pero el tufo está ahí. Me llega hasta a través de la

pantalla del móvil, vaya. No se sabe valorar. No cree en sí misma. Y eso los hombres lo notan y por eso la tratan como el culo. Yo apenas mido un metro y medio, les «exijo demasiado» a los hombres y aun así se hacen múltiples pruebas de ITS con tal de acostarse conmigo. ¿Y les importa? No. Porque sé lo que valgo y eso genera un magnetismo. Aunque encontrar un marido perfecto no me ha servido de nada para convertirme en madre, todo hay que decirlo.

Me sigue sorprendiendo lo arrogante que me volví cuando creía que iba a ser madre. Cuando Seth y yo comenzamos a intentar que me quedara embarazada, fui lo bastante ilusa como para hacernos esperar hasta diciembre para concebir, de modo que nuestro bebé pudiese nacer en septiembre. Tenía que ponderar el beneficio de por vida que sería que fuese el mayor de su curso en contra de que las salas de maternidad suelen estar hasta arriba en septiembre y que por tanto iba a tener un parto no tan agradable, lo que afecta a la salud mental de la madre y, por consiguiente, también a la disposición que le tiene a su bebé de por vida. También tuve en cuenta el coste del año adicional de cuidados en casa, pero, aun con todo, consideré que las ventajas de que naciera en septiembre superaban a los factores negativos.

—Nuestro bebé tiene muchísima suerte —dijo Seth, después de que le mostrara mi hoja de cálculo y el presupuesto—. Vas a ser la mejor madre del mundo.

Al principio me sentía en mi salsa. Los monitoreos de fertilidad eran como una droga para mí. ¡Había tantísimo por leer! Ventanas de fertilidad, predicciones de ovulación, tomarse la temperatura basal y hacer un seguimiento del moco cervical. Me parecía una locura que algunas parejas simplemente dejaran de usar protección y se imaginaran que iban a tener un hijo por arte de magia. Cuando una solo es fértil cinco días de cada ciclo menstrual. Y luego el óvulo que liberas tiene que ser lo bastante bueno. Y luego el espermatozoide tiene que encontrarse con el óvulo y ese espermatozoide también debe ser de buena calidad. Seth y yo dejamos la bebida por completo durante tres meses antes de

siquiera empezar a intentar concebir. Monté todo un laboratorio en nuestro baño, donde orinaba en unos palitos de ovulación el primer día que me bajaba la regla, a veces hasta tres veces al día. Cuando el primer test me confirmaba que estaba ovulando, casi que estaba demasiado emocionada como para mantener relaciones. Me ponía a bailar por el piso en bragas, agitando mi palito y contándole a Seth lo estupendo que era mi moco cervical. «¡Tiene la consistencia de una clara de huevo!», le decía. «¡Está perfecto! Y mira lo oscura que es la línea».

Es que sabía que, en cuestión de dos semanas, iba a ver un positivo en otra prueba, uno que iba a dar el pistoletazo de salida a mi embarazo. Decretar lo que una quiere conseguir es una parte importantísima del proceso de concepción. Había leído que tanto el cuerpo como la mente tienen que estar listos para concebir. Si estás demasiado metida en un estado de ansiedad, el cuerpo percibe la hormona del estrés y no permite que te reproduzcas.

Lo hicimos todo correcto. Nos acostamos en el momento indicado, múltiples veces y durante los días importantes. Me aseguré de que Seth me ayudara a llegar al orgasmo con mi bala vibradora al terminar, porque las vibraciones hacen que el esperma se desplace más adentro de la vagina. Ya había empezado a tomar ácido fólico, obviamente, y seguía una dieta rica en alimentos que promovieran la fertilidad.

—Acabamos de hacer un bebé —le susurré a Seth durante nuestra primera vez sin protección—. Estoy convencida de que hemos hecho un bebé. Es que lo sé.

Seth me dio un beso en la punta de los dedos.

—Yo también lo creo.

Intentó besarme en los labios, pero me escabullí para levantar las piernas y colocarlas contra la pared. No es que sea un método clínicamente probado que ayude a concebir, pero a veces una tiene que usar el sentido común y la gravedad puede ser tan efectiva como una buena afirmación. Me quedé tumbada patas arriba durante media hora, con los ojos cerrados, y sin dejar que Seth me

dijera nada mientras llevaba a cabo mis visualizaciones. Solo que, dos semanas después, tanto Isaac Newton como El Secreto me fallaron.

—Tiene que ser un error —dije cuando la prueba me indicó que no estaba embarazada.

Lo vi escrito incluso, porque para entonces todavía usábamos las pruebas de Clear Blue. Que sí, que Seth es gestor de fondos de cobertura, pero no tardé en pasar a hacerme dos pruebas al día, durante siete días. Y así cada ciclo, así que el gasto se fue acumulando en un visto y no visto. Conforme nos íbamos desesperando más y más, pasamos del Clear Blue que te da los resultados con palabras a los que solo te muestran dos rayitas. Luego tuvimos que pasar a los de la marca blanca de la farmacia hasta que, al final, empecé a comprarlos al por mayor y de oferta. Lo busqué en internet y resulta que son igual de efectivos, mira tú.

No hay que preocuparse hasta que lleves al menos un año intentándolo en serio, lo sabía. Lo había leído un porrón de veces. Podía hacer falta unos cuantos ciclos, era perfectamente normal. No había por qué entrar en pánico.

—El bebé nacerá cerca de Navidad si nos quedamos embarazados ahora —le dije a Seth durante nuestro cuarto intento —. A nadie le gusta que su cumpleaños caiga cerca de Navidad. Será muy complicado buscar regalo y se juntarán las fiestas. ¿Y si mejor esperamos al próximo mes?

Y, como un idiota, Seth aceptó, por lo que desperdiciamos un valioso mes sin intentarlo.

Un año después, sin ninguna prueba positiva y ningún retraso al bajarme la regla, no podía creer lo arrogante que había sido. Me quedaría con un bebé que hubiera nacido el 31 de agosto y le pondría profesor particular. El sexo dejó de ser algo que los dos disfrutáramos porque nos queríamos, y se convirtió en una tarea más. Hacerlo cada día durante cinco días seguidos de cada mes, porque sabíamos que teníamos que hacerlo, hizo que se perdiera la magia. Si bien Seth está muy bien entrenado en cuanto al cuidado

emocional poscoital, empezó a irse a duchar justo después de follar, cuando yo usaba mi vibrador para correrme, en lugar de tratar de compartir la experiencia conmigo. Y la verdad es que a mí me daba igual, de tan concentrada que estaba por llegar al orgasmo. A veces me tiraba allí quince minutos, con el vibrador al máximo, pero sin poder encontrar el alivio porque sabía lo crucial que era y ya me imaginaba otra prueba de embarazo negativa. Al principio me resistí a hacernos pruebas de fertilidad porque estaba decidida a confiar en el proceso. No me entraba en la cabeza que algo pudiera ir mal. No cuando se suponía que tenía que ser madre más que cualquier otra cosa en la vida.

—A ver, Charlotte —me dijo Seth el día que por fin acepté ir a una consulta de la calle Harley, con sus grandes manos envolviendo las mías como si fuesen una bufanda—. Las pruebas de hoy no son como las del instituto. Son solo análisis exploratorios para ver nuestra biología, cosas que no podemos cambiar sobre nosotros mismos, que no son culpa nuestra. No son algo que vayamos a aprobar o suspender ni por lo que nos vayan a poner nota.

Y yo me eché a reír. Me hacía ilusión hacerme los exámenes. Porque encontrarían una solución sencilla para un problema sencillo. Para el final del día, sabría por qué no habíamos podido concebir y qué teníamos que hacer para solucionarlo. Cruzaba los dedos por que se tratara de un quiste ovárico benigno. Algo que se iría con una simple intervención quirúrgica y ya está.

—Es como si no me conocieras —me burlé.

—Una vez te vi llorar después de una revisión de la vista.

—Eso fue culpa de la frustración. Te piden que leas todas esas letras y luego no te dicen si lo has hecho bien o mal. Es horrible.

Me besó en la frente. Por aquel entonces, Seth me besaba mucho en la frente en lugar de en los labios. Porque cualquier cosa que fuera siquiera mínimamente sexual parecía una obligación.

—Venga, mi pequeña empollona. Vamos a que nos escaneen de pies a cabeza.

Análisis de sangre para absolutamente todo. La enfermera me

sacaba un tubito tras otro, sin parar. Le hice un repaso exhaustivo a una médica experta en sexualidad, quien me dio su aprobación ante mi política estricta de siempre usar condón. Una ecografía transvaginal, que básicamente es como que te metan un consolador con una cámara en un extremo.

—¿Algún quiste? —le pregunté al técnico, por mucho que no se suponía que pudieran darte los resultados en aquella sala.

—Nada todavía.

—¿Un pólipo? ¿Puede que eso de ahí sea un pólipo? —Señalé la pantalla, con el corazón acelerado al ver un tramo más oscuro.

—No, es tu ovario.

—¿Y le ves algún quiste?

—No que yo vea, no…

—Bueno, a ver el otro. Crucemos los dedos.

El tipo me miró raro y procedió a no encontrar nada malo en mi otro ovario.

Es muy raro de lo que una se pone celosa cuando no puede concebir. Quistes en los ovarios, pólipos…, cosas que normalmente serían un motivo de preocupación muy doloroso son algo que ansiamos porque así al menos habría una explicación. Una semana después nos dieron los resultados… y no habían hallado nada de nada. No había ninguna razón aparente por la que no pudiéramos concebir. Cuando llamé llorando a Lauren una noche para contárselo, me dijo que al menos tenía la «suerte» de que pudiéramos valernos del seguro privado de Seth para hacernos todas esas pruebas. Que era un «privilegio» poder saber que ambos estábamos perfectamente sanos. Un «privilegio» que pudiésemos optar por la vía de la fecundación *in vitro* de forma privada en lugar de tener que resignamos a la lista de espera de la sanidad pública.

Supongo que fui muy «afortunada» de que pudiéramos permitirnos tres rondas de *in vitro* antes de rendirnos. Tres veces tuve la «suerte» de montarme en semejante montaña rusa hormonal que hacía que los dolores menstruales que sufría antes de eso no fuesen nada en comparación. Tuve la «bendición» de hacer

pis en un palito después de cada implantación y que me cobraran ocho mil pavos por la gracia solo para que el resultado siempre fuese negativo. Lo que he aprendido desde mi odisea con la infertilidad es que la suerte y el privilegio son un entramado caótico de preocupaciones sin lógica alguna. En mis momentos más oscuros, creí que las mujeres que habían perdido a sus hijos antes de nacer eran «afortunadas» porque al menos ellas sí que habían sabido lo que era quedarse embarazadas. Las mujeres que tenían problemas de fertilidad que podían ser explicados por la ciencia eran «afortunadas» porque al menos cabía la posibilidad de que un tratamiento las curara. Sin embargo, yo era «afortunada» porque podía permitirme pagar las pruebas que me decían que todo parecía ir bien con mi salud. Algunos podrían decir que tenía «suerte» de estar sana y que, por tanto, podía cruzar los dedos para que mi infertilidad solo fuese una peculiaridad de la estadística; que el espermatozoide y el óvulo simplemente no lograban coincidir en mi útero, como los protagonistas de una comedia romántica que sabes que terminarán cruzándose el uno en el camino del otro antes de que acabe la película. Tengo «suerte» de ser hetero, porque así al menos puedo probar valerme del método tradicional. Tengo «suerte» de no ser un hombre gay, donde el único útero disponible es mediante la gestación subrogada, y entre ellos solo los «afortunados» se pueden permitir pagarle a una mujer en el extranjero. Algunas mujeres en los foros de infertilidad se mostraban devastadas cuando no podían quedarse embarazadas de su segundo hijo, pero para mí tenían la suerte de haber tenido al menos uno. Cuando Lauren se quedó embarazada, afortunada ella, las cuatro fuimos a cenar y, al volver del lavabo, la oí de casualidad diciéndole a Nicki y a Steffi que no había esperado quedarse embarazada tan rápido. Me quedé escondida detrás de una columna en lo que ella se mordía el labio y confesaba que seguía en *shock* y que estaba un pelín en pánico por lo rápido que había concebido.

—Nos dijeron que nos llevaría meses —se quejó, sin probar la comida porque la muy zorra tenía náuseas por el embarazo—.

Siempre nos meten miedo diciéndonos que, una vez que cumplamos los treinta, a nuestros óvulos les van a salir telarañas. —Suspiró—. Sé que debería dar las gracias por la suerte que he tenido, sobre todo con lo que está pasando la pobre Charlotte, pero es que ha sido todo muy de golpe y porrazo. Aunque no puedo decirle nada de eso a ella, claro… —Entonces me había visto y yo hice como que acababa de llegar. Siempre animada y comentando que debíamos hacernos un selfi en el baño porque los espejos eran increíbles. Cuando, para mis adentros, lo que quería era ponerme a gritar.

Nicki abre otro regalo. Como imaginaba, ha empezado a acelerar al darse cuenta de todos los que le faltan todavía. He dejado de hacer fotos, aunque debería tomar más. No querrá que quede nada sin documentar. Solo que, mientras noto que sigo y sigo sangrando sobre mi compresa improvisada, el pánico me inmoviliza en mi sitio.

¿Cómo se me ocurre sentir envidia de algo así? De esta angustia. De la pérdida insuperable si resulta que termina ocurriendo lo peor.

He sido muy horrible al pensar eso sobre los abortos. Ahora lo sé. Por aquel entonces también lo sabía, mientras lo pensaba, pero la experiencia de ver el positivo en la prueba, de saber que llevas un bebé dentro de ti, de saber cuándo nacerá… lo real que resulta todo. Y saber que podría perderlo… No. No puede ser. En serio que no. Lo lamento muchísimo. Retiro todo lo dicho.

Nicki alza una toalla de color amarillo pastel con diseño de patito y la capucha con pico y todas sueltan soniditos de ternura como es debido. Tengo que ponerme en modo estratega. Si empiezo a sangrar más, tendré que irme antes. Si resulta que empiezo a sangrar más, es obvio que el hacer que hoy salga todo perfecto no ha complacido lo suficiente al universo. Me muerdo el labio y considero si debería llamar a Seth y hacerlo entrar en pánico al contárselo. Pero mejor no. Aún no. Puedo resistir porque no es nada serio. Al final va a ser que no era nada. Pero necesito un plan de emergencia, por si acaso.

A mi izquierda veo que Lauren y la tal Phoebe que no dejaba de llamar a la puerta del baño se han puesto de pie y se han acercado

al ponche. Anoto la toalla de patito a toda prisa y salgo corriendo hacia ellas.

Las pesco mientras se toman su tiempo con las bebidas. Lauren ha echado la cabeza hacia atrás en una carcajada y parece una mujer completamente distinta a la que era antes de la siesta de Woody.

—Hola, guapas —empiezo, preguntándome por qué sueno como si fuese la versión caricaturizada de mí misma—. ¿Tenéis un segundín?

Intrigadas, ambas dejan sus vasos y las conduzco hacia la cocina, donde Nicki no pueda verlas.

—¿Va todo bien? —pregunta Lauren.

—No me digas que las peonías se están marchitando —dice Phoebe—. ¡No veas que desastre sería!

Por mucho que sepa que me está vacilando, de verdad sería tremendo desastre, porque aún tenemos otra ronda de fotos que tomar frente al mural cuando el *baby shower* se convierta en un *gender reveal*. El que no se hayan marchitado aún es a) un milagro, y b) gracias a que he estado rociándoles agua cada vez que tenía un respiro.

Paso de ella y voy directa al grano.

—No pasa nada grave, es que puede que tenga que irme un pelín antes de lo que tenía pensado. Pero tengo una sorpresa planeada y necesito que alguien me eche un cable con ella si resulta que sí que tengo que irme.

Lauren me apoya una mano en el hombro y ladea la cabeza.

—¿Ha pasado algo? —Sabe perfectamente que alguna hecatombe ha sucedido si yo tengo que salir corriendo justo hoy. Noto un pinchazo de cariño por ella en el fondo de mi ser al ver lo bien que me conoce.

—No, no, es mi abuela —miento, y procedo a preocuparme por estar dictaminando sin querer la muerte prematura de mi querida yaya—. Estoy esperando a que me avisen, pero no se va a morir —añado, solo para que el universo sepa que no estoy dispuesta a

lanzar a mi yaya a los lobos solo para salirme con la mía con una mentirijilla de nada—. Pero… la fiesta de hoy tiene una sorpresita extra.

—¡Un *stripper*! ¡Lo sabía! —dice Phoebe, aplaudiendo, y tengo que contenerme para no darle un pisotón a esta mujer tan obtusa.

—De hecho, la sorpresa es que Matt va a venir —le informo. La sonrisa de Phoebe desaparece y no tengo tiempo para analizar a qué se debe.

—Vaya…

Les cuento los detalles en el menor tiempo posible.

—¿Os acordáis de que Nicki siempre anda diciendo que no quiere saber si el bebé será niño o niña?

—Lo que no quiere saber es el sexo del bebé —me interrumpe Phoebe—. El bebé decidirá cuál es su género cuando crezca, no tenemos cómo saberlo.

—Sí, ya, eso. —Sacudo la cabeza—. A lo que voy es que Nicki solo intentaba dárselas de guay, pero se muere de ganas de saberlo. Así que Matt y yo llamamos al hospital para que nos dieran los resultados de la ecografía que se hizo a las veinte semanas. Saldremos a por la piñata y entonces aparecerá Matt y ¡tachán! Tengo el petardo para el *gender reveal* escondido en la terraza para cuando llegue el momento de la sorpresa. ¿A que es una pasada?

Les cuento a qué hora debe ser cada cosa, sin perder tiempo. Que el futuro padre está de camino y que vamos un pelín tarde ya. Señalo la ventana.

—Lo único que necesito es que una de vosotras…, cuando llegue Matt y… La bomba de humo está justo ahí. Ya le he quitado la tapa y la he escondido en la terraza, con la anilla hacia arriba. Lo único que hay que hacer es tirar de ella y con eso se activa y sale el humo. Hay un cubo de agua justo al lado. Cuando se pare, porfa metedla en el cubo porque el calor que hace afuera es infernal. —Paro para respirar—. Pero lo más probable es que no tengáis que hacer nada de esto porque a mi yaya no le va a pasar nada. Nada de nada —añado. Les dedico una sonrisa de oreja a oreja en lo que ambas van

asimilando sus nuevos papeles. Papeles que no tendrán que llevar a cabo porque todo irá la mar de bien, ya verás tú que sí.

PRUEBAS RECUPERADAS DEL CHALET VERDEGAL

PRUEBA NÚMERO 24
Catéter rectal para bebés totalmente carbonizado que se encontró entre las cenizas del Chalet Verdegal. El artefacto, que se presupone que era uno de los regalos, hace las veces de un acordeón a la inversa para ayudar a que el infante expulse gases mediante la cavidad anal.

PRUEBA NÚMERO 27
Escultura quemada de lo que parece ser una vagina humana hecha de alambres. Según los testigos, estaba colgada por encima de la bomba de humo que provocó el incendio.

PRUEBA NÚMERO 32
Un «palo para selfis» extensible y chamuscado, probablemente usado para hacer las fotos grupales de las principales sospechosas.

NICKI

Vale, ahora sí que se nos ha ido de las manos. De las manos y de los pies y de todo. Hay tantísimas cosas. Tantas que no se acaban nunca. La pila de regalos no baja. Es como el cuenco de gachas mágico del cuento, solo que no deja de desbordarse y soltar trajecitos de bebé y cosas de muselina y toallitas, y todo parece venir decorado con un pato o con un elefante. Y mi bebé va a usar estas cosas. Voy a meterlo dentro de todo esto. El bebé que tengo en la panza que va a salir un día de estos para volverse un bebé de verdad al que voy a tener que cuidar hasta el final de los tiempos, embutido en su trajecito de elefante con putos elefantes por todos lados, y voy a tener que asegurarme de que no se muera, siendo que la voy a palmar de todos modos en el parto, no sé yo cómo voy a llegar a todo y esto me sobrepasa. Es demasiado y hace demasiado calor y yo estoy demasiado embarazada y lo único que quiero es que todo el mundo se largue e irme a dar un baño de agua fría y llorar y llorar porque ya he sacrificado demasiado por este bebé. He renunciado a Phoebe por este bebé. Y ahora me muero de miedo y quiero devolverlo.

Es que no me esperaba a Phoebe aquí. Es una mujer real y que respira, guapísima, magnética y con un corazón que late, una persona a la que amaba y a quien nunca podré llegar a conocer como quiero por culpa del bebé que llevo dentro. Es una vida que pude haber llevado. Todo era más sencillo cuando Phoebe no era más que un recuerdo. Una idea que llorar. Había olvidado que no

puedo dejar de mirarla. Cómo me hace reír. Que, cuando estamos en la misma sala, unas partes escondidas parecen liberarse en mi interior; unas que me vuelven más divertida, menos tradicional. No soy solo Nicki, la que parece el prototipo de chica normalita, que solo sale con chicos sensatos y tiene el trabajo más sensato y nunca en la vida lo ha hecho en la postura del 69 ni ha visto porno ni le gusta beber porque la resaca del día siguiente no lo vale. Con Phoebe me vuelvo subversiva…, coqueta…, impredecible…, divertida…

… hasta que lo mandé todo al cuerno para hacer finalmente lo más predecible del mundo.

—Ay, vaya. Muchas gracias. ¿Qué es? —pregunto, alzando lo que solo podría describir como un «cacharro». Al sostenerlo, de pronto parece multiplicarse y ahora tengo dos de ellos. Dos cacharros plateados que parecen una especie de condón de metal enrollado.

—Son protectores de plata para el pezón —me explica Jenny, una compañera de trabajo que se ríe ante mi ignorancia—. Según parece son lo más. Todas las instamamis los usan. Te los pones en el sujetador después de dar la teta y parece que la plata libera irnos microbios que impiden que te dé mastitis.

—Anda… —Meto rápidamente uno en mi sujetador de maternidad, sobre uno de mis pechos sensibles y de pronto es como si tuviera pezones robóticos—. No sabía.

Charlotte, a mi lado, parece que va a entrar en combustión espontánea en cualquier momento.

—Pero qué regalazo —casi que grita—. He leído sobre ellos y son una pasada. Muy bien hecho.

Se ha puesto a anotar con mucho cuidado cada cosa que recibo y de parte de quién, lo cual es un detalle muy bonito, aunque también está aguando un poco la fiesta al hacer que todas anoten su dirección y el intercambio hace que parezca que estamos haciendo deberes. Me pongo el otro protector y descubro con horror que apenas consigo hacer que encajen. Sabía que los pechos me iban a crecer y se iban a volver más pesados con el embarazo, pero nadie

te cuenta que a los pezones también les pasará lo mismo y terminarás con lo que parecen ser un par de pulgares asomándose desde el interior de una hamburguesa. En lo que estoy en ello, Phoebe regresa de la cocina con Lauren, con un vaso grande de ponche en la mano. Me ve los enormes pezones que se asoman nada discretos desde debajo de mi sujetador y me guiña un ojo haciéndome una especie de chasquido con la lengua. Me sonrojo y me los quito de un tirón.

—Vale, ¿siguiente? —pregunto, intentando permanecer en el presente, en esta sauna abarrotada, en lugar de perderme por otro tobogán de recuerdos inservibles.



Matt se puso hecho una furia cuando le conté lo de Phoebe. Muchísimo más de lo que imaginaba. Nos había preparado una taza de té a los dos para explicarle lo sucedido y por qué nuestro matrimonio había llegado a su fin. Las cosas entre nosotros habían estado tan muertas desde hacía tanto tiempo que daba por hecho que se mostraría aliviado, pero, en su lugar, parecía a punto de explotar.

—¿Cómo que la besaste? ¿Me has puesto los cuernos? ¿Todas esas noches que pasabas con ella? ¿Os lo estabais montando? —Se puso a caminar de aquí para allá en nuestro salón, apretándose las manos contra la cara y haciendo que las paredes de nuestro piso recién construido temblasen.

—No creía que te fuese a afectar tanto —conseguí articular entre mi mar de lágrimas.

En cuanto se lo conté, me puse a llorar por este final inesperado que estaba sufriendo nuestro matrimonio. Porque lo nuestro había acabado. Era inevitable. Era imposible que las cosas fueran bien entre nosotros cuando yo sentía lo que sentía por Phoebe. Eso era lo que me había dicho ella. Mensaje tras mensaje, para explicármelo todo y ayudarme a encontrarle sentido. «La luz solo se cuela entre

las grietas», me había dicho. «No te sientas culpable, Nicki. No te sentirías así si vosotros dos estuvieseis destinados a estar juntos».

—¿Por qué coño no me iba a afectar? Mi esposa me ha estado poniendo los cuernos y ahora resulta que es lesbiana. Yo diría que eso le afecta a cualquiera. Espera, ¿se supone que tengo que felicitarte por haber salido del armario o algo? —Hizo una reverencia con todo y floritura—. Enhorabuena por haber crecido como persona, Nicki. Eres una valiente.

—No seas capullo.

—Tú me pones los cuernos ¿y el capullo soy yo?

—Fue solo un beso.

—¡Pero si me has dicho que estás enamorada de ella!

—Ya, pero te lo estoy contando antes de hacer nada.

—Anda. Qué suerte la mía. No sabes cómo te lo agradezco.

Matt se volvió y se puso a ir de aquí para allá de nuevo, con lo que las paredes parecían sacudirse a nuestro alrededor, y la cara se le enrojeció por la furia. Nunca lo había visto tan ofuscado, tan encendido. Y la verdad es que me ponía un poquitín. De hecho, era la primera vez que me parecía atractivo en años. Como lo iba a perder, todos sus rasgos me parecían igual de atractivos que en un principio. Esa mandíbula afilada, las pecas que le decoraban el lado izquierdo de la cara como un sendero, el trocito de piel que se le asomaba en medio de una ceja, el verde intenso de sus ojos en contraste con sus pestañas tan oscuras. Me eché a llorar más aún, lo que sabía que no era justo para él. Pero no podía creer cómo iba a echar a perder nuestra vida de ese modo. Matt y yo no sabíamos cómo ser adultos sin el otro. Nuestras vidas se habían entrelazado de forma maravillosa hacía muchísimo tiempo. Hasta nuestros padres se habían ido de vacaciones juntos. Nuestra separación iba a ser algo tan atroz, humillante y confuso… y, de pronto, lo único que quería hacer era follarme a mi marido. Claro que, con la furia que notaba vibrando en su interior, me moría de miedo de dar un paso hacia él siquiera.

—Es que no me lo creo —dijo con tanto ímpetu que casi pareció

escupir las palabras—. Después de lo que me has atormentado durante todos estos años con lo que pasó con la puta Steffi… ¡Cuando ni siquiera sabía que existías aún! Y tú poniéndome los cuernos todos estos meses…

—No mezcles las cosas.

¿Qué hacía defendiéndome? ¿Y él por qué metía a Steffi en el meollo? ¿Qué hacía pensando en Steffi en aquel preciso momento? ¿Qué coño tenía que ver ella en esto? Uno de mis peores miedos era que Matt hubiese terminado casándose con Steffi si no me hubiese conocido. Me preocupaba que hubiese algo más entre ellos… allí en el fondo… cada vez que se veían. Me repateaba que ella también supiese qué sonidos hacía él al correrse. Me repateaba que supiera lo bien que besaba. Lo grande que tenía la polla (bastante más de lo que una podría esperar, siendo que era un canijo). Me repateaba que, técnicamente, en términos de ITS, había pasado a acostarme con todas y cada una de las personas a las que Steffi se había follado, lo cual, todo sea dicho, es bastante más que la media.

—Claro que no es lo mismo —dijo—. Porque yo no hice nada malo al acostarme con Steffi. Mientras que lo que tú has hecho es adulterio puro y duro.

—No me di cuenta de lo que hacía. —Sollocé más fuerte, abrazando un cojín del sofá para impedirme ir a abrazarlo.

—Ah, sí, claro. Había olvidado a tu lesbiana seductora.

—No hables así de ella.

—¿Te das cuenta de lo injusto que es esto? Si yo te hubiese engañado… Si hubiese conocido a una tipa en el trabajo y hubiese pasado todas esas noches durmiendo con ella en su puta cama y luego la hubiese besado para terminar contándote que estoy enamorado de ella… es que no habría más vueltas que darle. El capullo soy yo y ella sería la zorra. Pero no… No con esto. Porque de algún modo Nicki la perfecta sigue siendo la más perfecta del mundo… ¿Y sabes una cosa? No. Que te den, Nicki. En serio, vete a la mierda. —Me eché hacia atrás. Era la primera vez que me hablaba de ese modo y sus palabras me dejaron una herida de bala.

Y entonces se marchó. Se marchó antes de que pudiese contarle el resto de la historia, lo que lo habría ayudado a entenderlo todo. Lo que le habría hecho entender que yo no era culpable. No era culpa mía. Aún quería que me quisiera, que me amara. Que me escuchara y comprendiera lo que le decía. Que me consolara. Como había hecho todos estos años al protegernos. Incluso cuando le había exigido ciertas cosas poco razonables, sí, como que tenía prohibido hablar con Steffi cuando quedábamos todos… Matt siempre me había escuchado y se había puesto de mi parte para proteger nuestra relación. Solo que el escudo con forma de Matt se había hecho pedazos y estaba en nuestra habitación metiendo sus camisas en una mochila antes de pasar por mi lado en dirección al baño para ir a por su cepillo de dientes y el gel de ducha, mientras farfullaba algo sobre que iba a quedarse con Seth un tiempo.

—No puedes quedarte con ellos —exclamé a gritos—. Charlotte va a saber lo que pasa.

—Ya no me puedes decir qué hacer. —Si bien estaba a casi un metro de distancia, su saliva me llegó hasta la cara.

Me dejé caer sobre la alfombra entonces, cualquier cosa con tal de detenerlo. Era obvio que no se iba a ir si me veía así de angustiada, ¿verdad? Se dejaría caer de rodillas y me daría un beso para arreglar las cosas. Seguía queriéndolo, a pesar de que también quería a Phoebe. Lo que sentía no tenía ninguna lógica y solo se me habían concedido veinticuatro horas para vivirlo. Antes de hablar con Matt, le había dicho a Phoebe que entre nosotras no podía pasar nada.

Phoebe:
Por supuesto que no, nena. Entiendo que quieras hacer las cosas bien, es algo que me encanta de ti. No pedimos que pasara esto, así que pienso esperar lo que haga falta. Sé que no es poca cosa. Nunca dejaré de esperarte. Te mando un beso.

Solo que Matt sí que se marchó. De hecho, se marchó con semejante brusquedad que un cuadro se cayó de la pared cuando cerró de un portazo. Me quedé en el suelo, en la posición más grácil que pude, esperando a que volviera de dar una vuelta a la manzana para calmarse. Me obligué a seguir llorando, incluso cuando notaba que se me iban acabando, porque quería que viera las lágrimas recién derramadas cuando volviera y se sintiera culpable por hacerme esperar tanto para hablarlo. Porque Matt no podía dejarme así sin más. Era mi marido. Me quería. Nunca me había dejado. Parte de lo que lo volvía un incordio era lo entregado que era conmigo. Nunca había tenido que preguntarme qué sentía por mí. La única emoción que vivía era cuando teníamos que ver a Steffi y me entraban pensamientos intrusivos de ellos dos follando, lo que me ponía enferma a la vez que me daban ganas de tirármelo en cuanto poníamos un pie en casa.

Pero esa noche sí que me dejó. Se fue y no volvió hasta dos semanas después.

Y eso, de algún modo, lo cambió todo.



Le echo otro vistazo a Phoebe, porque el magnetismo que nos une sigue siendo igual de fuerte. Por primera vez en lo que va de este tercer trimestre, casi que olvido al bebé que se me retuerce en la panza y me permito sumergirme en la fantasía de lo que habría sido la vida si hubiese tomado una decisión diferente. Una vida con Phoebe. En el este de Londres, saliendo de fiesta casi todas las noches, descubriendo mi sexualidad, explorando, tocando, probando, jadeando. ¿Quién sería si no tuviera frenos? Si me soltara la melena. A lo mejor viajaría. Sería espontánea. Molaría… Tendría una vida como la de Steffi…, llena de aventuras. Phoebe me devuelve la mirada. Me guiña un ojo de nuevo y, con eso, sé que ha venido a liarla. Es evidente. De lo contrario, ¿a qué ha venido? ¿Va a contarle a todo el mundo lo nuestro? ¿O es que solo ha venido para

meterse conmigo? Para recordarme lo que me he perdido. ¿Sabrá que tan solo con su presencia ya me saca de mis cabales? Nunca se vengó, por mucho que haya tenido razones de sobra para hacerlo. La traté tan mal como lo hice con Matt, mientras me regodeaba durante dos semanas en mi propio egoísmo. ¿Qué es lo que quiero? ¿Qué es lo mejor para mí? ¿Hay alguna forma de tener ambas cosas?

Fui muy injusta con ella.

Fingí haber caído con una gripe horrenda para que me dieran una baja de dos semanas en el trabajo y le mandé un mensaje para decirle que necesitaba espacio. También le escribí a Matt para decirle que no iba a ver a Phoebe. No pensaba aumentar mi traición mientras resolvía las cosas.

Y él me contestó con esto.

Matt:
Tómate tu tiempo, pero que sepas que no pienso esperarte toda la vida. Sé que no me merezco a alguien que tenga que hacer de tripas corazón para estar conmigo. No solo estás mandando tu vida a la mierda, Nicki, sino la mía también. La nuestra. La que hemos ido construyendo, paso a paso, durante más de diez años. Pero no pienso rogarte que no me dejes. Ya te has burlado de mí lo suficiente. Sé que quieres que te ruegue, pero no lo haré.

Tenía razón. Porque me conocía a la perfección. Sabía cómo funcionaba mi cerebro egoísta. Me descolocaba muchísimo que no estuviese de rodillas en la puerta, llorando y suplicando que lo eligiera a él. Por mucho que conociera mi lado más oscuro, siempre me había escogido de todos modos. Y después de ese mensaje añadió:

Matt:

Piensa bien qué vida quieres, y si eso es algo que esa mujer puede darte. A largo plazo, no ahora mismo. Te veo como a la madre de mis hijos, Nicki. La familia que tendré para siempre. Pero eso lo puedo tener con cualquier otra mujer... ¿Puedes decir lo mismo de Phoebe?

Leí y volví a leer ese último mensaje quizás unas mil veces, sin poder creer lo bien que Matt me conocía. Antes de que Phoebe empezara a trabajar en la oficina, ya habíamos hablado sobre tener hijos. Por primera vez desde que la conocí, recordé esas conversaciones y lo... emocionantes que habían sido. En serio, ¿qué había hecho? ¿Qué me pasaba? ¿Qué iba a hacer? Lo peor de mi agonía era lo sola que estaba en medio de ella. Al final, Matt no había ido a casa de Charlotte, sino que se había quedado con David, su amigo soltero que vivía en Canary Wharf. Nadie en mi vida sabía de la existencia de Phoebe y me daba demasiada vergüenza contárselo a alguien, de modo que me quedé pudriéndome en mi piso embutida en un pijama asqueroso, dejándome llevar por la vergüenza. ¿Qué era lo que me avergonzaba tanto? ¿El engaño? Aunque seguía intentando tranquilizarme al decirme que no sabía que estaba siendo infiel. ¿El hecho de que quizá fuera lesbiana? Solo que no estaba segura de serlo. No quería salir con chicas, solo quería a Phoebe, lo que me hacía sentir al estar cerca de ella. Quería contárselo a las Mujercitas, pero entonces Steffi lo sabría y no soportaba la idea de que supiera que la armadura que era mi matrimonio con Matt tuviera grietas. Imaginaba la satisfacción que sentiría la condenada al vernos fracasar. Durante aquellas horribles noches en las que no podía pegar ojo, mientras daba vueltas y vueltas en mi cama vacía, sujetándome la cabeza en un intento por calmar el zumbido que me generaba tomar decisiones, le echaba sal a la herida al imaginarme a Steffi y a Matt juntándose si al final lo dejaba para irme con Phoebe. Lo mismo terminaban casados y era

ella quien se convertía en la madre de sus hijos…, no yo.

Esa palabra.

Hijos.

Esa idea.

En mis treinta años, siempre había visto a Matt como el padre de mis hijos.

Mientras me las arreglaba sin pizca de ayuda para solucionar el tremendo marrón que había causado, me pasé los días casi como un animal salvaje, en cama, ampliando más y más una búsqueda de Google que se terminó convirtiendo en un sendero interminable hacia el desasosiego.

¿Puedes ser lesbiana y no saberlo?

¿Soy lesbiana?

¿Cómo folian las lesbianas?

¿Puedes estar enamorada de dos personas a la vez?

¿Soy bisexual?

¿Debería dejar a mi marido?

¿Qué se considera una aventura?

Porno de lesbianas

Porno de lesbianas para lesbianas no para hombres

He tenido una aventura emocional

¿Cómo escoger entre dos personas?

Menú de comida para llevar de Deliveroo

¿Cómo tienen hijos las lesbianas?

¿Cómo tener hijos con donante de esperma?

Tasa de éxito de embarazo con donación de esperma

Tasa de éxito de fecundación *in vitro*

¿Cuánto cuesta la fecundación *in vitro*?

Leí muchísimo sobre la reproducción asistida y cuántas rondas debes financiar con tu bolsillo si eres una pareja de lesbianas antes de que califiques para recibir ayuda de la sanidad pública. También empecé a entender lo que había sufrido Charlotte durante estos dos últimos años. A las dos de la madrugada, me pasé un buen rato viendo videodiarios de extracciones de óvulos y un escalofrío me

recorría cada vez que veía las fotos de los vientres hinchados y moteados de los moretones que habían dejado los pinchazos, preguntándome cómo habría hecho Charlotte para mantener esos niveles casi enfermizos de optimismo mientras sufría tres rondas de eso. Cada vez que le preguntaba cómo estaba, se ponía esa careta de sonrisa falsa y me decía que tenía muchas esperanzas con esta última ronda o que al final todo valdría la pena y todas esas chorradas motivadoras tan típicas de ella. Pero entonces caí en la cuenta de lo devastador que tenía que haber sido para ella, lo caro, invasivo, desalentador y, joder, jamás había pensado en la putada que era congelar tus óvulos. ¡Las estadísticas eran horrendas! Lo único que había pensado a los veinte era: *¡Congela tus óvulos! ¡Todo irá bien si congelas tus óvulos! ¡Si consigues trabajo en Meta, te dejarán congelar tus óvulos! Puedes esperar hasta cumplir ochenta y dos para tener hijos, siempre y cuando congeles tus óvulos*. Tenía toda la pinta de ser una especie de tratamiento de lujo en un *spa*. Algo que podías meter entre una cita para que te borraran las pequitas que te habían salido por el sol y un masaje de hombros, cuello y espalda. Cuando en realidad era una intervención médica de las chungas, que incluía anestesia general, una pesadilla de inyecciones y hormonas e incluso entonces… ¿solo un treinta por ciento de posibilidades de que eso se convirtiera en un bebé? Además, tenías que pagar trescientos cincuenta pavos cada año si querías que los bichos esos se mantuvieran congelados.

Cerré el portátil de golpe.

—Ni siquiera sabes si quieres tener hijos —me susurré a mí misma—. Y no hay nada peor que tenerlos con la persona equivocada.

En cierto modo, no estaba sola del todo. Porque Phoebe no me dejaba tranquila de tanto mensaje que me mandaba día tras día.

Phoebe:

¿Cómo estás? Estoy pensando en ti.

Lo siento mucho, sé lo difícil que es todo esto.

Te paso un artículo de homofobia interiorizada que creo que te ayudará.
Te quiero.
Te echo de menos en el trabajo.
Cómo me gustaría que me llamaras.
Sé que quieres que te dé espacio, pero me estoy volviendo loca, Nicki. Perdona, es que... Nada, nada.

Una noche que claramente se pasó de copas, se puso a insultarme y a amenazarme.

Phoebe:
Mira, sé que tienes miedo, pero ¿no te da más miedo pasarte toda la puta vida aburrida como una ostra?
¿Te da miedo follar? Porque podemos ir despacio.
¿Sabes qué te digo? Que te den por no dignarte siquiera a contestar los mensajes. No es justo. ¿Por qué eres tú quien lo decide todo? Anda, a la mierda. Tengo a una tipa aquí en el bar que casi se me lanza encima.
Dame una razón para no irme a follar con ella.
Me la voy a follar. Vete a la mierda.
No me la he follado. No he podido. Perdóname. Porfa, date prisa y decide de una buena vez.
Pienso dejar el trabajo si no quieres estar conmigo.
No podría verte todos los días, sería demasiado doloroso.

Pasé de todos sus mensajes. No me digné ni a contestarle y los borré todos. Cada mensaje que me mandaba Phoebe hacía que todo fuese tan real que el cerebro me hacía cortocircuito, así que terminé apagando el móvil, con ganas de enterrarlo bajo un montón de arena.

A diferencia de ella, Matt solo me escribía de vez en cuando, para

asegurarse de que estuviera bien, pero más que nada para cerciorarse de que estuviese regando las plantas y para preguntarme si había llegado algún paquete para él. Semejante desparpajo hizo que se me helara la sangre. Matt siempre había sido el hombre más cariñoso del mundo. Me torturaba recordando cómo me había sentido al conocerlo. Ese chico canijo y tímido que se rascaba la oreja en nuestra cocina y se había echado a reír cuando había hecho una broma de que Jigglypuff parece un ovario cabreado. Cómo no dejó de mirarme a los ojos desde que Steffi bajó vestida con ese pijama diminuto tan hortera, sin darse cuenta del papelón que estaba haciendo y de que había llegado demasiado tarde. Solo nos había hecho falta una hora para enamorarnos, para saber que yo era la persona perfecta para él. Él mismo me lo había dicho. Una y otra vez, año tras año. Mientras disfrutábamos de nuestra relación y de lo felices que éramos, de todo el sufrimiento que nos habíamos ahorrado al ser lo bastante afortunados como para encontrarnos el uno al otro tan pronto. ¿A dónde se había ido ese Matt? ¿Acaso lo había perdido para siempre? Después de pasarme meses quejándome de lo aburrida y apacible que era mi vida con él, había echado todo a perder en cuestión de una sola noche. Quizá la hubiera destruido para siempre. Y esta incertidumbre ya no me parecía tan emocionante como creía que sería.

Pese a que jamás tendría tiempo suficiente para tomar esta decisión, la vida me metió prisa. Los de la oficina me escribieron para preguntarme cómo estaba y para recordarme, con educación, que si necesitaba más tiempo iba a tener que presentar un parte de baja. El correo me llegó un viernes y me esperaban al lunes siguiente. Tenía setenta y dos horas para decidir el resto de mi vida y aún ni pajolera idea de qué hacer. Esa noche me tocaba ir a cenar con las Mujercitas. Creía que iba a cancelar, pero caí en la cuenta de que no había conseguido nada al recluirme como una ermitaña durante dos semanas, de modo que me arrastré hasta la ducha, me puse un peto y me subí al metro, parpadeando ante las luces que se reflejaban en South Bank conforme iba de camino al Wahaca.

Cuando teníamos veintipocos siempre quedábamos ahí, creyendo que beber margaritas cerca del Támesis era el culmen de la sofisticación londinense y que así vivíamos al máximo nuestra vida como Carrie Bradshaw. Nos llevó media década comprender que estábamos rodeadas de turistas y que fijo que había miles de lugares más originales para juntarnos a comer en la ciudad, pero para entonces ya se había vuelto nuestro lugar emblemático. Disfrutábamos con lo hortera que era todo lo que teníamos cerca y con que Lauren siempre se negara a compartir su guacamole.

—Necesito una copa —anuncié al llegar, ocupando mi lugar entre Lauren y Charlotte—. No preguntéis —añadí.

Sin embargo, solo Steffi y yo pedimos nuestro margarita de siempre. Charlotte iba por su última ronda de fecundación *in vitro* y no quería tomar nada de azúcar, porque eso hacía que la implantación fuese menos probable. Y Lauren…, pues… después de que Steffi la vacilara por haber pedido un cóctel sin alcohol diciendo «No estarás embarazada, ¿no?», esta se encogió de hombros.

—Yo iba a esperar a que nos trajeran las bebidas, así que gracias, Steffi. Pero sí. Sí que lo estoy.

Todas nos pusimos a chillar por la sorpresa y la emoción. No me lo podía creer. Ni siquiera me había enterado de que Lauren había empezado a intentarlo. No me entraba en la cabeza que alguien estuviese pasando por un momento más trascendental en su vida que el que vivía yo. Mientras Steffi y yo chillábamos, Charlotte se mostró menos sorprendida.

—Es que ayer quedamos para un café y me lo contó —nos explicó, bebiendo sorbitos de su agua con gas. Tenía una sonrisa enorme y sincera. Algo dolida, pero sincera—. Un poco más y exploto de las ganas que tenía de contarlo.

Le di un apretoncito en la mano antes de acariciársela. Luego extendí la otra y se la di a Lauren. Estas dos eran las mejores de nuestro grupito. Lauren por contárselo a Charlotte en privado para darle el tiempo que necesitaba para procesarlo. Y Charlotte por alegrarse de verdad por su amiga, a pesar del dolor que sin duda le

causaba una noticia semejante.

—Joder, Lauren, lo lamento mucho —dijo Steffi, cubriéndose la boca—. No pretendía echar a perder tu momento. Ha sido una broma absurda, sin pensar.

Intenté no poner los ojos en blanco.

—Tranquila, si no lo sabías —repuso Lauren—. Justo esta noche iba a contaros que hemos empezado a intentarlo, pero todo ha sido muy rápido. En plan, de golpe y porrazo… Perdona, Charlotte —añadió con incomodidad.

—Me alegro muchísimo por ti —chilló, inclinándose hacia adelante con una sonrisa tan grande como la del gato de Cheshire—. En serio, no te disculpes. Pronto me tocará a mí también.

Conforme las luces se reflejaban en el río y oleadas de clientes iban y venían a nuestro alrededor, nos quedamos charlando hasta tarde, celebrando aquel momento tan importante para nuestro grupo de amigas. Una de nosotras se había quedado embarazada. Una iba a tener un bebé. Era algo muy de adultas, muy monumental. Llevábamos años jugando a ser adultas, sobre todo yo. Incluso en el día de mi boda, en parte había sentido como si Matt y yo estuviésemos jugando a las casitas en el patio del cole. Como si me estuviese poniendo unos tacones que me iban grandes que había robado del armario de mi madre y mi velo estuviese hecho de papel higiénico. Cuando Lauren y Charlotte se casaron siguió siendo igual de surrealista que aquellos momentos de adultas fuesen parte de nuestra vida. Que las cosas que habíamos crecido imaginándonos se estuviesen haciendo realidad. Por aquel entonces el matrimonio parecía superimportante, pero en aquel Wahaca, mientras me bebía otro cóctel y me lamía la sal de los labios, todas esas bodas no eran nada en comparación con lo que Lauren nos había contado. Porque estaba embarazada. Iba a ser madre. ¡Madre, te digo! Una de esas mujeres cansadas que suspiraba detrás de su vaso de café mientras empujaba a un niño en el columpio del parque cuando yo salía a correr a las seis y media de la mañana. Era muy de adultos. Tanto que me costaba imaginarlo. Fue así que, en lo que me zampaba el

jugo de un limón echando la cabeza hacia atrás, tuve mi primer pensamiento claro en más de dos semanas.

Tendría que haber sido yo.

Yo tendría que ser la embarazada. Tendría que ser yo la primera. Porque soy la más madura. Soy quien lleva más tiempo con su pareja. Se supone que las demás lo esperan de mí.

Era un pensamiento muy egoísta y egocéntrico, uno que gracias al cielo nadie más podía oír, pero fue sumamente esclarecedor y me sacudió entera mientras me inclinaba hacia adelante para oír lo que nos contaba Lauren.

—… Tristan casi que se desmayó cuando vio la prueba de embarazo. Creía que se alegraría, pero se puso superpálido y dijo que tenía que ir a jugar al tenis. Desde entonces me he pasado los días con náuseas… Perdonad que haya sido tan mala amiga, pero, en serio, casi ni me he levantado de la cama… Me paso el día entero durmiendo… Me entran ganas de potar cada vez que me lavo los dientes… Me duelen las costillas por culpa de las arcadas… Se supone que salgo de cuentas en octubre… Aún no me lo creo… Ahora sí que estoy emocionada, claro… Qué ganas de que seáis tías.

Lauren se acariciaba la barriga sin darse cuenta. Tenía los ojos vidriosos y la piel se le veía estupenda. Se contenía con sus respuestas por consideración a Charlotte e intentaba cambiar de tema, pero no la dejábamos. Sobre todo Charlotte. No dejaba de hacerle preguntas que jamás se me habrían ocurrido. «¿Qué signo será el bebé? No habrás estado tomando ácido fólico del estándar, ¿no? Tienes que pedir las tabletas hechas de alimentos pulverizados, de lo contrario no se absorbe correctamente. ¿Vas a probar lo del hipnoparto? Se supone que es una maravilla. ¿Vas a tener una doula? Deja que te busque una, será mi regalo…».

Nos soltó semejante torbellino de palabras para demostrarnos que no tenía ningún problema con la noticia, que pude reclinarme en el asiento y dejar que la comprensión fuese haciendo mella en mi interior. Quería lo que tenía Lauren. Quería un bebé. Quería un bebé. Quería un bebé. Necesitaba un bebé. Lo necesitaba para ayer.

Necesitaba ser madre. Saber lo que se siente al tener una vida creciendo en tu interior. Parirlo, criarlo y probablemente joderle la vida, pero intentar de todo corazón no hacerlo. Enseñarle a montar en bici, que me regale un dibujo horrendo de un narciso mal hecho por el Día de la Madre, subirle la cremallera de uno de esos trajecitos esponjosos para la nieve que solo dejan que se les vean las mejillas regordetas y coloradas cuando hace frío. Quería aquel camino tradicional, aburrido, predecible y totalmente estereotipado. Más que nada en el mundo. A ser posible para ayer también. Y entonces comprendí, mientras hacía trizas un nacho sobre mi plato de aperitivos, que quería tener un bebé del modo tradicional, aburrido, predecible y totalmente estereotipado.

Con un hombre.

Con Matt.

Quien sabía que iba a ser un padre estupendo, lo cual siempre había sido una de las razones por las que lo quería. Siempre me había parecido muy raro cuando las mujeres encontraban atractivo a un tipo a quien era obvio que se le iba a dar como el culo ser padre. A Steffi parecían gustarle, pero supongo que ella puede permitírselo, siendo que no quiere tener hijos.

Para cuando pagamos la cuenta, ya había triturado lo que sentía por Phoebe del mismo modo que había hecho con el nacho. Matt había dejado de ser aburrido y predecible y había pasado a ser alguien en quien podía confiar, un elemento crucial en la persona con la que quieres criar un hijo. Nuestra vida «sosa» era tan solo una señal del universo de que había llegado el momento de dar el siguiente paso. Phoebe había intentado echar a perder algo importantísimo, había tratado de retorcer la realidad para convertirla en algo que le conviniera, y había conseguido cabrearme. Así que cerré las puertas, eché los hombros hacia atrás y me dejé de gilipolleces.

¿Qué coño hacía? ¡Si yo no era lesbiana! Será posible semejante ridiculez.

Volví a casa andando, kilómetros y kilómetros en la penumbra,

mientras dejaba que mi amor por Phoebe se transformara en rabia. ¿Cómo había osado besarme? Cómo había podido manipular nuestra amistad hasta acercarse a mí para hacer su jugada. Matt tenía razón. Si una mujer se lo hubiese hecho a él, habríamos coincidido en que era una zorra robamaridos. ¿Acaso Phoebe tenía que librarse únicamente por ser lesbiana? Me había mentido. Me había engañado. Se había aprovechado de mí y de mi inocencia. De mi vulnerabilidad, al valerse de nuestra amistad para intentar hacer que follara con ella. Ni siquiera la había visto de ese modo hasta que me había besado. ¡Y para colmo lo había hecho después de haberme instado a beber! De verdad, si no hubiese sido lesbiana… Además, yo no era la única víctima de aquella situación, sino que el pobre Matt también había salido escaldado. Ambos éramos víctimas de aquella… depredadora. Sí, eso es lo que era Phoebe. Una depredadora.

Me busqué el móvil en el bolsillo del abrigo mientras caminaba junto al Támesis, y la furia que sentía hacía que los dedos de los pies no se me congelaran a pesar de los agujeros que tenían mis botas. El teléfono sonó tres veces antes de que contestara.

—*Vaya, por fin se digna a devolverme las llamadas*.

—Que te den por culo —grité, con la convicción de una mujer que se había zampado cuatro margaritas.

—*¿Cómo dices?*

—Que te den. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido intentar joderme la vida? ¿Cómo osas intentar impedir que tenga un bebé? —Oía el sonido de un bajo de fondo, lo que indicaba que se había ido de fiesta de nuevo. Hasta beber demasiado y seguramente hacerse con otra presa.

—*¿Un bebe? ¿Qué cosas dices, Nicki? ¿Estás borracho? ¿Estás bien? No estarás volviendo a casa sola caminando, ¿no? Ya son más de las doce, ¿dónde estás?*

—Cállate. No pienso decirte dónde estoy para que puedas venir a hacer como que te importo mientras intentas sabotearme la vida.

—*¿Qué dices?*

—¡Quiero tener hijos y contigo eso no va a poder ser! —Mis gritos reverberaban contra las aguas oscuras del Támesis.

Phoebe soltó un suspiro.

—No te oigo bien con toda la música. Espera, deja que salgo un momento.

Pero no pensaba darle ni un segundo para que pensara qué excusa darme. Mientras avanzaba tambaleante junto al río haciendo eses en distintas direcciones, ligeramente consciente de que debería rendirme y pedir un Uber, dejé que Phoebe escuchara todas las conclusiones a las que había llegado. Como que me había engañado. Que me había usado y arrastrado con sus tejemanejes. Cuando la música se apagó al otro lado de la línea, también lo hizo la preocupación en su voz.

—… y eso, que quiero que me dejes en paz, Phoebe. Sal de mi vida. Amo a Matt y vamos a formar una familia.

—Vale.

—¿Eso es lo único que me vas a decir?

—Vale, te dejaré en paz como me has pedido. —Su voz sonaba más afilada que el frío aire nocturno que se me colaba por el abrigo que me había comprado en Zara.

—Vale, pues… nada.

—¿Ya has acabado?

—Eh… sí.

—Gracias, Nicki. Te agradezco que me hayas llamado. Te deseo toda la felicidad del mundo en la mierda de vida que tendrás por mentirte a ti misma.

Entonces cortó y me dejó en uno de esos silencios poco comunes que se producen en la ciudad, mirando el móvil. La tristeza empezó a hacerme cosquillas en el fondo de la garganta. Las ganas de llorar. Había empezado a temblar, aunque me dije que solo era por el frío. Me dejé caer sobre un banco que había cerca y seguí temblando mientras reproducía todos los recuerdos que tenía de Phoebe. Las salidas a comer, las risas, las noches de marcha, la emoción, el dulce sabor de su boca, y dejé que una lágrima me resbalara por mi

mejilla congelada.

—Para ya, Nicki —me susurré, y suplanté esos recuerdos con la imagen de Matt dándome la mano en el ala de maternidad del hospital. Su rostro empapado por las lágrimas mientras sostenía a nuestro bebé en brazos antes de inclinarse para darme un beso en la frente—. Eso está mejor —me felicité en medio de la oscuridad.

Me puse de pie y me tragué la sensación de que una parte de mí estaba muriendo, una importante. Durante los meses siguientes, antes de que Phoebe aceptara un ascenso en una joyería extravagante y muy famosa, nos limitamos a intercambiar cortesías. Ni siquiera fui a su fiesta de despedida en la oficina. En su lugar, nos reunimos a cenar con las Mujercitas y sus respectivas parejas. Les preparé una cena muy rara hecha de los únicos alimentos que Lauren toleraba comer durante su embarazo. Era parte del plan que Matt y yo teníamos para volver a ser nosotros mismos: rodeamos de la gente que apoyaba nuestro modo de vida, el camino en el que nos habíamos embarcado juntos. Gente que creía que era adorable, no rarísimo, llevar una década con la misma persona.

Phoebe ocupó el lugar de Steffi como la albatros de mi matrimonio con Matt. Habíamos pasado a ser sus víctimas. Menos mal que no íbamos a tener que verla de nuevo. Todo había sido un incidente del pasado. Uno que nos convencimos de que era necesario para que nos quedara claro lo mucho que nos queríamos, cuánto deseábamos seguir avanzando como pareja. Empezar una familia y dar el siguiente paso. La interferencia de Phoebe nos ayudó a avanzar y lo felices que éramos era nuestro modo de vengarnos de ella.

Cuando fuimos a nuestra primera ecografía y oímos el latido del bebé resonando por la habitación en penumbra del hospital, me eché a llorar al ver lo que habíamos creado. Que todo hubiese valido la pena. Después de eso, me quedaba mirando la foto pixelada una y otra vez, resiguiendo con un dedo la manchita que era nuestro hijo, llevándomela al pecho y suspirando de alivio y gratitud.

Mi bebé.

Había tomado la decisión correcta.

Había tomado la mejor decisión posible.

Y aún lo creo. En serio que sí. En medio de este *baby shower* hortera, con todas las personas que me quieren rodeándome y una montaña de ropita de bebé a un lado que pronto abrigará a una criatura pequeñita que no deja de revolverse en su sitio, me parece la decisión correcta.

Sin embargo, mientras mi mirada se ve atraída hacia Phoebe otra vez, hay algo más que también me parece correcto. De un modo absoluto, maravilloso y complicado. Los ojos se me llenan de lágrimas y finjo que es por la alegría de haber recibido un collar feo con ganas, de esos que los bebés pueden masticar cuando les salen los dientes. El engaño con el que me he resguardado todo este tiempo cae como una capa a mi alrededor y caigo en la cuenta de lo mucho que me he sacrificado con un golpe que me deja sin aliento.

Phoebe ladea la cabeza al mirarme, sospechando. Sabe que las lágrimas que derramo no son por ese collar tan horrible.

Son por ella. Por nosotras. Por la vida (y el amor) al que tuve que renunciar para llegar hasta donde estoy. Y no solo renunciar, sino reducir a cenizas y portarme de un modo tan atroz como para que ella no pudiera perdonarme nunca y volver a tentarme.

Solo que Phoebe ha venido, a pesar de lo horrible que fui con ella. Aun así, ha venido. ¿Eso significará que me ha perdonado?

¿O ha venido a burlarse de mí? Como su último acto de venganza.

LAUREN

Nicki casi que se ha camuflado con la montaña de regalos que ya ha abierto y tiene a su alrededor. Solo se le asoma la cabeza en medio de la pirámide de cacharros de color pastel y estampados de patitos. Se ha mostrado muy educada ante el hecho de que ha abierto cuatro regalos que han resultado ser mantitas tejidas a mano y ha reaccionado con muchísimo tacto a todas, como si fuese la primera vez que ve una. No sé yo por qué la gente regala mantas para los bebés. Cuando Woody tenía una semana de nacido, conté unas siete que básicamente usaba para limpiar la leche que regurgitaba él o para ayudarme a adoptar una posición lo bastante cómoda para dar el pecho (que conste en actas que dicha posición no existe, tienes que asumir que básicamente te convertirás en una especie de Quasimodo con todo y joroba).

Me cuesta no ponerme a recordar todos los regalos que recibí, al estar sentada viendo a Nicki soltar soniditos empalagosos ante un sombrerito diminuto que hará que su bebé parezca tener un girasol por cabeza. Desde esa conversación horrenda que hemos tenido sobre partos, siento que solo estoy presente a medias. La otra mitad de mí sigue atrapada en los recuerdos de todo lo que vino después y no tengo cómo poner pausa… No, Lauren, piensa en los buenos momentos. Piensa en el día de *spa* que tuviste con las Mujercitas. Por aquel entonces no tenía ni idea, mientras flotaba en la piscina de hidroterapia, que más bien me estaba despidiendo de mis amigas antes de que se me eliminara de mi propia vida, como cuando se

borran las marcas de tiza de una pizarra. Una despedida para la persona que era antes de que todo lo malo pasara…, el parto…, el trauma… y luego…

La película está decidida a reproducirse. Me veo arrancada, una vez más, de esta fiesta para sumergirme de vuelta en el infierno que fueron esos días. Me aferró al vigilabebés con desesperación en un intento por resistirme al episodio de estrés postraumático, pero es inútil. Me pierdo de nuevo.

Perdida.

Otra vez.

Cuán perdida estaba.

Creía que el parto sería el punto final a mis pesadillas. Resultó que Woody no necesitó pasar por la incubadora. Se nos permitió tener nuestra «hora sagrada» al final, cuando me llevaron a mi habitación, enchufada a unas máquinas que me ayudaban a que me circulara la sangre correctamente en las piernas, y Tristan se quitó la camiseta para contemplar a su hijo apoyado en su pecho. Como un hombre moderno, teniendo contacto piel con piel. Contemplé la escena con la misma curiosidad distante que sentía hacia el bebé. ¿Sentía afecto por esa criatura que no dejaba de retorcerse? ¿Estaban seguros de que era mío? El sol se colaba por la ventana cuando una comadrona entró y me dejó a Woody sobre el pecho, toqueteándome para meterle mi pezón a la boca sin pedirme permiso siquiera. Mi bebé empezó a zamparse el calostro como si le fuera la vida en ello.

—Mira qué bien se le da —me dijo sonriendo, como si no acabara de vulnerar mi espacio personal—. Bien hecho.

No tenía pensado dar de mamar, pero, por como iban las cosas, suponía que no me quedaba más remedio. Era la sexta mañana que pasaba en el hospital. Me sirvieron tostadas con mermelada. Las devoré y me dejaron comer más. Igual lo peor ya había pasado. Quizá todo saliera bien. A lo mejor, con algo de reposo, podría recuperarme y…

—A ver, Lauren. Venga. —La comadrona me quitó mi última

tostada—. Tienes que caminar.

—¿Cómo dices?

—Necesitamos despejar la habitación, tienes que ir al ala de maternidad.

Hicieron que me incorporase con brusquedad. Los efectos de la epidural ya iban pasando y un dolor intenso me recorrió el torso.

—No —me quejé—. Ay… ME DUELE.

—A la silla de ruedas.

Dos de ellas me levantaron con fuerza mientras seguía gritando.

—Venga, tienes que dar unos pasos antes de que podamos moverte.

Se me resbalaban los pies. Me dolía todo. Era insoportable.

—Un paso y luego otro. —Las comadronas me arrastraron por el suelo de baldosas, con las piernas por detrás, sin fuerzas—. Eso es. Ahora al ala de maternidad. Lo lamento mucho, pero ya no es hora de visitas, así que tu marido tiene que irse.

—¿Qué dices? —preguntamos los dos a la vez.

—Puede volver más tarde. Y mañana por la mañana. Lo mejor será que te quedes un par de noches, necesitamos tenerte en observación.

Embutida en la silla de ruedas, me sacaron de allí, con Woody metido en una cuna de metacrilato a mi lado y despidiéndome de mi marido sin poder creer lo que estaba pasando. Mi marido, mi salvavidas, se quedó atrás. Y a mí me subieron a una cama dura y angosta y me dejaron allí tirada.

Solo que el ala de maternidad terminó siendo peor que el parto…

No puedo seguir con esto.

No quiero recordar. No recuerdo la mayoría de lo que pasó.

Oigo el papel de regalo al romperse. Mujeres a mi alrededor que ahogan un grito. La hija de Jeanie, aburrida, se pone a berrear a mi derecha. Nicki alza un regalo y todas sueltan soniditos empalagosos. El ambiente está demasiado cargado, una masa de alientos reciclados. No había estado rodeada de tantas mujeres desde aquellos días y noches que pasé en el ala de maternidad.

Llena de bebés llorando. Sin parar. Mi bebé que lloraba en su propio contenedor de plástico. Sabía que tenía que llegar a él, darle de comer, consolarlo. El problema era que estaba prácticamente paralizada. Por la tremenda cesárea a la que me habían sometido, claro está.

Necesitaba a Tristan.

Necesitaba analgésicos.

Necesitaba el medicamento que me habían prometido para que no me picara el cuerpo entero por culpa de la epidural.

Necesitaba que alguien me ayudara a darle de comer a esta criatura que no dejaba de llorar. Y que se negaba a aceptar el pecho. No podía cargarlo. Necesitaba que alguien me ayudara a cambiarlo cuando una caca negra como el petróleo salía a borbotones de él, hasta pringarlo a él y a mí en el proceso. Intenté doblarme para limpiarme, pero se me escapó un sollozo de agonía. Me habían abierto en canal hacía solo unas pocas horas, ¿y querían que me hiciera cargo de aquella cosa completamente sola? ¿En medio del caos y el desconsuelo?

Había que darle al botón rojo para pedir analgésicos y eso hice, a la espera de que alguien fuera a ayudarme. Porque la ayuda llegaría…

Pero no, no tenían personal suficiente. Nadie iba a ayudarme.

Al llamar a Tristan, le supliqué que me llevara ibuprofeno.

—Hasta ahora no me dan nada para el dolor, siempre se olvidan.

Volví a llamarlo para decirle que me sacara de aquel lugar. Porque no podía. No podía seguir ahí. Me dolía todo. El dolor era insoportable. ¿Por qué a nadie le importaba una mierda lo mucho que dolía?

No podía dormir. Llevaba seis días sin dormir. La agonía era extrema. El bebé no dejaba de apretarme el pezón y eso también dolía.

La cuenta TuPartoTranquilo decía que dar el pecho no duele cuando lo haces bien.

De pronto era de noche.

Sin dormir. Bebés llorando. A veces el mío, a veces otros.

El daño que me hicieron al retirarme el catéter.

Las carcajadas de una mujer cuando me meé encima al levantarme de la cama.

Esa risa.

En la vida había pasado tanta vergüenza.

Si hubiese tenido la posibilidad de matarla a puñaladas, a quien fuera que se hubiese burlado de mí en aquella primera noche tan terrible, lo habría hecho hasta dejarla hecha papilla. Es algo que suelo imaginar bastante seguido. Que la encuentro y me la cargo.

Vinieron a limpiar mi orina del suelo, pero no me dieron ni un analgésico. Porque no les correspondía a ellos. Era otra comadrona la que se encargaba de eso y ya se pasaría cuando pudiera, pero es que estaban hasta arriba porque era septiembre y luna llena y la crisis de los hospitales de maternidad en la sanidad pública y, oye, ¿serías tan amable de atender a tu bebé? Llora tanto que no deja dormir a las demás madres.

¿Tenía que usar el puto acrónimo BRAIN entonces, señora del hipnoparto? ¿Acaso te soluciona el problema de falta de personal? Que sí, viva el feminismo y exigir que se respeten tus derechos, pero ¿de qué sirve eso cuando suplicas que te den algo para el dolor y nada, y alguien se burla de ti por mearte encima y crees que casi te mueres y que casi se muere tu bebé y ahora que está vivo no deja de cagarse encima o de mordisquearte el pezón con esas encías tan duras como el cemento que tiene, y tu marido no tiene permiso para acompañarte y velar por ti y cómo se supone que todo esto sea legal? ¿Cómo les pueden hacer algo así a las mujeres? Dejarlas solas detrás de una cortina que no es más que un trozo de tela, con una criatura que necesita cuidados constantes, cuando la mujer lleva seis días sin dormir y le acaban de cortar siete capas de grasa, tejido y músculo para abrirla, y tiene la vejiga hecha mierda y se ha rascado tanto que se ha hecho sangre y no tiene ni puta idea de cómo cuidar de un recién nacido. Ni puta idea. Porque la mujer del hipnoparto de los cojones jamás te dijo cómo cuidar de tu bebé después del parto.

Solo te mintió y te dijo que parir sería tan fácil como estornudar siempre y cuando usaras el dichoso acrónimo y secretaras suficiente oxitocina.

Tristan me rescató antes de la segunda noche.

—No la podemos dejar ir sin darle el alta.

—Sí que podéis. Que esto no es la cárcel. Allí les dan medicamentos a los presos.

Les dijo que presentaría una queja. Se puso a llorar cuando le conté que una mujer se había reído de mí. En el trayecto de vuelta a casa, aferraba el volante con tanta fuerza que creí que lo iba a romper. Y Woody se veía diminuto en la sillita del coche. Tenía la impresión de que cada ligera sacudida que dábamos por un bache le iba a causar daño cerebral. Cada sacudida hacía que ahogara un grito por el dolor.

Entonces estábamos en casa con aquella cosita diminuta que teníamos que mantener con vida. Por mucho que no pudiera caminar. Que no pudiera levantarme de la cama sin hacer muecas de dolor y sosteniéndome la barriga para que no se me desparramaran las entrañas. Y Woody que no dormía. En absoluto. Gritaba y gritaba y no pegaba ojo. Tristan y yo lo observamos con horror, víctimas de nuestra incompetencia. Sin saber qué hacer, sin poder hacer nada, totalmente destruidos.

Me sentía como un cascarón vacío. Quería descansar. Quería dormir. Quería salir corriendo. Quería ponerme a gritar. Quería demandarlos. Quería suicidarme.

¿Cómo había terminado así?

Necesitaba alguna especie de retiro de salud mental, algo con *spa* donde pudiera pasar un par de semanas, como mínimo, intentando recuperarme y procesar lo que fuera que me había pasado. Alguien que me cocinara y me cambiara los vendajes, que me ayudara a salir de la cama, que me dejara dormir y que me sometiera a una terapia de reprocesamiento intensa para que los horrores que había vivido la semana anterior dejaran de reproducírseme detrás de los párpados las pocas veces que Woody

nos dejaba dormir más de cuarenta minutos seguidos.

La gente seguía mandándonos postales y regalos, como si nos hubiera pasado algo bueno en la vida.

A pesar de que no quería ver a nadie, las visitas llegaban de todos modos. Fingían preocuparse por mí, cuando lo único que querían era cargar a mi bebé, que les hiciera una foto con él y decirme «ay, pero vale la pena, ¿a que sí?» cuando tenía el atrevimiento de contar el infierno que había vivido.

Casi me divorcié de Tristan por culpa de sus padres, que querían visitarnos.

—No pueden venir —le dije, llorando en el baño por millonésima vez aquel mismo día, mientras que las otras madres se burlaban de mis lágrimas en el chat del grupo de ayuda a los padres. «Parece que ya te ha bajado la leche», decían—. No pueden —repetí—. No quiero que venga nadie. Tienes que hacer que paren las visitas. Necesito estar sola, no tengo fuerzas. No puedo. No.

—Lauren, que vienen desde Australia. Hace meses que reservaron los billetes. Y tú querías que vinieran. Fuiste tú quien les dijo que los compraran.

—Eso fue antes.

—Van a venir sí o sí. Incluso se van a quedar en un hotel, no seas así.

—No. Joder, ¿por qué nadie puede dejarnos en paz?

—¿Qué dices?

—No quiero visitas. Sea quien sea. Y lo digo en serio, Tristan. No puedo más…

Claro que al final tuve que poder. Y eso fue lo que hice, porque yo había dejado de importar. Eso era lo que había aprendido la semana anterior. Me había convertido en madre y las madres no importamos. He dejado de ser un ser humano por haber creado uno. Y, en lugar de recibir una recompensa por mi logro, lo único que recibo son castigos.

Llevo nueve meses que no importo en absoluto.

Lo único que importa es Woody. Lo único por lo que se

preocupan los demás. Yo solo soy el estorbo desharrapado, con sobrepeso y el pelo grasiento recogido en un moño que va con el cargamento valioso en brazos de aquí para allá.

Los padres de Tristan llegaron y no me trajeron nada. Los únicos regalos fueron para Woody, quien, por cierto, aún no era capaz ni de distinguir unos putos colores. Él, cómo no, necesitaba los regalos. Había que consentir al bebé, todo lo bonito para él. No para mí. No para el estorbo que es la madre. Y yo que sangraba y sangraba, me dolía la cicatriz, tenía el útero que se me contraía mientras recuperaba su tamaño normal, no dejaba de chorrear leche ni de llorar, pero, de algún modo, tenía que preparar té para los invitados y *anda, ¿tenéis hambre? Supongo que podría prepararos unos bocadillos ahora mismo, sí, seguro que estáis agotados por el vuelo, ya me imagino*.

Mientras que, según descubrí, lo único que quería la gente era que me callara la puta boca y los dejara estar.

Cuida a tu hijo y cierra la puta boca.

Fuiste tú quien decidió tenerlo, así que cierra la puta boca.

Tienes suerte de haber podido tener hijos, así que cierra la puta boca.

Y, si el bebé se pone a llorar, haz el favor de hacer que cierre la puta boca también.

Aprende a tolerar mejor, aprende a tolerar mejor, aprende a tolerar mejor.



Nicki ya casi acaba con su montaña infinita de cachivaches. Es como si el mar de regalos de color pastel que rodea su silla la hubiese devorado, a pesar de lo mucho que se esfuerza Charlotte por organizarlo en pilas a sus pies. ¿Qué fue lo que nos dijo Charlotte a Phoebe y a mí? Hace un rato, en la cocina. Que hoy iba a haber un *gender reveal*, además del *baby shower*, ¿no? Apenas recuerdo que me dejó a cargo de alguna especie de petardo, pero es que estoy

cansadísima. Espero que Phoebe haya prestado más atención, porque… no puedo apartar la vista de todas esas pilas de cosas. Tantas, tantísimas cosas. Como Nicki, a mí también me dieron una cantidad sobrecogedora de basura bienintencionada. Tras darme el alta yo sola y llevar a Woody a casa, cruzando la puerta a trompicones, empapando de sangre mi pañal de adulto y llorando por el alivio de por fin haber abandonado aquel lugar tan horrible, el timbre no dejaba de sonar con cada paquete que nos llegaba. Flores, cantidades ingentes de flores (que terminaban marchitándose sobre la encimera aún envueltas en el celofán en el que habían venido, donde se habían quedado mientras intentábamos lidiar con que Woody no dejara de chillar y no quisiera dormir nunca). Más mantas tejidas a mano. Montones de peluches, todos de ese material suavecito, pero aún con todo contribuían a la posibilidad de que muriera asfixiado en la cuna, por lo que había que buscarles algún otro sitio. Apenas tenía tiempo para ducharme todos los días y mantener limpios los puntos que hacían que no se me desparramaran las entrañas por el suelo, y recuerdo haber sentido la rabia más pura al oír el timbre una y otra vez, mientras se nos acumulaban los cachivaches. ¿Dónde mete una seis mantas? ¿Dos Sophie la Jirafa? ¿Dónde se supone que debo meter toda la ropa que mi bebé aún no se puede poner porque la gente fue lo bastante considerada para comprar tallas más grandes?

No necesitaba nada de aquello. Lo que me habría venido bien en realidad era alguien que se quedara despierto por las noches para que pudiéramos dormir, una prueba de suelo pélvico de emergencia, meses de terapia intensiva para recuperarme del trauma, con alguien que me cuidara al niño para poder asistir tranquilamente a las sesiones, o quizás algún consejo sobre cómo hacer dormir a tu bebé que de verdad sirviera. Una mano, que no viniera envuelta en una de esas mantitas tejidas a mano, apoyada en el hombro, y que alguien me preguntara: «¿En serio estás bien, Lauren? Parece que has tenido una experiencia horrible con el parto y que llevas sin dormir desde entonces. Lamento mucho que hayas tenido que pasar

por algo así. ¿Qué puedo hacer para que te sientas como un ser humano de nuevo? Ahora mismo no me importa Woody, eres tú quien me preocupa». Pero bueno, los juguetitos para la bañera también son geniales, ¿sabes?

Mami Guay da gracias por todos los regalos preciosos que recibe para su bebé. Toma fotos que parecen profesionales de su perfecto recién nacido vestido con cada uno de los trajecitos que le han regalado y manda a imprimir postales con ellas. Da las gracias con su puño y letra en la parte de atrás de cada postal y las envía por correo durante las dos primeras semanas de vida de su bebé. Incluso si no puede caminar hasta la oficina de correos después de que le hayan hecho una cesárea, se las arregla de todos modos, con todo y su bebé que no deja de llorar y vomitar, pero que se niega a dormir, cuando no tiene ni idea ni de qué hora es o qué día o incluso a veces qué año… Ay, no. Vaya, me he confundido. Mami Guay jamás tendría un parto por cesárea, porque se preparó con hipnoparto, claro está. Además, su bebé duerme la noche entera desde los tres días de nacido. Incluso cuando el bebé se despierta, a la Mami Guay le da igual. Le encantan los mimitos, sabe que no durarán para siempre. Envuelve a su bebé en seis mantitas tejidas a mano y hace un proyecto de arte con todos los peluchitos que se le salen hasta por las orejas…

Estaba tan afectada por la falta de sueño que casi no tengo ningún recuerdo de esos primeros meses. Solo un trauma bien arraigado en el fondo de mi ser por aquella impotencia tan implacable y desoladora, eso y el intentar no gritar cada vez que Woody me hacía daño al darle de mamar, entrar en pánico por si tenía ictericia neonatal, lidiar con vómitos explosivos y mareas de caca que salpicaban hasta las paredes, suplicar para que me dieran más analgésicos y preocuparme por la cantidad monumental de sangre que estaba perdiendo. Apenas era capaz de parpadear por el *shock* de todo lo que me había pasado. Noto que se me dispara el pulso en el cuello cuando recuerdo lo que le espera a Nicki. Lo que tendrá que soportar y sobrevivir. Me termino mi segundo vaso de

ponche y me permito sentir una pizca de satisfacción al saber que ya dejé atrás el infierno de la etapa de recién nacido y que a ella aún le espera. Porque nada podría ser peor que los últimos nueve meses de mi vida, ¿verdad? De aquí en adelante las cosas tienen que mejorar. Tiene que ser. Ya ha empezado, de hecho, porque estoy aquí, en esta fiesta, bebiéndome mi segundo vaso de ponche. Joder, qué maravilla es que Woody haga la siesta, noto cómo se me relajan los hombros en lo que le echo un vistazo por el vigilabebés. Está muy bien estar rodeada de otros adultos y ser yo misma, en lugar de andar detrás de él para evitar que gatee directo a todos los peligros habidos y por haber o de impedir que me baje la blusa de un tirón para que le dé el pecho o de controlar que no tire todas y cada una de las cosas que hay sobre la mesa. La amiga de Nicki, Phoebe, resulta ser muy graciosa, también. Conversamos un poco en la cocina y casi hace que me mee de la risa al hablar de los roles de género en el cuidado de los bebés.

—A ver, del uno al diez, dime lo mal que se le da esto a tu marido —me preguntó sin pelos en la lengua. Y lo directa que fue hizo que yo también lo fuera.

—De entre los peores, es el mejor —confesé, gracias a los efectos de mi segundo vaso de ponche—. Pero bueno, que el listón está tan bajo que casi que está en el subsuelo.

Vaya, sí que había echado de menos beber. Cómo el alcohol suaviza los bordes, le da una especie de brillo a la vida y consigue que la realidad duela menos. Ya llevo dos vasos, probablemente más de lo que puedo beber si quiero conducir luego y fijo que una cantidad nada recomendable para una madre. No voy a beber más y seguramente tenga que quedarme un rato extra para que se me pasen los efectos, pero, al menos de momento, vale la pena. Porque estoy sonriendo. Me siento relajada. He vuelto al presente, bien cómoda en este sofá de lo más suavecito. Veo a Woody removerse un poco por el vigilabebés, pero le suelto soniditos tranquilizadores desde el otro lado del aparato. Igual le da por dormir un par de horas, como parece que hacen otros bebés, y yo puedo disfrutar del

resto de la fiesta. Los milagros son el pan de cada día y yo estoy lo bastante achispada para creer en ellos.

Nicki agita una caja grande, envuelta a toda prisa en unos restos de papel de regalo de Navidad.

—Ay, ese es mío —exclamo desde mi sitio—. Perdona, se me olvidó ponerle nombre.

Charlotte mira el papel con dibujitos de Papá Noel como si hubiese envuelto el regalo en mi propia mierda. Anota algo en su hoja de cálculo y me pregunto si le estará poniendo nota a la gente. ¿Será que he perdido puntos por no fabricar mi propio papel de regalo con dibujitos hechos a mano del culito de mi bebé?

—Me encanta el papel de regalo —dice Cara, con lo que todas se echan a reír—. ¡No hay mejor forma de reconocer a una madre!

—Ya, perdona… Es que… Woody y… —Me sonrojo frente a las demás invitadas, que están burlándose de mí.

—Tú no te preocupes —me dice Nicki, alzando el regalo—. Creo que tú y yo llevamos regalándonos vino y reciclando la misma bolsa desde hace una década. —Mete uno de los dedos regordetes que le han quedado por culpa del embarazo bajo el papel de mi obsequio envuelto como el culo.

—¿La metálica de color oro rosa?

—Esa misma —me dice, dedicándome una sonrisa desde el otro lado de la sala.

Rompe el papel tan repudiable para encontrar una caja de Amazon debajo porque, sí, le compré todos sus regalos por Prime. Llevar a Woody de compras no es posible de momento porque se pone a llorar ni bien lo meto en el carrito. Nicki pasa por alto la caja con todo el tacto posible y saca un termómetro infantil, dos botellas de medicina para la fiebre para bebés, dos botellas de ibuprofeno pediátrico, un aspirador nasal, un catéter rectal y la pomada para los peores sarpullidos que básicamente parece un suvenir de Chernóbil en forma de pasta amarillo fosforito.

—Anda, es… Eh… medicina.

La confusión se deja ver en sus facciones en lo que contempla el

termómetro digital y yo me apresuro a explicarme, consciente de que nadie está soltando ruiditos tiernos ante mi regalo, como hicieron las cuarenta veces que alguien le trajo algo con dibujitos de elefantes.

—Es que, siendo sincera, una nunca tiene ninguna de estas cosas y solo te das cuenta de que las necesitas con urgencia cuando son las dos de la madrugada y todo está cerrado.

—Claro, claro. —Alza la pomada amarilla y se pone a leer la parte de atrás de la caja. Siempre educada ella.

—Esa pomada es increíble —añado—. En serio te lo digo, cuando empiezan con los sólidos les salen unas escaldaduras tremendas. Y esto es lo único que funciona. Y eso que parece un acordeón que ves ahí… —Me incliné hacia adelante—. Da un poco de asco, pero sirve para meterles una especie de tubito por el culo y sacarles los pedos cuando están llenos de flatulencias. —El grupo entero suelta un sonido de asco. De los de verdad, no de los que van seguidos de carcajadas.

—Qué asquerosidad —murmura alguien, y eso hace que me sonroje aún más.

Eso decía yo también, pensé. Pero me sorprendieron los niveles de asquerosidad que estaba dispuesta a soportar para que mi bebé pudiera estar tranquilo. Había llegado a aspirar yo misma con la boca los mocos de Woody para que pudiera dormir (antes de comprar el aspirador nasal, claro). Me había quedado sentada cubierta en vómito que se iba asando poco a poco gracias al calor de los radiadores hasta hacer que tuviera una peste a queso, todo porque Woody estaba enfermo y se había quedado dormido sobre mi pecho, y sabía que dormir iba a hacer que se sintiera mejor. Había limpiado con sumo cuidado la mierda líquida que se le había metido por todos los resquicios posibles del cuerpo, varias veces al día. La había limpiado de las paredes, de los laterales de su bañera pequeñita cuando había inyectado las burbujas con su diarrea, lo que había hecho que no pudiera disfrutar nunca más de un buen baño de burbujas.

—Lo de la fiebre te vendrá bien para cuando le toquen las vacunas —añado. Noto que todas me juzgan e intento hacerles entender las ventajas de mi regalo tan considerado—. Si se lo das antes, no tendrá fiebre. Pero el termómetro es de lo más útil. Siempre les da la primera fiebre a la peor hora posible, y el médico siempre quiere saber la temperatura exacta, así que te vuelves loca por no haber comprado uno o por tener que usar uno para adultos en un bebé enfermo que no deja de revolverse. Si es más de 38 grados tienes que ir directo al hospital, pero si no tienes termómetro no tienes cómo saberlo, así que entras en pánico y terminas llevándolo a Urgencias sin que haga falta. Algo que no te recomiendo en absoluto si tienes un bebé, la verdad.

—Ya. —Nicki asiente despacio, sosteniendo el termómetro con las puntas de los dedos, horrorizada—. Todo lo que me cuentas parece turbio de cojones, pero seguro que me resulta muy útil. Gracias, Lauren.

Turbio de cojones.

Me vuelvo a hundir en mi sitio, dejando que el cuero del sofá se me pegue a la piel caliente, descubierta y llena de celulitis, en lo que Nicki echa mano de otro regalo envuelto en papel con purpurina ecológica y aroma a fresas.

Anda y vete a tomar por culo, pienso. ¿Crees que vas a dar las gracias por un trajecito de bebé con dibujitos de elefantes a las dos de la madrugada cuando estés convencida de que tu bebé se está muriendo? ¿Te va a ayudar un móvil sensorial para la cima en esos momentos? Ya te digo yo que no. Una de las peores partes de tener un bebé es el amor. Sí, también es la mejor parte, pero ese amor es la sensación que más te aterroriza y te sobrepasa en la vida. Te va a preocupar que tu hijo muera todos los días, varias veces al día. Te vas a imaginar todas las formas escabrosas en las que podría pasar. Meningitis. Secuestro. Que un coche se estrelle contra el carrito del bebé mientras esperáis para cruzar en un paso de cebra. Cuando tu hijo llora, te desgarra por dentro porque lo quieres tantísimo y no quieres que sufra. Toda tu vida se va a convertir en una misión

imposible y sin fin por impedir que llore porque el daño que te hace es insoportable. Así que sí, Nicki. Cuando tu bebé se enferme por primera vez, lo cual pasará lo quieras o no, porque es como si todos los bebés tuviesen tendencias suicidas y estuviesen obsesionados con lanzarse al peligro y llevarse absolutamente todo a la boca, sobre todo lo que otros bebés llenos de gérmenes ya han cubierto de babas con anterioridad…, entonces me vas a AMAR por haberte regalado este termómetro que es TURBIO DE COJONES. Por no tener que buscar en Google presa del pánico para ver qué farmacia está abierta mientras tu bebé chilla tanto que se pone como un tomate y tú lloras por la desesperación y la impotencia. Este termómetro te va a ofrecer un alivio y un consuelo que te llegarán al alma, a diferencia de un puto ornitorrinco suavecito. Pero claro, *turbio de cojones*, dices. Vete a tomar por culo, digo yo. Mi regalo es el mejor que vas a recibir en todo el día, incluso con el papel navideño, pedazo de desagradecida.

Phoebe se sienta a mi lado y alza su copa en un gesto de chinchín. Parece ligeramente borracha, con la mirada algo desenfocada.

—Tu regalo es el mejor —me dice en voz baja y el olor del ponche hace que el aliento le huela dulce.

Me dejo caer contra ella, presa del alivio.

—Gracias. Todo el mundo cree que se me ha ido la olla.

—Deja que te diga a quién se le va a ir la olla de verdad. —Señala a Nicki—. A esa de allí, si a su bebé le sube la fiebre en mitad de la noche y no tiene qué darle.

—¡Eso digo yo!

—En serio te lo digo, le has dado el mejor regalo posible. Bien hecho.

Sonrío, porque esta mujer me cae cada vez mejor. Es totalmente distinta al resto de las amigas de Nicki. Con carácter, a diferencia de la propia Nicki. No me las imagino llevándose bien, pero, dado que ha venido, debe ser que sí.

—A ver, está claro que esto es una competición. Y el papel

navideño es la guinda del pastel.

Se encoge de hombros y le quita importancia al comentario con un ademán de la mano, con lo que veo una especie de tatuaje tribal que tiene en el lateral de la muñeca.

—Oye, que tienes un bebé, ¿no? —dice, y yo asiento—. El que hayas venido, te hayas puesto presentable y no estés llorando por los rincones. El llegar a tiempo. —Espera y asiento de nuevo—. Todo eso cuenta. Y eso debería bastar como regalo, la verdad. Mi hermana mayor tiene tres hijos y te juro que tarda tantísimo en prepararse para salir de casa que a veces ni se molesta en hacerlo. Qué más da el papel navideño, ya es todo un logro que hayas decidido venir.

—¿Sabes qué? Me caes bien —le digo, estirándome para darle un sorbito a su bebida, a lo que ella asiente, orgullosa—. Te doy permiso para ser amiga de Nicki, es oficial.

Phoebe pasa la vista a donde Nicki se encuentra abriendo el último regalo, con bastante menos entusiasmo que el primero.

—Ay, muchas gracias. Pero estoy segura de que hoy será el último día que la vea en la vida. —Ladeo la cabeza, confundida, y ella se aclara—. Me refiero a que es inevitable desaparecer de la faz de la Tierra cuando tienes un bebé, ¿no?

—¿Qué Tierra? —bromeo—. No sé qué es eso, la echo de menos.

Estira una mano para darme un apretoncito en el hombro.

—Ya volverás, vas a ver que sí.

—Gracias —le digo al borde de las lágrimas—. Eso espero.

—Eh… ¿Eso de ahí es tuyo? —Señala el vigilabebés que llevo entre mis palmas sudorosas y veo que Woody está despierto.

Pues claro que está despierto, joder. Aunque le he quitado el sonido, lo veo gateando por la cuna con la boca abierta, fijo que llorando. Porque es que no hace otra cosa. Compruebo la hora en el móvil y… ajá, ha dormido veintisiete minutos exactos. Es imposible que haya descansado lo suficiente. Vuelvo a mirar la pantalla, a mi bebé pixelado que se está volviendo loco en la cuna plegable. Es más sencillo distanciarse emocionalmente con el sonido apagado. Sé

que debería subir y tranquilizarlo; sacrificarme a mí y el resto de mi día, además de esta conversación tan agradable que estoy teniendo, para ir y ser una buena madre. Si Tristan estuviera aquí, ya habría subido corriendo a la habitación como el Padre Perfecto que es, que nunca pierde los estribos porque no ha sacrificado ni de lejos tanto como yo. Lo normal sería que, a pesar de mi fastidio, yo también estuviera allí, sacrificando mi paz mental mientras Woody se rehúsa a encontrar la suya. Sin embargo, hoy una parte de mí se ha endurecido. O quizá se ha roto. Así que me descubro a mí misma dándole la vuelta a la pantalla y enterrando el vigilabebés entre mis muslos cubiertos por este vestido horroroso. La especialista en sueño, tan cara ella, nos dijo que deberíamos darle una «oportunidad» para que intentara «volver a dormir». Igual este es un buen momento para intentarlo. Me prometió que su llanto no era de sufrimiento, sino de «frustración» por haberse despertado. Por desgracia, Tristan no está de acuerdo y no nos permite llevar a cabo el plan de la especialista. «¿Qué coño va a saber ella de por qué llora nuestro hijo?», fue lo que dijo, negándose a dejar que Woody llore durante más de veinte segundos, con lo cual probablemente nos haya condenado a no volver a dormir jamás. Por suerte, Tristan no está aquí, y yo me lo estoy pasando pipa, así que quizás esto sea lo que hace falta para arreglar el horario de sueño de mi hijo. Porque algo tiene que cambiar, sin duda. Ya no puedo seguir al borde de la locura, tan destrozada que voy dando tumbos cada día como si hubiese estado en un accidente de coche que se repite una y otra vez, día tras día. Le daré diez minutos, eso es lo que decido. No le va a ocurrir nada por pasar diez minutitos de nada llorando y ¿quién sabe? A lo mejor funciona. Me atrevo a imaginar una realidad alternativa en la que Woody duerma toda la noche. Quizás eso me permita volver a ser yo misma. Recuperar la cordura, mi cuerpo, mi matrimonio y la esperanza. Igual hasta disfruto más de mi bebé si consigo dormir un poco.

Entierro el vigilabebés más en mi regazo. He tomado la decisión, por muy difícil que sea. Hay tanto ruido por la fiesta que nadie lo va

a oír escaleras arriba, y solo serán unos pocos minutos. Decido estar presente y pasármelo bien. Que mi bebé aprenda a dormir.

Me vuelvo hacia Phoebe.

—Tienes que contarme cómo es trabajar para la joyería Revolucionadas —le digo en lo que Nicki se aplaude a sí misma por haber terminado de abrir todos los regalos. Todas se suman a los aplausos mientras Charlotte mete como puede todo el papel de regalo en una bolsa de reciclaje y sale corriendo a algún lado. A lo mejor a regar el mural de peonías con agua con purpurina o algo así —. Me encantan sus joyas. ¿Te dan algún descuento?

Me parece oír un lamento en lo alto, pero paso olímpicamente de ello.

STEFFI

El móvil me empieza a sonar en cuanto Nicki termina de abrir su vertedero de chatarra para el futuro. Ya he sacado mi regalo de la pila antes de que empezara a abrirlos y lo he escondido bajo el sofá para llevármelo conmigo a casa después porque, sí, soy una cría. ¿Qué pasa? ¿Si no estoy preñada no puedo embadurnarme entera con una loción para embarazadas? Lo voy a hacer de todos modos en cuanto vuelva a casa y escape del infierno que es este invernadero. Va a ser que el rencor huele a lavanda orgánica y a ylang ylang, mira tú.

Veo que es Rosa de nuevo y voy corriendo al baño para contestar. Solo que la puerta está cerrada y ya hay una fila esperando fuera. Le escribo para decirle que la llamo en cinco minutos y camino de aquí para allá buscando algo de silencio. La planta baja está llena de papel crepé, cigüeñas y montones de gente, por lo que paso por debajo de la cuerda improvisada que cierra el paso en las escaleras y subo a escondidas. Hay un pasillo de cristal con vistas hacia el campo que da a cuatro habitaciones enormes. Dos de ellas tienen cartelitos que rezan «Bebé dormido. No molestar» en la letra cursiva de Charlotte. Solo que, pasando esas, hay un baño desocupado. Me escabullo dentro, cierro la puerta a mis espaldas y bajo la tapa del retrete para sentarme.

—Rosa, ¿va todo bien? —le pregunto, contemplando el baño de diseño monolítico. Los productos de higiene no casan con el baño en sí: hay un jabón de manos de marca blanca entre los dos grifos y un

gel de ducha de limón en una botella fosforito se ha quedado flotando en el suelo de una de esas duchas con efecto de lluvia.

—*Quiero que retires el libro* —me dice Rosa casi sin aliento—. *Lo siento mucho, pero no puedo hacerlo. No quiero publicar*.

—Anda.

—… *lamento mucho haber hecho que perdáis tiempo, pero creo que este libro solo está hecho para mí, ¿sabes?* —continúa a toda prisa—. *Es solo algo bonito que escribí para mí. No quiero que más gente lo lea y lo juzgue. No quiero que mi vida cambie. En serio, Steffi, me vas a perdonar, pero ¿es demasiado tarde para echarme atrás?*

Respiro hondo. Rosa está siguiendo al pie de la letra el algoritmo de los autores noveles. Confío plenamente en que, para cuando terminemos esta llamada, todo vuelva a ir sobre ruedas. Lo que pasa es que está entrando en pánico como hacen todos los autores cuyas novelas son un éxito de ventas instantáneo, porque no pueden creer que sus sueños se estén haciendo realidad. Todos los autores con dos dedos de frente pierden los papeles. Saben que nada volverá a ser como antes y tienen razón, no lo será. Pero todo será mejor, muchísimo mejor, sobre todo porque no hay nadie que sepa cuidar a mis autores mejor que yo. Es importantísimo monitorizar y velar por la salud mental de un autor durante el año de su debut. Porque a todos se les va la olla un poquitín. Es un poco de todo. A menudo, les cuesta ajustarse a la realidad de que sus sueños se estén cumpliendo. El mundo editorial es brutal. Y, cuando se imaginaban publicando un libro, no tenían en cuenta todo el papeleo, las críticas negativas, si destacan tu libro o no en las librerías (o si directamente ni lo ponen…), que no te reconozcan el mérito en ningún premio literario o tener que escribir una segunda novela en menos de un año. Yo no tengo ningún problema con guiarlos en lo que se acostumbran a todos los cambios, emociones fuertes o desengaños, hasta que consiguen superar lo peor, con más amargura que al principio, pero también con una salud mental más férrea.

—No es demasiado tarde para dar vuelta atrás, no —le digo a

Rosa con toda la calma del mundo—. Yo te apoyaré sin importar lo que decidas.

Joder, qué maravilla poder estar al teléfono, dándolo todo en mi trabajo, tras haber escuchado a escondidas esa conversación tan horrible.

—Es que todo esto me sobrepasa. Es demasiado. Nina Baldwin… lo de Hollywood. No… Ni siquiera creía que iba a poder conseguir un agente. Mucho menos alguien como tú. Tampoco creía que me fueran a publicar y ahora esto…

—Es porque tienes muchísimo talento y te has partido el lomo trabajando en ello —le digo.

—Qué dices, si escribir es un pasatiempo absurdo que tengo.

—Rosa, eres una estrella. Sé que te puede descolocar un poco, pero es lo que eres. Siempre lo has sido. El mundo necesita leer tu libro. Necesita tu perspectiva.

—Pero…

—… ya te dije que *Luna de sangre* ha cambiado radicalmente mi opinión sobre alrededor de cinco cosas distintas. Me ha vuelto más abierta de mente, me ha abierto el corazón. He aprendido muchísimo leyendo y lo mejor de tu forma de escribir es que adoré cada segundo que pasé aprendiendo al leerte. Me partiría el alma tener que privar al mundo de algo así.

—Pero, Steffi, es que…

Me cambio de oreja el móvil y activo mi voz más tranquilizadora.

—Sé que todo esto te sobrepasa. Sé que no parece real. No puedo decirte que nada vaya a cambiar, porque te estaría mintiendo. Pero ¿no te gustaría que las cosas cambiaran? ¿No es por eso que me enviaste este manuscrito tan alucinante? Porque quieres que la gente lea tus palabras, que comprenda tu modo de ver el mundo. Una parte de ti, una que quizás está algo escondida y aturullada en tu interior, lo sabe. Confía en ti. Creyó lo suficiente como para hacer que escribieras este libro. Así que confía en esa voz, Rosa. Porque esa voz cree en ti y yo también. —Sonrío para que pueda notármelo en la voz—. Sí, tu vida va a dar un vuelco radical en estos dos años

que se vienen, pero no pienso dejarte pasar por todo eso sola. Te apoyaré en cada paso que des.

—*No sé yo…* —Rosa empieza a respirar a la misma velocidad que yo. Ha pasado a hablar con los pulmones, no solo con la garganta.

—Aquí me tendrás, acompañándote todo el camino.

—*Pero… tantísimo dinero. ¿Qué voy a hacer con tanto?*

—Te irás de ese piso compartido que tanto detestas.

Se echa a reír.

—*¿Y qué más?*

—Vas a contratar a un contable de los buenos que te voy a recomendar para que se encargue de todos los impuestos primero, ahí te darás cuenta de que no es tanto dinero como crees. La mitad de todo esto se te irá en impuestos. En cuanto calcules todo lo que tienes que pagar, vas a pasar a ser de derechas. O casi.

Sigue riendo un poco más antes de guardar silencio.

—*Este libro… es mi alma entera, Steffi. Es quien soy como persona. Y si firmo un contrato importante, si lo hacen película… Todo el mundo lo va a odiar*.

Asiento.

—Va a revolucionar la vida de muchísima gente, es así. Habrá millones de personas que van a pasar a dividir su vida en un antes y un después de leer *Luna de sangre*. Yo incluida. Tus libros van a inspirar y a salvar a muchísima gente. —Agarro un tubo de pasta dental que hay cerca y lo aprieto para tener algo que hacer con las manos—. Pero no voy a mentirte. Muchísimas personas van a odiarlo y les contarán a todos sus conocidos que es una mierda. Porque el oficio del escritor es así. En serio, ve a Goodreads ahora mismo y ve lo que escribe cualquier imbécil sobre tus libros favoritos. «*¿Matar a un ruiseñor*? Una estrella. ¿Y los pájaros dónde los dejaron?».

Vuelve a reír al otro lado de la línea y yo dejo que el silencio se asiente entre ambas, oyendo cómo el corazón me late a toda prisa a través de la tela delgada de mi vestido. Estoy segura de que podré hacerla cambiar de opinión, pero si al final resulta que no, estoy bien jodida. Parpadeo para borrar de mi mente las imágenes de tener que

escribirles a las personas más importantes de este mundillo para decir que el manuscrito ya no está en venta… Me pondrán en la lista negra… Terminaré en bancarrota. Rosa no puede enterarse de lo crucial que es para mi futuro.

—*Es que… me ha entrado un poquitín de miedo*.

—Y es lógico. Pero aquí me tienes. A tu lado. —Dejo otro silencio importante—. ¿Has pensado que esto podría ser lo mejor que te pase en la vida? Nunca más tendrás que preocuparte por el dinero. Podrás dedicarte a escribir el resto de tus días. A hacer lo que más te gusta. Ya no tendrás que buscarte tiempo para escribir mientras trabajas.

—*Mmm…*

—Pero, decidas lo que decidas, yo te apoyaré.

—*Eh… Tienes razón. No pasa nada. Es que me ha entrado el miedo*.

—¿Estás sola?

—*Sí*.

—Llama a tus amigas. Sal y cuéntales la buena noticia. Haz que sea real. No te quedes dándole vueltas tú sola. Con razón que estás entrando en pánico.

—*¡Pero no puedo contarlo aún! ¿Y si al final queda en nada?*

Sonrío y dejo la pasta de dientes en su sitio, a sabiendas de que ya estamos a salvo, pues ha empezado a preocuparse por si todo sale mal. No ha sido nada más que un titubeo.

—Rosa, deja que te prometa algo: vamos a publicar tu libro con un contrato alucinante y con una editorial de las grandes. Es lo que va a pasar. En el Reino Unido, en los Estados Unidos, en Alemania y, a juzgar por los correos que he recibido, seguramente en veinte países más. Todo eso va a pasar. Lo de la peli, eso sí que no puedo prometértelo. A ver, de cajón que nos van a hacer una propuesta importante, pero eso no quiere decir que lo vayan a hacer realidad porque Hollywood es una locura y nunca llegan a concretar nada. Pero hasta aquí todo es real y puedes confiar en que lo sea. Puedes confiar en mí.

Oigo un largo suspiro al otro lado de la línea y cruzo los dedos mientras espero.

—Vale… *Tienes razón… Perdona. Estoy que no me lo creo, en serio. Es demasiado*.

—Sí, pero aquí me tienes. Ahora ponte a llamar a tu gente. ¿Quieres que vaya a verte a Brixton? Sigo atascada en Surrey, pero puedo subirme a un tren y llegar antes de que se haga de noche.

—He quedado para comer con mis amigas. No iba a contárselo, pero a lo mejor sí.

—Hazlo. Te juro que esto es real.

Hablamos un poco más y tengo que reconocer que alargo un poco la llamada porque tengo cero ganas de volver a la fiesta. Cuando cortamos, me derrumbo sobre el retrete de puro alivio, dejando caer la cabeza entre las piernas hasta rozar el suelo con el pelo. Ahora que la crisis ha pasado, me puedo permitir un segundo para entrar en pánico. No me imagino el desastre que habría sido si no hubiese conseguido hacer cambiar de opinión a Rosa.

Pero sí lo he hecho. He podido.

Me lavo las manos aunque no haya usado el baño y contemplo mi reflejo en el espejo. Tiene salpicaduras de pasta dental y, entre mancha y mancha, veo cómo se me va derritiendo la cara, el pelo todo encrespado y algo que sin duda es mi propio dolor, que me sale por los poros. Si bien doy las gracias por la distracción que supone el trabajo, fuera de este baño hay un mundo en el que he oído sin querer a mi mejor amiga ponerme a parir sin pizca de remordimiento. Me ha hecho tanto daño que no sé cómo voy a volver a casa con ella en el coche. Me quedo contemplando el desastre reseco que es el campo por el cristal unidireccional de la ventana y dejo que las vistas me calmen. Me permito respirar hondo una vez más y estoy a punto de bajar de vuelta a la fiesta cuando oigo a un bebé llorar.

A través de las puertas, un coro de voces femeninas flota por la escalera. El ponche debe de estar haciendo que todas se suelten la melena, y oigo un sonidito pensativo colectivo acompañado de unas

carcajadas esporádicas y escandalosas. Y ahí está de nuevo. El llanto de un bebé que viene desde el otro lado del pasillo de cristal. Me doy la vuelta para oír mejor e intentar localizar de dónde viene. Oigo un grito y me aferró al pomo de la puerta, lista para entrar y hacer lo que pueda. Pero dudo. ¿Y si la madre ya está ahí, consolando a su bebé? Me va a odiar por entrar sin más. Me apoyo en la madera y presto atención a ver si oigo alguna nana en voz baja, pero lo único que me llega es un berrido desesperado.

Es insoportable.

Es un sonido tan desagradable y la respuesta de mi cuerpo es tan visceral que, sin decidirlo voluntariamente, me abro paso en la habitación a oscuras.

—¿Va todo bien? —exclamo.

No hay ni pizca de luz. Parpadeo para acostumbrarme y la luz del pasillo se cuela en el interior, con lo que revela a un Woody desconsolado. Está de pie en la cunita, sujetándose a las barandillas como si fuese un pirata encerrado, con la cara bañada en lágrimas y temblando de pies a cabeza.

—Woody, cariño, no llores. Shhh, tranquilo, no pasa nada.

Miro en derredor en busca de Lauren, esperando que llegue corriendo por el pasillo en cualquier momento para consolarlo. Pero ahora que Woody se ha dado cuenta de que hay alguien más en la habitación con él, chilla con más ganas. Se deja caer en la cuna y se pone a revolcarse como si estuviese en plena rabieta.

—Hey, Woody, no pasa nada. Tranquilo. —Me acerco deprisa y me quedo quieta al lado de la cuna, sin saber qué hacer. El vigilabebés debe de haberse escacharrado. Podría bajar corriendo a avisar a Lauren, pero no sé si podré dejarlo así siquiera un minuto.

Chilla tan fuerte que hace que se me cierre el estómago.

—Lo sé, lo sé. Los *baby showers* son un asco, yo también quiero irme a casa.

Estira sus bracitos regordetes, que en su lenguaje tan raro me da a entender que quiere que lo cargue. Unos lagrimones se le derraman sin fin por los mofletes.

—Shhh, no pasa nada —le digo doblándome para sacarlo de la cuna—. Ahora vamos a por mami, tú tranquilo. Shhh, shhh.

Woody entierra la cara en mi hombro, aún chillando, y yo lo mezo un poco mientras él me empapa el vestido con sus lágrimas.

CHARLOTTE

Salgo disparada hacia el baño en cuanto Nicki abre el último regalo. Ni siquiera me tomo la molestia de llenar la última casilla de mi hoja de cálculo. He empapado mi compresa improvisada y ahogo un grito por el espanto. He sangrado tanto que me he manchado las bragas y tengo algo de sangre seca pegada a los muslos por el calor. Me limpio y el papel higiénico sale cubierto de sangre. Voy a tener que ir al hospital ya mismo. Lo que significa toda esta sangre es indiscutible; no puedo negar la biología a base de afirmaciones. Me muerdo la muñeca hasta dejarme una marca y luego intento recomponerme todo lo posible. Cuando abro la puerta del baño, temblorosa, hay una fila de mujeres esperando y me disculpo avergonzada antes de salir pitando en busca del móvil. Nicki ya no está en su trono. La mayoría de las invitadas se han dispersado hacia la cocina para llenarse las bebidas. Lauren sigue en el sofá, con la cara roja como un tomate y partiéndose de risa con la tal Phoebe esa, con su cabeza medio rapada que le queda tan horrible. Debería ir a ayudar con las bebidas, pero la sangre…

La sangre…

Sigo sorprendiéndome al notar el calor que hace fuera cuando salgo y bajo corriendo por el caminito de gravilla de la entrada. Aunque solo tengo una barrita de cobertura, es suficiente para hacer la llamada.

—*Charlotte, ¿va todo bien, mi amor?* —pregunta Seth—. *Te juro que a Matt lo ha recogido el taxi sin problemas. Debería de estar*

llegando en cualquier momento. Todo va a salir perf…

—Me desangro —lo interrumpo, doblándome en dos para sujetarme el abdomen y notando cómo el sudor me resbala por la espalda gracias a la intensidad del sol.

—¿Qué dices?

—Por la vagina. —Me tiembla el labio al hablar y se me nota en la voz—. Hay un veinte por ciento de probabilidades de que esté perdiendo al bebé. No lo sabremos seguro hasta que vaya al hospital. Si oyen un latido, las posibilidades suben considerablemente.

—Charlotte. ¿Qué dices? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? Joder. ¿Estás sangrando? ¿Cuánto rato llevas así?

—Solo una hora.

—¡¿Una hora?! ¿Por qué no has ido al médico?

—Por el *baby shower*. Tengo que…

—A la mierda el baby shower. ¿Por qué no me has llamado? Joder. Vale. Aún están despegando el coche del asfalto, pero no pasa nada. Matt llegará en cualquier momento con el taxi. Tú espéralo fuera y te subes ni bien llegue. Dile al conductor que vuelva a por mí y entonces podremos ir los dos…, pero así tardaremos demasiado… No. ¿Puedes conducir? Puedes decirle al taxista que vuelva a por mí, pero conducir al hospital. Haz eso, Charlotte. Ahora mismo.

—Pero…

—Pero nada. Todo irá bien, vas a ver. Pero tenemos que llevarte al hospital.

—No creo que pueda conducir. —Me quedo mirándome la mano como si no fuese mía, viendo cómo tiembla con la gravilla de fondo. Echo un vistazo a mi coche, aparcado cerca del arco de globos—. Y no puedo salir porque han aparcado muy cerca.

—Vale. Entonces espera al taxi y venís a por mí. Buscaré en Google el hospital más cercano.

—¿Y si el taxista no nos quiere llevar?

—Pues que te lleve alguien de la fiesta.

—No podría… Seth, eso echaría a perder el *baby shower* de

Nicki.

—¿Y?

—Estamos a punto de empezar con la sorpresa, no puedo estropearlo. No puedo robarles el protagonismo a los futuros padres.

—Charlotte, que te desangras. Eso no es ser egoísta, no puedes evitarlo.

—Esperaré a que llegue Matt y terminemos con la sorpresa. Son solo unos minutillos más. No pasará nada.

Alzo la vista al cielo despejado y me sorprende ver lo azul que es. Tanto como las dos rayas que vi en mi prueba de embarazo. *Ahora sé por qué la marca se llama Clear Blue*, pienso. Porque las rayas de la prueba son del mismo color que un cielo despejado…

—¿Cielo? ¿Me oyes?

—No pienso estropearles el festejo —le digo. Esto es una prueba que me ha puesto el universo. Todo está yendo estupendamente y mi recompensa no tardará en llegar. Si consigo resistir sin echarle a perder el día a Nicki, oiré el latido del bebé en el hospital. Pero si hago que el día gire en torno a mí, recibiré un castigo.

—Charlotte… —Seth intenta usar su voz tranquilizadora, pero se la noto temblorosa—. *Sabes que sea lo que fuere que te esté ocurriendo ahora no va a cambiar a base de fuerza de voluntad, ¿verdad?*

—No digas bobadas, no estoy…

—El baby shower no tiene nada que ver con que estés sangrando. Y *que te vayas antes no cambiará lo que te está pasando a nivel biológico*.

—Es que no sabemos lo que me pasa a nivel biológico —chillo, haciendo que un par de aves salgan disparadas de un árbol que hay cerca—. Sufro de infertilidad de origen desconocido. Nadie sabe por qué no podemos tener un bebé. —Entonces me echo a llorar. Ay, no. Dios, no. Se me va a correr el maquillaje y luego todo el mundo me va a preguntar por qué lloro y eso le estropeará el *baby shower* a Nicki y entonces no oiré el latido del bebé—. Si el mundo no puede explicarlo, si no tiene sentido alguno, el único modo de arreglarlo es

haciendo algo que tampoco tiene sentido. Si hoy todo sale perfecto…

—*¡Para ya, Charlotte!* —Seth me devuelve los gritos—. *Te lo suplico, para. No te sigas sacrificando. También es mi bebé. Prométeme que irás al hospital en menos de quince minutos. Ya sea con el taxi de Matt o que alguien más te lleve*.

Asiento, pero es probable que esté mintiendo. Aún no estoy segura. Noto un retortijón en el vientre y me dejo caer sobre la gravilla.

—Te voy contando —le digo—. Te quiero.

—*Todo irá bien, ya verás*. —Seth no tiene cómo saber eso. No puede prometérmelo.

Corto la llamada y me siento del todo detrás de un rosal. Decido permitirme llorar una vez, en aras de la estrategia. Me abrazo las rodillas y dejo que todas mis emociones salgan del tirón, del modo más efectivo posible. Tengo que concentrarme y no puedo hacerlo si me tiembla el labio por las ganas de llorar. Lloro más de lo que creí que haría, soltando unos ruiditos muy agudos, como de cobaya, que me lastiman la garganta. Al terminar, me aliso el vestido y me preparo para ponerme de pie de nuevo. Diré que he tenido que salir a por algo del coche y que el calor me ha dejado toda colorada y con manchas rojas en la cara. Y luego me quedaré cerca de la puerta esperando a Matt. Quizá consiga hacer que el taxista me espere unos cinco minutos mientras hacemos la sorpresa del *gender reveal*, de modo que pueda asegurarme de que todo va de acuerdo al plan antes de ir al hospital para que me digan que he sufrido un aborto y que ya no queda ninguna esperanza y que nunca podré sujetar a mi bebé en brazos, por mucho que eso sea lo único que he querido en la vida… Me echo a llorar de nuevo, esta vez con más fuerza. Son unos sollozos silenciosos que me sacuden entera, como si me estuviera desprendiendo de la piel. Me digo que solo me permitiré otro par de minutos, porque necesito recomponerme. No me sirve de nada estar así. Pero entonces se abre la puerta principal y me llegan unas voces por el aire cargado de humedad.

—Joder, qué calor hace aquí fuera. —Mierda, esa es Nicki. Me

escondo más aún detrás del rosal—. No debería ser legal estar embarazada con este calorazo.

Echo un vistacito entre las ramas para comprobar que no puedan verme. Nicki se acomoda como puede en el peldaño de la entrada, y su vientre enorme hace que tenga que sentarse con las piernas bien abiertas. Va acompañada de Phoebe, quien se echa a reír por la sentadilla profunda que ha tenido que poner en práctica Nicki. Tras sentarse a su lado, se pone a acariciarle la mano antes de llevársela al pecho y darle un apretoncito cariñoso. El gesto me resulta tan raro que me distrae de mi propio sufrimiento.

—Conque lo has conseguido. Vas a tener un bebé.

Nicki se lleva sus manos entrelazadas a los labios y deja un beso sobre ellas.

—Sí. Espero que vaya todo bien, porque mi amiga Lauren me está poniendo los pelos de punta, la verdad.

—He estado hablando con ella, es muy maja.

—Yo no diría eso. Bueno, sí, pero, si la conocieras, verías que hoy no parece ella misma. —Nicki le suelta la mano y se echa hacia atrás para dejar que el sol le caiga directo a la cara—. Es la primera vez que la veo en meses y está… distinta. Como… dejada, no sé si me explico. Y no es que la juzgue, pero si la hubieses conocido antes, te habrías quedado en *shock* con la diferencia.

—Seguro que todo valdrá la pena al final. Eso es lo que las madres le dicen a todo el mundo. Es lo que te dirás tu misma.

Nicki suelta un resoplido por lo bajo.

—Ni siquiera porque es mi *baby shower* te puedes contener un poquito, ¿eh?

Phoebe suelta una carcajada malintencionada.

—¿Quién se va a poder contener con semejante evento? No sé qué quieres que te diga. Entiendo que hayas optado por el sendero de la heteronormatividad porque era lo más fácil, pero acabo de ver una piñata con forma de vagina allí fuera, venga ya.

Nicki suelta otro resoplido burlón.

—Más bien con forma de vulva.

—Hablando en serio, ¿qué carajos es todo esto? —inquiere Phoebe—. Siento como si me hubiese metido en una alucinación febril, y este calor no ayuda.

Noto que se me eriza la piel de los brazos mientras espero la respuesta de Nicki. Espero que le diga a esa hija de puta que la fiesta de hoy es perfecta y que me lo he currado muchísimo y que no sabe cómo agradecérmelo. Porque he pensado en todo. He añadido todos los detallitos posibles. Como regalo para mi mejor amiga. Siendo sincera, lo que quiero es que la eche, porque lleva toda la fiesta desentonando con la energía del *baby shower*.

Pero Nicki no le dice nada de eso.

—Ya. Estamos en mi peor pesadilla, chica. Te juro que no he tenido nada que ver con esto.

Ahogo un grito, pero ambas se están desternillando como unas hienas a demasiado volumen como para oírme.

—¿Me lo puedes poner por escrito? ¿En letra cursiva? —Phoebe suelta otra carcajada—. Porque hoy no se puede escribir nada que no sea en cursiva.

—Pobrecita Charlotte, seguro que se apuntó a un curso *Online* para aprender a escribir bonito solo para lo de hoy.

—Y con justa razón, ¿sabes? Porque yo no puedo ir a mear si no veo un cartel en el baño escrito en cursiva que me diga cómo.

—No sé cómo no te has quedado ciega después de haber visto el mural de peonías.

—Calla, calla, que me ha dado alergia y todo. No sé de qué va todo lo de hoy, pero estoy segura de que soy alérgica a ello.

Según mis lágrimas se entremezclan con el sudor que me cae por la cara, según las bragas se me empapan de sangre, lo único que puedo hacer es permanecer agazapada sobre la gravilla, escuchando, anonadada, cómo una de mis mejores amigas se burla de mí con semejante crueldad. Ridiculizando el día que he pasado semanas planeando para ella. Me he quedado de piedra, congelada por la vergüenza y la humillación. ¿Nicki odia su *baby shower*? ¿Odia todo esto? ¿Todo lo que he hecho? En lo que me asomo para verla

de nuevo, la descubro partiéndose de risa. Porque no solo se está burlando de mí, sino que se lo está pasando en grande. Y entonces, de algún modo, porque está claro que el universo ha decidido someterme a una especie de prueba superavanzada, la cosa se pone peor.

—¿Tu amiga Charlotte es hiperactiva o algo? —pregunta Phoebe —. ¿Se toma la medicación todas las mañanas con una tarrina de glaseado?

Nicki suelta un resoplido por tercera vez.

—Charlotte siempre ha sido así. —Entonces deja de reírse y baja la voz, así que me cuesta oírla bien—. Lo hace con buena intención, en serio. Pero lo de hoy es un poco egoísta de su parte… —Ahogo un grito de nuevo—. Es muy horrible, lo ha intentado todo, pero no ha podido quedarse embarazada. Tuvo tres rondas de fecundación *in vitro* que no cuajaron. Verla me ponía muy mal. Ser madre siempre ha sido su sueño, y para Lauren y para mí ha sido muy fácil…

—Muy fácil, sí —interrumpe la Zorra Desgreñada—. Nicki decide que quiere un bebé y nada la detiene hasta que lo consigue. Nunca vacilaste ni un poco.

—Sabes bien que no es así. —Nicki se vuelve a estirar para darle la mano y entrelazar los dedos. Se inclinan la una hacia la otra, con la cara muy cerca, hasta que Phoebe la aparta.

—Seguro que todo esto te encanta. Diría que te pareces más a tu amiga Charlotte de lo que crees.

—¿Qué dices? Para nada.

—Te encanta el postureo, Nicki. Admítelo. Lo de hoy es postureo puro y duro y finges que estás por encima, pero en realidad te mola todo esto.

—De eso nada. Lo de hoy es algo que he tenido que *soportar*. ¡Los *cupcakes*! ¡Los juegos! No es justo. Charlotte me ha usado para tener el *baby shower* que siempre ha querido para ella. Y solo se lo he permitido porque no quería quedar como una desagradecida. Pero yo no soy así, lo sabes.

Siento que las entrañas se me llenan de hormigón. No consigo

procesar lo que estoy oyendo. He gastado cientos de libras en esta fiesta. Quizás hasta miles. Llevo semanas trasnochando para hacer todas las decoraciones y asegurarme de que todo salga perfecto, hasta el último detalle. No… No… No puedo creer que…

—… puede que a Charlotte le encante el postureo, pero a mí no. Cuando me has enviado la foto de la invitación esta mañana, me han entrado ganas de potar al imaginarme lo que pensarías de mí. Toda esa purpurina…

Mis piernas actúan por sí solas para hacer que me ponga de pie, sin habérselo ordenado. Y mis manos también se rebelan, cerrándose en puños en contra de mi voluntad. Poco a poco, me voy incorporando de mi escondite.

—… ya sabes que creo que estas reuniones son una excusa patética para tirar el dinero en un evento absurdo, arcaico y sexista. Mi bebé no necesita ninguna de estas mierdas ni yo tampoco. Soy lo bastante afortunada, ¿sabes? ¿En serio necesito todo esta… oda al capitalismo? Pero hablemos en serio, Phoebe. Vayamos al grano. ¿A qué has venido? ¿Qué es lo que quieres? ¿Has venido solo para…? Ay, madre, Charlotte.

Nicki se lleva una mano a la boca y la otra a la barriga en lo que me planto frente a ella, negando con la cabeza.

TRANSCRIPCIÓN DE LOS INTERROGATORIOS ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES, LAUREN POWELL, STEFFANI FOX Y CHARLOTTE ROTH

Simmons: Hemos estado revisando las fotos del día en cuestión y hay muchísimas, Nicole.

Nicole: Es un *baby shower*. La gente hace fotos.

Simmons: En total, tras revisar los móviles de todos los que asistieron, se tomaron más de mil fotos ese día.

Nicole: Es por el mural de peonías. La gente se vuelve loca con esas cosas.



Simmons: El día del incidente no hizo ninguna foto, Lauren. No hay ninguna en su móvil.

Lauren: Es que me pasé el día entero con las manos ocupadas.

Simmons: ¿No le parece un poco extraño? Que una madre no le haga ni una foto a su bebé en un día como ese.

Lauren: Charlotte estaba allí. Sabía que me iba a pasar todas las fotos casi profesionales que hizo.



Simmons: ¿Podría contarme un poco sobre la pelea?

Steffani: ¿Cuál de todas?



Simmons: Charlotte, en su móvil tiene más de cuatrocientas fotos solo de ese día.

Charlotte: Fue un día perfecto para hacer bonitos recuerdos. Quería que Nicki tuviese fotos que pudiese conservar para siempre.

Simmons: De hecho, ha documentado el día entero de forma meticulosa. Desde las fotos que se hizo Nicki con su familia a las nueve de la mañana, las que se hicieron usted y sus amigas frente al arco de globos a eso de las diez, los juegos, el refrigerio y los regalos. También hay fotos de todos y cada uno de los invitados frente al

mural de peonías.

Charlotte: Pago cinco libras cada mes para tener almacenamiento extra en la nube.

Simmons: Sin embargo, según los registros de su móvil, dejó de hacer fotos cerca de las dos de la tarde, cuando empezaron todas las peleas.

Charlotte: Es que nadie quiere documentar una discusión absurda. Eso no va en el álbum del bebé.

Simmons: Vale, pero, si eso es cierto, si usted y sus amigas se reconciliaron y decidieron tener un *gender reveal* privado, solo las cuatro, ¿dónde están las fotos de eso? [Silencio]. Imagino que la bomba de humo era el elemento estrella de la fiesta, la foto perfecta para subir a las redes. Seguro que la razón por la que llevó el petardo fue para hacer fotos al activarlo, ¿verdad?

Charlotte: Eh… Se me debe haber pasado por la emoción del momento.

Simmons: ¿Que se le pasó? ¿A la mujer que ya había hecho cuatrocientas fotos hasta ese momento?

Charlotte: Es… Es que… era un momento especial. Todo el mundo sabe que no se hacen fotos cuando estás

compartiendo un momento especial porque te distrae y ya no es lo mismo.

Simmons: Pues sí que fue un momento especial, eso seguro.

NICKI

Charlotte acaba de salir de un rosal como una especie de villana de película y se lanza hacia mí, con ojos enloquecidos.

—¡Vete a la mierda, Nicki! —me grita, antes de darme siquiera un segundo para procesar la situación—. En serio, que te den.

La situación empieza a cobrar sentido en mi cerebro de embarazada atontado. Charlotte está fuera. Charlotte ha oído todo lo que he dicho sobre ella. Charlotte me ha oído burlarme de todo el fiestón que ha organizado para mí. El bebé me da una patadita con fuerza a través del peto, para quejarse por el subidón de adrenalina que le acabo de pasar por la placenta.

—Charlotte… No… No sabía que estabas aquí. —Avanza dando pisotones por la gravilla, casi como si estuviese dispuesta a atacarme.

Phoebe, al darse cuenta, se planta entre las dos y alza las manos para hacer de muro de contención.

—A ver, un momento. Vamos a tranquilizarnos.

—Quítate de en medio.

Charlotte se agacha para dejar a Phoebe atrás y buscarme la mirada, con la cara salpicada de lágrimas y mocos. Nunca la había visto llorar así. Lo único que hace es soltar unos ruiditos diminutos cuando ve *El diario de Noa* (lo cual hace cada seis meses) y nosotras siempre nos burlamos de ella. «Si las cobayas lloraran, sonarían como Charlotte», dijo Lauren una vez.

Sí, es todo un personaje, pero también es una de mis mejores

amigas y, con un pesar que se me asienta en el estómago, recuerdo todo lo que he dicho sobre ella en un estúpido intento por impresionar a Phoebe.

—Charlotte, lo siento mucho. Como es lógico, no quería que oyeras nada de eso.

—¡No me digas! En serio, no sabía lo Judas que podías ser.

—Bueno, ya está bien, ¿no? —Phoebe alza las manos en lo que yo me echo hacia atrás por el *shock*—. No se le debe hablar así a una persona embarazada.

—Tú y tus greñas subversivas también os podéis ir a tomar por culo. ¿Tan por encima te crees de todo esto? —Vuelve su furia diminuta en contra de Phoebe—. Pues no lo estás. Porque has venido. Te estás bebiendo el ponche que yo he preparado y te zampas la comida por la que yo he pagado. Así que vete a la mierda tú también. Porque te encanta que haya montado un *baby shower* tan… ¿cómo era? Lleno de postureo. Te emociona tanto como a mí. Solo que a ti te hace ilusión porque te puedes burlar por redes sociales para demostrar lo muy por encima que estás de todo esto. Con todas tus pullitas y comentarios sarcásticos. —Charlotte habla tan rápido que casi ni respira—. Que sepas que aún te estás valiendo de las redes sociales y los *baby showers* para… para… qué sé yo, ¿reafirmar tu puñetera marca personal o algo? Estás haciendo lo mismo que yo, pedazo de hipócrita. La única diferencia es que tú vas de moralista cuando no eres más que una zorra con un corte de pelo feo de cojones.

Phoebe se echa hacia atrás y alza una ceja, impresionada, mientras que yo intento arreglar las cosas por todos los medios.

—Charlotte, en serio. Lo siento muchísimo. No sabes cómo lo siento.

Se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos y la mirada traicionada.

—¿Te crees que…? ¿En serio has estado «soportando» todo esto? —me pregunta—. Quería… Quería que tu día fuese perfecto. Quería… —Se echa a llorar de nuevo, con sollozos que la sacuden

entera. Cuando me acerco hacia ella para consolarla, me aparta de un manotazo—. Has hecho que todo se fuera al traste —me dice a media voz—. Es culpa tuya. TODO ESTO ES CULPA TUYA.

—¿Qué es culpa mía?

Se echa a reír como una desquiciada antes de seguir llorando un poco más.

—Tengo que ir al lavabo. Tengo…

—Charlotte, no te vayas. Deja que te lo explique.

—Tengo que ir al lavabo, no me encuentro bien. Tengo…

Me quedo de pie en lo que ella pasa corriendo por mi lado, dedicándonos una mirada más asqueada de lo que la creía capaz. El aire frío del interior de la casa me golpea cuando abre la puerta principal, y entonces me quedo con Phoebe fuera, acompañadas del calor y de una sensación de culpabilidad.

—Mierda —suelto.

—No pasa nada, deja que se calme.

—Lo ha oído todo. ¡Joder!

—No te alteres tanto, que estás embarazada. Piensa en el bebé.

Tengo la cabeza a mil, intentando procesarlo todo y calibrando lo mucho que he metido la pata. Me siento muy culpable. Pero mucho. El bebé protesta al notarlo y la tela de mi peto se sacude ante sus quejas. ¿Qué he dicho sobre Charlotte? ¿Sobre la fiesta? Que me ha estado usando. Hago una mueca y el bebé se vuelve a quejar. Lo he tildado todo de postureo y más de una vez, para colmo. Lo he dicho sobre mi amiga. Mi amiga con problemas de fertilidad, quien fijo que se ha tirado meses preparando todo esto. Por un momento, lo único que siento es el horror intenso ante lo que he hecho, uno que me deja boquiabierta y sin poder respirar ante la idea de haberle hecho tanto daño a alguien. Solo que otra emoción se va abriendo paso en medio de todo… el alivio. Charlotte no nos ha oído hablar sobre lo que pasó entre nosotras, que es obviamente por lo que hemos salido. He fingido que necesitaba un poco de aire y Phoebe, al captarme la mirada, ha dicho que me acompañaría un rato. Sentadas aquí hemos disfrutado de un maravilloso momento a solas.

Una oportunidad de hablar después de un año entero. De explicarnos. De reescribir nuestra historia siquiera un poco. Y, por muy desesperada que esté por correr detrás de Charlotte y hacer que me perdone, Phoebe me mira de un modo que… parece como si quiera devorarme. Quiero confesarle cosas tan estúpidas como peligrosas. Quiero prenderle fuego a mi vida, solo por la posibilidad de que Phoebe me diga que me quería, que lo sigue haciendo.

Me echo a llorar. Por la culpabilidad y la confusión y el *shock* de todo lo que ha pasado. No solo hoy, sino mi vida entera. Por las decisiones que he tomado. Lauren se quedó embarazada y yo caí en este agujero imposible de describir en el que lo único que tenía claro era que quería un bebé. Y me deshice de todo lo que se interpusiera en mi camino para conseguirlo. Fue una urgencia biológica y poderosísima, una que hizo pedazos cualquier otra opción posible, y ahora la tengo aquí, en mi vientre, casi listo para salir a conocerme y, con algo de suerte, hacer que todo esto haya valido la pena.

—Todo esto es una mierda —tartamudeo con dificultad. Ver a Phoebe hoy me ha obligado a confrontar el sacrificio que hice para tener esta vida, para tener este *baby shower*. He estado bloqueándolo porque sabía que sería demasiado, que no haría nada más que confundirme, pero está aquí, y es tan guapa, y ha hecho que unas partes de mí que ni sabía que existían se pongan a bailar de solo verla—. No… No sé ni qué estoy haciendo. Lo de hoy es surrealista. No esperaba que vinieras y ahora estás aquí. Y me siento muy mal por cómo te traté, pero es que quería esto… esto… —Me aferró el vientre y lloro con más ganas—. Y no podía teneros a ambos. Todo ha sido muy de sopetón. Y ahora estás aquí y yo aún… Y tus ojos… Y he hecho llorar a Charlotte… Y no quiero… No puedo… —No puedo seguir hablando por culpa de las lágrimas.

Phoebe intenta abrazarme, pero la aparto porque no me lo merezco.

—Shhh, tranquila —me dice en voz baja—. No pasa nada.

—Mira, si has venido a vengarte, vale. Hazlo. Cuéntaselo a todos. Me lo merezco. Soy una persona horrible. Y voy a ser una madre

horrible porque soy la persona más egoísta que existe.

Se me escapan los sollozos a la par que mis pensamientos más oscuros. Sí que soy egoísta. Para mis adentros, siempre lo he sabido. Quizás es por ser hija única o qué sé yo, pero siempre me he priorizado a mí misma y a mi propia felicidad. En mis mejores días puedo creer que se trata de una buena dosis de autoestima, pero ahora, al ver el daño que le he hecho a Charlotte, el dolor en la expresión de Phoebe…, las cosas que hago y digo… Se que voy a ser una madre pésima y la idea hace que se me cierre la garganta y que no pueda dejar de llorar.

Phoebe me abraza con fuerza y me rindo ante su calor. Le envuelvo el cuello con los brazos e intento acercarme todo lo que puedo a ella con el impedimento de mi enorme barriga en medio.

—Shhh. Joder, cómo crees que voy a venir a vengarme, por Dios. Solo quería verte. Shhh. Vas a ser una madre estupenda —me dice —. Ya estás aprendiendo lo más importante para serlo… Que el ser madre requiere un sacrificio personal enorme. Hay muchísimas cosas a las que vas a tener que renunciar.

—No quería renunciar a ti. Por favor, créeme que…

—Lo sé, lo entiendo. Mira, todo va a ir bien, ¿vale? ¿Nicki? Escúchame bien. Has tomado la decisión correcta.

Me quedo de piedra entre sus brazos.

—¿En serio?

—Sí. Porque yo no quiero tener hijos. Nunca he querido tenerlos. Lo cual me viene muy bien porque la verdad es que es complicadísimo que las lesbianas tengamos hijos.

—Es… Nunca me lo contaste.

—Porque no dejaste que llegáramos a eso. Ni siquiera sabía que te morías de ganas de tener hijos hasta que le pusiste fin a lo nuestro.

—No sabía que quería tener hijos hasta que pensé en que tal vez no podría tenerlos.

Me acaricia mi rostro hinchado.

—Pero sí que quieres. Y estás a punto de tener uno. Es algo

bueno. Es muy bonito.

Me sorbo la nariz contra su hombro y se la entierro en el cuello. Si moviera la cabeza un poquitín, podría besarla.

—¿No lo dices solo por el mural de peonías?

Se echa a reír y su aliento me calienta aún más la piel desnuda.

—Todo irá bien, ya verás.

Nuestro abrazo es demasiado largo y cargado de sentimientos, sobre todo teniendo en cuenta que Charlotte está en algún lado de esta casa, llorando. Oigo el ruido de un coche sobre la gravilla, pero decido seguir abrazando a Phoebe. Porque esta es la despedida que no tuvimos en su momento. Estos son los sentimientos que no me había permitido sentir. No van a cambiar nada, porque me he lanzado de cabeza a lo que tengo con Matt. Hemos creado algo juntos, algo de carne y hueso.

Le hundo la nariz en la piel e inhalo hondo para guardarme su aroma en mis recuerdos.

—Gracias —le digo en un hilo de voz—. Por venir hoy. Por apoyarme con todo esto.

—Tendría que estar loca para rechazar una invitación que viene con purpurina biodegradable —repone, y ambas nos echamos a reír en el cuello de la otra, sin querer separarnos.

El abrazo se ha estirado tanto que ha dejado de ser un gesto apropiado, pero me intento convencer de que no pasa nada, porque es una despedida. Un adiós sincero y bien intencionado hacia el pasado, hacia un camino que, por mucha curiosidad que me hubiera despertado, he decidido no recorrer. La abrazo y me niego a apartarme de ella hasta que el portazo de un coche nos hace pegar un bote.

—¿Se puede saber qué coño está haciendo esta aquí?

Cuando me vuelvo, veo a Matt, con la furia distorsionándole los rasgos.

LAUREN

Woody lleva llorando diez minutos. Diez minutazos de reloj. Aunque le he quitado el sonido al vigilabebés para no oírlo, puedo ver que se va angustiando cada vez más. Nadie lo oye por encima del ruido de la fiesta. Phoebe se ha levantado de un salto hace unos minutos, para ofrecerse a acompañar a Nicki a tomar el aire, de modo que me he quedado sola contemplando el vigilabebés y sintiéndome como la peor madre de la historia desde la de Norman Bates. Ver a mi hijo llorar, así sea en silencio, es como si el mundo entero me estuviera deslizando las garras por los nervios. Es una sensación horrenda y antinatural. Quiero subir corriendo y abrazarlo, pero es que la especialista en sueño me dijo que tiene que aprender a «calmarse solo».

—No vayas corriendo a interferir —me dijo, y cada palabra que salía de su boca parecía ir menguando lo poco que me quedaba de mi pensión de maternidad—. Tienes que darle la oportunidad de calmarse y volver a dormir.

Parece muy poco probable que Woody vaya a calmarse y hacer absolutamente nada, siendo que se ha puesto de pie en la cuna plegable y ha pasado a chillar como si fuese un lobo aullándole a la luna. Intento recordar cuánto tiempo se supone que debes dejarlo si estás intentando aplicar el método Ferber. ¿Eran trece minutos? ¿O tres? Decido que le daré otros cinco minutos. Con suerte, eso no hará que se convierta en un psicópata cuando crezca, uno que mata mujeres, las despelleja y se pone su piel como disfraz, para luego

decirle a todo el tribunal que es culpa mía. Me reclino en el sofá y echo un vistazo por la fiesta para intentar disfrutar de este momento a solas. Si voy a traumatizar de por vida a mi hijo, como mínimo tengo que pasármelo bien, ¿no? Solo que el resto de las Mujercitas brillan por su ausencia y todo el mundo parece haberse dividido en sus respectivos grupitos. Quiero otro vaso de ponche. O cinco. Quiero beber hasta que me fallen las fuerzas, hasta perder las inhibiciones, hasta que salir a bailar hasta las cuatro de la madrugada me parezca una buena idea. Quiero mover el cuerpo al ritmo de una música que no me gusta, notar el roce sudoroso de unos desconocidos sobre la piel mientras hago cola para el baño en un bar de mala muerte. Quiero ponerme de cuclillas sobre un baño asqueroso sin asiento, para no contagiarme ninguna ETS por el roce, y luego ir dando tumbos a un McDonald's que atienda las veinticuatro horas, parpadear para ver la pantalla con sus colores fosforitos y pedirme unas patatas que me zamparé en menos de treinta minutos. Luego quiero dejarme caer en una cama no hecha y quedarme frita de inmediato, despertar con sed y ganas de potar, con vómito manchando la alfombra que tengo al lado, y pasarme el día siguiente acurrucada en la cama, mirando cualquier chorrada que echen por la tele o en el portátil y mandándoles mensajes a mis acompañantes para preguntar si había hecho un papelón. No tenía ni idea de la libertad de la que gozaba antes de tener un hijo.

Y la había desperdiciado. Hasta me daba el lujo de sentirme sola. ¡Habrase visto! Antes de conocer a Tristan, odiaba los domingos por la noche, cuando compartía un cuchitril con un grupo de doctorandos que nunca estaban en casa. Hacía planes desesperados para salir a cenar con gente que ni me caía bien, solo para evitar pasar unas cuantas horas conmigo misma como única compañía.

Y ahora vendería un riñón con tal de estar sola. Sola como Dios manda. No al tener que pagarle a alguien para que me cuide al hijo y poder disfrutar de un rato tranquila. Porque ya sé que eso no será lo mismo. Incluso esas veces en las que Tristan se lleva a Woody un rato cuando no le toca comer, no me quedo sola, porque lo único en

lo que pienso es en mi hijo. ¿Estará bien? ¿Estará a salvo? ¿Pasándoselo bien o echándome de menos? ¿Seguirá su horario? ¿Habrá comido suficiente? El tiempo que pase sola a partir de ahora siempre me costará algo. Ya sea que me cueste dinero cuando empiece la guardería o que me toque negociarlo con Tristan. Ambos atrapados en ese tira y afloja de a quién le toca hacer algo agradable mientras que el otro se jode y tiene que encargarse solo del crío. Para siempre en un toma y daca en busca de la libertad. *Porque nada volverá a ser como era*. Es algo que siempre te dicen antes de que llegue lo peor, pero no entiendes la magnitud colosal de esas palabras hasta que es demasiado tarde y no puedes dar vuelta atrás o, como mínimo, disfrutar del poco tiempo libre que te queda.

Me obligo a contener las lágrimas en lo que me pongo de pie. No me lo estoy pasando tan bien como para hacerle esto a Woody. Puedo volver a intentarlo mañana. Puedo pagarle a la especialista en sueño de nuevo, para luego contrastar todos sus consejos en Google, leer cómo le haré daño al apego de mi bebé, no seguir ninguna de sus instrucciones y luego preguntarme por qué la cosa no mejora. Es un plan, como mínimo. Si bien no uno precisamente bueno. Dejo atrás a un grupo de mujeres que vuelve de la cocina con vasos de ponche recién servidos y le echo otro vistazo al vigilabebés.

Justo a tiempo para ver que un par de manos, que sin duda no son las mías, aparecen en pantalla y sacan a mi bebé de su cunita.

STEFFI

—Shh, shhh. No pasa nada, Woody. No pasa nada. —Se me esconde en la axila y suelta otro berrido—. Ya viene mami, ya viene.

No sé yo si viene. La verdad es que me sorprende bastante que no haya llegado ya, con el tiempo que lleva así de alterado. Su histeria es casi insoportable. Lo mezo, intento calmarlo, nos paseamos por la oscuridad mientras le voy soltando palabras tranquilizadoras con voz de bebé a esas orejitas calientes y bañadas de lágrimas.

—No llores, Woody, venga. Oye, con esa carita tan mona que tienes, ¿cómo vas a llorar así? Te vas a poner feo si lloras, eh.

No puedo evitarlo. Estoy juzgando a Lauren pero bien. El desconsuelo de Woody es desolador, la desesperación que siente por su madre, y para colmo es chiquitito y no puede hacer nada por sí mismo. *El vigilabebés se tiene que haber estropeado*, eso me digo a mí misma. Porque Lauren jamás dejaría llorar así a su bebé. Nunca deja que nadie llore. Recuerdo una noche, cuando aún estábamos en la uni y no había pasado mucho de todo el lío con Matt, que me emborraché tantísimo y tuve un rollo de una noche tan horrendo que salí pitando de inmediato. Volví a casa caminando descalza porque mis zapatos estaban en su lado de la cama y no me quise arriesgar a despertarlo. Lauren me oyó llorar a moco tendido en el baño a las cuatro de la madrugada y se sentó en el otro lado de la puerta para consolarme, hasta que terminé dejándola pasar. No me creo que esa mujer vaya a dejar a Woody llorando a posta. Me

suelta un berrido a todo pulmón en la oreja y yo hago una mueca en lo que siento que todas mis células ciliadas se desintegran y se me caen de la oreja. Es obvio que no voy a poder consolarlo, así que me rindo y me peleo con la puerta para abrirla a oscuras, para luego parpadear por el brillo de la luz cuando salgo al pasillo.

Lauren sube corriendo las escaleras y avanza hacia mí con una mirada enfurecida.

—Lauren…

—¿Qué has hecho?

Woody ya ha abandonado mis brazos para acurrucarse en torno a Lauren como si fuese una serpiente bebé. Se echa a llorar más aún al haber encontrado a su madre y sigue y sigue mientras que ella se aparta el pelo del cuello y se vuelve para fulminarme con la mirada.

—Es que estaba llorando y…

—¿Y tú has ido a sacarlo de la cuna? ¿Sin preguntar primero?

—No sabía qué hacer. Lo he oído chillar a todo pulmón y tú no venías…

—Anda, y ahora me acusas de descuidar a mi bebé.

—¿Qué dices? Es que… ¿No sabías que estaba llorando? ¿No lo oías?

—Esto… No le pasaba nada. Estaba todo bajo control.

Una vez más, no puedo evitarlo.

—¿Estás diciendo que lo has abandonado llorando así… a propósito? —Es que no me lo creo.

—¿Sabes qué? Anda y que te den, Steffi. No tienes ni idea de lo que es ser madre. No me jodas.

Me quedo boquiabierta, sin saber qué decir. Tras haber soltado todo su veneno, Lauren se vuelve para calmar a su bebé, quien va absorbiendo su energía y llora con más ganas.

—Ya está, cariño. Ya estoy aquí. Lamento mucho que esta mujer que no conoces de nada haya venido a molestarte.

Sacudo la cabeza.

—¿Esta mujer que no conoce de nada? Pero si me pediste que

fuese su madrina.

Lauren pasa de mí.

—Será atontada. Tú intentando dormir y ella viene y te chincha hasta hacerte llorar.

—Lauren, ¿es coña? Si llevaba rato llorando, mucho antes de que entrara.

Vuelve a mirarme de sopetón.

—¿Qué insinúas?

Alzo las manos en señal de rendición.

—Intento explicarte que he ido al baño, lo he oído llorar y, como nadie venía a por él y lloraba con tantas ganas, he entrado en la habitación para…

—¿Me estás llamando «mala madre»?

—¿Qué dices? No. Imaginaba que te funcionaba mal el vigilabebés. ¡Intentaba ayudar! ¡Ser maja! La próxima vez dejaré que tu bebé se quede chillando a oscuras durante dos horas, ¿vale?

—¿Cómo te atreves? No sabes lo que dices. —Woody ha empezado a calmarse. Apoya la mejilla en el hombro de su madre y se chupa el pulgar, todo ello lanzándome miraditas acusadoras con su cara bañada en lágrimas.

Ni se te ocurra juzgar a una madre. Esa es mi filosofía. Sobre todo, a las madres que son mis amigas. Porque lo único que saco al hacerlo es que se ofusquen más. Literal que no puedo decirle nada a nadie sobre la crianza de los niños, no sin que todo el mundo intente arrancarme la cabeza y comérsela para merendar. *Porque yo no me entero de nada. ¿Cómo podría? ¿Cómo oso tener una opinión? ¿Y si mejor me quedo a un lado esperando a que las mártires abnegadas (las únicas capaces de saber a ciencia cierta cuánto amor puede experimentar un ser humano, por cierto) terminen de lamentarse sobre sus bebés perfectos, esos que también son una fuente de quejas constante?* Lauren, más que cualquier otra persona, es alguien a quien me niego a juzgar. Es una de mis amigas de toda la vida, alguien a quien quiero muchísimo, y siempre nos hemos apoyado con todo. O eso creía, vaya. Salvo hoy, hace un rato en la

terraza, cuando ha hecho todo lo contrario a defenderme. Se ha puesto a despotricar sobre mí y ahora me acusa de haber molestado a su bebé cuando lo único que quería era ayudar. Nuestro «convenio de Ginebra» ha llegado a su fin y, tras haber soportado demasiadas gilipolleces en un solo día, me quito los guantes metafóricos para liarme a puñetazo limpio.

—Puede que no sea madre, pero sé lo que es oír a un bebé llorar desesperado y encerrado a oscuras —le espeto—. Me vas a disculpar, Lauren, pero no podía dejarlo así. Hay que ser cruel.

—Se supone que tiene que llorar así.

—¿Cómo dices?

—La mujer esa dijo…

—¿Quién? ¿La mujer de Hitler?

—No. La especialista en sueño.

—Qué especialista en sueño ni qué ocho cuartos. Esa es una especialista en maltrato, cómo te va a decir que hagas eso. Mira cómo está el pobre.

La dichosa palabrita es una bomba que detona en cuanto se me escapa de los labios. Hasta me tapo la boca de inmediato, como si pudiera atrapar la palabra para que no la oyera, pero es demasiado tarde. Lauren se echa hacia atrás con tanta violencia que Woody se pone a llorar de nuevo.

—¿Me estás acusando… de maltratar a mi hijo?

—No. Yo no he dicho eso.

—¿Tú precisamente? Que no sabes nada sobre ser madre, más allá del hecho de que no quieres serlo… Y de eso se tiene que enterar todo el mundo, ¿no?

Estiro una mano para pedir paz, pero me controlo para no contestar. Woody sigue gritando y, por encima de sus gritos, casi consigo oír otro alboroto en la planta de abajo. Una voz masculina, el sonido de decenas de personas poniéndose de pie.

—No lo decía por ti, sino por esa mujer que te ha dicho que deberías dejar a tu bebé llorando… Es que, en serio, Lauren, estaba gritando desconsolado.

—Cállate.

—¿Perdona?

—Que cierres la boca. No tienes ni idea de lo que dices. No te atrevas a volver a tocar a mi hijo, ¿estamos?

—¿Qué dices?

—Pedazo de egoísta. «Bla, bla, bla, no quiero tener hijos». ¿A quién coño le importa? Tú misma si no quieres tenerlos, pero no vengas a tratar de ponerle una mano encima a mi hijo y pretender juzgarme.

—Lauren, no le he puesto la mano encima a tu hijo. ¡Lo he alzado en brazos porque no dejaba de llorar!

Oigo un golpe en las escaleras. Woody entierra la cara en el vestido de Lauren, tironeándoselo e intentando que le dé el pecho por mucho que esté de pie.

—Pues no deberías haberlo hecho.

Me echo hacia atrás.

—Ah. Porque soy malvada y egoísta, ¿no? Mira tú, pero no soy yo quien ha dejado tirado a su hijo llorando.

Una voz nos hace pegar un bote en medio de nuestra discusión.

—¿Quién ha dejado tirado a su hijo llorando? —inquiere Charlotte, acercándose por el pasillo con expresión salvaje y todo el maquillaje corrido de tanto llorar.

CHARLOTTE

Tengo que largarme de esta casa. De este infierno que aparentemente he creado. Está a reventar de zorras desagradecidas que se zampan toda la comida que he traído, se llenan los platos hasta arriba y luego los dejan tirados sin preocuparse por quién tendrá que limpiarlo todo. Vuelvo corriendo a la casa, paso por el lado del mural de peonías y, sin pensármelo dos veces, le doy un tirón para arrancarlo de la pared y que los pétalos se aplasten contra el suelo de madera. Algunas invitadas lo notan y ahogan un grito, pero ni puto caso. Lo único que necesito es ir al baño, recoger mis cosas y salir pitando. Que Nicki se encargue de arreglar el desastre. Que lave todas las cosas y quite las decoraciones. Que se encargue de separar y reciclar todo el papel de regalo. Pienso llevarme mi hoja de cálculo. ¡Ja! A ver cómo «soporta» todo esto cuando no se acuerde de quién le dio qué y no pueda mandar las puñeteras tarjetas de agradecimiento. Ay, es que Charlotte da vergüenza ajena, ¿no? ¿Sabes qué da vergüenza? Que tus amigas se tomen la molestia de escoger un regalo para tu bebé que aún no nace y que tú seas tan egoísta y desagradecida que ni siquiera recuerdas quién te dio qué.

No es justo. ¿Por qué ella tiene un bebé y yo no? ¿Por qué yo voy perdiendo a mi bebé con toda esta sangre que sale de mí mientras que el suyo chapotea tranquilamente en todo su líquido amniótico y egocéntrico? Salgo pitando hacia el baño, pero hay muchísima gente esperando y la idea de hacer cola me pone enferma. Recuerdo el

otro baño, el de arriba, el que la madre de Nicki nos pidió que no usáramos. Me vuelvo y veo que Matt está entrando en la casa hecho una furia y dando fuertes palmadas.

—A ver todo el mundo. Lo lamento mucho, pero ha habido un percance y el *baby shower* tiene que acabar antes de tiempo —exclama a voz en grito. Su voz es tan grave y masculina en medio de este invernadero de estrógeno que todas las invitadas se sorprenden. Matt da otra palmada—. Hablo en serio. Nicki necesita que todo el mundo se marche. Pero ya.

Hay confusión por todos lados. La madre de Nicki se le acerca para preguntarle qué pasa, pero él la evita y abre la puerta principal de un tirón, donde Nicki sigue de pie llorando con la Zorra Desgreñada. Se pone a guiar a la gente hacia fuera, como si fuesen ovejas.

A las invitadas, confundidas por el caos, les cuesta comprender lo que sucede.

—¿Qué pasa?

—¿Va todo bien?

—¿Le ha pasado algo a Nicki?

—No, no, va todo bien —les asegura Matt—. No pasa nada. Es el calor, que es demasiado. Nicki necesita su espacio por el momento. —Lo dice con semejante autoridad que todas empiezan a marcharse, intercambiando miradas confusas—. Muchas gracias por venir. Nicki os da las gracias a todas. Lo lamento, pero ha habido una emergencia y tenéis que marcharos. Gracias, muchas gracias.

Mis bolsitas de regalo están cerca de la puerta y, de algún modo, Matt se las ingenia para entregarle una a cada invitada conforme salen por la puerta, aferrándose a ellas y volviéndose para ver la puerta, como si quisieran asegurarse de que todo esto sea real. Probablemente debería importarme que no las esté repartiendo como debe de ser. Porque he escrito el nombre de cada invitada en letra bonita. Pero la Charlotte calígrafa está harta. A la mierda la caligrafía. A la mierda el esfuerzo de intentar hacer las cosas bien por los demás. En especial si son tus amigas. Porque nadie sabe dar

las gracias. De hecho, lo que hacen es burlarse de ti. *De lo absurda que es Charlotte con sus fiestas absurdas y las absurdidades que sube a Instagram y su absurdo vientre que quién cono sabe por qué no funciona*.

Me abro paso entre la multitud que se marcha, intentando buscar mi bolso, que tiene las llaves del coche dentro. No lo encuentro entre el caos de platos y regalos y la masacre que han dejado las zorras desagradecidas, y para cuando he recorrido la primera planta de arriba abajo, esta se ha quedado vacía salvo por Matt y Nicki, que discuten en la puerta. Entonces recuerdo que lo he dejado en la habitación tras montar las cunitas plegables.

El *baby shower* se ha ido al traste. La sorpresa se ha ido al traste. Y, por tanto, mi bebé está muerto. Sé que voy a terminar entrando en crisis, pero no puede ser aquí. No pienso darle a Nicki la satisfacción de ver algo así. Pienso ir al lavabo, gestionar el desastre sangriento, quizás entrar en crisis durante diez minutos mientras terminan de expulsar a todo el mundo, y luego tengo que ver cómo llegar al hospital. Si Matt está en casa, eso quiere decir que he perdido mi oportunidad con el taxi. Pero si todas se marchan, podré usar el coche. Subo las escaleras corriendo, dejando el caos a mis espaldas, y entonces me encuentro con más caos en el rellano.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Dejar tirado a un bebé llorando? —le grita Steffi a Lauren. Ellas también están en plena discusión, según parece sin darse cuenta de lo que ocurre en la planta de abajo.

Mi mirada se cruza con la de Woody, en brazos de su madre, y el dolor me atraviesa. Sus mofletes colorados y apachurrables, sus manitas regordetas, el cabello que se le enrosca en la nuca y cómo se aferra a su madre como si fuese un monito bebé. Me muero de ganas de tener algo así. Me muero por tener un bebé. Lo quiero tanto que duele.

—¿Quién ha dejado tirado a su hijo llorando? —pregunto, intentando comprender la situación con la que acabo de encontrarme.

Steffi señala a Lauren con un ademán.

—Woody estaba llorando en su cuna y Lauren me está crucificando por haber tenido la osadía de ir y sacarlo.

—Porque no tenías derecho, joder.

—A ver, a ver. Un momento. ¿Por qué lloraba Woody? ¿Está bien?

Lauren se aparta un mechón de cabello detrás de la oreja y balancea a Woody en la cadera.

—No le pasa nada. Solo tiene que aprender a dormir de una puta vez y ya.

Tanto Steffi como yo damos un respingo.

—¿Lo has…? ¿Lo has dejado llorando solo? —pregunto.

—Que no le pasaba nada —insiste, sin dejar de sacudirlo de arriba abajo, de arriba abajo—. No tiene hambre ni se ha mojado el pañal. He cubierto todas sus necesidades. Lo único que necesita es aprender a calmarse por sí solo. Hemos contratado a alguien para que nos ayude a hacer que duerma mejor y nos dijo que debíamos…

—¿Dejarlo hasta que se canse de llorar?

—¡No! Ayudarlo a aprender a dormir. Y lo habría hecho si Steffi no hubiese ido y…

Steffi menea la cabeza.

—No me voy a disculpar por socorrer a un bebé que no deja de gritar. Sé que no os lo parece, pero soy humana. No soy una cabrona sin corazón solo porque no quiera tener hijos. ¿Acaso no os acordáis de mi madre? ¿Se os ha olvidado lo mucho que cuidé de ella, joder? Lo siento mucho, Lauren, pero el pobre estaba hecho un mar de lágrimas. No podía dejarlo sin más. No sé cómo has podido hacerlo tú.

Las tengo en mitad de camino y no entiendo cómo pueden estar pasando más cosas cuando ya están pasando suficientes. Me duele la tripa y tengo que doblarme sobre mí misma. No puedo dejar de mirar a Woody. A ese milagro precioso que Lauren está meciendo entre sus brazos. ¿Acaso no se da cuenta de la suerte que tiene? De lo vulnerable y delicado que es.

—No me puedo creer que dejes tirado a tu bebé llorando —le

digo—. ¿Cómo eres capaz? Es que no me entra en la cabeza.

—Ni se te ocurra ponerte a juzgarme tú también.

—¿Tú, en serio? ¿Cómo vas usar lo del llanto controlado?

—Charlotte, déjalo estar, por favor. No tienes ni idea de…

—Los estudios sobre el llanto controlado no son conclusivos —la interrumpo. Porque necesito que Lauren entienda lo valioso que es Woody. Lo afortunada que es ella. Tendría que tratarlo como el milagro que es. Si algún día… Si algún día el mundo decide premiarme con un bebé…, me pasaré el día entero abrazándolo. Lo haré dormir conmigo en la misma cama. Me despertaré por las noches para darle de comer. Y disfrutaré cada vez porque eso significa que puedo pasar tiempo con mi bebé. Dios, ¿por qué el mundo no me deja tener un bebé y le da uno a Lauren, cuando ella no tiene ningún problema con dejarlo llorar hasta que se canse? Es muy injusto—. No puedes confiar en las autoproclamadas especialistas en sueño. —Me pongo a repetir como un loro todo lo que he leído en internet, porque claro que lo he buscado hasta la náusea, al igual que las mejores técnicas para dar el pecho, el método Montessori, primeros auxilios para bebés, las semanas mágicas y todo lo que me ayude a prepararme para ser la mejor madre del mundo, salvo que hoy todo se ha ido al traste y ahora nunca tendré la oportunidad de serlo—. Tienes que tener cuidado —le insisto, porque tiene que entender el riesgo que está tomando. Uno que yo nunca tomaría, sin importar lo cansada que estuviera—. Podría afectar el vínculo de apego de Woody. No está aprendiendo cómo calmarse solo, sino a sentirse impotente. Los bebés solo dejan de llorar con ese método porque pierden las esperanzas de que los rescaten y deciden guardar energía porque se sienten abandonados, como si fuesen a morir en cualquier momento y…

—¡Cállate! —me exige Lauren a gritos—. ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate ya!

Woody se echa a llorar de nuevo y oigo pasos de alguien que sube las escaleras a mis espaldas.

NICKI

Casi rompo aguas. ¿Qué hace Matt aquí? Si iba a pasarse el día en el bar viendo el torneo de Wimbledon. No está aquí, en casa de mis padres. «La casa de la desdicha», como la llama él. En cuanto lo veo, aparto a Phoebe de un empujón, uno tan fuerte que casi hago que se caiga de culo. Pero es demasiado tarde.

—Matt —digo, notando cómo me sube la culpabilidad por la garganta—. No es lo que… Yo no he sido. ¿Qué haces aquí?

¿Va a explotar? ¿A echarse a llorar? ¿O algo distinto? Durante un segundo o dos, parece igual de confundido que yo, como si no supiera qué hacer. No deja de negar con la cabeza y pasa la mirada de mí a mi barriga y luego a Phoebe…

—Hoy no iba a ser solo un *baby shower* —me informa. Ha decidido optar por los hechos primero, antes que por las emociones, quizá mientras sopesa qué es lo que está sintiendo—. Charlotte y yo hemos estado organizando una sorpresa especial. —Vuelve la vista hacia Phoebe de nuevo y entorna la mirada. Cuando decidimos arreglar nuestra relación, me insistió en que entráramos en mis redes sociales y la bloqueara, por una cuestión de respeto. Es la primera vez que la ve en persona—. Y resulta que el sorprendido soy yo. —Señala el espacio que hay entre nosotras—. ¿Qué es esto?

Phoebe se planta delante de mí en ademán protector y veo un destello del tatuaje que tiene en la nuca.

—Nada. Estábamos hablando y ya. ¿O acaso está prohibido?

—Para vosotras, sí —repone Matt como si nada—. No podéis

hablar. No después de haber tenido una aventura.

Phoebe suelta un resoplido.

—Yo no diría que eso fue una aventura.

—Diría que soy yo quien decide lo que cuenta y lo que no. Yo y mi mujer. Quien me escogió a mí, por cierto —añade—. A pesar de lo mucho que te esforzaste por sabotear nuestro matrimonio…, por jugar con su sexualidad.

—¿Y tú qué sabrás sobre su sexualidad? —repone Phoebe con otro resoplido burlón.

Matt se echa a reír y niega con la cabeza, alzando las manos. Cuando me mira, puedo ver lo furioso y dolido que está, pero está intentando que no se le note delante de Phoebe.

—Tiene un bebé en la panza —contesta—. Uno que resulta ser mío. ¿Quieres que te cuente como llegó hasta allí?

—¿Matt? —exclamo con un lloriqueo, acariciándome la barriga para intentar calmar al bebé—. Lo siento mucho. Sé lo que parece, pero, en serio, solo estábamos hablando. Charlotte la ha invitado. Obviamente no sabía nada.

—Y tú has decidido venir, ¿no? Porque eso es de lo más apropiado.

Phoebe se cruza de brazos y deja ver otro tatuaje, este de las Reliquias de la Muerte que lleva en la muñeca, uno del cual se arrepiente.

—Te escogió a ti —repite, sonando casi aburrida—. Como dices, solo hay que mirarle la panza. Pero si lo vuestro fuese tan firme como afirmas, esto no tendría por qué molestarte.

—Venga ya, sabes perfectamente que no va por ahí la cosa. Es una cuestión de respeto. —Poco a poco, Matt se va acercando más a su límite—. Me estás faltando al respeto al presentarte aquí. Y a Nicki también. De quien imagino que sigues enamorada, ¿a que sí? ¿A eso has venido? ¿A decírselo? Cuando está a nada de parir, muy sentimental y ya ha hecho todo lo posible para no estar contigo. ¿Te has puesto a pensar en lo que esto significa para ella? ¿En cómo la harías sentir? No, ¿verdad? Porque tú solo te preocupas por ti

misma.

Tiene la frente perlada de sudor que se seca con el dorso de la mano y yo no puedo creer que me esté defendiendo. Noto un subidón de amor por él. Porque tiene razón. Que Phoebe esté aquí no me hace bien. Me agrada, como todo lo que tiene que ver con ella, pero que estoy a punto de parir, coño. Sabe que se está metiendo con lo poco de cordura que me queda.

—Haz el favor de marcharte de una vez —indica con voz sumamente tranquila y haciéndose a un lado para dejarla pasar—. Necesito hablar con mi esposa.

—Tú no eres nadie para echarme. —Phoebe se vuelve hacia mí —. ¿Nicki?

¿Qué es lo que pretende? ¿Que pelee por ella? ¿Aquí, en mi *baby shower*? ¿Con mis invitadas dentro? ¿A qué ha venido? ¿Qué pretendía?

—Phoebe, creo que tiene razón —le digo, contemplando cómo cada una de mis palabras es un golpe para ella.

Pero Matt y yo somos uno, un equipo, estamos a punto de ser padres juntos. Está aquí, defendiéndome incluso cuando lo he decepcionado. Tomé una decisión en su momento y no puedo arrepentirme ahora, más que nada porque ya es demasiado tarde, no hay cómo. Noto las consecuencias de mis acciones darme pataditas en la tripa, para recordarme el camino que decidí tomar y los otros a los que debo dejar ir.

—Vale, pues me largo. De todos modos, no quiero arriesgarme a volverme hetero si me quedo un segundo más en esta fiesta. —Hace un ademán con la barbilla hacia dentro de casa—. Que aprovechen las decisiones tan trilladas que has tomado en la vida. Sube las fotos a tus redes para que te convenzas de que estás contenta con ellas.

Matt se planta a mi lado.

—Sí que lo está. Ahora, si no es molestia, tengo que hablar con mi mujer. Y no puedo hacer eso con la casa llena de gente jugando a ponerle el espermatozoide al óvulo.

Me da un apretón en el hombro al pasar y lo oigo exclamar en

voz alta que la fiesta se ha acabado. Que tengo demasiado calor y necesito descansar. Oigo murmullos sorprendidos, el ruido de decenas de mujeres recogiendo sus cosas con prisa y entre cuchicheos. Noto un zumbido en el cerebro mientras intento procesar todo lo sucedido. He lastimado a Charlotte. He lastimado a Phoebe. He lastimado a mi marido. Acabo de echar a perder mi propio *baby shower*. Oigo a Matt repetir que todo el mundo tiene que irse ya. Me entran unas ganas enormes de echarme una siesta, pero Phoebe sigue aquí conmigo. Se me ha quedado mirando, con la mandíbula tensa y el sol a sus espaldas que hace que su silueta parezca dorada.

—Lo siento mucho —le digo, notando cómo se me van llenando los ojos de lágrimas—. No… No sé qué ha pasado hoy.

—No tendría que haber venido.

—No —coincido—. No deberías haberlo hecho.

—No volverás a saber de mí.

Es un golpe bajo. Uno diseñado para romperme el corazón, para hacerme tomar una decisión terrible. Prenderle fuego a mi vida, en este mismo instante, sudando a chorros sobre el porche, o no volver a ver nunca más a una persona a la que quiero. Pero es un error de su parte, porque lo que hace es cerrar las puertas de mi corazón y hacer que mis siguientes palabras salgan con más facilidad. Porque no puedo tener personas en mi vida que se comporten como un chiquillo cuando estoy a punto de tener uno yo misma.

—Pues nada. No volveré a saber de ti.

Parpadea para contener las lágrimas.

—Vale, tú misma. —Da media vuelta y me dedica una última mirada que no consigo descifrar del todo. ¿Es odio? O algo que se le acerca mucho.

Abro la boca para pronunciar mis últimas palabras. No sé exactamente qué, algo profundo y significativo, algo que case con este final, sea lo que fuere. Phoebe lo nota, espera, y yo estoy a punto de hablar, pero entonces la puerta se abre de par en par y una marea de gente sale, con bolsas de regalo en brazos y

rodeándome para darme un abrazo.

—Nicki, querida. Muchísimas gracias, me lo he pasado pipa.

—Nicki, espero que todo vaya bien. ¿Seguro que no necesitas nada? Muchas gracias por todo. Avísame cuando nazca el bebé, ¿vale?

—Vas a ser una madre estupenda, ya verás.

—Ve a poner los pies en alto y a echarte una siesta, mami. Todo irá bien.

—Qué pena que la cosa haya terminado tan pronto, pero me lo he pasado muy bien. Ahora a darte una ducha bien fría.

Me pierdo en un mar de abrazos, besos falsos y gente que me toca la barriga. Me pongo a dar las gracias una y otra vez, me meto en personaje e intento distraer a todo el mundo de la inevitable curiosidad que genera el final tan súbito que ha tenido la fiesta. La marea de gente sigue saliendo en lo que la casa de cristal se va vaciando, y a mí me llegan comentarios sobre lo buena madre que voy a ser, lo afortunado que es mi bebé, lo emocionante que es todo y la ilusión que me debe hacer conocerlo y, ah, cierto, que, si tengo un momentito, le pida a Charlotte que porfa pase todas las fotos que ha tomado. Para cuando termino, barro la entrada con la mirada en busca de Phoebe, con ganas de compartir un último momento con ella, uno que nos haga justicia a ambas, pero ya no está. Y no hay tiempo para llorar. Para llorar por haberla perdido, haber perdido lo nuestro. Por mucho que quiera sucumbir a las lágrimas, no puedo volver a esa casa a arreglar las cosas con Matt si se nota que me ha afectado que Phoebe se fuera. No me puedo creer que me haya perdonado de nuevo. Su perdón es como un bálsamo que me alivia el dolor que siento. He tomado la decisión correcta al escogerlo. Porque es un hombre estupendo, que me ha defendido y apoyado. Así que todo irá bien. Vuelvo a casa y suelto un suspiro al notar el golpe del aire acondicionado. Matt está apoyado en la encimera, bebiéndose un vaso del ponche sin alcohol. Es de color rosa chillón y está lleno de purpurina comestible que centellea bajo la luz cuando echa la cabeza para atrás para bebérselo de un trago. Señalo el

líquido con una sonrisa.

—Cuidado con eso, que se llama «poción antimachos». Si te lo acabas, se te desintegrará el pene.

Espero que se ría para romper la tensión, pero se bebe hasta la última gota y, cuando acaba, la mirada que me lanza por encima del vaso con detalles de cigüeña hace que se me hiele la sangre.

—Es que no me lo creo, Nicki —empieza—. ¿A ti qué coño te pasa?

—Deja que te lo explique. Creía que… —Alza una mano para callarme.

—¿Es que eres la persona más egoísta del planeta? Madre mía, ¿con quién coño me he casado? ¿Con qué clase de persona voy a tener a este bebé?

Entonces comprendo que todo el espectáculo comprensivo de fuera no ha sido nada más que eso, un espectáculo. Un intento por guardar las apariencias. No me ha perdonado.

—¡Matt!

Mi madre se acerca corriendo con una pila de vasos sucios entre los brazos.

—¿Nicki? ¿Cielo? ¿Va todo bien? ¿Te ha dado un golpe de calor? ¿Quieres que llame a Urgencias, por si acaso? No te veo mala cara, pero…

Nos quedamos allí plantados con nuestra discusión en pausa, acomodando nuestra postura como si fuésemos adolescentes a los que han sorprendido bebiendo.

—Gracias, Jane —dice Matt—. Pero a Nicki no le pasa nada. Ya me encargo yo de ella. La verdad es que tenemos que hablar de un tema muy importante y personal y la cosa no espera. Sé que es tu casa, pero ¿te importaría darnos un momento?

Mi madre vuelve a mirarme, con ganas de proteger a su hijita.

—¿Va todo bien, hija?

—No pasa nada —miento—. Pero Matt tiene razón, tenemos que hablar. ¿Podrías darnos una hora?

Si hay algo bueno que tiene mi madre es que siempre ha sabido

lidiar con las situaciones complicadas.

—Claro —dice, como si fuese algo completamente normal que la echásemos de su propia casa—. Igualmente necesito salir a tomar el aire. Iré a comprarme un café helado antes de ponerme a limpiar. Charlotte me ha dicho que se encargaría ella, pero creo que se ha puesto algo rara.

Nos interrumpen unos gritos de la planta de arriba.

—¿Sabéis qué? Me voy ya, aquí os quedáis.

Toma el bolso y se marcha en cuestión de segundos, no sin darme un último repaso para confirmar que estoy bien. Arriba, los gritos van en aumento. ¿Qué carajos está pasando? ¿Por qué parece el fin del mundo? ¿Cómo es que todo se ha salido de madre?

—¿Qué pasa ahí arriba? —pregunto, señalando hacia las escaleras, donde los gritos se vuelven cada vez más histéricos.

—Me importa una mierda.

—Matt, por favor… No sabía que iba a venir.

—¿Hasta cuándo? ¿Te ha sorprendido entrando por la puerta?

Delibero un segundo si debería mentir y, al notarlo, él se pone a negar con la cabeza.

—Me ha escrito temprano para contarme que Charlotte la había invitado —confieso.

—Vale, y entonces tú le dijiste, así bien claro, «no deberías presentarte aquí cuando has intentado destrozar mi matrimonio», ¿no?

—No…

—¡Muéstramelo! Muéstrame lo que le has escrito. ¿Dónde tienes el móvil?

—¡No pienso darte mi móvil!

—Si hubieses escrito algo apropiado, no tendrías problema con mostrármelo.

—No puedes ir revisándome el móvil. Eso es… abuso o algo.

—Hay que joderse. —Aplasta su vaso de cigüeña con la mano, al límite de la exasperación—. ¿Es coña, Nicki? Me cago en todo. ¿En serio vas a hacer como que eres la víctima? No puedo… Tengo que…

No puedo seguir hablando contigo. Hay que joderse. En serio, no sé ni qué decirte.

—Matt, por favor. Confía en mí. Tienes que confiar en mí… Voy a parir a tu hijo.

—No. Tengo que quedarme contigo porque vas a parir a mi hijo, que no es lo mismo.

Sus palabras me sientan como una bofetada.

—¿Qué has dicho?

Apoya las manos con fuerza en la encimera antes de pasárselas por el cabello, y parece al borde de la locura. Me aferró la barriga y necesito apoyarme en un banco, del miedo que me ha entrado al oírlo. Me costó muchísimo hacer que volviera a confiar en mí, que me perdonara, para poder llegar hasta donde estamos. Hasta donde me moría por llegar.

—No creo que pueda hablar ahora mismo —dice, apoyándose más sobre la encimera—. Tengo que calmarme un poco. Sabes que he venido a modo de sorpresa, ¿no? Sé si el bebé será niño o niña. Llamé al hospital para que me dieran los resultados de la ecografía de las veinte semanas. Sé que quieres saberlo. Charlotte tiene preparada una sorpresa con petardo incluido para revelarlo… Después de todo lo que hiciste, sigo intentando hacer las cosas bien contigo y tú… Joder, ¿es que me has usado como donante de esperma o algo?

—¿Qué dices? ¡No! Te quiero, Matt.

Me echo a llorar de nuevo, porque no me creo que esté diciendo todo esto. Esto no puede estar pasando, ¿no? ¿Y sabe qué será nuestro bebé? A pesar de todo el caos del momento, me muero por saberlo. Hace muchísimo que quiero saberlo. Él me conoce lo suficiente como para saber eso y yo lo estoy mandando todo al traste. Cuando apenas me quedan unas pocas semanas para parir y que tengamos que cuidar de esta criatura juntos el resto de nuestros días.

—Si eso fuera verdad, no la habrías dejado venir.

—Es que… Es que estaba confundida y…

—No. Ni se te ocurra. Como te pongas a hacerte la víctima e intentar manipularme ahora mismo, no respondo de mis actos. Necesito salir y despejarme un poco.

—Pero te vas a carbonizar fuera.

—Me la suda. Tengo que… No puedo seguir aquí contigo.

Se marcha antes de que consiga bajarme del taburete y le da un puñetazo al arco de globos para apartarlo de su camino. Lo sigo desesperada con mis andares de pato, pero solo llego a notar una ráfaga de calor que se cuela por la entrada antes de que la puerta se cierre de un golpe. Me cubro la boca con las manos y noto un pinchazo en el corazón. ¿Qué he hecho? Es demasiado. No puedo con ello. Me duele el cerebro en lo que intento comprender las consecuencias de todo lo que ha pasado. Necesito al padre de mi hijo. Necesito que mi marido me dé la mano durante el parto. Necesito que seamos una familia. Es lo que escogí, y mira que me costó lo mío hacerlo. No puedo perderlo ahora. No puedo…

… pero mi crisis se ve interrumpida por más gritos desde la planta de arriba.

LAUREN

No puedo con las miradas que me echan. Mis amigas. Las que se supone que son mis mejores amigas, las que han estado conmigo desde los diecinueve. Las que han pasado a mirarme como si le hubiese cruzado la cara a Woody en lugar de haberlo dejado unos minutos más en su cuna.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Nicki se presenta en lo alto de las escaleras, con la cara hinchada y surcada por las lágrimas. Charlotte lo explica todo como si yo no estuviera presente.

—Steffi ha alzado a Woody en brazos porque Lauren lo ha dejado tirado llorando.

—¡No lo he dejado tirado!

Mezo y mezo a mi bebé como si fuese un recién nacido, pero no deja de llorar. Es obvio que sigue traumatizado por lo que le he hecho y me siento tan culpable que tengo ganas de morderme la lengua y arrancármela como castigo.

—¡Lauren! —exclama Nicki. Ni bien ve lo afectado que está Woody, salta a juzgarme sin pensárselo dos veces.

Me vuelvo hacia ella, tan embarazada y sin enterarse de nada.

—¿Sabes qué? Vete a la mierda tú también. No tienes ni idea de lo que es esto. Pero pronto lo sabrás y ahí quiero ver yo cómo te las arreglas.

—¿A ti qué te pasa? No puedes mandarme a la mierda así como así.

—Sí que puedo.

Sacudo más y más a Woody; por culpa de sus berridos tengo la cabeza como un bombo. Siento que voy perdiendo el juicio con cada segundo que pasa. ¿Por qué no se calla? ¿Por qué se pasa todo el puto día llorando? Se lo he dado absolutamente todo y aun así no deja de llorar. Me ha arrebatado mi cuerpo, mi identidad, mi tiempo libre, mis horas de sueño, mi cordura, mi matrimonio, mi vida sexual, mi independencia, mis ahorros, mis amistades… Todo lo bueno que tengo en la vida lo he ofrecido en el altar de la maternidad y, aun con todo, él sigue llorando. Nunca es suficiente. Entonces comprendo que nunca lo será. Voy a fallarle toda la vida y lo voy a decepcionar y le voy a joder la existencia para siempre. Y me odiaré por ello y él también me odiará y me resentirá por no ser una mejor madre. Y ahora mis amigas también creen que lo hago como el culo, cuando me estoy dejando literalmente la vida en el intento y… Ya no me queda nada, estoy totalmente vacía y ellas van y me miran con todo el asco del mundo.

Steffi se planta entre ambas.

—A ver, controlémonos un poco. Esto se está saliendo de madre.

—Tú también te puedes ir a la mierda —le digo—. Todo esto es culpa tuya.

—¿Mía? Pero si solo he intentado ayudar.

—¡Me estás juzgando! —le chillo—. Y no solo por dejar llorar a Woody. Me juzgas por estar gorda y haberme vuelto aburrida y por la ropa de mierda que tengo que ponerme ahora. He visto la cara que has puesto cuando te he recogido en la estación… Y, ya que estamos, gracias por hacerme esperar tanto que un gilipollas terminó despertando a mi hijo.

Prácticamente puedo ver a Steffi erizarse.

—Mira qué bien, ¿y tú no me juzgas? —repone, avanzando un paso—. Te he oído hablando con Nicki desde la terraza. ¿Cómo era? ¿Que soy una egoísta, no? Porque tú puedes rajar de mí y ponerme verde cuando te da la gana, pero yo no puedo, ¿no?

¿Nos ha oído? Noto un pinchacito de culpabilidad, pero no le dejo

sitio al caer en la cuenta de que sí me tilda de gorda y de dejada y de ser la peor madre del planeta. Es que lo sabía. ¿Por qué todo el mundo me miente? Que he tenido un crío, no me he convertido en uno.

Nicki avanza un paso.

—Steffi, la verdad es que no tienes ningún derecho a juzgar a una madre…

Steffi se vuelve hacia ella de sopetón, y un poco más y gruñe en su dirección.

—¡Ay, pero qué sorpresa! La perfecta y maravillosa Nicki aprovechando cualquier oportunidad para clavarme el puñal. Eres tan predecible. —Pone los ojos en blanco—. ¿Sabes qué, Nicki? Lo siento. Siento mucho haberme tirado a tu marido antes de que lo conocieras. La verdad es que lo hice a propósito, porque soy bruja y sabía que en el futuro iba a ser tu esposo, así que lo hice a propósito, solo para joderte. ¡Enhorabuena! Tú eres la víctima de todo. No yo. No quien se hizo a un lado sin rechistar.

—¿Que te hiciste a un lado? —Nicki se echa a reír—. Pero si Matt no quería saber nada contigo.

—Anda, gracias por mencionarlo. Otra vez. Tú siempre tan maja. ¿Te has percatado de que yo nunca te he hecho nada? Mientras que tú llevas tratándome como el culo desde que decidisteis que os ibais a casar. Y yo llevo soportándolo sin quejarme desde entonces. Y aquí estoy. En tu puto *baby shower* de los cojones, con regalo y todo, pero tú vas y sigues despotricando sobre mí… Pero no, claro, que la víctima eres tú. —Steffi se pone a aplaudir—. Pobrecita Nicki. Un premio para ella.

STEFFI

A lo mejor estoy un pelín histérica. No sé si es por el calor, pero mi cerebro ha decidido soltarlo todo y confesarle a todo el mundo cómo me siento de verdad. Casi me siento como la ganadora de esta discusión al contemplar a Nicki abrazándose la barriga, con esa expresión de desdén que nunca la abandona, mientras tiene que escuchar todo lo que tengo que decir. Porque estoy completamente harta de que me critiquen. Que no quiera tener hijos no les da derecho a juzgar mi personalidad o lo mucho que me importan las cosas. Ahora mismo, mi instinto maternal supera al de la puta Lauren, que se ha puesto a llorar tanto como su propio bebé. Me sentiría mal por ella si no se hubiese puesto a chillarme sin control. La verdad es que no reconozco a este despojo de mujer en el que se ha convertido. Si esto es lo que implica tener un bebé, doy gracias de haber tomado la decisión correcta.

Charlotte avanza para meterse en nuestro corrillo de gritos e insultos y cuadro los hombros, preparándome para recibir más ataques. Porque he echado a perder su *baby shower* perfecto. Soy egoísta y una cabrona y…, pero entonces la veo volverse hacia Nicki.

—Nicki tiene mucho que decir, ¿no? —Tiene los ojos tan hinchados que apenas se le ven. Parece que ha estado llorando. De hecho, parece que las cuatro hemos estado llorando—. Yo también te he oído hace un rato, despotricando sobre mí con Phoebe, diciendo que me encanta el postureo. Te estabas burlando de todo lo que he hecho hoy.

—Charlotte, lo siento. Ya te he dicho que no lo he dicho en serio.

—¿Qué más da si soy intensa? No es sorpresa para nadie. Siempre he sido así. Pero ponerte a ridiculizarme, cuando llevo meses currándomelo para que todo saliera perfecto… Para sorprenderte.

Nicki suelta un suspiro.

—Ya te he pedido disculpas, Charlotte. ¿Vale? Pero vamos a ver, lo de hoy no ha sido por mí, las cosas como son. Nunca ha sido por mí. Ha sido todo por ti. Lamento mucho ser la desagradecida que tiene que decirlo, pero hoy me has estado usando. Para tener el *baby shower* que tú no puedes tener…

Todas ahogamos un grito. Charlotte se echa para atrás.

—¿En serio te has atrevido a decir eso? —inquiero.

—Venga ya, Steffi. Si tú también lo crees. A todas nos lo ha parecido.

—Nicki, creo que has dicho suficiente por hoy —le advierto.

—Ya, claro. De todos modos, no es como si fueses a escucharme nunca más, porque me he convertido en una de esas madres insufribles que no hacen más que hablar sobre su bebé. Y tú estás por encima de todo esto, ¿no? De este momento importantísimo en la vida de la gente. Que mis hijos van a pagar impuestos para que venga alguien a limpiarte el culo en la residencia, pero a ti te molesta que un bebé haga ruido cuando vas a un puto restaurante… y luego te preguntas por qué los hombres te tildan de egoísta…

—¡Callaos ya! —chilla Charlotte con tanta fuerza que hasta el propio Woody deja de llorar un momento—. Haced el favor de callaros de una vez.

CHARLOTTE

No saben la suerte que tienen. Ninguna de ellas. Ninguna de estas mujeres a las que he sido tan idiota como para considerar mis amigas.

—Callaos de una vez. —Casi no me reconozco la voz. Nunca imaginé que podría hablar tan alto y con voz tan ronca—. Lauren, que sí, que tener un hijo es complicado. Pero ¿sabes que es más difícil aún? No poder tener un puto bebé. ¿Sabes lo mucho que duele eso? Tienes la cosa más maravillosa de este mundo. Yo vendería un riñón por estar en tu lugar, ¿y tú vienes y lo dejas llorando a oscuras solo porque estás cansada? Ni siquiera tuviste que intentar… —Me pongo a llorar. Tengo que ir al baño. Tengo que ver lo mal que va todo ahí abajo. Tengo que ir al hospital. Porque no pinta bien la cosa. Todo está yendo como el culo.

—¡No! —replica Lauren a gritos—. Me vas a perdonar, Charlotte, pero no. Estoy hasta la coronilla de que me digan lo afortunada que soy, cuando llevo viviendo un infierno los últimos nueve meses. Un puto infierno. —Se echa a llorar, hasta el punto de mojar el cabello de su bebé con sus lágrimas—. Lamento muchísimo lo que te ha tocado pasar y procuro tener mucho cuidado, pero de verdad que estoy harta de no poder decir las cosas como son, como son de verdad. Lo difícil que es esto.

—Pues yo mataría por tener tus problemas, la verdad.

—Lo sé, pero también tengo derecho a quejarme. ¡No puedes negarlo!

—¡Claro que puedo! Porque no tienes derecho alguno. Fuiste tú quien escogió pasar por esto… ¡y los bebés no duermen! ¿Qué creías que iba a pasar?

Lauren niega con la cabeza.

—No tienes ni idea… Ni idea de…

—Mataría por estar tan cansada como tú, con eso te lo digo todo. Así que cierra el pico.

—No, tú cierra el pico. Siento como si me hubieran puesto una mordaza. Como si no tuviera derecho a quejarme. Cuando cada día es larguísimo e insoportable y…

—¡QUE TE CALLES! —Estoy tan enfadada que creo que podría entrar en combustión espontánea.

Steffi se planta en medio de las dos.

—Creo que deberíamos dejar de mandarnos a callar entre todas y…

—Haz el favor de callarte tú también —le espeta Nicki—. Vete a compartir otro artículo sobre lo pesadas que somos las madres. ¿No crees que nos estás mandando a callar al subir esas cosas?

—Que te calles, joder —repone Steffi con mala leche—. Estoy hasta el coño de oír cómo te jactas de…

—No me puedes mandar a callar, ¡que estoy embarazada!

—Ay, mira, qué alegría que estés embarazada —le chillo—. El mundo entero se queda embarazado, joder. Todas venís y os quedáis embarazadas a la primera y luego no podéis cerrar la puta boca y seguís y seguís con lo mismo.

—Para ya, Charlotte.

Los gritos de Woody son una banda sonora de pesadilla para esta pelea tan horrible. Todas estamos gritando con los puños apretados. Y yo las odio a todas. Detesto lo que está pasando, lo que viene pasando todo el día y al inútil de mi cuerpo. Me repatea tener que aparentar que me alegro por todas cuando mi propia desdicha casi que me ahoga.

—Cállate.

—Tú cállate.

—No, cállate tú.

El bebé sigue berreando. Lauren llora mientras intenta consolarlo. Y ni siquiera me da pena, solo siento la envidia que me corroe al saber que al menos ella tiene un bebé al que consolar.

—¡Callaos! ¡Callaos yaaaaaaaaaaa! —grito tan fuerte que todas dejan de hablar por un momento.

Entonces, en los contados segundos de silencio, en lo que todas nos miramos presas de la sorpresa, comprendo que no puedo seguir aquí. No con estas mujeres. Estas que dicen ser mis amigas. La energía que nos rodea es tan tóxica que no me sorprende que mi cuerpo no funcione. Aparto de mi camino a Lauren para correr al baño, cerrar la puerta y dejar que las otras tres se arreglen como puedan al otro lado.

TRANSCRIPCIÓN DE LOS INTERROGATORIOS ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES, LAUREN POWELL, STEFFANI FOX Y CHARLOTTE ROTH

Simmons: Vale, ¿entonces dice que estaba en medio del *gender reveal* con sus tres mejores amigas y fue entonces que empezó el incendio?

Nicole: Sí, ya se lo he dicho. Todas salimos para activar la bomba de humo que Charlotte había comprado. Pero como que salió disparada hacia atrás y aterrizó en la hierba. Charlotte tenía un cubo lleno de agua cerca, pero no bastó para apagarlo todo. Para cuando llenamos otro cubo, el fuego ya se había extendido por todo el jardín.



Simmons: ¿Y qué pasó después?

Lauren: Intentamos apagarlo, pero el

fuego se extendió demasiado rápido. Empezamos a correr de aquí para allá con vasos de agua, pero no servía de nada y la cosa se puso muy peligrosa. Empezamos a toser. Tenía a Woody conmigo y él era mi prioridad. La de todas. Así que entramos corriendo para llamar a los bomberos, pero no tardamos en darnos cuenta de que tampoco estábamos a salvo en la casa. El fuego estaba por todos lados.



Simmons: ¿Y entonces dejaron que lo consumiera todo?

Steffani: No. Intentamos apagarlo, pero el agua no servía de nada y luego el fuego nos empezó a rodear, por lo que tuvimos que salir corriendo. Hacía tantísimo calor que creía que estábamos en el infierno. Los de emergencias nos dijeron por teléfono que saliéramos de casa. Así que salimos y nos metimos como pudimos en el coche de Lauren. Fue horrible, no podíamos amarrar a Woody en la sillita, así que tuve que llevarlo en el regazo. A Nicki le costaba muchísimo entrar en el asiento del copiloto. No dejaba de toser. La verdad, me preocupaba que no pudiésemos salir a tiempo.



Simmons: ¿Hay algo que quiera añadir a sus declaraciones?

Charlotte: No, su señoría.

Simmons: No soy juez.

Charlotte: Ups.

Simmons: ¿Y si le digo que todo esto no me convence? Las horas, la falta de fotos del *gender reveal*, que se supone que todas volvisteis a ser amigas así sin más después de tremenda pelea.

Charlotte: En ese caso me gustaría conocer un poco más sobre su infancia, para saber de dónde podría provenir toda esa desconfianza. Porque yo no miento. No es bueno para el karma, ¿sabe?

NICKI

Charlotte chilla y pasa corriendo por el lado de Lauren antes de encerrarse en el baño de la planta de arriba. Por unos instantes, nos une un silencio anonadado, mientras todas intentamos gestionar lo que acaba de pasar.

Comprendo que, en cuestión de unas pocas horas, me las he arreglado para mandar toda mi vida al carajo. He destruido mi matrimonio y mis amistades más cercanas, a tan solo semanas de que nazca mi bebé. Me aferró la barriga, presa del terror, en lo que intento descifrar cómo voy a lidiar con los siguientes cinco minutos.

—¿Sabéis una cosa? Os podéis ir mucho a la mierda —anuncia Steffi, bajando las escaleras de dos en dos, móvil en mano.

—Tú siempre tan maja, Steff —exclamo a sus espaldas, antes de tantear a Lauren con la mirada.

Somos las únicas que no nos hemos atacado verbalmente y la verdad es que me vendría de perlas contar con una aliada, pero, al verla, caigo en la cuenta de que la mujer está en otro mundo completamente. Parpadea como una desquiciada mientras intenta consolar a Woody, pero tiene la mirada desenfocada en algún punto distante. No me ve. Solo suelta soniditos tranquilizadores y lo mece, mientras sigue y sigue llorando. Es que… no pretendo ser cruel, pero no sé de qué manicomio ha salido esta. Es como si tuviesen que venir a buscarla y llevársela de vuelta. Doy un paso hacia ella, pensando que debería ayudarla, pero mi cerebro ya ha vuelto a su programación egoísta habitual. ¿Dónde se habrá ido Matt? Tengo

que ir a buscarlo y arreglar las cosas. No puedo lidiar con esto justo ahora. Lauren…, todo lo que le he visto hacer… Me resulta incómodo estar cerca de ella. Como si fuese un agujero negro, algo contagioso. No me va a pasar lo mismo que a ella cuando nazca el bebé, ¿no?

—Shhh, shhh, Woody. No llores. Aquí me tienes. Mami no volverá a ir a ningún lado nunca más. Me rindo. No intentaré tener una vida, te lo juro. No cuando es tan obvio que no quieres que lo haga. Ya está. Has ganado, bebé. Has ganado.

—Tengo que ir a buscar a Matt —le informo a Lauren, quien me dedica un mínimo asentimiento con la cabeza. Un atisbo de cordura —. Luego vuelvo y nos tomamos una taza de té, lo prometo.

No sé yo si me ha oído, pero me dispongo a bajar las escaleras lo más rápido posible de todos modos. Al llegar abajo, la oigo murmurar para sí misma.

—Da igual, porque Woody no nos dejará tomar nada. Porque Woody no me deja hacer nada.

Aun con todo, la dejo a su suerte.

El calorazo sigue igual de intenso cuando salgo, bajo los escalones con dificultad y me acerco a la entrada, desesperada por dar con Matt. Pero no encuentro ningún marido comprensivo dispuesto a consolarme, solo marcas de neumáticos en la gravilla y un mensaje de texto en el móvil.

Matt:
Me he llevado el coche. Necesito despejarme un poco.

Me dejo caer sobre la gravilla y la barriga me empuja hacia adelante. Me echo a llorar contra las manos y estas, a su vez, contra los guijarros del suelo. Me va a dejar. Voy a ser madre soltera. No puedo enfrentarme sola a esto… A este… tsunami que va a revolucionar mi vida. Lloro y lloro, masajeándome la barriga y dejándome llevar por el pánico ante lo irreversible que es todo. Me disculpo, le digo que no sé qué hacer, que lo he decepcionado.

Se me arruga la nariz al oler algo extraño. Me incorporo un poco para echar un vistazo a mi alrededor y veo una nube de humo que llega hasta la entrada.

LAUREN

Soy una madre horrenda. Soy una madre que descuida a su hijo por puro resentimiento, soy pésima en esto. El espanto con el que me han mirado. Nunca se me olvidará la cara que han puesto. Nunca se me olvidará la carita de Woody, tan confundido y asustado en brazos de Steffi, preguntándose por qué no he ido a buscarlo yo. ¿Por qué no he ido a por él? Porque soy egoísta y una mierda de persona y está clarísimo que esto se me da fatal. El ser madre. El estar a cargo. El tener un bebé. Me ha destruido y sigue reduciendo los pedazos que me componen y no sé qué hacer. De algún modo tengo que seguir adelante porque tengo un hijo, y lo único que una puede hacer es seguir adelante, pero me siento morir y no sé qué hacer con mi vida. Los sollozos que se me escapan son tan fuertes que me sacuden entera. Intento dejar a Woody en el suelo, pero se pone a gatear directo hacia las escaleras así que tengo que tomarlo en brazos de nuevo y llevarlo de vuelta a lo que queda de la fiesta. Hay papel de regalo por todos lados, serpentinas, globos y un mural de flores tirado y aplastado en el suelo. Se le ilumina la carita al ver todas las cosas que puede tocar y meterse en la boca y decido que no pasa nada, que no le pasará nada por un segundo, en lo que yo me lanzo de cabeza al abismo. Lo bajo al suelo y me dejo caer de cara en el sofá, llorando con tanta fuerza que no paro de sacudirme, mientras pienso en lo que me queda por vivir y lo jodida que estoy. No puedo retroceder en el tiempo. A cuando era feliz y libre y capaz de hacer cosas. Cuando podía subirme a un tren e ir a por un café,

un *croissant* y una revista en una estación y contemplar el paisaje a toda velocidad por la ventana, mientras bebía sorbitos de mi café. Cuando podía quedarme hasta tarde trabajando, motivadísima por entregar un proyecto que me encantaba tanto que me tocaba el alma, y le escribía a Tristan para contarle que me iba a quedar a dormir en la oficina, en una sala vacía, mientras que los de la limpieza repasaban los escritorios, porque me sentía sumamente presente, llena de energía y completa. Cuando Tristan y yo dormíamos hasta tarde los fines de semana, hasta que uno se levantaba para ir a por el café del bueno y unos *croissants* de la panadería, y los llevaba de vuelta a la cama, donde llenábamos las sábanas de miguitas dulces, leíamos el periódico por encima y nos echábamos un polvo lento y tranquilo en lo que el sol se alzaba por el cielo detrás de nuestras cortinas, sin apartar la mirada el uno del otro. Cuando veía como mínimo a una de mis amigas cada semana, para cotillear bebiéndonos un cóctel dulzón, reímos a carcajadas, psicoanalizar hasta el último detalle de la infancia del novio del momento y charlar largo y tendido sobre los entramados de algún tema en específico del que ambas disfrutáramos mientras enroscábamos una pasta deliciosa con el tenedor. Y yo admiraba lo lista y maravillosa que era mi amiga en cuestión, lo mucho que las quería a todas. Cuando podía ponerme unos tejanos que me cerraran. Cuando podía poner una alarma por la noche y el móvil me podía decir, con absoluta confianza, cuántas horas de sueño me quedaban antes de que me tocara despertar. Cuando podía leer. Salir a caminar. Irme un fin de semana a visitar a mis amigas, conocer una nueva ciudad o pasar el rato en una cabañita muy mona con un buen bar justo al lado. La vida que tenía, madre mía. Una vida maravillosa que ya no es más que un cascarón podrido y abandonado porque ahora tengo a Woody. Echo de menos esa vida. Echo de menos la Lauren que era. Y detesto la que soy ahora: una vaca que no deja de llorar en el sofá después de haber traumatizado a su hijo por primera vez. Llevo ahogándome desde el día que nació, muriendo cada día, aunque ya ni sé cuántos de ellos han pasado, he

perdido la cuenta. Hinchada por el estrés, la preocupación y la imprevisibilidad de las cosas. Pero también por el amor. Un amor pulsante, poderoso y que me da ganas de comérmelo de tanto que lo quiero. Suele ocurrir que ese amor me sobrepase. Me duele quererlo tanto. Preocuparme tanto. Tener que ponerlo siempre por delante. Casi podría decir que no quiero sentir este amor porque solo me hace sufrir, preocuparme y sentirme culpable. Dios, la culpabilidad. He dejado a mi bebé tirado llorando a oscuras, porque soy una debilucha a la que jamás tendrían que haber dejado tener un bebé y… y… Me falta el aire de tanto llorar. Entierro más la cara en el sofá para ceder ante la locura.

Y no me percato de nada que no sea mi propia miseria hasta que oigo un grito desgarrador.

STEFFI

Pues nada, supongo que vuelvo a encerrarme en el baño de la planta de abajo. Quizá debería pagar alquiler y todo. Las vistas son impresionantes, por mucho que todo parezca paja de tan seco que está, y contengo las lágrimas en lo que saco el móvil para intentar consolarme un poco. Como ya ha pasado lo peor, una especie de calma se asienta en el ambiente, algo que he aprendido que pasa después de cada tormenta. Cuando mi madre finalmente dejó de resistirse, todo pareció sumirse casi en una paz extrema.

Resulta que mis amigas sí que creen que mi vida importa menos que las de ellas porque no quiero tener hijos. Sí que creen que soy egoísta y frívola y, ¿cómo era lo último? Ah, sí, que no soy capaz de cuidar de ninguno de sus críos. Sorbiéndome la nariz, reviso los correos que he recibido durante el día y repaso los que vienen con buenas noticias; maravillosas, de hecho. No me llegarían correos así si hubiese decidido tener un bebé. La idea de que las mujeres pueden tenerlo todo es pura chorrada, mi madre siempre me lo dejó bien claro. Me quería y no me habría cambiado por nada del mundo, pero su vida habría sido muy distinta si hubiese decidido no tenerme.

—Y no es que sea mejor o peor —me dijo una vez, uno de esos días aburridos en el hospital. Estaba enumerando todas las cosas que ya no podría hacer nunca, pues solo le quedaban seis meses de vida—. No te creas esa patraña, cielo. Tener un hijo no es la opción correcta que te permite alcanzar la máxima felicidad. De hecho, es

una opción que te limita bastante, que cierra muchísimas puertas. Así que tienes que asegurarte de querer ese camino, de que vale la pena, de que los otros no te van a hacer sentir más completa.

El ejemplo perfecto de eso es Lauren. La persona que era antes. El trabajo estupendo. El marido más majo. Y ahora solo hay que verla. Tal como lo veo yo, ese camino no vale la pena. Y ahora comprendo por qué las que son madres me juzgan de forma tan severa. Para ellas tiene que valer la pena sí o sí, porque el sacrificio que han hecho es tremendo y no tiene fin. Se mueren de envidia de la vida que tengo y de que eso ya no sea opción para ellas. Y saben (por mucho que se llenen la boca diciendo lo contrario) que mi vida es tan plena como la suya, solo que sin tener que someterme a una sucesión de sacrificios sin fin. Tengo todo lo que ellas juran que sus bebés les conceden, pero no solo eso. Tengo más.

Me llega un mensaje de Rosa y lo leo con una media sonrisa.

Rosa:
Nunca me bastarán las palabras para darte las gracias. Eres mi hada madrina. Me has cambiado la vida para siempre y de la mejor forma posible. ¿Cómo podré darte las gracias por tantísimo? Es imposible. Pero siempre contarás con mi agradecimiento eterno.

He dejado que este *baby shower* de los cojones eclipsase demasiado mi día. Un día que me ha cambiado la vida. No hay fiesta ni regalos para mí; no hay ponche, ni juegos ni actividades para romper el hielo. Pero lo de hoy ha sido casi un milagro y estoy cabreada conmigo misma por haberlo dejado aparcado en un rincón. Me pongo a mandar correos a saco, a grabarme notas de voz con instrucciones para mí misma, y me pierdo en el maravilloso baño de burbujas que es mi carrera profesional, el santuario que supone mi bandeja de entrada. No sé qué es lo que me hace alzar la mirada, pero, unos minutos después, echo un vistazo por la ventana y ahogo un grito.

El jardín entero se ha prendido fuego.

CHARLOTTE

Me doblo sobre el retrete y suelto un aullido miserable y luego otro y otro más. Todo lo que me he guardado estos años. La envidia. Dios, semejante envidia. El resentimiento por que todas las demás lo tengan todo tan sencillo. Las quejas infinitas sobre lo complicado que es tener algo que yo quiero con locura. No puedo más. No puedo seguir con los *me alegro por ti* y los *tú no te preocupes por mí que ya me llegará el momento*. Si tengo que darle *like* a otra publicación que anuncie un embarazo o a otra ecografía, felicitar a los padres o mentir diciendo que van a ser *los mejores padres del mundo*, juro que voy a explotar. Conozco a tantísima gente a la que ser padre se les va a dar como el culo, y aun así ellos sí que pueden serlo. No pienso mentir, tengo mis dudas sobre Nicki. Porque, por lo bajo, siempre ha sido de lo más egoísta y está acostumbrada a salirse con la suya. Así que nada, ahí lo tienes. Fijo que vas a ser una madre horrible, Nicki. Pero hala, toma un hijo. Y Lauren. Yo creyendo que ser madre se le iba a dar de perlas. Con lo cariñosa que es, su trabajo editando libros infantiles y ese modo de estar siempre presente, de cuclillas al lado de la borrachina de tumo que se hubiera puesto a llorar en la parada del bus cuando salíamos de fiesta. Pero va y deja a su bebé llorando… ¿Cómo es posible? Si algún día llego a quedarme embarazada, juro que seré la mejor madre del mundo. Juro que jamás lo dejaré llorando solo. Juro que leeré todos los libros, iré a todas las clases, daré las gracias por tener el privilegio de cambiar un pañal, incluso si el bebé se hace

caca en pleno proceso… Te lo suplico, Dios. Haré lo que sea, en serio. Si tan solo…

… pero eso de manifestar cosas a pura fuerza de voluntad no me ha llevado a ningún lado. Tengo que aceptar que no es más que el palabreo desesperado de una mujer patética incapaz de afrontar la realidad. Creía que si organizaba el *baby shower* perfecto, se me recompensaría, pero lo único que siento son retortijones en la tripa, y me toca un viajecito al hospital para que me digan lo que ya sé. Me doblo sobre mí misma y me permito sentir la desesperación, la rabia, la vergüenza y la autocompasión tan lamentable que siento por mí misma. Sé que debo llamar a Seth, pero aún no consigo ponerme de pie. Es que no puedo. Tengo el alma hecha polvo. No hay ninguna frecuencia energética a la que recurrir.

Y entonces oigo a alguien gritar.

EL *GENDER REVEAL*

Woody, a cuatro patas, va de distracción en distracción mientras mami descansa un rato. Qué maravilla. Qué lujo. Da con una montaña de papel de regalo y la apachurra con los puñitos. Suelta un chillido de gusto y lo aplasta con la mano, maravillado al ver toda su fuerza. De refilón, distingue uno de esos platitos de cartón con restos de nata, abandonado en una mesita. Gatea hasta allí y se ayuda de la mesita para impulsarse, tirar el plato y hacer que le aterrice con un *¡paf!* en el pecho. Riendo, deposita el culo en el suelo y pasa el dedo por el plato, con lo que nota la textura de la nata en la mano y ve cómo deja un rastro allí por donde va. Un vaso de plástico captura su atención, porque debe aferrarlo y metérselo en la boca, claro está. Está un poco lejos, allá por todo ese pedazo de cielo que se ve, pero vale la pena la travesía. No piensa descansar hasta que se haya llevado el borde de ese vaso a la boca. Sigue y sigue gateando, atraído por el vaso, hasta que lo alcanza. Y, madre mía, la dicha que siente al sujetarlo. Al apretujarlo hasta que el líquido le gotea por todo el chaleco. Sabe dulce, como la leche. Mami normalmente no lo deja sujetar tantas cosas como le gustaría. Lo aparta, hace ese sonido de «no» y, de alguna forma, la muy pesada siempre se las arregla para quitarle lo que sea que tenga en las manos antes del delicioso momento de dicha en el que por fin va a hacer contacto con su boca. Solo que, al echar un vistazo atrás, comprueba que sigue con la cara escondida y haciendo ruiditos raros contra la cosa esa suave. Ah, qué gusto.

El vaso es tan increíble como se había imaginado. Le sienta de maravilla en las encías. Una nueva sensación se le acerca a la piel, algo cálido que viene de algún lado. El vaso queda abandonado, porque tiene que ir a investigar la novedad. Gatea hacia lo más brillante, donde una brisa le lleva más aire caliente. Alguien ha dejado abierta la puerta corredera que da a la terraza. Woody suelta otra risita y gatea más rápido aún, hasta que la textura bajo sus manos pasa de un suelo laminado a una madera más rugosa. Los pájaros cantan allí fuera y hay espacios entre los tablones por los que puede meter los deditos. Algo brillante le llama la atención y posa la vista en una anilla metálica que se asoma desde uno de los huecos de los tablones. Gatea hacia allí, no sin antes volver a comprobar dónde está mami, pero esta sigue en la penumbra del interior, lo bastante cerca pero sin mirarlo, así que retoma su camino hacia el arito brillante. Cuando lo toca, está caliente. Intenta llevárselo a la boca, pero está atascado. Y eso no puede ser. Tiene que llevárselo a la boca, porque ese es el orden de las cosas. Así que tira. No se mueve, pero tirar mola. Envuelve todos los dedos en la anilla y tira y tira más, sentado como un niño grande bajo el sol. ¿Puede que se haya soltado un poco? Eso le parece. Solo hace falta un tirón más… Ya casi… Ya casi…

Demasiadas cosas pasan a la vez.

Se cae hacia atrás llevándose la anilla con él y se golpea la nuca con el suelo de la terraza. Pega un grito justo en lo que oye un golpe de metal de algo que aterriza en la tierra seca que hay por debajo, y un humo rosa sale disparado, alzándose más y más por toda la terraza. Woody no tiene ni idea de si debería llorar porque se ha golpeado la cabeza o aplaudir porque el humo es bonito y mira qué guay. Así que llora y aplaude a la vez. Entonces el humo cambia de color. Se vuelve gris y huele feo y qué calor hace. Mucho mucho calor. Se oye otro grito a sus espaldas.

NICKI

Aferrándome la barriga, avanzo como puedo de vuelta a la casa, demasiado atontada como para pensar en el peligro que supone respirar ese humo para ambos. El humo sube y sube por las paredes de cristal mientras intento descifrar qué está pasando. ¿Algún vecino ha sacado la barbacoa? No puede ser, el más cercano está a kilómetros de distancia, tendría que ser una señora barbacoa… Entro por la puerta principal y me pongo a toser de inmediato. El humo se cuela dentro de casa a través del jardín trasero y las puertas correderas, con lo que el caos aumenta. Lauren se ha dejado caer de rodillas en mitad del salón, aferrándose a Woody y gritando como una histérica mientras Steffi la mece de un lado para otro sin parar.

—¡Mi bebé! Dios, me van a quitar a mi bebé… —chilla—. ¡Se lo van a llevar!

—Lauren, tenemos que salir de aquí. Levántate, porfa. Venga, arriba.

Charlotte, aferrándose una servilleta con dibujitos de cigüeña a la boca, grita algo por el móvil.

—Sí, un incendio. Es una emergencia. Venid ya. Somos cuatro en casa y un bebé. —Se pone a toser—. ¡Daos prisa! —ordena a voz en grito—. Ya se ha prendido fuego todo el jardín.

—¿Qué ocurre? —exclamo, llevándome el interior del codo hacia la cara.

Sigo medio atontada, sin ser capaz de comprender lo que está pasando. El jardín de mis padres se está incendiando. Mi mejor

amiga está pegando gritos en el suelo. Estoy embarazada, pero estoy inhalando todo este humo. Hace tanto calor que siento que se me está derritiendo la piel.

—Es culpa mía, es culpa mía —grita Lauren por encima del crepitar del fuego, sin dejar de balancearse ella sola y apartando a Steffi de un empujón. Woody, desesperado, no deja de llorar en sus brazos.

Charlotte me hace unos aspavientos frenéticos.

—¡Nicki! ¿Qué haces aquí? Vete, que estás embarazada. Súbete al coche y vete de aquí.

—Matt se ha llevado el coche.

—Ve a la entrada. Aléjate de la casa, el fuego se está extendiendo muy rápido.

Noto una suave brisa, pero con el infierno que se ha desatado fuera, es como si alguien hubiese soltado un bidón de gasolina. Todas pegamos un grito al ver que el fuego parece subir de un salto de la hierba hirviente a la terraza, para consumirla entera.

—Es la casa de mis padres… —Por fin empiezo a comprender la magnitud del desastre que se ha desatado—. Se está incendiando… Tengo que… —¿Qué? ¿Rescatar lo que pueda? ¿Intentar apagar el fuego?

—Tenemos que irnos —grita Steffi, intentando levantar a Lauren, pero esta sigue en el suelo, inamovible—. ¿Lauren? Venga, te lo suplico.

No puedo dejar que la casa de mis padres se consuma. Avanzo hacia la cocina. Con algo de agua tal vez podría…

—No, fuera de aquí —me grita Charlotte, impidiéndome el paso —. Estás embarazada, tienes que irte.

—No puedo dejar que se queme la casa, no…

—Los bomberos ya están en camino. Han dicho que nos metiésemos en el coche y nos alejásemos. Hay riesgo de que se produzca un incendio forestal. Tenemos que irnos. Lauren, tenéis que iros ya.

Tras agacharse un poco, le pega un tortazo a Lauren en toda la

mejilla. La sorpresa me lleva a ahogar un grito, pero entonces el humo hace que me atragante. Noto unas pataditas angustiadas en mi interior. Empiezo a retroceder hacia la puerta, con los ojos llorosos por el humo y el ambiente dentro de casa burbujeando por el calor.

—Si no te levantas ahora mismo, Woody va a morir —le chilla Charlotte, tirando de ella para levantarla a la fuerza—. Arriba, maldición. Levántate de una puta vez.

Entre las dos traen a Lauren hasta donde estoy yo, con Woody aún llorando en sus brazos. Encabezo la marcha para salir de casa, notando la espalda caliente conforme la temperatura sigue subiendo. Pero el aire no está mucho mejor fuera. El fuego ya ha alcanzado los árboles que hay a ambos lados y parecen bailar con unas llamas furiosas que quieren devorar la casa entera.

—¿Y tus llaves?

Lauren, sollozando, dice que las tiene en el bolso y Steffi pesca el bolso al vuelo en lo que bajamos por las escaleras antes de sacarlas. La entrada se ha quedado vacía y, según corremos hacia el coche de Lauren, me pongo a pensar que, hace tan solo media hora, estaba llena con los coches de todas las que han venido a verme por mi *baby shower*. Mi *baby shower* que ahora mismo está ardiendo dentro de la casa de mis padres. Una casa de la que estoy huyendo y dejando que se reduzca a cenizas. Casi parece que las llamas nos alcanzan desde donde han consumido toda la hierba y los arbustos que rodean la entrada. Todas nos hemos puesto a toser. Woody ha dejado de llorar solo porque la tos le puede más.

—Ya conduzco yo —dice Charlotte, empujando a Lauren, que sigue llorando, hacia el asiento trasero.

—Mi hijo… Me lo van a quitar… Lo siento… Lo siento mucho… No quería… Por favor, que no…

Charlotte me señala.

—Nicki, tú delante. Steffi, encárgate de Woody.

Abro la puerta de un tirón e intento meterme como puedo, pero tengo la barriga tan grande e hinchada que siento que la cara ya se

me ha derretido para cuando por fin consigo sentarme en el asiento. Steffi grita a mis espaldas.

—No puedo con la sillita. Las correas… ¡No sé cómo!

Charlotte ya ha arrancado el motor.

—Tú sujétalo bien —le ordena a gritos—. Nos vamos ya.

Cierra de un portazo y salimos disparadas hacia atrás en lo que avanza por la gravilla hasta enfilar hacia el sendero de tierra. Lo único que puedo oír son los gritos de Lauren según abandonamos la casa en el retrovisor, ondulando por el calor.

LAUREN

Mi hijo. Mi bebé. Me van a quitar a mi hijo. Lo he dejado tirado y ha provocado un incendio y casi ha muerto y me lo van a quitar. Cómo me odio. Me odio tanto. Por favor, Dios, que no se lo lleven. Todo se quema. No sé cómo ha podido pasar algo así. Si ha sido un minuto sin supervisión. Uno solo. ¿Cómo ha podido ocurrir esto en un minutito de nada? Charlotte conduce mi coche. Woody grita en el regazo de Steffi. No puedo respirar. Me lo van a quitar. Lo único que quería era que alguien se lo llevara un rato, pero ahora siento que me están haciendo pedazos, que todos mis órganos gritan que no se lo lleven. No pueden llevárselo. Pero podría haber muerto. Y la casa se está incendiando. No puedo. No puedo más. No.

STEFFI

Charlotte es tan bajita que apenas consigue ver por encima del salpicadero del coche de Lauren. El calor dentro del vehículo es tan intenso que tenemos que bajar las ventanas, pero el horizonte en llamas parece querer tragarse el coche. El viento nos está trayendo el humo. Woody se retuerce en mi regazo y, por mucho que Charlotte no puede estar yendo a más de 65 km/h, lo aferró como si la vida me fuera en ello. Porque me aterra que vaya a salir disparado por el parabrisas. Me duelen los pulmones por el humo. Sigo sin poder procesar si lo que acabamos de vivir es un sueño o no. No puedo haber estado leyendo correos sentada en el retrete mientras una casa se quemaba a mi alrededor. Lauren parece que se ahoga con su propio llanto a mi lado, con la vista totalmente desenfocada. Madre mía. Mi mejor amiga, aquella que siempre me ha apoyado, la eterna optimista, la que nos ha mantenido unidas todos estos años, parece completamente rota. Yo también quiero echarme a llorar, pero el bebé que llevo en brazos está demasiado alterado. Unos pensamientos me invaden mientras la brisa cargada de humo me agita el cabello. *Podría haber muerto. Cualquiera de nosotras podría haber muerto. Woody podría haber muerto*. El fuego sigue ardiendo, lo consume todo. *¿Alguien más va a morir?* Le acaricio la cabecita a Woody soltando soniditos tranquilizadores, tanto para él como para su madre. Intento ayudarme de cada respiración para no venirme abajo.

Nicki ha llamado a sus padres.

—¿Mamá? Mamá. Ha habido un incendio… Es horrible… ¿Dónde estás? No vuelvas a casa… los bomberos ya están en camino… Sí, estoy bien. Todas estamos bien… ¿Y papá? ¿Estás segura de que no está volviendo a casa? Llámalo a ver… Sí… Lo sé… Te llamo apenas pueda. —Corta la llamada—. ¿Qué coño ha pasado? —Nicki se vuelve como puede, ve el estado en el que se encuentra Lauren y se vuelve a girar—. ¿Qué ha pasado?

—Mi hijo. —Es lo único que dice Lauren, sin dejar de sollozar y hundiéndose en sí misma—. Me lo van a quitar. Os lo suplico, no dejéis que se lo lleven. Por favor. —Charlotte y yo intercambiamos una mirada desesperada por el retrovisor.

—No estoy muy segura —empieza Charlotte, sin bajar la velocidad y con la voz más profunda y tranquila de lo que la he oído jamás—, pero creo que, de alguna forma, Woody ha salido a la terraza y ha conseguido quitarle la anilla a la bomba de humo.

—Es culpa mía, todo es culpa mía —dice Lauren.

—Shhh, cariño. Woody está bien. Todas estamos bien.

—Es la casa de mis padres —dice Nicki, casi como si estuviera ida —. Tenemos que volver.

—Sí, sí, ya volveremos —repone Charlotte—. Pero primero tenemos que apartamos de todo este humo.

Su calma absoluta me descoloca sobremanera, siendo que lo normal es que Charlotte se comporte como si cada segundo de su vida fuese el último que le queda para estudiar antes de un examen importantísimo. Y ahora la veo casi relajada. Nunca la había visto así. Ni siquiera en esa fiesta de tercer curso en la uni, cuando se equivocó y se comió medio *brownie* de marihuana, aseguraba que se iba a morir y me insistió en que la llevara al hospital para que la «mantuvieran en observación». Se puso a hacer notas de voz en el móvil de todo lo que quería que se hiciera para su funeral mientras se zampaba todo lo que había en las máquinas expendedoras del hospital de Sheffield.

—Soy la peor madre del mundo —llora Lauren a mi lado—. La peor de todas. Sé que lo pensáis.

—Shhh, cariño. Ha sido un accidente.

—Lo he dejado por ahí. Lo he dejado desatendido y mirad lo que ha pasado. Hay fuego por todos lados. Podría haber muerto. Vais a contar lo que ha pasado y me lo van a quitar. ¡Y no puedo perder a mi bebé! —chilla y Woody se pone a gritar también, debatiéndose para ir con su madre y retorciéndose en mi regazo mientras hago lo que puedo por sujetarlo.

—Lauren, ten cuidado… Woody, no. Que no.

—Tengo que bajarme. No puedo respirar. Tengo que bajarme. DEJADME SALIR.

Se lanza por encima de mí a por el tirador de la puerta y Woody se le aterra al pelo, con lo que nos convertimos en una telaraña caótica de extremidades entremezcladas.

—Lauren, ya basta —exclama Charlotte hacia atrás—. Deja eso, por favor.

—DEJADME SALIR, DEJADME SALIR, DEJADME SALIR.

—Espera, tengo que encontrar dónde aparcar.

—No puedo con los dos —exclamo.

Nicki intenta volverse como puede para ayudar, pero su barriga enorme le limita los movimientos. El coche se echa un poco hacia atrás según subimos por una colina y cierro los ojos un segundo para intentar no perder la cordura en el infierno que súbitamente se ha desatado a mi alrededor.

—DEJADME SALIR, DEJADME SALIR, DEJADME SALIR.

—Lauren, te lo suplico. Ya veo dónde aparcar. Espera un momento. Espera. —Charlotte dobla con brusquedad hacia la derecha y salimos disparadas dentro del coche, todos chillando, hasta que frena de sopetón en una zona de aparcamiento pequeñita que tiene un banco largo para apreciar las vistas.

—Dame a mi hijo.

Estoy demasiado sobrepasada como para impedir que Woody se lance a los brazos de su madre. Entonces Lauren se baja del coche con él y corre más allá del banco hasta detenerse y contemplar el horizonte. Se queda allí unos segundos antes de que le fallen las

rodillas y ambos terminen sobre el suelo cubierto de polvo. Deja caer la cabeza y se pone a sollozar contra el pelo de su bebé, mientras nosotras tres nos acercamos como podemos. Por encima de ellos, el humo bailotea por el paisaje y vemos unos parches naranjas ir dando saltos de un lado a otro, conforme van devorando los campos secos como si fuesen termitas. Por debajo, oímos el escándalo de un camión de bomberos.

CHARLOTTE

Llevo toda la vida preparándome para una catástrofe como esta y ahora ha ocurrido. Es que lo sabía. En situaciones de emergencia, solo del diez al veinticinco por ciento de las personas mantienen la cordura y toman decisiones capaces de salvar la vida de los demás. La mayoría (casi el ochenta por ciento) se limita a quedarse de piedra, demasiado sobrecogidas para hacer nada. Y al otro diez por ciento se les va la pinza por completo, lo que suele involucrar gritos e histeria. Desde que estamos juntos, Seth se ha burlado de que mi primer instinto al reservar un hotel sea buscar las indicaciones de emergencia y luego informarle de dónde se encuentran las salidas. También salgo al pasillo y cuento cuántas puertas separan nuestra habitación de la salida de emergencia, pues a la hora de la verdad se suele salir a oscuras o con el ambiente lleno de humo. Si bien ahora mismo todo va acorde a las estadísticas, apenas me las arreglo para sobrellevarlo. Soy la única que nos mantiene vivas y enteras, pero es bastante más complicado que en las simulaciones que había previsto para mis adentros. *Pero nos he sacado a todas con vida*, me repito en lo que Lauren, tirada en el suelo, sigue llorando y gritando. Steffi se agacha para intentar calmarla y me doy unos segundos para recomponerme. *Seguimos vivas*. El peor error que comete la gente en situaciones de emergencia es no salir lo bastante rápido, y yo lo he conseguido. Los recuerdos empiezan a reproducirse a toda velocidad como fuegos artificiales en mi mente, a todo color, y hacen que la adrenalina se me vuelva a disparar.

Unos molinillos de secuencias desarticuladas… bajar las escaleras corriendo y toparme con el jardín en llamas. Woody, sentadito en la terraza sin supervisión y casi eclipsado por el humo en lo que Lauren se dejaba la garganta gritando, congelada en su sitio…, ver el cubo de agua y volcarlo enseguida, a sabiendas de que no iba a servir de nada…, ver que Lauren no se movía…, que alzaba a Woody y no se movía…, intentar ayudarla a ella y a las demás a evacuar, pero también apagar el incendio… Me veo las manos temblando sobre la tierra seca, pero ahora sí que me lo puedo permitir. Porque hemos salido. *Con vida*. El problema es que el horizonte entero está incendiado y no me puedo creer que Lauren haya permitido que pasara esto.

Mientras tanto, ella sigue gritando con la cabeza echada hacia atrás como si la estuvieran exorcizando.

—Se lo van a llevar. Me lo van a quitar. Dios, me lo van a quitar.

—Tranquila, que no pasa nada —le dice Steffi, acariciándole la espalda y mirándonos con desesperación.

Nicki las mira totalmente horrorizada. Son el ochenta por ciento que no reacciona. Lauren es la que se ha escacharrado. Así que soy yo quien tiene que encargarse de esto. Debo priorizar. Hemos escapado. Estamos vivas y a salvo. Lo más importante ya está cubierto. El incendio. Los bomberos ya están de camino y no hay nada más que pueda hacer en ese aspecto. En cuanto a la casa de los padres de Nicki… Dudo mucho que vayan a poder salvarla. Sin embargo, lo más importante es la amiga que tengo enfrente. Aquella que, por alguna razón, tenía la cara enterrada en el sofá cuando su bebé ha salido a la terraza y ha tirado de la anilla de una bomba de humo. ¿Cómo ha podido suceder algo así? ¿Cómo es que Woody sigue con vida? Y sin ningún rasguño, según parece. Pero Lauren tiene razón…, lo ha dejado desatendido… y ha podido morir. Hemos podido morir todas. Si los de protección de menores se enteran… Podrían… Vale, esto de aquí es la prioridad. Que Lauren se recomponga. Ayudarla a calmarse y tranquilizar a Woody. Luego tengo que comprobar que todos estemos bien por haber inhalado

humo y, sí, de verdad tengo que ir al hospital para resolver lo de mi posible aborto. Pero no de momento. Aún no.

Todas nos agachamos y rodeamos a Lauren, quien sigue hiperventilando mientras llora contra su bebé, que tampoco ha dejado de llorar. Nunca había visto a nadie tan afectado. Le acaricia el pelo a Woody, que lo tiene empapado por las lágrimas, llene la mirada salvaje y desenfocada, con las piernas estiradas en ángulos nada cómodos. Y, en lo que la contemplo así, todo lo que nos hemos dicho parece evaporarse. Cualquier envidia, recelo o mala intención; todo se va.

—¿Lauren? —Le apoyo una mano en el hombro y la hago pegar un bote—. ¿Qué ha pasado?

Su respuesta sale entrecortada por los sollozos.

—Ya sabéis qué ha pasado. He dejado a mi hijo desatendido y ha quemado el valle entero.

Woody se debate para apartarse de ella, en un intento por que deje de agobiarlo. Me inclino un poco para cargarlo en brazos y Lauren me lo entrega para luego doblarse sobre sí misma y llorar con más ganas en lo que Woody se me esconde en la curva del cuello en busca de consuelo.

—Te lo pregunto sin ánimo de juzgarte —le digo, usando una voz tranquila y firme mientras le doy palmaditas en la espalda—. ¿Cómo ha podido salir de casa gateando?

—Es que… Estaba muy afectada… No podía dejar de llorar. El llanto me ha podido tanto que no… Creía que estaría bien en el salón, no me he dado cuenta de que la puerta estaba abierta porque… Estoy hecha polvo. No se me ha ocurrido comprobarlo. Pero siempre lo estoy vigilando, lo juro. Pero hoy… Hoy ha sido demasiado y no… Por una vez que no miro y pasa esto —explica.

Apoya la cabeza en las rodillas y se permite un momento para volver a hundirse en la miseria. Woody se ha quedado completamente quieto en mis brazos, aferrándose a mi vestido con sus manitas diminutas y regordetas mientras todas nos quedamos observando a su madre. Tras un segundo o dos, vuelve a alzar la

cabeza.

—Me he jodido la vida. En serio, todo es un despropósito. Y lo odio. No sabéis cómo lo odio. Me siento atrapada, como si… como si no fuera a haber ningún respiro en la vida y con todo lo que ha pasado hoy ha sido demasiado y solo necesitaba un minuto. Uno para llorar y poder recomponerme y todo esto… —Hace un ademán hacia el paisaje ardiente—, todo esto ha pasado porque me he dado un momento para mí misma. Y ahora me lo van a quitar. Dios, se van a llevar a mi hijo…

Se echa a llorar ante la brisa que nos trae rastros del incendio desde los campos a lo lejos. Todas intercambiamos una mirada dejando que nuestros propios dramas personales pasen a segundo plano y nos concentramos en el desastre que es nuestra mejor amiga. Steffi le acaricia la espalda y Nicki se agacha con cuidado hasta sentarse en la tierra y acompañarla.

—Pero creía que todo iba bien —comenta Steffi, dibujándole círculos tranquilizadores en la espalda—. Con Woody, quiero decir. Creía que…

—Soy una madre horrenda a la que todo se le da fatal y que no hace nada más que llorar y seguir engordando —la interrumpe Lauren—. Si os parezco cualquier otra cosa, es mentira. Estoy muy mal. —Los sollozos la sacuden con fuerza y, de algún modo, las babas y los mocos se le enganchan en el pelo—. Así no soy feliz. Tener a Woody me ha arrebatado todo lo que estaba bien en mi vida. Me esforcé muchísimo para prepararlo todo y asegurarme de que estuviera «lista» para tener un bebé y, de pronto, de buenas a primeras, resulta que tener un hijo me ha privado de todas esas cosas. Os lo digo en serio, cada día me levanto y es como recibir un puñetazo en la cara. Llevo casi un año sin dormir más de tres horas cada noche. Porque Woody simplemente no quiere dormir. Y tampoco quiere el biberón, así que no puedo descansar ni un poco. —Le da un golpe al suelo—. Y el hijo de puta de Tristan no hace otra cosa que dejarme sola con él, por mucho que esté al borde de la locura y que no deje de perder la paciencia con Woody. Le grito a la

cara. Le chillo que se calle. Una vez lo tiré hacia el otro lado de la cama… —Contiene la respiración—, odiadme si queréis. Yo lo hago. Por ser la peor madre del mundo. Por no disfrutar en absoluto de mi bebé cuando tendría que sentirme muy afortunada. Para cuando acaba el día, lo único que puedo hacer es intentar respirar, con suerte darme una ducha y ya estoy en la cama para las ocho y media porque no doy más. Y otro día se va y lo único que he hecho es sobrevivirlo. Tres horas después, me despiertan los llantos y, hala, a empezar todo de nuevo. Ya no tengo planes en la vida, más allá de vivir para contarlo al día siguiente y la verdad es que no veo cómo va a mejorar todo esto. —Vuelve a golpear el suelo, negando con la cabeza, e intenta secarse las lágrimas con sus manos sucias y llenas de tierra—. ¿Y sabéis una cosa? —pregunta en un hilo de voz—. Ahora que ha pasado todo esto y me van a quitar a Woody, seguro que termino en la cárcel, ¿no? ¿Y sabéis qué he pensado? Ahora mismo, en lo que nos alejábamos del fuego en el coche. He pensado: *Al menos en la cárcel podré dormir un poco*. Puede que no vuelva a ver a mi hijo, pero al menos podré dormir mis ocho horas e ir a cagar yo sola y quizás hacer un poco de ejercicio y leer un libro en la cárcel…

No le quedan palabras, sino tan solo sollozos que la sacuden entera. La abrazamos y ella se aferra a nosotras, por lo que dejo a Woody sentadito en el suelo y él se pone a jugar con unos dientes de león, de lo más tranquilo. Tengo que reconocer que ya no sé si podré seguir manteniendo la compostura. Lo ocurrido durante los últimos treinta minutos me está dando en toda la cara según intentamos consolar a nuestra amiga, que parece que se ahoga. Pena de cárcel… Lauren tiene razón. Podrían mandarla a prisión por esto… Me quedo mirando el incendio a lo lejos, que no parece haber terminado de arder ni mucho menos. Ya ha causado muchísimo daño… Por mucho que haya sido un accidente, ha habido tanta destrucción que puede que la policía tenga que culpar a alguien… ¿Me culparán a mí también? He sido yo quien le quitó el mecanismo de seguridad a la bomba de humo. Entonces Lauren respira hondo y

nos abraza de verdad, con lo que tengo su cabello que apesta a humo en la cara y siento que vuelvo al presente. A este momento lleno de amor. A mi amiga que nos necesita.

—No tenía ni idea —musita Steffi—. No nos lo contaste. No nos has contado nada desde que nació Woody.

Lauren se sorbe la nariz y se aparta un poco.

—¿Qué os iba a contar? No puedo decirle nada a Nicki porque está a punto de pasar por todo esto ella misma y no puedo ser la cabrona que va y le mete miedo. De todos modos, quizás a ti todo te vaya bien, Nicki. De verdad espero que así sea. Quizá no estés al borde de la muerte al parir y todo lo del hipnoparto te funcione y no quieras pasarte cada segundo del día gritando desde que tu bebé llegue a este mundo porque no eres una madre horrible como yo. —Nicki abre y cierra la boca, sin saber qué decir—. Y tampoco puedo hablarlo contigo, Charlotte, me vas a perdonar, pero sé lo desesperada que estás por vivir todo esto. Y Steffi, te quiero, pero no podría… Porque sé que parte de ti estaría… pues… pensando que tienes razón con lo de no tener un bebé. —Ahora le toca a Steffi abrir y cerrar la boca, sin palabras—. No me lo dirías, no —añade Lauren—. Pero lo pensarías de todos modos… He intentado buscar ayuda, en serio. Llamé al médico, pero lo único que puede hacer es recetarme unos medicamentos que me van a ocasionar efectos secundarios durante varias semanas hasta que por fin me ayuden. Y ahora mismo estoy a nada de tocar fondo, así que no me imagino que las cosas puedan seguir empeorando antes de mejorar. Por eso no he ido a por las medicinas. La terapia tiene lista de espera —continúa—. Unos dos años, según me dijeron en el ambulatorio, si para entonces no me he muerto. Y guardo la esperanza de que la cosa con Woody mejore un poco. Todo el mundo dice que se va volviendo más fácil, aunque también que se vuelve más complicada de otros modos, por lo que nunca sientes que tienes todo bajo control o que estás haciendo bien las cosas. ¡Y a mí antes en el trabajo me iba muy bien! Con mis amigas, con mi marido, con mis padres. Pero ahora todo se me da como el culo, en especial lo de ser

madre. Nunca me había pasado algo así y mirad lo de hoy, mirad lo que ha pasado…

Hace un ademán con el brazo hacia el incendio que tenemos por debajo. Nicki me da la mano y ni me imagino lo que debe de ser para ella, embarazada y enterándose de todo esto, ver cómo el hogar de sus padres se desintegra a lo lejos. Sin embargo, al igual que yo, ahora mismo nos estamos concentrando en Lauren y en las cosas que nos dice, en todo el dolor que mana de ella. Tanto dolor que no sé cómo no lo había notado. Lo único que veía eran sus publicaciones en redes sociales de tanto en tanto, con bromas sobre no haber pegado ojo en toda la noche acompañadas de una foto de un bebé que era más mofletes que otra cosa y que me hacía ponerme verde de envidia. Veía las fotos, pero no prestaba atención a las palabras. Veía al bebé, pero no a la madre. No vi a mi amiga cuando más necesitaba que lo hiciera.

—Cuéntanos —le digo, acariciándole el cabello a Woody, que sigue en la seguridad de mis brazos, chupándose el pulgar y sin ser consciente de todo el caos que ha causado con su existencia preciosa e inocente—. Cuéntanos qué te ha pasado.

—Eso, cuéntanos —le dice Nicki, sujetándole la mano y llevándosela al corazón—. No me entrará miedo. Prefiero saberlo, la verdad.

—Y yo no pensaré para mis adentros que tengo razón —le promete Steffi—. Solo que estoy aquí, a tu lado.

—Todas lo estamos —le digo—. Habla con nosotras.

Aunque oímos las sirenas a lo lejos, son un ruido de fondo que no nos distrae del hecho de que Lauren tiene una oportunidad de contárnoslo todo y nosotras, de escucharla. Nos cuenta cómo fue su parto, con todo lujo de detalles, y las lágrimas caen y caen mientras nos explica el suplicio y el miedo que pasó. Nos habla de los días que estuvo sola en el hospital después de parir. La impotencia. Los problemas para darle de comer a Woody. Para hacerlo dormir. Lo del frenillo corto. Lo de tener montones de supuesta ayuda, pero ninguna de verdad. Nos cuenta que, a veces, se hace daño a sí

misma para no hacérselo a Woody cuando despierta. Y, si bien todo lo que nos cuenta parece sacado de una película de terror, todas son cosas que ya sabía por otras madres. Cosas a las que no he querido prestar atención porque no me estaban sucediendo a mí y me moría de la envidia. Han intentado decirme que dar a luz es una experiencia terrible, que los servicios de salud no dan abasto, que los maridos son una sarta de inútiles, que los bebés no duermen y que la sociedad espera que las madres sigan con su vida como todos los demás lo hacen. Sé que dar de mamar es una tremenda odisea. Sé que todo el mundo odia a las madres; el espacio que ocupan, cómo su cuerpo ya no es el mismo, que sus carritos estén en mitad del camino, que los niños echen a perder con su escándalo la cena bonita que habían organizado. Sé que las guarderías cuestan un riñón y tampoco hay cupos suficientes. Sé que la depresión posparto es de lo más común. Lo sé todo. Porque no dejan de decírnoslo. Pero me he negado a escuchar o a darle la importancia que merece, todo por mis propias razones egoístas. Solo que hoy dejo de pensar que me gustaría que Lauren se callara y decido dar las gracias. Ya no pienso: *Pero, bueno, si tú solita te lo has buscado*, sino que decido escucharla. La dejo llorar sobre mi hombro.

Lauren nos cuenta sobre sus crisis, mastitis, intentos fallidos para hacer que Woody duerma mejor, intentos fallidos para cambiar su dieta de modo que pueda dormir mejor, sus discusiones con Tristan, la gente que le rechista por no saber controlar a Woody en público o dejar el carrito donde no corresponde. Todos los síntomas rarísimos que conlleva la falta de sueño, como los espasmos en el párpado, las alucinaciones, los cambios de humor, los llantos sin fin. Nos habla de todas las veces que ha llamado a su ambulatorio y de que nunca le devuelven las llamadas, de que le han bloqueado cuentas en Instagram por acusarlos de dar información falsa, el desastre que es su vagina después del parto y que, una vez, se la miró y le entraron náuseas. Nos detalla todo lo que implica el proceso infinito de hacer crecer a un bebé en tu interior, parirlo y luego no solo asegurarte de que siga con vida, sino de que viva feliz. Todas las horas de comer,

las siestas, los saltos en el desarrollo, los dientes que van saliendo, los cambios, los sustos por alguna enfermedad, las horas de juego, las canciones de cuna, las horas limpiando, las rutinas para ir a la cama y las veces por noche que hay que despertarse. El esfuerzo que implica la maternidad, algo incesante, absoluto y despiadado, un «regalo» agotador que lo consume todo a su paso. Uno que aún me muero de ganas de experimentar, pero, por una vez en la vida, he decidido centrarme en la madre y sentir algo más que simple envidia. Estoy dispuesta a intentar comprenderla.

—Durante ese momento en el sofá, lo único que quería era que alguien me lo quitara todo de encima —confiesa—. Que me lo quitara para poder volver a ser yo, así fuera por un segundo. —Alza un poco la voz—. Y ahora mirad lo que ha pasado y de verdad se lo van a llevar… Y no… Os juro que quiero a Woody con toda mi alma, os lo juro. —Los sollozos que suelta son incontrolables—. Sé que no tiene sentido con todo lo que os he contado, pero lo adoro… No soporto la idea de…

Extiende los brazos hacia su hijo y se lo pone en el regazo, a lo que él se le acurruca contra el cuello. Es increíble ver lo feliz que es; el amor que le tiene a su madre se ve clarísimo en su carita. Porque es un bebé que está a salvo. Que recibe todos los cuidados posibles. De alguna forma, Lauren lo está bordando a pesar de todo lo que tiene que pasar, y ojalá pudiera verlo. Ojalá pudiera creer que es así, conseguir algo de ayuda, tomarse un descanso. Que alguien la oyera, la viera, la escuchara de verdad.

Se mece contra él y hunde la nariz en su cabecita para inhalar su aroma.

—Sé lo que he hecho… Dios, mirad lo que he hecho… Negligencia… No… Los de protección de menores. La cárcel. No pueden llevarse a mi hijo, ¿verdad? ¿Me van a quitar a mi hijo?

—No —exclamo—. No se lo van a llevar. No lo pienso permitir.

Sé que habrá una investigación. Sé que hay procesos que seguir y leyes que cumplir. Sé que un valle entero está ardiendo, pero no. Por mucho que me encanten las leyes y que se respeten, me niego.

No está bien, no es justo, y me niego a permitir que mi amiga tenga que pagar por esto.

—Yo tampoco —repone Steffi, abrazando tanto a Lauren como a Woody, como si se estuviera lanzando frente a ellos para protegerlos del impacto de un coche—. Ya se nos ocurrirá algo.

—Exacto —añade Nicki, sumándose al abrazo como puede—. Algo pensaremos.

Me uno al grupo y nos quedamos allí abrazadas sobre la colina, respirando el aliento de la otra y compartiendo todo nuestro sudor. Me aferro más a ellas y las demás me copian, y, por un instante perfecto y silencioso, somos un único organismo; una fusión de mujeres que se adoran. Entonces tengo un momento de comprensión. Hoy no ha sido un día para organizar el *baby shower* perfecto, sino para proteger a Lauren. Para rescatarla y rodearla de nuestro amor. Si la protejo como madre, todo irá bien. Si hago que Lauren esté bien, mi bebé también lo estará. Y, si Lauren está bien, yo también. Y Nicki. Y Steffi. Woody se echa a reír al ser el centro de un bocata humano y da unas palmaditas. Su risa es el sonido más hermoso que he oído en la vida, y el eco de sus carcajadas parece desplazarse por todo el paisaje.

Juntas, todo irá bien.

Con el horizonte ardiendo a lo lejos, trazamos nuestro plan. Todas contaremos lo mismo. Vamos a protegernos entre nosotras. Y ninguna cederá. Ninguna la va a delatar. No podrán acusarnos a todas. Vamos a hacerle frente a esto juntas, como tendría que haber sido desde el principio. Ahora puedo verlo.

—No podéis hacer algo así —insiste Lauren—. Si os atrapan dando falsas declaraciones…

—No nos van a atrapar —asegura Nicki—. Vamos a afrontarlo juntas.

Tiene la mano apoyada en la barriga, y Lauren estira la suya hasta ponérsela encima. Steffi se suma al gesto y yo también, hasta que nuestras manos forman una torre y Woody se parte de risa otra vez antes de añadir su propia manita. Como ha pasado un buen

rato, nos levantamos y volvemos al coche, con los muslos que se nos pegan a los asientos y la peste a humo que nos arranca la brisa al mecernos el pelo mientras conducimos hacia el hospital.

En voz baja, empezamos a contarnos las verdades que hemos estado escondiendo. Y, bajo el ronroneo del motor y nuestras confesiones susurradas, Woody por fin se queda dormido en la sillita del coche.

TRANSCRIPCIÓN DEL INTERROGATORIO ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES, LAUREN POWELL, STEFFANI FOX Y CHARLOTTE ROTH

Simmons: Entonces, ¿quién provocó el incendio?

Nicole: Nadie. O todas. Fue un accidente.



Lauren: Nadie. Fue horrible, pero ninguna quería que pasara algo así.



Steffani: Supongo que todas. Pero fue un desafortunado accidente.



Charlotte: Igual fue cosa del Señor,

¿no?

Ningún culpable en el incendio de las «piroinfluencers».

La policía ha decidido poner fin a la investigación por el incendio ocurrido en un fatídico *baby shower* y no presentar cargos contra las cuatro sospechosas al no contar con pruebas suficientes.

Las «piroinfluencers», quienes provocaron un incendio forestal gigantesco debido al fallo de un «artilugio de humo pirotécnico», fueron interrogadas como sospechosas de haber ocasionado el incendio, ya fuera de forma accidental o deliberada. Sin embargo, según fuentes policiales, el incendio no ha sido más que un desafortunado accidente.

«Estamos convencidos de que las cuatro mujeres hicieron todo lo que pudieron para impedir que el fuego se extendiera», afirmó el inspector Simmons. «Y, si bien no es nada sensato hacer uso de una bomba de humo durante una ola de calor, sí que tenían un cubo de agua a mano para intentar apagar el fuego, por lo que hicieron todo lo posible por extinguirlo».

«Aun con todo, la inmensa devastación causada por el fuego tendrá un efecto prolongado en nuestra comunidad, por lo que nos vemos en la obligación de advertir al público de apelar al sentido común cuando se trate de organizar eventos solo por el afán de subir contenido a redes

sociales».

TRANSCRIPCIÓN DE LOS INTERROGATORIOS ENTRE EL INSPECTOR SIMMONS Y NICOLE DAVIES, LAUREN POWELL, STEFFANI FOX Y CHARLOTTE ROTH

Nicole: ¿Eso es todo, inspector? Porque ahora sí que voy a tener que usar su casco para hacer pis.

Simmons: Eso es todo. Su esposo la está esperando fuera para llevársela a casa.

Nicole: ¿En serio?



Lauren: Muchas gracias, inspector. Lamento que no hayamos podido ayudarlo mucho.

Simmons: ¿Está segura de que no quiere añadir nada a sus declaraciones, Lauren? ¿Nada que se le haya olvidado?

Lauren: Ahora que lo dice, el servicio

de guardería de la comisaría es excelente. ¿Sabe si solo puedo usarlo si se me acusa de un crimen o puedo venir, digamos, algún que otro día, para dejar a Woody?



Steffani: La verdad es que me sorprende que no se me esté acusando oficialmente por no tener hijos. Seguro que eso me ha convertido en la principal sospechosa, ¿a que sí?

Charlotte: Y entonces por fin llegamos al hospital y me hicieron entrar enseguida, lo cual es todo un alivio porque la de gérmenes que hay en las salas de espera de los hospitales, es que ni le cuento. Me había embadurnado de pies a cabeza en gel desinfectante para manos, lo que no es ideal por la cantidad de alcohol que trae, ¿sabe? Hace que a una se le seque la piel. Además, me preocupaba muchísimo que mi piel lo absorbiera y pudiera afectarle al bebé, aunque Seth me aseguró que eso no era posible. Pero bueno, que entramos corriendo, porque Nicki estaba embarazada y Woody es tan pequeñito y yo también estaba embarazada, lo cual fue algo rarísimo que contarles a mis amigas en ese momento… Fijo que no me

lo había imaginado así. Yo tenía un plan para hacerlo, mire: después de la ecografía de las doce semanas, iba a invitarlas a una celebración oficial para pedirles que fueran las madrinas del bebé, con unas cajitas de regalo especiales que iba a montar para ellas… Y eso… Sí, que por suerte ninguno sufrió ningún daño grave por inhalar el humo. A Woody le pusieron oxígeno por si acaso, pero no le pasaba nada. Luego me llevaron corriendo a hacerme la ecografía y, no se lo va a creer, pero ¡oímos un latido! ¡En serio se lo digo! Así que me puse a llorar y Seth también y luego salí a contárselo a mis amigas y todas se pusieron a llorar también. Fue algo muy mágico saber que algo bueno estaba pasando durante ese día tan fatídico, con todo lo del incendio. Y no me puedo creer que vaya a tener un bebé. ¿Sabía usted que una tiene que abordar la nutrición para el embarazo desde una perspectiva triple? Tienes que cumplir con tu cuota de nutrientes diarios, lo que es toda una odisea con las náuseas y cuando lo único que quieres comer son cosas así sencillitas y…

Simmons: ¿Charlotte?

Charlotte: …y lo ideal es que las

vitaminas las consumas de alimentos pulverizados, de lo contrario no se absorben como corresponde. Y también necesitas un aceite de pescado de alta calidad para ayudar con el desarrollo del sistema nervioso…

Simmons: ¿Charlotte?

Charlotte: …y luego están los probióticos, que, como le decía, tienen que ser de buena calidad. Hay que asegurarse de que las bacterias de las buenas sigan vivas para cuando lleguen al tracto gastrointestinal para que…

Simmons: ¡Charlotte!

Charlotte: Dígame.

Simmons: Ya puede marcharse. No hace falta que se quede más tiempo. Váyase ya a casa, se lo suplico.

EPÍLOGO
CINCO AÑOS DESPUÉS...

La escultura de hielo reluce en medio de la discoteca, iluminada de color morado fosforito y rodeada de gente desesperada por hacerse un selfi con ella.

—Os lo dije —comenta Charlotte, echando una miradita en lo que da un sorbo delicado de su cóctel—. Todas en plan «Charlotte, que no necesitamos una escultura de hielo, no te pases de intensa», y ahora el mundo entero quiere hacerse una foto con la zorra de hielo.

Steffi se estira para darle un abrazo y casi le echa la bebida encima.

—Perdóname. No sabía lo que decía. He sido una desagradecida y me trago mis palabras. Tú asegúrate de inmortalizarme para siempre en hielo.

Jasper entrelaza los dedos con los de Steffi para hacerla volver a su lado y darle un beso en la mejilla.

—¿Es raro si admito que la estatua como que me pone un poco?

Steffi le da un sopapo en lo que el resto de las mujeres se largan a reír.

—Para nada —afirma Lauren, ladeando la cabeza en esa forma cariñosa y sincera que tienen las mujeres para señalar que de verdad, de verdad de la buena, aceptan al novio de una amiga—. A mí me gustaba el Robin Hood de Disney cuando era pequeña. Lo que es casi lo mismo.

—A ti y a todas —añade Nicki, llevando su copa al centro de la mesa para hacer un brindis colectivo. Va por su cuarta copa y sin duda es la que mejor piensa pasárselo esta noche.

El golpeteo de la música las rodea, aunque casi no se oye por encima del barullo de la gente del mundo editorial, todos vestidos con sus mejores galas y haciendo corrillos para seguir trabajando incluso en medio de una celebración y de las copas. Eso de que entre los invitados te pudieses encontrar a lo mejorcito de los famosos ya ha perdido un poco la novedad, aunque a Steffi le sigue preocupando que Charlotte vaya a arrinconar a alguien en los baños para pedirle un selfi. Se da un momentito para respirar y contemplarlo todo. Esa velada que parecía sacada de un sueño. La mejor fiesta del mundo después del mejor estreno del mundo. En un momento dado, creía que iba explotar de orgullo al ver a Rosa recorrer la alfombra roja, todavía con sus andares de cervatillo asustado, como aquella primera vez hacía tantos años, cuando Steffi le había contado la buena nueva por teléfono. Y solo hay que verla ahora, haciendo corrillo con Nina Baldwin cerca de la estatua de hielo, con los brazos entrelazados como si fuesen las mejores amigas del mundo. Sus miradas se cruzan y Rosa le da las gracias en silencio, como ha hecho un millón de veces desde que se conocieron. Steffi se encoge de hombros en respuesta, sonriendo, y vuelve a su mesa. A la calidez de la mano de Jasper en la suya y de sus tres mejores amigas, que ya se están enamorando perdidamente de él, como le ha pasado a ella.

Inclinándose un poco hacia ella, Jasper la besa.

—Voy a la barra un momento —le cuenta en voz baja, rozándole el cuello con su aliento caliente—. ¿Te traigo algo?

—A ti de vuelta, a ser posible sin mucho tardar.

—Así será. —Se inclina para darle otro beso y luego añade—: Por cierto, ¿te había dicho ya que eres la mejor?

Se las arregla para disimular su encandilamiento (al igual que el resto de las Mujercitas) en lo que él se despide un momento de todas con un gesto de su sombrero imaginario y se aparta de la

mesa. Sin embargo, ni bien desaparece entre el gentío las otras tres se ponen a chillar, aplaudir y hacer aspavientos.

—Madre mía, Steffi. Es que lo amo. LO AMO.

—Está coladito por ti, no hay duda. Si hubieras visto cómo te miraba mientras dabas tu discurso… Por qué no es posible embotellar una mirada así.

—Estoy recuperando la esperanza —admite Nicki—. En los hombres, quiero decir. ¿Os lo imagináis? ¡Es un milagro!

Steffi no cree que pueda dejar de sonreír así viniera alguien a ofrecerle un millón de libras a cambio. Y no solo porque ya no necesite el dinero.

—Es un encanto, ¿a que sí? Y es el más ñoño de todos, también. Pero en buen plan, no para salir corriendo. Hace un rato, cuando me estaba arreglando, ha soltado un «Dios bendito» al verme. Así en voz alta y sin pizca de ironía, «Dios bendito».

Lauren le da unas palmaditas en la cabeza.

—No se parece a ninguno de los tipos con los que te he visto antes y eso por sí solo ya es una maravilla. No sabes lo que me alegro por ti.

—De verdad. Nos alegramos muchísimo —dice Nicki.

—¡Eso! —Añade Charlotte—. Y no solo porque lo de esta noche nos ha dado una razón para salir de casa por primera vez en meses.

Steffi se termina el cóctel y sonríe, encantada.

—Muchas gracias, chicas. En serio, os agradezco mucho que hayáis buscado canguro para poder venir.

—¿Es coña? —pregunta Lauren, terminándose su agua con gas —. Que esta es mi última noche de libertad en quién sabe cuánto tiempo. Siendo sincera, le pediría a Stalin que hiciera de canguro para Woody si eso implicara que puedo salir un rato. —Se acaricia su barrigota de embarazada—. Aunque de verdad espero que esta vez me lleve menos tiempo volver a integrarme en el mundo real. —Suspira—. Y no terminar al borde de la locura de nuevo, ya que estamos.

—No será así —le asegura Charlotte—. Te mandaré una canguro

nocturna yo misma si hace falta. La verdad es que no sé cómo me las habría arreglado yo sin Gillian. Si hasta me hizo tirar a la basura la hoja de cálculo que había hecho para la lactancia.

Lauren le acaricia la mano con cariño.

—Te lo agradezco. Aunque, con algo de suerte, no necesitaré a una Gillian. Esta vez las cosas serán distintas. Mi relación con Tristan ha mejorado muchísimo y ya vamos con los ojos bien abiertos desde ahora… Lo que nos vendrá genial el mes que viene cuando nazca el bebé, porque no pegaremos ojo.

—Pues ya te digo yo que si volvéis a tener problemas para dormir, os mando a Gillian.

Todas se echan a reír y se ponen a hablar de la película de nuevo, repitiéndole a Steffi lo buena que ha sido. De algún modo, *Luna de sangre* lo ha petado más de lo que todos creían. Y eso que el mundo entero tenía muchísimas expectativas. Casi dos años después de su publicación, el libro seguía en la lista de *best sellers* del *New York Times*. Y, si había alguien en el mundo que no lo hubiera leído hasta entonces, seguro que lo iba a hacer tras el estreno de la película, la cual era probable que terminara siendo el centro de la atención durante la temporada de premios. Steffi sigue sin creer que todo esto sea real, que la velada sea tan perfecta. El estreno, Jasper, ver a Rosa convertirse en un éxito mundial, ser la dueña de la agencia literaria independiente más exitosa de todo Londres… aunque nada de eso es tan importante como las tres mujeres que la rodean, que han decidido acompañarla esa noche al comprender todo el esfuerzo que le ha llevado llegar hasta donde está. Son su familia.

Nicki baja la mirada al móvil y hace una mueca de desagrado.

—Qué puto asco.

—¿Qué pasa? —Las otras tres hacen corrillo para ver el móvil.

—Y yo que creía que las fotopollas habían pasado a la historia —comenta Lauren—. Menudo despropósito. No me creo que los tipos sigan enviando esas cosas.

Nicki se aparta el pelo de la cara y, con un suspiro, le da a la

opción de «denunciar».

—Es rarísimo que, hasta hace poco, solo había visto dos penes en toda mi vida.

—Pues ya son dos más de la cuenta —bromea Steffi y Nicki suelta una carcajada.

—Y ahora que llevo… ¿Cuánto ha sido, un año? De soltera, ya puedo contar decenas. Quizás incluso más de cien. Ninguna solicitada, por cierto. Es… una barbaridad.

Charlotte le quita el móvil.

—Tendrías que denunciarlos con la policía —le dice—. Es un delito serio.

—No, que ya no quiero volver a hablar con la policía en la vida. No pasa nada, en serio. —Le apoya la cabeza en el hombro a Charlotte—. Ya me acostumbraré. O eso es lo que quiero creer.

—Así será. —Charlotte le da unas palmaditas—. Y, mientras tanto, me encanta que te quedes en el anexo de mi yaya cuando no tienes a la nena.

Steffi contempla a Nicki con simpatía… algo que no creía que fuese posible. Las cosas entre ellas mejoraron muchísimo después de lo del incendio, pero no fue hasta el año pasado que de verdad sintió que había perdonado a su amiga. Poco después de que Matt y Nicki anunciaran que iban a divorciarse, le llegó un mensaje de voz de él, borracho como una cuba, a la una de la madrugada. «¿Alguna vez te has puesto a pensar qué habría pasado entre nosotros si esa mañana no hubiese bajado a por tostadas?», había balbuceado, tan pedo que casi ni lo entendía. «Porque yo sí. Sí que me lo he preguntado todo este tiempo».

Tras dejar el móvil a un lado no había conseguido volver a dormir, de modo que encendió la lámpara y se quedó mirando la pared un buen rato. Ver cómo la relación de Matt y Nicki llegaba a su fin había sido una de las experiencias más dolorosas de su vida. La pobre Belle había sido todo lo contrario a una «cura milagrosa» para su matrimonio. Desde que nació, las peleas entre ellos fueron el pan de cada día, más y más despiadadas, hasta que Nicki había

terminado aceptando que era mejor que Belle fuese una hija de padres divorciados que del desastre en el que se había convertido su matrimonio con Matt. Habían decidido proceder con el «anidamiento» desde entonces. Un término que Nicki había usado a la ligera, como si fuese algo que Steffi tuviese que entender sin problema. Tras buscarlo en Google, había visto que era un intento desesperado por proporcionarle estabilidad familiar a Belle al turnarse entre ellos cada semana para vivir con su hija en su casa, mientras que el otro pasaba ese tiempo en otro lado. Algo que solo te puedes permitir cuando eres rico o, en el caso de Nicki, si tienes amigas incluso más adineradas que tú. Según parecía, Charlotte y ella se lo habían estado pasando en grande las semanas que Nicki pasaba en el anexo de su abuela, veían pelis ñoñas y se ponían pijamas a juego. Según los cálculos de Steffi, lo del anidamiento solo va a durar hasta que alguno de los dos tenga una relación, lo que, viendo el mensajito borracho que le dejó Matt, no debería tardar mucho en llegar. Suelta un suspiro en su copa, sin apartar la mirada de su amiga, y piensa que, en algún otro momento de su vida, haber recibido ese mensaje la habría puesto muy contenta al otorgarle semejante poder sobre ella. Pero ahora lo único que siente es tristeza y algo de cabreo, la verdad. Además, eso la había ayudado a entender la paranoia que había sentido Nicki todo ese tiempo. No habían sido desvaríos suyos. Solo no había sabido dirigir el desdén a la persona correcta. Que Matt nunca hubiera hecho nada incorrecto durante su matrimonio no quitaba que su instinto había estado en lo cierto. Nicki no se había equivocado al sospechar. El instinto de Steffi le dice que Nicki cometió un error al descartar su lío con Phoebe como algo «puntual» en cuanto a su sexualidad. Sin embargo, como lo de su divorcio estaba tan reciente, quizá con algo de tiempo pudiese abrirse a explorar ese lado de sí misma. Tras apoyarse en el respaldo de cuero rojo de su reservado, se da unos segundos más para disfrutar del presente. ¿Y sabes qué? Que sus amigas estén aquí, celebrando con ella su triunfo con la misma sinceridad con la que ella había celebrado todos los suyos más

convencionales, la hace sentir tan contenta como creía. Además, es la única a la que le ha tocado una escultura de hielo.

Alza una mano para llamar su atención.

—Si me perdonáis la interrupción —empieza, y las otras tres se vuelven hacia ella con las cejas alzadas—. Quiero recordaros que os quiero un huevo. Solo por si se os había olvidado. No sabéis cuánto, en serio.

Las tres le devuelven la sonrisa con semejante calidez que casi parece incendiarla.

—Y nosotras a ti, Steffi.

—Te quiero tanto que te he inmortalizado en hielo —señala Charlotte.

—No sé yo si cuenta como inmortalización si no te llevas esa cosa a tu casa y la conservas en el congelador.

Será su última celebración importante antes de que empiecen a cumplir los cuarenta. La última invitación en papel con todo y confirmación de asistencia.

Lo hemos conseguido, piensa Steffi, devolviéndoles la sonrisa. *Más allá de lo que haya sido esta última década y por mucho que los bebés lo cambien todo, lo hemos conseguido*.

Su momento se ve interrumpido por un estruendo que llega desde el otro lado de la discoteca. Alguien golpeando un gong. La multitud que se separa. Las Mujercitas se vuelven hacia donde todo el mundo mira y dan con Jasper, que se dirige hacia ellas con el rostro iluminado de color dorado gracias al chisporroteo de un petardo. Todas se ponen de pie de un salto al darse cuenta de lo que sucede. Están en una de esas discotecas en las que se puede pedir un botellón de champán y los camareros te lo llevan acompañado de un petardo pequeñito y unos vítores. Steffi se frota el corazón, sintiendo que su sorpresa se transforma en una vergüenza rebosante de cariño.

—¡Sorpresa! —exclama Jasper, más orgulloso que nadie. Deja el cubo de champán chisporroteante sobre la mesa, sin reparar en que todas se echan tan atrás por el susto que parecen hacer la ola—. He

ido a por champán —anuncia, aunque no haga falta.

Steffi se inclina hacia él para darle un beso en agradecimiento, mientras los camareros siguen haciendo sonar el gong a un lado y la sala entera la aplaude a ella, iluminada por el chisporroteo del petardo.

Les busca la mirada a sus amigas, con las llamas danzando en los ojos de todas, y las cuatro se dan las manos hasta que el petardo se apaga. E incluso cuando la multitud se pone a aplaudir, no se sueltan.

AGRADECIMIENTOS

¡HAY *SPOILERS*!
¡EL QUE AVISA NO ES TRAIDOR!

La verdad es que no recuerdo haber escrito ni media palabra de este libro, porque así me tenía la falta de sueño. La única prueba que tengo es el libro en sí y las fotos que me hice a mí misma haciendo equilibrio con el portátil mientras intentaba escribir con un recién nacido durmiendo sobre el pecho. Este delirio hecho libro siempre será uno de los logros más importantes de mi vida, uno que no habría podido lograr sin la ayuda de unas personas increíbles.

Ante todo, esta novela no existiría sin el apoyo de mi maravilloso marido, W. En un arrebato de optimismo feminista y delirante, solo me permití dos semanas de baja por maternidad mientras él «sacrificaba» su carrera y se quedaba en casa para velar por nosotros y apoyarme como escritora. Según Caitlin Moran, las mujeres siempre terminan casándose con un hombre que es su techo de cristal. No puedo evitar pensar lo afortunada que he sido al haber hecho lo contrario, al haber escrito esta historia en los momentitos en los que podía escabullirme después de dar el pecho, mientras tú te quedabas con nuestro bebé. Me faltan las palabras para agradecértelo. Gracias por no ser como los hombres que salen en mis libros. Gracias por no necesitar que te dé las gracias por todo lo que haces, por decir que no tendría que ser algo que ameritase reconocimiento ni mucho menos. Aun así, quiero darte las gracias y reconocer todo tu esfuerzo. Bien podría haber terminado siendo una

Lauren de la vida. Y vaya si estuve cerca de serlo, pero tú siempre estuviste ahí, ayudándome a bajar del borde del abismo.

También quiero darle las gracias a Kimberly Atkins, magnífica ella, por tomarme en serio cuando le dije que quería escribir un libro sobre un bebé que provocaba un incendio. Muchísimas gracias, amiga mía, por no tildarme de loca y tirarte casi dos horas conmigo dándole vueltas a cómo podríamos conseguir algo así. Gracias por dejar que te enviase montones de enlaces de petardos para *gender reveals* preguntándote si te parecía posible que un bebé tirara de la anilla de esos. Amigas y canguros de gatos para siempre, sin importar lo que pase.

Como siempre, muchas gracias a mi agente, Madeline Milburn. Nunca olvidaré el día en que quedamos para comer y te conté que estaba embarazada, para luego entrar en pánico por quizás haber echado a perder mi carrera profesional. Nunca olvidaré que me diste la mano y me dijiste que era todo lo contrario, que quizás esto podría ser el inicio del éxito. Valoro muchísimo tu apoyo incondicional y prometo que nunca jamás lo daré por sentado, pues quiero que estés orgullosa de mí. Gracias también por alentarme a lanzar a las llamas *Your Baby, Week by Week*. Tenías razón. (¿Qué me habrá hecho el posparto que no dejo de pensar en prenderle fuego a las cosas, eh?).

Mi equipo editorial en Hodder ha demostrado muchísimo entusiasmo por este libro y agradezco enormemente todo su apoyo y pasión. En especial, quiero darle las gracias a Phoebe, por tus correcciones tan acertadas y por darme la confianza para llevar este manuscrito al límite. Gracias a Becca, por todos tus mensajes de WhatsApp llenos de emoción y por siempre apoyar mis historias. Sé que hay muchísima gente detrás de mis libros a quienes no suelo llegar a conocer, pero también os doy las gracias a vosotros. De corazón.

Como siempre, mis amistades me han ayudado a superar las etapas más complicadas y decisivas de mi vida. Gracias a todos por no dejarme flaquear. A Becky y Rachel, porque sí que terminamos

yendo a un *spa* donde encontramos un espacio seguro para hablar sobre todo lo relacionado con la maternidad. A aquellos que siempre están ahí: Josh, Claire, Ruth, Lucy, Sara, Tanya, Christi, Lexi y Sophie. A mis «amigas mamis» (que son muchísimo más que eso, claro está), cuya amistad se forjó a través de mensajes delirantes por culpa de la falta de sueño y llamadas de auxilio desesperadas en busca de consejos: Gillian, Farley, Natasha, Maartje, Marlene, Alice, Louie, Rosie y Suzie… Básicamente a todas las mujeres en mi vida que me han contestado los mensajes enseguida con empatía, buenos consejos y solidaridad. Ya habría perdido la cordura de no haber sido por vosotras. Muchísimas gracias también a mis compis de escritura y del mundo editorial: Katie, Krystal, Sam, Alywyn, Nina, Kat y todas las demás de UKYA/Women's Lit. Vuestro apoyo lo es todo.

También debo tomarme un momento para agradecer a Sarah Carpenter, menuda jefaza estás hecha, la mujer que me ayudó a hacer que mi bebé durmiera. Agradezco muchísimo toda tu amabilidad, sabiduría y paciencia con mis mensajes infinitos y llenos de pánico. No habría podido escribir este libro sin ti.

No sería nadie sin el apoyo de mi familia, en especial durante esta etapa de mi vida. A mis padres, gracias por venir para que pudiera echarme la siesta, por siempre prepararme ollas de comida, por ser unos abuelos de primera. Y a mis hermanas, Eryn y Willow, por ser las mejores tías.

Finalmente, quiero darles las gracias a todas las mujeres escritoras que han venido antes que yo y que han alzado la voz sobre la cruda verdad de lo que implica ser madre. Es algo tan valiente y lleno de compasión que no habría descubierto la voz de Lauren (o la mía) sin vosotras.



HOLLY BOURNE (Londres, Reino Unido, 1986). Es una periodista que divide su tiempo entre las novelas juveniles y su trabajo como consejera amorosa para TheSite.org, una web dedicada a ayudar a los jóvenes con sus problemas. Sus dos primeras novelas, *Dos Almas* (2014) y *The Manifesto on How to be interesting* cosecharon un éxito de ventas y de crítica (y han sido traducidas a seis lenguas). Con *¿Ya soy normal?* empieza una nueva serie narrativa que se completa con *¿Esto es amor?* y *¡Lucha como una chica!* Holly, además, ha sido elegida libro Book Night de 2016, además es finalista para el YA Book Prize 2016.